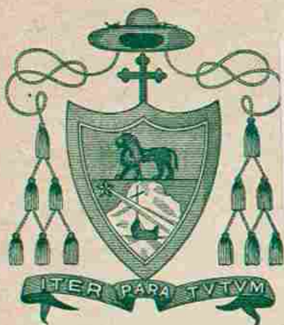
A. M. Weiss



APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

A.M. Weiss

APOLOGIA
DEL
CRISTIANISMO


ITER PARA TVTVM


1080015929

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

V.
239
LV

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS
del Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

X

QUINTA PARTE

FILOSOFÍA DE LA PERFECCIÓN

DOCTRINA DE LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

II

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

Catedrático de Apologética y de Elocuencia Sagrada
en la Universidad Pontificia Compostelana

CON LICENCIA DEL ORDINARIO





BARCELONA
Heredoros de JUAN GILI
EDITORES
581, Cortes, 581
MCMVI

MÉXICO
Herrero Hermanos, Sucs.
LIBRERÍA RELIGIOSA
Plaza de la Concepción, n.º 2
MCMVI



TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

TERCERA PARTE

MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA XIII

ORDEN VISIBLE DE SALVACIÓN ESTABLECIDO POR DIOS

1. Cuánto respeta Dios la libertad y extiende su dominio.—Si hay en la Sagrada Escritura un pasaje que testifique profundo conocimiento del hombre y del mundo, es ciertamente el siguiente: «Todas las cosas que hizo Dios son buenas, usadas á su tiempo; y el Señor entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres». (1)

¡Ah, cuán hermoso sería el mundo, sino existiesen los hombres! ¡Cuán agradable sería la vida, si pudiesen concertarse entre sí! ¡Qué progresos hubiésemos hecho ya, si pudiesen resolverse á hacer investigaciones, á discutir con modestia y con recíprocos miramientos por amor á la verdad!

Pero, desgraciadamente, en todas partes no vemos otra cosa que discusiones sin fin y sin provecho.

Actualmente, anda la verdad dividida en girones por las estériles discusiones sobre la libertad de pensar y enseñar, sobre el progreso y sobre la ciencia, mejor dicho, sobre quien tendrá razón. En la vida social, nadie para mientes en si los pueblos pueden sucumbir al peso enorme de las cargas públicas, porque los que los dirigen tienen cosas más importantes que discutir, por ejemplo, las relaciones entre la justicia y la caridad, entre el Estado y la sociedad, entre la libertad y sus límites, entre el espí-

(1) Eccl., III, 11.

ritu liberal y el conservador, entre lo cristiano y lo católico. En el dominio de la moral, la vuelta á la barbarie toma formas muy peligrosas para el individuo y la sociedad. Pero no puede irse contra esta corriente, porque los señores que dirigen la opinión pública no se dan cuenta del poder y extensión de las ideas de ley y autoridad, de independencia y libertad, de arte é inmundicia, de modestia y charlatanismo.

¿Por qué ha permitido Dios todo esto?

Sus palabras nos lo indican también. Para que aprenda el hombre que «las obras que Dios ha creado desde el principio del mundo, las conserva hasta el fin». (1) En otros términos, para que aprenda á ser humilde y á honrar á Dios.

Dios conoce de toda eternidad la debilidad del hombre, lo que no le ha impedido honrarle con su confianza, y abandonar á su libertad el mundo, situado fuera de él, diciendo, como inspiró á su Apóstol: «Por lo demás, carísimos hermanos, aunque os hallamos de esta manera, tenemos mejor opinión de vosotros y de nuestra salvación». (2) Para honrar al hombre, hasta permite que su obra corra peligros. Preferiría sacrificar el mundo, antes que perjudicar á nuestra libertad.

Tan grande es su estimación por ella, y tan vasto el campo que le concede.

En verdad que es esta una razón poderosa para que el hombre respete su libertad y haga buen uso de ella.

2. Hasta donde llega el dominio de la libertad humana.—En efecto, el campo de la libertad humana es tan considerable, que de él se horroriza nuestra cobardía. Y, sin embargo, hay quien niega la libertad de la voluntad, y, cosa extraña, casi todos son filósofos. (3) Otros no van tan lejos, sino que procuran limitar de tal modo su dominio, que parecen decir: «Aunque el hombre es libre, no hay nada sobre lo cual pueda ejercitar su libertad».

(1) Eccl., III, 11.
(2) Heb., VI, 9.
(3) Cf. tom. I, IV, 2.

La historia de la doctrina de la perfección cristiana, infiere un mentís á los unos y á los otros.

La lucha que ha durado tanto tiempo, y con tanta tenacidad, contra los llamados consejos evangélicos, nos muestra cuán en lo cierto está la Sagrada Escritura cuando dice que «el hombre no comprende su propio honor». (1) Como el sirviente perezoso del Evangelio, preferiría un amo de dureza excesiva que le impusiese injustas é intolerables cargas, á fin de hallar un pretexto para justificar su pereza. Preferiría echar sobre sus hombros un yugo de la especie de aquellos que imaginaron los fariseos, yugo que, al decir del Salvador y de sus Apóstoles, sería imposible soportar. (2) Y, en efecto, los doctores de la mentira, los mismos que se han engañado en lo referente á los consejos evangélicos, no han vacilado en proferir la blasfemia de que los mandamientos son demasiado pesados, y que era imposible observarlos. (3)

Pero ¡atrás esos expedientes de condenable severidad, los cuales, como siempre, acaban en una negligencia de igual modo condenable!

Dios ha impuesto como ley á la conciencia todo aquello sin lo cual nadie puede ganar el cielo. Pero ha dejado á nuestra generosidad todo aquello que supera esta ley, y aun allí donde nos ha impuesto obligaciones, sólo nos ha prescrito su voluntad lo indispensable. Ahora bien, después de haber ordenado las cosas concernientes á nuestra salvación, ha dejado á nuestro honor el cuidado de elevar la práctica de la ley al grado que deseemos.

Así, la legislación divina se distingue esencialmente de toda legislación puramente humana. Trata el mundo como esclavos, por no decir como máquinas, á los que están sometidos á su poder. Las sumas de lo que pueden proporcionar se evalúan en gramos, céntimos y minutos; pero

(1) Psalm., XLVIII, 13, 21.
(2) Matth., XXIII, 4. Act. Ap., XV, 10. Gal., VI, 13.
(3) Conc. Trid., *sess.* 6, c. 11, *can.* 18. Denzinger, *Enchir.*, n.° 169, 934, 966, 1382.

nadie se preocupa de la intención que preside á sus actos. Dios obra por modo muy diferente. Aprecia bien la acción, pero se fija todavía más en la intención. Lo que exige es que sus mandamientos se cumplan con puro corazón y recta conciencia, [1] y se muestra más generoso con los que se sienten impulsados por el amor á hacer más de lo que se les ha ordenado estrictamente. En este sentido, se les ha dicho: «Haga cada cual la oferta conforme lo ha resuelto en su corazón, no de mala gana, ó como por fuerza, porque Dios ama al que da con alegría. Quien escasamente siembra, escasamente cogerá, y quien siembra á manos llenas cogerá á manos llenas». [2]

3. Cómo Dios provee á todo por la ley de la libertad.—Tal es, pues, la ley de Dios: un yugo dulce, [3] una ley de libertad. [4] No todo está prescrito en ella severamente; no todo se ha abandonado al capricho de cada cual. Vasta es la carrera en que puede ejercitarse el honor y la libertad del hombre; pero está perfectamente ordenada para que practique la fidelidad y la obediencia. Dios ha señalado en ella una pista para cada virtud; y aprecia y bendice cada fase de la vida, de la vida activa como de la contemplativa, de la vida de matrimonio como de la de virginidad. Ha dado derechos á cada potencia del alma, así á la conciencia como á la libertad. Ha dado á todos los hombres la posibilidad de ganar el premio, lo mismo á los que tiene que violentar, como á los que se ofrecen voluntariamente. Á todos ha prometido el cielo, á los que se dejan arrebatar por el celo, y á los que le ponen freno. Rica recompensa ha prometido á todos, tanto á los que van á su viña á la oncena hora, como á los que han soportado el peso del día y del calor. Para Dios no hay acepción de personas. [5] Nadie es objeto de favores injustos; nadie queda frustado ni excluído.

(1) I Tim., I, 5.
(2) II Cor., IX, 6 y sig.
(3) Matth., XI, 30.
(4) Jac., I, 25; II, 12.
(5) Rom., II, 11.

«¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán espacioso el lugar de sus dominios!» [1] «Cuantos creen en Él, no serán confundidos. Puesto que no hay distinción de judío y de gentil, por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan». [2]

¡Oh hombre, cuán grande es el corazón de Dios! Allí donde tú condenas, allí donde eres inducido en error, por alguien que piensa y vive de modo distinto que tú, te ama con el mismo amor que á los que desean sinceramente el bien.

Así, pues, que nadie se lamente de su empresa, diciendo que es demasiado pequeña ó demasiado difícil. Que nadie murmure del puesto que se le ha designado, pretextando que es demasiado visible ó demasiado oculto. Que nadie envidie los dones de los otros. Que nadie perturbe al prójimo en su vocación. Que cada cual lleve su carga, [3] porque es proporcionada á sus fuerzas, á su situación, y á las gracias que recibe. Que cada cual se cuide de desempeñar bien su cargo: esto basta.

«En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones», [4] y numerosos caminos conducen á ella, todos dispuestos según la voluntad de Dios, y por los cuales se marcha según las convicciones de la conciencia. Todo lo que no procede de la convicción, es pecado. [5] Pero que obre sin inquietud el que no conoce otra regla que Dios y su conciencia, según la enseñanza del Apóstol: «Cada uno obre según le dicte su recta conciencia». [6] Si cree deber limitarse á lo prescrito, obra bien; no le condenaremos. Con tal que satisfaga á Dios y su conciencia, cumpliendo los mandamientos, alcanzará su fin. Pero si siente vocación para cosas más elevadas, que no desprecie á las demás, sino que, por lo contrario, considere que se exige más de aquél á quien más se le ha dado.

(1) Bar., III, 24.
(2) Rom., X, 11, 12.
(3) Gal., VI, 5.
(4) Ioan., XIV, 2.
(5) Rom., XIV, 23.
(6) Rom., XIV, 5.

Si en todas partes reina la libertad, la fidelidad á Dios y á la conciencia, todos se encontrarán perfectamente, á condición de que cada uno respete la libertad de los demás.

4. Cuál sea la necesidad de la libertad para la edificación del reino de Dios.—Sobre esta ley de la libertad se basa la fundación del reino cuyo establecimiento nos ha sido confiado por Dios.

Dios nos ordena orar diariamente para que venga á nos su reino; pero con ello quiere también exhortarnos á que hagamos cuantos esfuerzos nos sean posibles para lograr su realización. Bueno es orar, y trabajar también; pero la oración y el trabajo juntos constituyen la empresa del cristiano.

Lo principal para el cristiano es la oración, y la oración bien hecha impulsa á obrar. De aquí que la verdadera oración sea el principio de la actividad.

Ahora bien, la actividad que debemos desplegar para edificar el reino de Dios nos ha sido determinada por modo general por la ley que el Señor y Rey de este reino nos dejó al abandonar la tierra.

Esta ley comprende dos cosas.

De un lado, impone á cada uno el deber de perfeccionarse á sí mismo. Porque sólo cuando los individuos se han convertido en piedras utilizables, puede uno pensar en la construcción de la casa de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Sois también vosotros á manera de piedras vivas edificados encima de Él, siendo como una casa espiritual». [1]

Por otra parte, ordena á cada individuo que trabaje, según sus fuerzas y su situación, en bien de la comunidad. Jamás se insistirá suficientemente sobre este punto, á saber, que no cumplimos la ley que nos es impuesta por nuestra fe, si nos ocupamos únicamente en nosotros mismos. Después de haber trabajado en su propia salvación, cada uno debe también orar, trabajar y hacer sacrificios por el conjunto. El que posee el espíritu de Jesucristo, y obedece á sus impulsos, cumple igualmente con esta obligación.

(1) I Petr., II, 5.

En cuanto al modo de su cumplimiento, es completamente libre allí donde Dios y su conciencia no le muestran ninguna prescripción. De aquí que nadie tenga el derecho de juzgar á los otros sobre este punto, ó de perjudicarle. Si uno contribuye al bien general con el trabajo manual, lo hace otro con la oración y las obras de penitencia, las cuales, ciertamente, no son de desdeñar en semejante materia, y, finalmente, lo hace un tercero con la ciencia, un cuarto con sus funciones públicas; cada uno á su modo.

Pero al cumplir lo prescrito, todavía no hemos hecho todo lo que pedimos al decir: «Venga á nos el tu reino». Verdad es que se ha terminado el templo cuando se han levantado los muros y se han revocado con lo más necesario; pero preciso sería que un arquitecto fuese muy ignorante, ó muy pobre una parroquia, para contentarse con esto, á menos de que estuviesen penetrados de aquel espíritu jansenista y josefista, que sólo apreciaba las iglesias cuya desnudez le hiciese pensar en el establo de Belén. Pero, fuera de esta excepción, quien posea el espíritu de Dios, dirá: «Señor, yo he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gracia». [1] Y el que puede contribuir á su ornamento, aporta consigo todo lo que tiene en sus manos, como los hijos de Israel llevaban antiguamente, con santo celo, para la construcción del tabernáculo, brazaletes, arracadas, vasos y anillos de oro. [2]

Si, pues, la libertad existe aun en las cosas necesarias á la edificación del reino de Dios, existirá también aún más en todo lo que queda abandonado á la generosidad de los cristianos para terminarlo. ¿Cómo, pues, hay quien se atreva á mover la cabeza con aire de descontento, ó á protestar, cuando el celo por el adorno de la Iglesia impulsa los corazones de los fieles á hacer sacrificios heroicos con este objeto? Nada de extraordinario se reclama personalmente á nadie. ¿Por qué se disgustan, pues, contra los que se despojan y se sacrifican para testificar á Dios su honor?

(1) Psalm., XXV, 8.
(2) Exod., XXXV, 21 y sig.

¿No equivale esto á deshojar ó destrozar las más hermosas flores de la vida humana, á arrojar del mundo la poesía, el heroísmo, el arte, el entusiasmo? ¿No equivale á hacer obra de iconoclastas y á rascar las más hermosas pinturas de los muros de la Iglesia, cuando se muestra uno tan dispuesto á condenar las obras de penitencia y de caridad de los santos, á ver en las prácticas libres de devoción, y en las invenciones piadosas que sugiere el celo por las almas, exageraciones malsanas y explosiones de fanatismo? Dejemos, pues, á las cosas religiosas, la poesía y el arte, la generosidad y el heroísmo; en otros términos, reconozcamos los derechos de la mística.

5. Cuanto mayor es la libertad, más sólidas defensas necesita.—Pues bien,—se replica—precisamente son éstos ejemplos que muestran del mejor modo posible que la libertad y el entusiasmo deben tener límites. ¿Quién no ha visto á menudo con disgusto y aun con horror los excesos á que conduce el celo religioso cuando se abandona á sí mismo? ¡Qué falta de gusto y qué insensata prodigalidad puede uno comprobar á veces, allí donde los fieles amontonan sus ofrendas, sin que una severa policía eclesiástica, que, en este caso, tendría su razón de ser, ponga un freno á su ciego entusiasmo é introduzca severas prescripciones sobre esta materia! Maravillas de arte podrían hacerse con la mitad de lo que se da, si hubiese una investigación inteligente. Pero en vez de esto, se mofa uno de todo sentimiento estético, y se corrompe el gusto del público por modo imperdonable.

Ciertamente, subrayamos cada una de estas palabras, y rogamos á todos los que intervienen en esto que procuren fijar su atención sobre este punto, que, por otra parte, ya hemos tratado en otra ocasión. [1]

Por el momento, nos interesa menos que la cuestión con relación á la cual lo hemos escoigdo como ejemplo. Porque también se aplican á ella, y en medida mayor todavía, los principios de orden, de intervención, de economía y de

(1) Vol. VI, Conf. XVIII, n.° 13, 21.

justo reparto. Cuanto más vasta es la carrera que el Espíritu de Dios ha dado al entusiasmo moral, tanto más debe velar para que no quede privada la libertad de la ayuda y protección que sólo puede darle una mano vigorosa. Y así lo ha hecho, porque es el Espíritu de Sabiduría.

Este socorro de que tiene necesidad la libertad allí donde despliega sus más grandes esfuerzos, no podría existir en la simple ley. Una letra muerta, una regla general, es buena para la escuela, y puede bastar allí donde un escolar, teniendo junto á sí un modelo, compone una disertación con el sudor de su frente ó bosqueja una caricatura. Pero si el entusiasmo se apodera de él y le presta alas, con las cuales cree poder vencer todas las dificultades, olvida la ley árida y la desprecia, considerándola como látigo para el principiante y obstáculo para el genio.

En este caso, debe ponerse á su lado una protección viviente, en forma de un amigo, y prestarle el caritativo servicio de advertirle y guiarle.

Este amigo viviente es, para la libertad, la autoridad, y la autoridad en forma visible y palpable poder.

Sólo hay dos categorías de hombres que puedan ver en la autoridad un obstáculo ó un enemigo: los que confunden la libertad con la arbitrariedad, y aquellos de los cuales dice el Apóstol «que no han abierto su corazón á la verdad». [1]

Aquellos espíritus mezquinos que á sí mismos se dan cuenta de cuán estrecho es el espacio que abarcan, creen naturalmente que equivale á limitar sus movimientos y su actividad, el que alguien se atreva á tenderles la mano, ya para sostenerlos y guiarlos, ya para dirigir sus brazos y fortalecerlos. Las almas grandes y los corazones magnánimos aceptan con gratitud este ausilio, porque no temen confesar que no están exentos de defectos.

El ignorante se cree deshonrado cuando alguien se permite darle un consejo. Por lo contrario, el que científicamente se siente superior á la muchedumbre, no tiene ver-

(1) II Thess., II, 10.

güenza de decir públicamente que ignora tal ó cual cosa, y acepta con placer toda enseñanza y toda corrección que pueda dársele.

Sin duda que esto supone en él otra disposición; toma la verdad á pechos. Aquel para quien es indiferente la verdad, ó aquel que quiere aceptarla únicamente á condición de que contribuya á su honor, no saludará con reconocimiento la intervención de la autoridad. Pero el que no se propone otra cosa que entrar por las puertas de la verdad, no encuentra deshonor alguno en esta dolorosa queja:

«Sobre débil esquife, me es preciso, por desgracia, desafiar las olas furiosas del mundo; y en esta vía desierta, bordeada de arrecifes, no encuentro nadie que me socorra». [1]

6. La Iglesia como defensa de la libertad.—Así, es un gran beneficio para nosotros y una maravillosa disposición de la sabiduría divina, que el Fundador del reino de Dios nos haya ordenado que nos dirijamos á la Iglesia en todos los casos, desde nuestros primeros pasos en la vía de la salvación, hasta en las más altas cimas de la perfección.

No estará de más insistir sobre este punto. Ese espíritu indomable, que se manifiesta con tanta frecuencia en el dominio de la mística, se complace en atribuirse luces y perfección especiales, y pretende que toda dirección y todo auxilio externo antes se convertirían por él en obstáculos que en auxilio. Y en prueba de lo que adelanta, no teme referirse á las palabras de la Sagrada Escritura: «Pero guardad bien aquello que tenéis recibido de Dios hasta que venga á pediros cuenta». [2] ¡Como si este pasaje nos dispensase de ser guiados y enseñados por otros! ¡Como si, antes bien, no quisiese decir que somos suficientemente esclarecidos por las enseñanzas y la gracia de Dios para tener conciencia de nuestra responsabilidad, de nuestra miseria y de la obligación en que estamos de obedecer!

(1) Vittoria Colonna, *Wetl. Sonette*, 62 (Ardnts, 1, 193.
(2) I Joan., II, 25.

De este espíritu provienen las falsas doctrinas de que ya hemos hablado. [1] Todas conducen á esto, á saber, que, para los perfectos y para los iluminados, la Iglesia, la obediencia, el culto de Dios, los sacramentos y todas las prácticas externas, son absolutamente inútiles.

Ahora bien, semejante lenguaje equivale á alejarse muchísimo del verdadero camino que conduce á la salvación.

Los grandes maestros de la perfección, los santos, han sido al propio tiempo los hijos más fieles de la Iglesia, los más celosos guardianes de sus derechos y los que han observado sus menores preceptos del modo más escrupuloso. Ellos son los que se han sometido con extremada fidelidad, no sólo á lo que ella ha definido expresamente como artículo de fe, sino que también en las cosas libres han ordenado sus opiniones de conformidad con las preferencias ó deseos de la Iglesia. [2] Han pensado y obrado de acuerdo con lo que han oído que constituía las miras de la Iglesia. Para ellos, sus deseos eran órdenes, y su práctica una ley. Hubiérales sido imposible preferir su propio espíritu al espíritu de la Iglesia. Y así como el niño, en el seno de su madre, vive de la misma vida que ésta, así vivieron ellos unidos á la Iglesia; no hubieran podido vivir separados de ella.

Según esto, todos los santos y todos los doctores animados del espíritu de la Iglesia proclaman que la primera nota característica y la más segura piedra de toque de la verdadera vida espiritual es la unión con ella en pensamiento y acción. [3] Lo que no se armoniza con la doctrina y costumbres de la Iglesia, queda juzgado por adelantado. Cuanto más unido está uno á la Iglesia, más seguro está de la unión con su Fundador y Señor, autor de todas las gracias, modelo y fin de toda santidad. La virtud sobrenatural, lo mismo que la certeza de la salvación, disminuyen en el mismo grado en que uno se aleja de

(1) V. *supra*, Conf. I, 13.
(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 479 y sig.
(3) V. Vol. VI, Conf. 22.

la Iglesia. Cuanto más estrechamente ligado está uno con la Iglesia, es decir, con el cuerpo de Jesucristo, más se adhiere «á la Cabeza de la cual todo el cuerpo, recibiendo la influencia por sus ligaduras y coyunturas, va creciendo por el aumento que Dios le da». (1)

7. Triple necesidad de limitar la vida pública de la Iglesia.—Si esta verdad se aplica ya á la vida individual perfecta, florece todavía más cuando consideramos que el hombre no podría llevar á cabo su empresa, ni alcanzar su perfección, si se limitase únicamente á sí mismo, y si se separase de aquellos que trabajan con él en la realización del reino de Dios.

Por más que uno parezca perfecto mientras vive separado del mundo, en el desierto, siempre se creerá que su virtud no es más qne aparente. No es difícil practicar la paciencia allí donde nadie la pone á prueba. Pero lanzad á una asamblea, donde las cosas más serias son atacadas con todo el odio de la pasión, á un hombre que ni siquiera había tenido ocasión de ver á sus semejantes en el espacio de cincuenta años, y veréis como pierde su calma. No es esto difícil de comprender, porque jamás había tenido ocasión de practicar el dominio personal que exigen las relaciones con los hombres. Lo que ocurre con esta virtud, ocurre igualmente con las demás. De aquí que los grandes maestros de la vida espiritual, los antiguos Padres, no considerasen jamás como bueno que alguien se retirase por completo á la soledad, antes de haberse afirmado suficientemente con todas las virtudes con la práctica de la vida común. Y luego, aun entonces, aconsejaban siempre al solitario que de vez en cuando volviese á entrar en la comunidad, á fin de que el contacto con los otros, le impidiese caer en singularidades peligrosas. (2)

Con esto dieron pruebas de su perfecto conocimiento de la naturaleza humana, al propio tiempo que comprendieron admirablemente que ésta corre el riesgo de no resolver su

(1) Col., II, 19. Cf, Eph., II, 19 y sig.
(2) Cassian., *Coll.*, 19.

empresa, si no era guiada en el buen camino por vigorosos medios externos.

Nunca se predicará con la frecuencia debida que el hombre se pertenece ante todo á sí mismo; sólo que esta expresión *ante todo,* no quiere decir que se pertenezca á *él solo.* El hombre pertenece igualmente á la comunidad.

De aquí que toda virtud que tienda á impedir que salga de sí mismo, es sospechosa. El dominio personal sólo puede obtenerse á costa de grandes luchas, como leemos á propósito de San Gregorio el Magno. Pero esto no hace más que aumentar el mérito del sacrificio, y pone en seguridad contra el peligro de difundirse demasiado en lo exterior. Con todo, esta inclinación al retraimiento no debe ir tan lejos, que sea para alguien el medio de evitar sus obligaciones para con la comunidad. En este caso, es ello una enfermedad del corazón, y á veces del espíritu; es terquedad, falta de condescendencia, en una palabra, egoísmo y uno de los más perniciosos egoísmos, porque se cubre con un manto espiritual. Con frecuencia se le da otro nombre: falta de vocación para la vida pública. En definitiva, el nombre importa poco con tal que no se deje uno engañar por la cosa. (1)

Sólo aquí podemos comprobar las bienhechoras intenciones que, con relación á nosotros, animaban al Fundador del reino de Dios, cuando hizo de éste un reino visible, público y común.

El pobre espíritu humano que no conoce más que un solo centro y una sola medida de sus ideas, á saber, su propio *yo*, arde en la ambición de crearse él también un reino de Dios á su manera. Pero no puede lograrlo, porque siempre le faltarán los tres caracteres que acabamos de indicar.

Esto prueba la predilección que se tiene por la llamada Iglesia invisible, el amor á las sectas separadas, la inclinación á los cultos secretos, y á todo lo que los franceses

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 406.

llaman *petites chapelles* y *petites dévotions*. Con tal que sea una cosa extraña, aislada, donde uno pueda arreglarse á su sabor, una nueva devoción, una asociación nueva, en una palabra, una excepción de la regla, vale cien veces más que todo lo que la Iglesia de Jesucristo hace á la luz del día en las grandes catedrales á la vista de todos.

No hay necesidad de explicar el perjuicio que este espíritu separatista causa á los individuos y á sus ideas religiosas. Estos últimos tiempos nos ofrecen tristes pruebas sobre esta materia. Ahora bien, ¿cómo remediar estas llagas, y cómo encaminar el egoísmo humano á la participación de las bendiciones que el Salvador ha prometido á los que se reunen en su nombre por modo visible y autorizado por Él? (1)

Sólo hay un medio para lograr esto: someterse á una autoridad enérgica que impone límites á los excesos de la libertad y reduce el uso de ésta á justas proporciones.

Si, pues, el reino de Dios es una institución visible, con prácticas y obligaciones públicas, una institución en la que deben entrar todos los hombres, tiene que ejercer su poder sobre todos los cristianos, en todas las cosas que contribuyen á la edificación del reino de Dios, ya sean libres, ya ordenadas. Y todos los cristianos deben disponer en ellas su actividad según sus indicaciones.

De este modo no queda limitada la libertad, sino únicamente puesta en camino. Cuanto más considerable es el número de los que forman parte de la comunidad, mayor es su celo para trabajar juntos en el bien común, y más necesario es retenerlos y guiarlos, á fin de que la actividad de tantas personas no sea un obstáculo á ella misma, no destruya lo que debe construir.

8. La vida de la Iglesia y los medios de gracia como poder enteramente especial para favorecer los progresos en la vida espiritual.—Bien comprendido esto, nos pone en camino de responder á otra dificultad.

En general—se dice, y puede concederse para la vida

(1) Matth., XVIII, 20.

ordinaria—es difícil para el hombre hallar la vía recta sin un acto enérgico de voluntad. Pero atenerse, por modo absoluto para todos, á la exigencia que nos indicáis, ¿no equivale más bien á poner trabas al progreso hacia la vida moral más elevada, esto es, á la mística? ¿Quién es el que no pierde el ánimo, si á toda hora le es preciso descender á las prácticas de hombres imperfectos y de niños? Por otra parte, ¿puede uno encerrar el espíritu en los límites de las leyes generales?

La respuesta es muy sencilla.

El Salvador, al establecer su Iglesia, la dotó de su poder y de su gracia, y ordenó á todos los hombres que se dirigiesen á ella. Y no hizo excepción alguna.

Ahora bien, para no ser injusto con ella, debió darle los medios necesarios para conducirlos á todos á su fin.

Y esto es lo que hizo.

Sólo nos resta, pues, conformarnos con sus prescripciones.

Por lo demás, ésta es también la única condición que hay que cumplir para obtener inmediatamente los más felices resultados.

Apenas uno se ha conformado con estas prescripciones, cuando repentinamente siente aumentar su fuerza interna. Nuestra desgracia en todo consiste en tener horror á los límites, en el estudio como en nuestra conducta privada ó pública. De ello resulta que jamás logramos nada completo. En este caso, la limitación, por penosa que sea al orgullo y á la limitación, al desorden y al desarreglo, es el mayor beneficio y el único medio de salvación. Porque entonces no se disipan las fuerzas, sino que las dirige uno al fin propuesto, encontrando en ello el medio de aumentarlas y fortificarlas.

Este es precisamente el mayor servicio que puede hacerse á los que superan á los demás en dones, porque para ellos los peligros de caída y ruina son mucho más considerables.

No, no sólo son los pequeños, los débiles, los que más ne-

cesidad tienen de la disciplina de la Iglesia, sino los que mejor dotados están, y los que marchan por la vía del progreso.

Esto no ofrece duda alguna, si examinamos el asunto desde el simple punto de vista natural.

Pero es todavía más claro, si nos colocamos en el punto de vista sobrenatural. Que se estrene uno en la vida espiritual ó que haga en ella notables progresos, que sea uno grande ó que sea pequeño, siempre tiene necesidad de la gracia. Pero la gracia sólo se encuentra allí donde su autor la ha depositado, es decir, en la Iglesia. Además, no puede uno aprovecharse de ella, sino á condición de emplear los medios á los cuales va unida.

Aquí no hay diferencia ninguna; sólo que el que debe realizar una empresa mayor, tiene también necesidad de una gracia mayor.

Grave error sería creer que el cristiano que se encuentra en los más elevados grados de la vida espiritual, no necesita ya el auxilio de sus medios de salvación. Al contrario, debe usar de ellos en la misma medida que el que aspira á progresos más elevados. Y de ellos usará si se considera como hijo de la gracia. Pero si renuncia á esta prerrogativa, renuncia por el hecho mismo á la vida sobrenatural y á todo progreso en esta vida.

Para todos los grados de la vida espiritual, para los principiantes, para los que en ella progresan, para los perfectos, permanece siempre la misma institución del orden de salvación y de los medios de salvación.

Ahora bien, esta institución puede resumirse en pocas palabras: Sin medios de gracia, no hay gracia; sin Iglesia, no hay medios de gracia, y sin Iglesia, no hay unión con Jesucristo.

La única diferencia consiste en que los principiantes en la fe y en la vida cristiana ofrecen preferentemente esta adhesión en tanto que los que progresan en ellas, á medida que se acercan á Jesucristo, se dan mejor cuenta de la belleza, de la grandeza y de la necesidad de

todo lo que conduce á Él, del mismo modo que hacen mejor empleo de todos los medios á que va unido el aumento de su gracia, y por ello mismo, de la unión con Él. [1]

9. Sumisión á la autoridad y dirección de la Iglesia como medios de progreso en la vida espiritual.— Por consiguiente, aquí tienen de nuevo aplicación las palabras del Espíritu Santo, á saber, que, para el justo, la ley no es yugo pesado, [2] sino que la lleva en el fondo de su corazón, [3] como un tesoro precioso y una protección sensible.

El modo más seguro de hacer progresos en todas las ciencias y artes consiste en armonizar los esfuerzos físicos é intelectuales con las leyes que las rigen. El que se siente lastimado en su libertad por las reglas de la lógica ó de la armonía, no es todavía más que un principiante. El pensador y el artista, de tal modo han familiarizado su espíritu con ellas, que ya no se preocupan de ellas lo más mínimo, porque sin ellas no pueden pensar. [4]

Mientras uno se adhiere voluntariamente al mal, considera la ley que se lo prohibe como una usurpación de la libertad. Cuanto más se familiariza con el bien, más estrecha se hace la unión de su corazón con la ley. En el momento en que no quiere ya otra cosa que el bien, ya no considera la ley como un poder extraño, porque se ha convertido en una sola y misma cosa con él en su voluntad y en sus esfuerzos.

Para el niño, todo maestro, toda disciplina, todo límite, toda autoridad, es una carga penosa y un obstáculo á su libertad; pero á medida que se desarrolla su inteligencia y se forma su corazón, comprende mejor la necesidad de una autoridad y de una dirección, y luego, llegado á la edad viril, se convierte en su defensor más celoso.

Con mayor razón, si se trata de la vida interior sobre-

(1) Cf. tomo V, X, 6.
(2) I Timoth., I, 9.
(3) Psalm., XXXIX, 9.
(4) Cf. tomo V, VII, 4.

natural, el progreso en la virtud conduce á tal inteligencia entre el corazón y la dirección á que ha confiado su alma, que es imposible hallar una comparación capaz de ofrecer de ella una idea exacta.

No hay grado en la amistad, ni dicha humana alguna comparable con la dulce intimidad que se establece entre el director espiritual y los que se confían libremente á su dirección.

La razón de ello se encuentra en la fe, en la naturaleza divina de la autoridad en general, y de la sobrenatural en particular, de esa autoridad á la cual Jesucristo nos ordenó que nos dirigiéramos para la dirección de nuestra vida espiritual.

Cuanto más se familiariza uno con la autoridad establecida por Dios y cuanto más en armonía se encuentra con su dirección, tanto más sólida es su fe, tanto más aumentan sus progresos en el bien, tanto más se aproxima á la unión con Dios.

CONFERENCIA XIV

LA AUTORIDAD EN NOMBRE DE DIOS

1. La montaña de Dios y los tres grados de la vida espiritual.—Las altas montañas ejercen sobre el corazón del hombre mayor atracción que el mar. ¿Quién podría contar los viajeros que las visitan anualmente, los cantos y las poesías que se les han consagrado, las leyendas misteriosas que á ellas se refieren? Quien una vez las ha visto, quiere volver á verlas. Ninguna fatiga, ningún peligro, ninguna dicha puede extinguir en él el deseo de escalar sus cumbres. Diríase que un encanto irresistible reside en ellas.

Pues bien, la Revelación divina ha sabido perfectamente sacar partido de esta curiosa inclinación. Todo lo que es propio para impresionar al hombre por su grandeza y sublimidad sobrenatural, es representado por ella con la imagen de montañas: Dios y su Hijo, el reino de Dios en la tierra, la Iglesia y su reino en el cielo. En una montaña proclamó el Salvador su ley y desplegó su divina magnificencia á los ojos de los Apóstoles arrobados. Retirábase á orar en la montaña; en una montaña empezó su sacrificio con penetrantes angustias, y lo consumó con su muerte. Desde la cima de una montaña elevóse á la gloria. Sobre una montaña está el Cordero [1], hacia el cual se vuelven las miradas de todas las generaciones, á fin de hallar el camino que las haga salir de las profundidades de la vida y las conduzca á la paz y á la luz.

Tales son las santas montañas. Preciso es que uno se muestre muy insensible, para no experimentar esta atrac-

(1) Apoc., XIV, 1.

ción. Aun allí donde la fe y la caridad se han debilitado, experimenta todavía un violento deseo por las cosas más elevadas el alma que oye estas palabras: «Alcé mis ojos hacia los montes de Jerusalén, de donde me ha de venir el socorro». (1)

Con todo, no basta desear las alturas y contemplarlas á menudo. Las montañas de la tierra, ofrecen ordinariamente un aspecto más hermoso vistas de lejos, que contempladas de cerca; y con frecuencia no vale la pena verificar la ascensión á las mismas. Pero, como todo lo que proviene de Dios,—las cosas de la fe, las virtudes, las revelaciones y las apariciones sobrenaturales—las santas montañas tienen la especialidad de parecer de lejos poco atractivas, antes bien, al primer golpe de vista parecen repelentes. Para apreciar su interés, preciso es ponerse en marcha hacia ellas, y, á medida que uno avanza, queda sorprendido de descubrir en ellas arrobadores encantos. (2) Para gozar de las cosas bellas de la santidad, no basta la contemplación ociosa, sino que es preciso la práctica activa.

De aquí que se haya dicho de la perfección: «¡Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo, ¡oh Dios mío!, y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar santo que destinó Dios para sí! Porque le dará su bendición el Legislador, y caminará de virtud en virtud; y el Dios de los dioses se dejará ver en Sión». (3)

Según la enseñanza de los Santos Padres, toda la doctrina de la perfección se encuentra en estas pocas palabras. No es feliz quien habla únicamente de la perfección y quien, con relación á ella, se limita á piadosos deseos; sino que sólo lo es quien, confiado y obediente á Dios, procura elevarse valerosamente hasta Él.

(1) Psalm., CXX, 1.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 56; *Evangel.*, 2, 36, 1. Thomas, 3, q. 30, a. 3, ad 3. Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 5, 85. Benedict. XIV, *Canoniz.*, 3, 51, 3, 4; 53, 11. Durand., *Visión.*, 11. Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 4, 2, 11; 3, 8, 9. Pineda, *Job*, 4, 16. Scaramelli, *Myst.*, tr. 4, n. 225. Schram., *Theol. myst.*, § 324.—(3) Psalm., LXXXIII, 6, 7, 8.

Ahora bien, la ascensión á esta santa montaña se hace en tres jornadas. (1)

Desde luego, es preciso abandonar este valle de lágrimas por medio de las cinco prácticas que constituyen el camino de la purificación: el alejamiento del pecado, la práctica de la penitencia, la extirpación de las malas inclinaciones y de los hábitos viciosos que el pecado ha dejado en el alma, el ejercicio de la mortificación y el de la oración.

La segunda jornada, que se hace por la vía iluminativa, consiste en el enojoso viaje de virtud en virtud. Cuádruple empresa espera en él al viajero: desligarse de las criaturas, practicar la oración interior ó meditación, practicar las verdaderas virtudes con la imitación de Jesucristo, y recibir frecuentemente los Sacramentos, gracias á todo lo cual, el que progresa en la virtud, puede sobre todo adquirir un aumento de auxilio sobrenatural de que tanta necesidad tiene.

Finalmente, esta ruta conduce cerca del lugar que se ha propuesto uno alcanzar, ó mejor, que Dios ha fijado como objetivo á todo hombre, á saber, la unión con Él. Esta última etapa es, como ocurre siempre en la ascensión á las montañas, la más penosa. Tres medios especialmente ayudan á recorrerla. El primero consiste en el desprendimiento personal. Pero como es esto algo excesivamente difícil para las fuerzas humanas, aun con el auxilio de la gracia, toma Dios, por decirlo así, personalmente esta empresa entre sus manos, y envía al hombre, para purificarle de los últimos restos de su egoísmo, pruebas exteriores y tormentos interiores. (2) El segundo, consiste en los esfuerzos para apropiarse la más elevada virtud heroica. Para llegar á ella, preciso es con frecuencia realizar acciones extraordinarias, pero siempre los pequeños consejos y los deseos de Dios. Finalmente, la ascensión á la cima se ve-

(1) En la explicación de lo que aquí se dice (Conferencia XVII, 19), deberán ser puestos de relieve algunos puntos por modo especialísimo, porque allí parece que hay algunas diferencias en contra de lo que aquí se afirma.
(2) La llamada *purgatio passiva;* véase más arriba, IX, 9.

rifica con la donación completa de uno mismo á Dios, mediante el recogimiento interior, la vida de unión con Él por el sentimiento continuo de su presencia, la sumisión completa á su voluntad en todas las acciones exteriores y en todos los deseos íntimos. Esta es la más alta perfección que el hombre puede alcanzar aquí bajo, es decir, mientras camina en la carne.

2. El protestantismo como adversario de la obediencia y de la dirección espiritual.—En la vida ordinaria, todo el mundo sabe que es una temeridad y una locura emprender una ascensión sin un guía experimentado. Á pesar de esto, siempre hay desgraciados á quienes un orgullo mal entendido impulsa á esta insensata audacia. Pero la voz de la razón los condena del modo más severo, y casi siempre acaban mal sus tentativas, pues ora se extravía uno, ora muere de hambre, ora rueda por un precipicio. Felices los que reconocen su simpleza á tiempo y vuelven á su punto de partida para recibir las censuras que merecen.

Pero á donde el hombre cree poder ascender solo, es especialmente á la montaña de Dios, cuya cima se remonta al cielo y se oculta á nuestros ojos.

Sin duda que todos estarán conformes en que nadie considerará como una vergüenza confesar que todavía no es maestro, ni mucho menos, en la más elevada de todas las ciencias y en la más difícil de todas las artes, en la ciencia y en el arte de perfeccionarse á sí mismo. (1) Sin duda que los más santos entre los santos suscribirían de todo corazón la confesión de Hugo de Trimberg:

«Hace más de sesenta y cuatro años que voy á la escuela, pero juro ante Dios que no conozco el abecé del arte que aleja de este mundo y conduce al cielo. Verdad es que muchos creen volar muy alto; pero yo me considero todavía muy alejado de la sabiduría que ambiciono lograr». (2)

(1) Augustin., *Ep.* 250, 2. Isidor. Pelus., *Ep.* I, 260.
(2) Hugo von Trimberg, *Rener*, 17, 860 y sig.

Sin embargo, sea que uno no tenga idea de la ciencia de los santos, sea que haya renunciado por completo á los esfuerzos para llegar á la santidad, ó que crea ser ya suficientemente perfecto para poder prescindir de toda dirección, triste es confesar que especialmente en el camino de la santidad es donde no se quiere reconocer la necesidad de una dirección.

Y todavía es peor que se llegue á veces hasta erigir en principio la lucha contra ella, y que se la predique como la línea de conducta que debe proponerse el que desea ser libre. Por desgracia, semejante espíritu casi se ha convertido en espíritu general. Considérase uno á sí mismo, no sólo como perfecto, por cuanto está convencido de que no tiene necesidad de dirección, sino que mira con desdén, y enseña en todas partes á considerar y á tratar con desprecio á los que creen que deben recorrer el camino de la perfección de conformidad con los sencillos principios de la razón ordinaria, es decir, sometiéndose á una dirección segura.

El orgullo y la temeridad lo son todo, antes que un signo de perfección; y si un modo de pensar y de obrar conduce á rechazar los otros, nadie encontrará en este modo una garantía de que necesariamente hace perfectos á los que lo siguen. Pero, sin entrar en estas consideraciones, el espíritu de secta de todos los tiempos ha tomado siempre como punto de partida la expulsión de la obediencia en las cosas religiosas, y sobre todo, en la vida moral.

Sin embargo, jamás ha tenido esto lugar por modo tan decisivo y constante como desde la Reforma. Bien podemos decir que este punto es, propiamente hablando, el principio que originó aquella gran escisión en el seno de la Iglesia, y que la sostendrá ó acabará con ella. Esta es la razón por la cual es casi el único en el cual están acordes las numerosas sectas modernas, y el único lazo de unión entre ellas. Que éstas nieguen lo que quieran,—la divinidad del Salvador, la redención de la humanidad con su muerte, la Santísima Trinidad, la resurrección de la

carne—mientras protesten contra la autoridad y el deber de obediencia en la fe y en la vida espiritual, sus adeptos serán protestantes y se reconocerán por este signo. (1)

Sin duda que hay también en el seno del protestantismo muchas buenas personas que experimentan todavía la influencia de la vieja cepa católica. Pero éste es únicamente asunto personal suyo y de la gracia divina, que visita igualmente á esas almas rescatadas por la sangre de Jesucristo, é inducidas en error sin culpa suya. Desde este punto de vista, ya no son verdaderos protestantes. Pero sea de esto lo que se quiera, aun en el caso en que ciertas personas quieran ser piadosas sólo por su propia cuenta, y estén dispuestas á convertirse en lo que uno quiera, excepto en católicas, hay siempre en ellas una inclinación oscura, inflexible, á desviarse de la vía de salvación establecida por Dios, una inclinación á la jactancia y á la terquedad. De aquí que, en los mejores de ellos, en gentes que personalmente no podrían ser más serias, se descubre cierta cosa que recuerda la comunidad de que forman parte, es decir, cierto aire de rigidez. Sí, esas gentes abandonadas á sí mismas, y que aspiran á obtener su salvación sin dejarse guiar por una autoridad divina infalible, tienen un aspecto exterior rudo, amanerado, que nos parece insoportable y contra natura, tanto como á ellas les parece imposible familiarizarse con nuestro orden de salvación. (2)

3. El camino estrecho, el camino ancho y la bifurcación.—Aquí es donde precisamente puede verse la penosa situación de esas personas que no viven bajo la dirección segura de una Iglesia fundada por Dios.

Su Iglesia enseña al católico, del modo más exacto, no sólo lo que debe creer, sino también lo que debe practicar para conseguir la paz del alma. Naturalmente que permanece él siempre en libertad de aceptar ó no su dirección, porque su más próximo é inmediato director es y continúa

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 164 y sig., 239, 244, 445 y sig.
(5) Schmöger, *Kath. Emmerich*, (2) I, 391 y sig.

siendo su conciencia. (1) Pero ésta no aparece sola ante su empresa llena de responsabilidad, sino que está aconsejada por la autoridad divina de la Iglesia.

El que no es católico forma parte de una comunidad que no se preocupa de su salvación. Propiamente hablando, no le enseña más que lo que debe evitar creer para no caer en manos del Catolicismo. Poco le importa que viva y se conduzca como le plazca. Si le pregunta lo que debe hacer para conseguir su salvación, le responde: «Esto no me compete en manera alguna; es asunto particular tuyo». (2) De aquí esas inquietas investigaciones á que se entregan nuestros hermanos separados para obtener la certeza de su salvación; y de aquí esos consejos que piden por todas partes, esos tanteos sin objeto y sin resultado, que constituyen el carácter propio de su mística subjetiva.

Sin duda que esa falsa dirección que desde su juventud han emprendido será, para muchos de ellos que son mejores que la comunidad de que forman parte, una excusa ante el Juez Eterno. Pero ¿no hay para cada uno de ellos momentos en que les es imposible desconocer la verdad?

Ciertamente, no hay hombre alguno que con frecuencia no se haya preguntado en su vida dónde se encuentra la verdad y á quién hay que dirigirse para poseerla. De repente se ha encontrado en presencia de una especie de bifurcación. De un lado, ha visto un camino ancho y cómodo, en dulce pendiente, pero perdiéndose bruscamente en lontananza. Hasta donde su mirada podía seguirlo, descubría numerosos viajeros que lo recorrían como bien les parecía. Pero, al llegar al extremo, todos desaparecían: diríase que caían en un precipicio. Por el lado opuesto, aparecía un camino penoso, estrecho, lleno de toda suerte de obstáculos, una verdadera senda de montaña. Sin duda

(1) Por consiguiente, aunque muy moderna é ingeniosa, es completamente falsa la relación que Murisier (*Les maladies du sentiment religieux*, 41), siguiendo á Maine de Biran, establece entre el guía espiritual y el alma cristiana y el magnetizador y el magnetizado. Cf. más abajo, *Apéndice*, n.° 7 y 8.
(2) Matth., XXVII, 4.

que, por esta razón, pocos eran los que lo tomaban. Pero nadie lo recorría sin llevar consigo un guía. En lo alto, pasaba el camino por una estrecha puerta. ¿Qué había detrás de aquella puerta? Nadie lo veía. Pero siempre que se abría para dar paso á un recién llegado, distinguíase una especie de resplandor, y se oían cantos de júbilo. Entonces volvía sobre sus pasos el guía para ofrecer sus servicios á otro viajero. En la misma bifurcación, hallábase una cruz. En uno de sus brazos podía leerse: «Dirección, obediencia;» y en el otro estaba escrito: «Orgullo».

¿Es que esto no debe bastar á todos para hallar el verdadero camino? ¿Es que no oye cada cual que su corazón le dice que, sin dirección, le es imposible hallar el camino que conduce á la vida, y, por consiguiente, practicar la obediencia? ¿Hay alguien que ignore lo que el Salvador dijo á propósito del camino ancho y del camino estrecho? (1) ¿Quién es el que por largo tiempo puede seguir un camino falso sin caer en falta?

4. La obediencia base del honor.—Pero, desgraciadamente, se ha llegado hasta el punto de que á la pregunta para saber si sigue uno el camino bueno ó el malo, ya no se responde de conformidad con las indicaciones de la razón y del Evangelio, sino únicamente de acuerdo con consideraciones tomadas del espíritu del mundo extraño á Dios, y que no parece sino que sólo impresionan á los corazones mundanos.

En una época en que el odio á la obediencia, de tal modo se ha desarrollado, que se discute públicamente la cuestión de saber cómo puede inculcarse á las masas el espíritu de rebelión; en una época en que, á pesar de las revoluciones sin cesar renovadas, quéjanse todos de que la ciencia de la revuelta está todavía en la infancia, (2) se ha presentado un teólogo protestante, muy aclamado y elogiado, que pasa por completo en silencio las enseñanzas y ejemplos del Salvador relativos á la obediencia, y que sos-

(1) Matth., VII, 13, 14.
(2) Bodichon, *De l' humanité*, I, 308.

tiene, por modo mundano, que es condenable la práctica perfecta de la obediencia, por la única razón de que equivale á una renuncia de la dignidad personal. (1)

Según este principio, Aquél que, por amor á nosotros, practicó la obediencia más perfecta, hasta morir en cruz; (2) Aquél que prefirió sacrificar su vida á sacrificar la obediencia, (3) no hizo otra cosa que abdicar de su dignidad.

En verdad que es llevar un poco lejos la laicisación de la teología y la adulación con relación al espíritu del mundo. Pero ¿en qué se convertirá nuestra salvación, si la hacemos depender de los juicios del mundo, y de sus juicios sobre el honor en particular?

¿Qué es lo que sabe el mundo en materia de honor? Ya á la Edad Media, á una época que enumeraba el honor entre los grandes bienes de la vida, (4) dirigíale el poeta estos reproches:

«Antiguamente valía algo el honor, pero ahora vale más el dinero». (5)

Si esto era ya verdad en aquella época, ¿qué decir de la nuestra?

En aquel tiempo, pensaban y decían todavía:

«El honor es superior á las riquezas. Sin honor, nadie es rico». (6)

«Pérdida de bienes, pérdida insignificante; pérdida de valor, pérdida á medias; pérdida del honor, pérdida completa». (7)

Hoy, ¿quién es el que comprende todavía este lenguaje? El mundo no conoce otro Dios que el dinero. ¿Quién es el que no prefiere las riquezas al honor? ¿Qué es lo que hace á uno un hombre sin honor, con tal que tenga dinero? ¿Quién no ha tasado, según el dinero, lo que posee? Cuan-

(1) Ritschl, *Versöhnuny und Erlösung*, III, 290, 574.
(2) Phil., II, 8.
(3) Bernard., *Offic. episcop.*, 9, 33.
(4) Zarncke, *Deutscher Cato*, 68.
(5) *Wiener Meerfahrt*, 20 y sig. (Mailath, Colozs. Cod. 55).
(6) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1228, 1229.
(7) *Ibid.*, 3077.

do Hegel hace depender el valor y el carácter del hombre de su fortuna y de sus bienes; [1] cuando Fichte hace depender de ellos la libertad, [2] y Rothe la virtud, [3] ¿cómo esperar que alguien pueda distinguirse aquí bajo, si carece de dinero?

Á lo más con una pistola ó una espada. Porque allí donde la noción del honor ha degenerado hasta este punto, no hay que asombrarse de que cualquiera se convierta en asesino de su amigo, porque éste le haya hecho caer inadvertidamente el sombrero, ó pisado la pata de su perro.

Hace ya mucho tiempo que, sobre esta especie de sentimiento del honor, expresóse así un verdadero poeta:

«Devolver golpe por golpe, incendio por incendio, rapiña por rapiña y deshonor por deshonor; pegar á uno y mutilarlo, ¿consiste en esto el verdadero honor? ¿Es que, en este caso, los bandidos, que sólo conocen el robo, el asesinato y el incendio, no son también hombres de honor?» [4]

¿Y nos será preciso sacrificar el Evangelio y el cielo, porque se nos diga que, en esta sociedad del dinero y por la gracia del sable, ya no se honra á la obediencia?

¡Como si, por lo contrario, no fuese una recomendación para la modestia, la moderación y la obediencia cristianas, el que nos llenen de valor y de fuerzas para resistir á una noción tan falsa del honor!

¡Guárdenos Dios de ambicionar semejante honor! No comprendemos cómo ningún cristiano puede desearlo. Pero sí comprendemos perfectamente que, deseándolo, se aparta de Jesucristo, sol de los espíritus y luz de la vida.

Sin duda que el Espíritu de Dios ordena el sentimiento del honor. No son únicamente los caballeros los que dicen: «Mi honor y mi vida» [5] «Antes perder la vida que

(1) Hegel, *Philosophie des Rechtes*, § 51.
(2) J. G. Fichte, *System der Sittenlehre*, § 23, III; § 24, 3.
(3) Rothe, *Christl. Ethik*, (2) III, 143, 206, 474.
(4) *Warnung*, 885 y sig., 901, 907 y sig.
(5) Calderón, *Jungfrau des Heiligtum* (Lorinser III, 71).

el honor»; [1] sino que también el mismo Apóstol se sirve de idénticas expresiones. [2]

Pero es éste un honor completamente distinto de aquél por el cual los insensatos de este mundo se desprenden de la vida, y, con la vida, del honor. No es así como obra el corazón cristiano. Para él, es la vida un bien inestimable, y, sin embargo, el honor es todavía un bien mayor.

Según las ideas cristianas sólo poseemos la vida para merecer nuestro honor.

Sí, preciso es merecer el honor. Nadie lo trae con la vida, como tampoco la virtud. Nadie puede regalarnos la virtud, sino que debemos adquirirla, lo mismo que el honor, con nuestra propia actividad. Pueden otros honrarnos, pero nosotros somos los que debemos procurarnos el honor.

Ahora bien, los testimonios de referencia sólo tienen razón de existir allí donde el honor es considerado como una consecuencia de la virtud. Muy bien expresa el proverbio ambas cosas: «El honor precede á los honores. El honor es la sombra de la virtud. [3] El honor es recompensa de la virtud, [4] y testimonio de las verdaderas cualidades interiores». [5] Así, pues, el camino que conduce al verdadero honor es la virtud verdadera y sólida, [6] y no huecas apariencias, vanas palabras y poder grosero, ni menos esa cobardía que consiste en evitarse con el suicidio los esfuerzos para vencerse, la abnegación personal y el cumplimiento del deber. «No se adquiere la inmortalidad—dice Dante—tendido sobre el plumón; sin celebridad, la vida del hombre deja una huella parecida á la del humo en el aire y á la de la espuma en la onda». [7]

(1) Fulbert. Carnot., *Ep.* 96; *Chanson de Roland*, 1701. Konrad, *Rolandslied*, 6019 y sig.
(2) I Cor., IX, 15.
(3) Kœrte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1231, 1232.
(4) Thomas, 2, 2, q. 129, a. 4.
(5) Thomas, 2, 2, q. 103, a. 1.
(6) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 12, 3.
(7) Dante, *Inf.*, XXIV, 47 y sig.

Esto no quiere decir que sólo los héroes de la virtud y los santos sean hombres de honor. Abandonamos esta severidad á los estoicos; en cuanto á nosotros, no rehusamos el honor á nadie, porque no se halle todavía en la cumbre de la perfección posible.

Pero sí debemos exigir de cualquiera que ame el honor, que aspire seriamente á la virtud, que se aproveche de todos los medios que puedan hacerle mejor, y que se deje conducir y aconsejar en todo lo que forma parte de su deber y puede ayudarle á lograr la perfección.

Por eso dice todavía el proverbio con profunda sabiduría: «El consejo forma parte del honor». (1)

Lo mínimo que supone el honor consiste en la disposición á recibir consejos, y en la actitud para ser dirigido hacia el bien.

Por consiguiente, quien cree que la docilidad y la obediencia son incompatibles con el honor, muestra que tiene ideas falsas acerca de él.

Precisamente lo contrario es lo verdadero: sin disciplina y sin orden, no hay honor. La base primera del honor es la obediencia.

Pero allí donde el hombre se ha hecho incapaz de escuchar un consejo y de someterse á la disciplina, allí se ha dado buena cuenta del honor. Terquedad, indisciplina, rebelión á toda enseñanza, por consiguiente, desobediencia; tal es el primer paso hacia el deshonor.

5. La obediencia como distinción honorífica de la criatura racional y como la más elevada virtud.—Comprendemos que el mundo no entienda inmediatamente el sentido de esta última frase. Sus nervios se sienten medianamente conmovidos sobre este punto, y su modo de ver algo falto de equilibrio.

Por otra parte, en esta divergencia de miras con relación á nosotros, menos se trata de una mala inteligencia sobre la obediencia que sobre la idea que uno se forma del hombre.

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1235.

Quizás lograríamos entendernos mejor sobre ambos puntos, si considerásemos el gran honor que la obediencia es para él.

«La obediencia,—dice San Agustín—es un privilegio sublime que sólo posee la criatura racional. El caballo no puede obedecer, sino que cede á la fuerza, ya que le faltan dos condiciones para ello: la posibilidad de comprender lo que debe hacer, y la capacidad de cumplirlo por voluntad propia. Al conceder al hombre la razón y la libertad, le ha dotado Dios igualmente del poder de practicar una obediencia libre y racional». (1)

El hombre se aproxima á la perfección de que le hace capaz su naturaleza racional, y, por el mismo hecho, á Dios, en el mismo grado en que practica la obediencia.

Por consiguiente, la obediencia es la mayor elevación, el más alto honor y la más envidiable nobleza que puede conseguir el hombre. (2)

El hombre halla inscrita con caracteres indelebles en su razón la verdad de que debe servir á Dios, su dueño, su bienhechor, su bien más elevado.

Dios es el único y último fin hacia el cual debe dirigir el hombre sus miradas. Todo lo demás representa únicamente el papel de medio con relación á este fin, y sólo puede ser utilizado en cuanto favorezca ó no entorpezca la obtención de este fin.

Ahora bien, en su camino encuentra el hombre tres obstáculos capaces de alejarle de su fin. Tales son: «La codicia de la carne, la codicia de los ojos y el orgullo de la vida». (3) De aquí que toda su vida moral gire en torno de estas tres grandes dificultades: saber utilizar los bienes temporales, saber vencerse, sobre todo en lo referente á los instintos de la sensualidad, y saber domar su inclinación al orgullo.

Cuanto más peligros ofrece uno de estos obstáculos des-

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 13, 20; *Gen. ad litt.*, 8, 6, 12.
(2) Rosignol., *Christ. perfect.*, 5, 3.
(3) I Ioan., II, 16.

de el punto de vista de la obtención del fin más elevado, más difícil es vencer, y más importante y honrosa es la virtud que de él triunfa.

Ahora bien, aquello á que más se adhiere el hombre es su propio sentimiento, su voluntad propia. Aunque renuncie á todo, se reserva todavía este punto, y la práctica de todas las virtudes se convierte para él todavía con mucha facilidad en medio de alimentar su adhesión á sí mismo. Aplícanse también aquí á la letra las palabras de la sagrada Biblia: «El hombre dará siempre la piel de otro por conservar la suya propia, y abandonará de buena gana cuanto posee por salvar su vida». [1]

Así, pues, mientras no sacrifique su propia voluntad, todos los demás sacrificios no significan gran cosa, ni le conducen á su fin.

Sólo el sacrificio de sí mismo, el más grande y difícil de todos los sacrificios, es el que le conduce á Dios, y da á todos los demás que puede hacer, su valor y la fuerza de unirle á su último fin.

Fácil es, pues, de ver que, aun desde el punto de vista de la moral natural, la obediencia es la virtud que exige más trabajos, pero también es la más perfecta de las virtudes morales hacia las cuales puede elevarse la criatura racional. [2]

6. La obediencia como la más indispensable virtud natural.—Resulta además de esto que, entre las virtudes naturales prácticas,—exceptuamos las virtudes sobrenaturales, sobre todo las teologales,—la obediencia es la más indispensable.

Evidentemente, sólo encuentra esto su aplicación tratándose de las virtudes llamadas morales, en el sentido más estricto de la palabra. Entre las virtudes naturales en general, la virtud intelectual de la prudencia—la Edad Media decía modestia—es ciertamente la más necesaria.

(1) Iob, II, 4.
(2) Thomas, 2, 2, q. 104, a. 3. Antonin., 4, t. 5, c. 11, § 1. Rainer, a Pisis, *Pantheologia v. obed.*, c. 5 (3), § 2. Phil. a S. Trin., *Myst.*, III, tr. 2, d. 2, a. 4.

Pero cuanto más rara y difícil es esta virtud, mayor es la importancia de la docilidad, con la cual puede ser reemplazada la misma falta de prudencia. [1] Por otra parte, la prudencia y la mayor suma de ciencia humana no podrían prescindir de auxilio extraño, ya que la aptitud para ser enseñado es parte esencial y nota característica de la prudencia. [2] Del mismo modo, hecho es conocido de todos que los espíritus limitados, que consideran lo poco que saben como la más vasta ciencia, son igualmente los más rebeldes á someterse á una enseñanza, y que, por lo contrario, es fácil aconsejar y dirigir á hombres inteligentes, porque saben que los mortales son falibles.

De aquí que la disciplina y la docilidad en seguir una dirección son, no sólo necesarias á la juventud, sino también á la edad madura. [3]

Lo que la salud al cuerpo, es la disciplina al alma. [4] Lo que el alimento ó la medicina para la salud física, es la obediencia para salud espiritual.

Además, la naturaleza indica ya á cada uno la necesidad de buscar cerca de sus semejantes un apoyo en los esfuerzos hacia la perfección.

El que no experimenta esta necesidad; el que llega hasta sentir molestia cuando se trata de pedir auxilio y consejo á otros, se nos ofrece como alguien que se ha despojado de nuestra naturaleza, y se ha revestido de los instintos propios de los animales del desierto. [5]

Cuando uno llega hasta creer que se rebaja aceptando auxilio del prójimo, nos sentimos tan extrañados de su conducta como de la de un pobre que se cree ofendido cuando un corazón compasivo quiere darle limosna.

Tres cosas hay que no son una vergüenza para nadie, aunque fuese un Salomón por la sabiduría y un Alejan-

(1) Bernard., *In Circumcis. Dom. S.*, 3, 11.
(2) Thomas, 2, 2, q. 49, a. 3. Macrob., *Somn. Scip.*, 1, 8.
(2) Aristot., *Ethica* 10, 9 (10), 9.
(4) Aristot., *Rhetor. ad Alexandr.*, *introd.*
(5) Maximus Tyr, *Dissert.* 32. 9.

dro por el poder. Tales son: escuchar, reflexionar y aprovecharse de los consejos y de las reflexiones.

Pero cuando uno no es un Salomón, y, no obstante, se muestra demasiado orgulloso para aceptar lo que el mismo Salomón, y él sobre todo, hubiese aceptado con gratitud, ni merece ser un Salomón, ni llegará á serlo jamás.

De aquí los proverbios siguientes: «No puede ayudarse al que no admite consejo». «El amor propio turba la limpidez de la mirada». «La seguridad no está segura en parte alguna». «La seguridad es la primera causa de las desgracias». «El que se avergüenza de preguntar, se avergüenza de aprender». [1] «Pregunta mucho y sabrás mucho». «Después de obrar, el mismo insensato comprende el consejo que se le había dado». «No fué ciertamente un insensato quien inventó el estudio». «Nadie es demasiado viejo para aprender». «El que pide consejo puede ser ayudado». «El consejo y la acción hacen al hombre». [2]

Todos estos proverbios enseñan por modo muy comprensible la racionalidad y necesidad de la obediencia.

7. La obediencia como virtud sobrenatural.—Pero, ¿cómo es posible que, no obstante todas las razones que recomiendan tanto esta virtud, sea tan rara su práctica? Se la alaba y no se la ama. La deseamos en los demás, pero, en cuanto á nosotros, huímos de ella. Se admite que la obediencia es la base de todo orden, y que allí donde falta la obediencia, no puede existir ningún orden. [3] Sin embargo, se trabaja tanto como se puede para destruir esta base indispensable al derecho y al reposo. ¿De dónde semejante contradicción?

No es difícil comprenderlo. Cierto es que la obediencia supone determinada abnegación personal y determinados sentimientos de humildad. Sin humildad, no es posible la verdadera obediencia. [4] La humildad es la única base so-

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1310, 6921, 6922, 1822. Wanderer, *Sprichwörterlexikon*, 1, 1097, n.º 103.
(2) Körte, (2) 4743, 1823, 7624, 4746 y sig., 6143 y sig.
(3) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichw.*, 496 (9, 57, 58).
(4) Augustin., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.

bre que puede crecer el arbol de la obediencia. [1] Pero la humildad es igualmente una de esas virtudes que se complace uno de hallar en los demás tanto como poco desea practicarla él mismo.

Hay todavía otra razón de semejante contradicción, idéntica á la que hace condenar la servidumbre del dinero, no obstante aceptarla uno con júbilo, idéntica á la que conduce á los panegiristas de la pureza del corazón á las cadenas del placer, cadenas que, sin embargo, detestan y desprecian.

El hombre se ha alejado de su fin. Desde entonces, no acierta á encontrar, con las fuerzas de que dispone, el puesto exacto que le conviene con relación á él, á las criaturas y á sí mismo. Ya no puede enseñorearse de las cosas de este mundo, ni de su propia capacidad é inclinación, las cuales le han sido dadas para alcanzar su fin, es decir, para perfeccionarse á sí mismo sirviendo á Dios. Por obra de un justo castigo, rehúsanle ellas la obediencia después que él se le ha rehusado á Dios, su último fin. [2] Entonces, lo que le fué dado como un medio para alcanzar su fin, se ha cambiado en obstáculo que le hace más difícil la obtención de este fin. Desprecia á Mammón, y está encadenado por él. Se avergüenza de sus movimientos sensuales, y se sumerge en el fango. Se queja de las cadenas de hierro de su terquedad y del yugo á que lo ha sometido el orgullo; pero desgraciado del que quiera obligarle á quebrantarlos y á doblegar su espíritu á la obediencia y á la humildad.

En nombre de todos estos desgraciados, llenos de contradicciones y debilidades, alguien exclamó un día: «¿Pero qué, lo que es en sí bueno, me ha causado á mí la muerte? Pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no la hallo para cumplirlo. De aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. Pero al mis-

(1) Ioan. Climac., *Scala*, *gr.*, 4, *schol.*, 63.
(2) Augustin., *Civ. Dei*, 13, 13; 14, 17.

mo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh qué infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo Señor nuestro». [1]

Así volvemos siempre á la misma respuesta; sólo que la necesidad de la gracia sobrenatural se impone tanto más fuertemente á nosotros, cuanto que más alto nos elevamos, y virtudes más difíciles anhelamos.

Sin la gracia, no hay humildad ni mortificación, ni castidad, ni, sobre todo, obediencia interior.

Si el espíritu, por sus propias fuerzas, ni siquiera puede desligarse del polvo de la tierra, ni de los bajos instintos de la sensualidad, ¿cómo se elevará por encima de sí mismo sin el auxilio de un poder más elevado que se encargue de obrar en él esta separación, de ese poder «vivo y eficaz, y más penetrante que cualquiera espada de dos filos, que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos?» [2]

Sin duda que puede uno encontrar muy bella la obediencia desde el punto de vista natural, y decir de ella cosas magníficas. Pero confesémoslo francamente. Hablando desde el punto de vista de la inclinación de nuestra naturaleza, ¿quién es el que no prefiere ser su propio dueño? ¿Quién es el que no prefiere su opinión personal, aunque vea que la de otro está fundada en motivos que valen cien veces más? ¿Quién no prefiere hacer su voluntad, que hacer la voluntad de otro?

Puede uno hacer gran caso de la obediencia, y admirar al que se somete á los sacrificios que ella exige. Este respeto puede ser tanto mayor cuanto que menos capaz se sienta uno de hacer otro tanto.

Pero, al obrar así, no se ha ganado gran cosa en la práctica de esta virtud.

(1) Rom., VII, 13, 14, 18, 22 y sig.
(2) Hebr., IV, 12.

Tampoco hará ciertamente grandes progresos en el dominio de la moral puramente natural. La sumisión externa y el respeto á una obediencia interna perfecta en los que son capaces de practicarla, son el grado más elevado á que puede remontarse la naturaleza. Pero no es esta la obediencia cristiana, la cual es la sumisión, no sólo en las cosas externas, sino la sumisión de la voluntad, y, lo que todavía es más difícil y exige una perfección mayor, la sumisión de la cabeza y del corazón. Porque todas estas cuatro cosas son inseparables para que la obediencia sea una virtud completa. Ahora bien, ¿quién se cree capaz de dominar la naturaleza hasta el punto de osar prometerse semejante virtud?

8. Las dos condiciones que pide la obediencia.— Á decir verdad, hay que añadir que apenas se puede lograr la obediencia como virtud interior del corazón, si no median dos condiciones preliminares: la de reconocer al superior como representante de Dios, y la de entregar el corazón á Dios por el sacrificio de la obediencia.

Pero ambas condiciones difícilmente se realizarán como es debido allí donde el punto de vista sobrenatural de las cosas no conduzca á la completa victoria.

No hay que acusar al hombre porque se muestre orgulloso de su libertad. En efecto, es ella un honor tan elevado y tan grande, que nunca le concederá la importancia que merece. ¿Cómo, por simples motivos naturales, renunciaría él en favor de otro el derecho de disponer de su más sublime privilegio, por cuanto aquél en cuyo favor renunciaría no forma parte de una clase de seres más elevados que él, ni lleva en su naturaleza signo alguno distinto que supere la excelencia de la propia libertad? [1]

Esta es la razón por la cual exigir la obediencia de quien no cree en la intervención de Dios en el mundo, en otros términos, pedirle que no haga uso de su libertad para sí, sino que ejecute libremente la voluntad de otro en vez de la suya, es ciertamente algo muy irritante. Puede uno ca-

(1) Gregor. Magn., *Mor.*. 21, 23: 26, 46.

llarse, ceder, someterse á la necesidad, como el soldado; pero dirá en el fondo de su corazón que semejante exigencia es injusta.

Aceptar la opinión de otro, hacer libremente la voluntad de otro, abdicando voluntariamente de sus propias miras y preferencias, sólo es posible á aquél que cree firmemente que la sabiduría y voluntad de Dios se manifiestan también en las cosas de aquí bajo y en nuestro destino.

Por consiguiente, la verdadera obediencia interna supone desde luego la creencia en el gobierno divino de las cosas y de los hombres. Sin esta creencia, la obediencia, tal como la exige el Cristianismo, la religión de la verdad y de lo interior, es imposible.

Aquel que no tiene la convicción de que el que exige de nosotros la obediencia manda á nuestra voluntad en lugar de Dios, cuyos derechos y poder ejerce, ó bien no conoce la verdadera obediencia, ó bien es un esclavo ó un hipócrita. (1)

La obediencia libre, jovial, interna, como los santos la han practicado, sólo es posible cuando uno piensa y obra como ellos mismos lo hicieron:

«Siempre y en todas partes serviré al único Salvador Jesús. Durante toda mi vida será Él mi soberano. Siempre le serviré como un buen vasallo. Poco me importa que su palabra pase por cualquier boca que sea, y que sea dulce ó dura: siempre ejecutaré sus órdenes». (2)

Pero no basta tener esta convicción únicamente en la cabeza, sino que debemos también grabarla profundamente en nuestro corazón.

Esto no quiere decir que la obediencia exista únicamente cuando uno ejecuta con alegría lo que le es ordenado.

Bajo este concepto, muchos superiores son tan injustos como poco sinceros muchos subordinados, y esto en detrimento recíproco de ellos.

(1) Basil., *Constitut. Monast.*, 22, 2, 3. Bernard., *Præcept. et dispensat.*, 9, 19. Rodríguez, 3, 5, 11, 12.
(2) Cynewulf, *Guthlac*, 6, 570 y sig.

Hay superiores que no se cansan de hablar de la dulzura de la obediencia. Proviene esto de que ellos mismos no han sabido jamás lo que es la obediencia ó lo han olvidado. Hay también necesidad de aprender á mandar, lo que ciertamente es una ciencia mucho más difícil de lo que creen los que con tanta facilidad mandan. Ahora bien, la verdadera ciencia de mandar es la obediencia. (1) Aristóteles habla ya de un viejo proverbio que decía que no puede mandar quien no puede obedecer, (2) y que sólo será un buen superior quien empiece por ser un buen subordinado. (3)

Sin embargo, con mucha frecuencia son también culpables los subordinados. Para hacerse ver, ó para infundir de sí mismos buena opinión, fingen á menudo obedecer todas las órdenes de sus superiores. Pero sea que teman confesar la verdad, sea que crean realmente que la obediencia exige que uno no experimente dificultad en obedecer, sino sólo placer, poco importa; viven en el error.

Ciertamente, nadie practicó jamás la obediencia por modo tan perfecto como el Hijo de Dios. Que viniese al mundo para realizar este fin, ó que desease toda su vida cumplirlo, (4) no fué esto óbice para que experimentase á veces luchas terribles cuando se trataba de someterse á él, luchas tales que rogó y conjuró á su Padre, por espacio de tres horas para que le ahorrase aquellas luchas que le hicieron sudar sangre por todos los poros de su cuerpo. En aquellos momentos, nada había de alegre ni de regocijante para Él. Pero esto es precisamente lo que hizo tan perfecta su obediencia.

Así, el sacrificio de la obediencia puede á veces exigir de nosotros mucha abnegación personal; pero en esto precisamente consiste su mérito y su grandeza.

Por consiguiente, si el corazón debe también tomar par-

(1) Cassian., *Inst.*, 2, 3. Bernard., *Vita S. Malach.*, 2, 4.
(2) Aristot., *Polit.*, 3, 2 (4), 9.
(3) *Ibid.*, 7, 13 (14), 4.
(4) Luc., XII, 50.

te en la obediencia, esto no quiere decir que tenga que volar á ella como á un banquete, sino antes bien que no debe huir de ella, aunque se vea obligado para ello á luchar con fuerza contra sus repugnancias. Y si de ello debiese resultar un sudor de sangre, como ocurrió con nuestro Salvador, modelo que debemos tener siempre á la vista en nuestra obediencia, sería entonces un sacrificio muy agradable á Dios.

No en vano se ha dicho, pues, que, á los ojos de Dios, supera en valor la obediencia al holocausto antiguo. (1) En éste, no se hacía más que derramar sobre los peldaños del altar la sangre de un animal que en seguida era quemado. Pero la obediencia no es un sacrificio de víctimas muertas, sino de seres vivientes; no un sacrificio transitorio, sino permanente; no un sacrificio imperfecto, sino el más perfecto de los sacrificios. (2) Por él, el hombre viviente ofrece su sangre á Dios, y se coloca todo entero, con sus acciones exteriores, su voluntad, su inteligencia, su corazón, sus inclinaciones y repulsiones, (3) en ese fuego del amor divino, lento, pero insaciable, que el Salvador trajo á la tierra y que desea ardientemente ver encendido. (4) Á la acción de este fuego, desaparecen todas las impurezas, se consume todo lo que es pecado, y la llaga purulenta, eternamente abierta, de donde proviene nuestra enfermedad, el amor propio, queda curada por el autor de la obediencia perfecta, por el Espíritu Santo, el Espíritu del temor de Dios, el Espíritu de la piedad y de la fuerza.

9. La religión más perfecta es aquella que mejor practica la obediencia.—No hay que asombrarse de que los santos, y todos los que han poseído el espíritu de Dios, hayan insistido siempre por modo tan expreso en la necesidad de la obediencia, considerándola como resumen, ó

(1) I Reg., XV, 22. Psalm., XXXIX, 7.
(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6. Thomas, 2, 2, q. 186, a. 7.
(3) Gregor. Magn., *Moral.*, 35, 28. Eucher. Lugdun., *In Reg.*, 1, 15. Amulo, *Ep. 2 ad Godescalc.* Smaragdus, *Diadema monach.*, 13. Angelomus, *In Reg.*, 1, 15.
(4) Luc., XII, 49.

por lo menos, como una de las notas más ciertas de los verdaderos esfuerzos para llegar á la virtud.

Esto está completamente de acuerdo con la idea de la religión y de la perfección cristianas.

La religión y el sacrificio son mutuamente inseparables. Sin sacrificio, no hay religión. Los sacrificios son tan imperecederos é indispensables como la religión. Allí donde falta el sacrificio, que es esencia, médula y flor de la religión, allí acaba también ésta. La religión es perfecta en el mismo grado que lo es el sacrificio, porque el sacrificio es el fin de la religión. No existe el sacrificio por la religión, sino la religión por el sacrificio. (1) Ahora bien, el sacrificio más perfecto es el holocausto, ó sacrificio completo. En éste, el hombre da á Dios, y sólo á Dios, sin procurar su propio provecho, todo lo que posee de más precioso, á fin de restablecer así, con este despojo, en la medida de lo posible, la unión rota entre ellos. (2)

En los tiempos antiguos, muy imperfectos, en que toda la religión consistía en cosas exteriores, no podía ignorar el hombre que no era ciertamente la ofrenda de un sacrificio visible, palpable, lo que era capaz de santificarle, sino que lo que debía dar valor al sacrificio era su interior. (3)

Ahora bien, cuanto más perfecta y espiritual es una religión, más evidente le hace esta verdad.

De esto no se sigue en manera alguna que haya de suprimirse en una religión más elevada la necesidad de un sacrificio externo, sensible. El hombre es siempre hombre; jamás se convierte en puro espíritu. Mientras sea lo que es, sus prácticas religiosas tomarán siempre forma sensible, del mismo modo que serán expresión de sus ideas espirituales. (4) Cuanto más progrese, y cuanto más perfecta sea su vida religiosa, tanto más ambos aspectos deben desarrollarse en

(1) Petr. Venerab., *C. Petroborus* (B. Lugd. XXII, 1058).
(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6.
(3) Irenæus, 4, 34.
(4) Thomas, 2, 2, q. 81, a. 7; 84, a. 2; 85, a. 1, 2.

él por modo igual. Tan pronto como uno de los dos quede rezagado, ya por negligencia en el culto externo tributado á Dios con la oración ó con la práctica de la virtud, ya por el predominio dado á lo exterior sobre lo interior, se produce un retroceso.

Por consiguiente, no hay que buscar el grado más perfecto de la religión en el desdén por la Iglesia visible, por el culto sensible tributado á Dios y por la práctica de las obras exteriores de virtud. Por lo contrario, el aumento de la perfección se manifiesta ordinariamente por una intensidad de celo con relación á ellos. Pero el fuego interior debe crecer también en la misma proporción, de suerte tal que la acción y el espíritu estén constantemente en equilibrio, y se perfeccionen juntos en la más íntima unión y en la igualdad más completa.

No es rebajar los sacrificios exteriores, sino antes bien es para ello la mejor recomendación, decir que la religión cristiana no sería la más perfecta, si no insistiese en la medida en que lo hace en el sacrificio de nuestro interior. No, no es una contradicción el que los doctores cristianos asignen al sacrificio del corazón una importancia tal, que con frecuencia se ha creído que no apreciaban en su justo valor los sacrificios exteriores. Sin embargo, no se apartan en manera alguna de la verdad, sino que exigen una acción visible y una alma que la anime.

Por eso dicen que el verdadero sacrificio es el sacrificio interior del espíritu y del corazón. [1] Sólo cuando el hombre se mortifica en el servicio de Dios, y muere para sí y para el mundo, hace un sacrificio, y el más perfecto de todos los sacrificios. [2] Para que tenga valor, todo otro sacrificio debe ser consumado por el fuego del amor, encendido en nuestro corazón. [3] El hombre sólo es una víctima á los ojos de Dios, cuando se consume en ese fuego del

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 19, 23, 5; 20, 25; *Sermo*, 48, 2.
(2) Augustin., *Civ. Dei*, 10, 6. Radulph. Flaviniac., *In Levit.*, 1, 1. Hugo a S. Victore, *Alleg. in V. T.*, 5, 19.
(3) Augustin., *In Ps.* 137, 2.

amor que arde en el altar del corazón. [1] En resumen, todo sacrificio exterior, para que sea perfecto, debe ir precedido y acompañado del sacrificio interior del corazón. [2]

Ahora bien, para el espíritu, no hay sacrificio más elevado que el que consiste en someterse á Dios por obediencia, para agradarle. La obediencia es el sacrificio que más cuesta al hombre. La obediencia es el sacrificio de lo más precioso que posee. Así, pues, el más elevado, completo é interior sacrificio es la obediencia; por consiguiente, la obediencia practicada por amor á Dios es la acción más sublime que puede producir la religión.

Así, la mejor religión se encuentra allí donde la obediencia es predicada con más insistencia, y practicada del modo más concienzudo.

No decimos que la obediencia es la más perfecta de todas las virtudes. La fe, la esperanza, la caridad, son más perfectas que ella. Pero, entre todas las virtudes, es ella sin contradicción la que mejor manifiesta la espiritualidad de una religión. Porque el sacrificio es la práctica más elevada de la religión, y la obediencia es la práctica más espiritual del sacrificio.

10. Felices efectos de la obediencia: libertad y seguridad.—Por lo contrario, las bendiciones de Dios son tanto más abundantes cuanto que más desinteresado se el sacrificio. Gran generosidad en el hombre provoca gran liberalidad de parte de Dios. Lo que aquellos que no conocen la obediencia consideran como pérdida enorme, es el mejor provecho que puede obtener el hombre. Si la obediencia es una especie de martirio, tanto por los dolores que hace sufrir, como por la fuerza que exige, [3] participa de su recompensa.

Por consiguiente, la promesa del Salvador: «El que pierde su vida por mi causa, la volverá á encontrar», [4] se aplica también á ella.

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 25, 16.—(2) Odo Cluniac., *Collat.*, 2, 28.
(3) Antioch., *Homil.* 39 (Migne, P. P. gr., 89, 1556 y sig.).
(4) Matth., X, 39. Luc., IX, 24. Ioan., XII, 25.

Pero esta vida le será devuelta en mejores condiciones de lo que él la ha dado. La ha dado en una obediencia medio libre, pero le será devuelta con gran espontaneidad y transfigurada.

Triste prueba es de que el mundo comprenda esto con tanta dificultad, porque indica que conoce muy poco la verdadera libertad; más ello no modifica el hecho de que la obediencia es la raíz de la verdadera libertad.

Con suma frecuencia vemos que no hay gentes menos libres que las que están habituadas á no hacer más que su propia voluntad. Mientras son capaces de resistir á los consejos y á la voluntad de otro, es esto todavía pasable; pero, abandonados á sí mismos, no saben ya como conducirse. Conviértense en objeto de burla para sus sirvientes, y en presa de cualquiera suficientemente astuto para sacar partido de su situación. Contemplad esos sabios que dan el tono en sus especialidades, esos maestros que no saben mas que censurar y castigar, esos funcionarios que son semidioses en las pequeñas ciudades ó en las regiones que administran, esos ricos que no pueden quitarse un zapato sin ayuda ajena. ¡Qué seres tan dignos de piedad por la sujeción en que se encuentran! Ó bien se convierten en esclavos de su fantasía, de sus caprichos, de sus ilusiones, ó bien son pedantes que no pueden ya abandonar sus hábitos, como el niño en los pañales en que se le ha enfardado.

Lo mismo ocurre en la vida espiritual. La libertad del espíritu es cosa que ni siquiera comprende el que está habituado á buscar á Dios según su fantasía. Ordinariamente, esas pobres gentes se encierran en una coraza de mortificaciones y de prácticas casi insoportables; y tan pronto como la justicia ó la caridad les obligan á salir de su género especial de vida, pierden la cabeza y la paz del corazón, si no es que pierden á Dios mismo.

¡Cuán distintos son aquellos que han aprendido en la escuela de la obediencia á no permanecer confinados en sus estrechas miras, y á seguir inspiraciones distintas de las

suyas propias! ¡Cuán inventivos son y amplios de espíritus! En una palabra, ¡cuán libres son! (1)

Al trazarles una regla fija de conducta, les ha enseñado la obediencia á no convertirse en juguete de sus propios caprichos y fantasías, por un lado, y, por otro, les ha hecho imposible la adhesión exclusiva á sus propias miras, y los ha puesto en seguridad contra toda subordinación á prácticas y hábitos externos. Sí, á la edad que otros hace ya mucho tiempo que están secos y osificados, conservan ellos la movilidad de la juventud para familiarizarse con cosas ajenas, la aptitud para desempeñar las más diversas funciones, la capacidad para continuar su instrucción y mejorarse; en una palabra, si todavía pueden progresar, á la obediencia se lo deben.

Pero también en la vida pública aparece la capacidad de obedecer como un verdadero beneficio para un pueblo. ¡Qué desgracia para un país, si le falta la dirección sólida y la obediencia! Desde que el pueblo francés ha rechazado toda autoridad, consume sus dones grandiosos en todas las tentativas imaginables para conquistar una situación satisfactoria y que responda á sus facultades. Pero no logra más que aumentar en él la inquietud que lo enerva, la incertidumbre que lo paraliza y la esclavitud que lo pone á disposición de algunos detentadores del poder.

El mismo fenómeno hace ya mucho tiempo que se nota en el dominio espiritual, en el que se vive según el principio de que la sumisión á un poder visible es un obstáculo á la vida de la inteligencia y á la vida del alma. Si encuentra esto su aplicación en el terreno del dogma,—y basta citar el protestantismo moderno—con mayor razón lo encontramos en el de la mística.

¡Qué pena tan grande ver que tantas almas nobles y llenas de buena voluntad buscan la muerte en ese abismo! Con su amor á lo serio y fundamental, ¡cuán seguramente llegarían á puerto, si tuviesen la dicha de pasar por una escuela severa!

(1) Nieremberg, *Doctr. ascet.*, 5, 1, 3. Rodríguez, 3, 2, 5.

Aquí es donde vemos los beneficios de la disciplina con relación á la fe, á la vida y á la formación del carácter.

Sin ella, ¿en qué se hubieran convertido frecuentemente nuestros santos, con el ardor, la energía y los esfuerzos gigantescos de que han dado pruebas?

¡Qué error creer que sólo los débiles tienen necesidad de firme dirección! Ciertamente que les es necesaria, pero los fuertes y los audaces tienen todavía de ella más urgente necesidad. (1)

Por consiguiente, prueba es de gran sabiduría por parte de Dios encadenar precisamente á aquellos á quienes ha concedido los mayores dones y el más ardiente celo con los lazos de una dirección severa, y á veces un tanto miope en concepto de ellos.

Lo que ellos y los otros miran como un obstáculo, es precisamente un inmenso beneficio para ellos.

Cosa cierta es que nadie teme más necesidad de moderación y de comedimiento como los que poseen grandes dones. Si no quieren excederse, deben poner un freno á su celo natural y domar la impetuosidad de su corazón. (2)

La calma, la modestia, la moderación, aun en los esfuerzos para llegar á la virtud y á la devoción, deben ser recomendados con insistencia, especialmente á aquellos que aspiran con todas sus fuerzas á la verdadera perfección. (3)

Ahora bien, como es esto lo que hay de más difícil para aquél que procura alcanzar los fines más elevados, Dios mismo viene en su auxilio; y lo hace, ora con violentas luchas interiores, ora suscitándole obstáculos externos.

Entre estos últimos el más rudo, pero también el más provechoso, consiste en verse colocado entre las manos de un director falto de experiencia ó violento, que no le comprende, y que con frecuencia le maltrata y le humilla sin cesar.

(1) Lud. a Ponte, *Dux spirit.*, 4, 2, 2. Schram, *Myst.*, § 331.
(2) Surin, *Catéch. spirit.*, I, 1, 4, § 2, 2; 9, 5; 16, 6. Lombez, *Paix intérieure*, 2, 2, 3; 3, 4, 6; 4, 8.
(3) Lombez, *Paix intérieure*, 4, 1, 4.

Por penosa que sea esta situación, no deja de ser muy útil, si se soporta con paciencia y humildad. Porque, sin límites estrechos, los que marchan por estas vías elevadas caerían en singularidades y extravagancias, y acabarían por sumergirse en los precipicios que los rodean. Purifica Dios así, en la hornada de la prueba, á sus elegidos de la adhesión que tienen á sí mismos y á sus propias opiniones, lo que, en ellos, perjudica en gran manera el honor de Dios, les preserva de volcar, del desorden y de la indisciplina, con lo cual muchas almas nobles degeneran en verdaderas caricaturas, (1) y les obliga á desprenderse de toda intención humana, de toda precipitación y debilidad, de todo lo que perjudica tan fácilmente la obra de Dios. Y con esto se convierten la paciencia y la constancia en fortaleza (2) y crece la fuerza interior y se prepara para las grandes acciones heroicas, impidiendo precisamente que el retraimiento prive á los elegidos de consumirse en futilidades inútiles, las cuales sólo sirven para despertar el amor propio, y no son de ninguna utilidad para las altas intenciones de Dios. Lejos de que la dirección de la almas retenga al hombre artificialmente, como cree el americanismo, en el grado de pasividad, de dependencia, en una palabra, en la infancia, es, por lo contrario, la escuela de la verdadera fortaleza, de la acción razonada, de la sólida piedad, en una palabra, del carácter cristiano natural y completo.

(1) La dirección de las almas casi es el único medio para privar de aquella ordinaria indisciplina con la cual los principiantes en la vida espiritual quieren ejercer las prácticas más difíciles de la más alta perfección, y con la cual los que, por el contrario, han pasado la vida entera en el ejercicio de la piedad, nunca han pensado en practicar los ejercicios de los principiantes, es decir, la vida purgativa (Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben* (3), 217, (5), 240). En verdad que el director debe conocer las vías espirituales y mantener seriamente la dirección. (Cf. Hieron. von Seedorf, *Die Wahre und die falsche Aszese*, 244 y sig.).
(2) Con gran exactitud dice Gombault (*L'imagination et les états préternaturels*, 290) que la ascética justamente ejercida en unión con la seria dirección (abstracción hecha de las pruebas difíciles que Dios manda), es la mejor escuela para fortalecer la voluntad, y por ello el más seguro remedio contra el histerismo, el cual consiste principalmente en el abandono y paralización de la voluntad. Cf. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, (2), 385.

Con frecuencia se dirige á los directores de almas el reproche de que convierten en estúpidos á los que á ellos se confían.

Puede ocurrir á veces que una dirección falsa introduzca la turbación en ciertas almas. Lo admitimos de buen grado. Pero que se admita también que, para un alma que yerra el camino, se descarrían á centenares, si no tienen la dicha de encontrar una mano fuerte que las dirija.

¡Cuántas personas sin educación, sin formación, excéntricas, escrupulosas, insoportables, que no parecían tener otro objeto que amargarse á sí mismas y amargar á otros la vida, y hacer odiosa la piedad; cuántas personas bien dotadas que estaban en el camino más propicio para caer en la mentira, en el farisaísmo, en el ilusionismo, en el iluminismo, cuántos amenazados de perder su alma, se han mejorado, sanado y santificado, poniéndose bajo la disciplina y obediencia de un severo director! (1)

Sí, la dirección de las almas impide, en los individuos, en las familias y en el mundo, mayor cantidad de males de lo que creen los que la censuran. Si el mundo conociese sus ventajas, se apresuraría á habituar á los niños á sus beneficios. Entonces constituirían los adultos una generación de hombres completos. Y, en este caso, ¿no se hallarían mejor?

11. En donde falta la obediencia, falta Jesucristo.—El que conozca á los hombres, confesará que, considerada desde el punto de vista puramente humano, esta idea de la dirección es de la más alta psicología.

Pero, desde el punto de vista sobrenatural y cristiano, tiene todavía mayor importancia.

Si el hombre sin dirección es impotente para encontrarse á sí mismo, lo es todavía más para hallar á Dios y á su Cristo, fuente de toda salud.

Podemos tratar brevemente este punto, porque también lo trata con brevedad, aunque con mucha claridad el mismo Verbo de Dios: «Nadie va al Padre, sino por mí» (1) —dice.—Pero ¿cómo vamos nosotros al Cristo? El mismo nos da la respuesta: «En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á Aquél que me ha enviado». (2)

(1) Cf. L. Lallemant, *Doctrine spirituelle, princ.* 4, ch. 1, a. 3.

Todo depende, pues, de saber quién es el que Él ha enviado. Ciertamente, no es esto difícil de descubrir. Ha enviado á todos aquellos á quienes se aplican estas palabras: «Como mi Padre me envió, así os envío también á vosotros». (3) «El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia. Y quien á mí me desprecia, desprecia á Aquél que me ha enviado». (4)

Para llegar á Dios, no hay, pues, otra vía que Jesucristo, y para llegar á Jesucristo, no hay, pues, otra vía que la indicada por aquéllos que Él ha enviado.

Preferiría el hombre que Dios descendiese directamente á él; y preferiría abrirse por sí mismo su camino hasta Jesucristo. Pero debe bastarle poder obtener el inmerecido favor de hallar acceso cerca del trono del Altísimo por mediación de aquéllos á quienes Dios ha encargado esta empresa.

El Señor no desciende sobre ninguno de ellos en forma visible, y si bien lo hace alguna vez por casualidad, sólo es cuestión de un momento, y sobre los hombres que ordinariamente son sus mandatarios. Mostróse á Saulo justamente el tiempo necesario para permitir que éste le dijera: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y el Señor le respondió: «Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer». (5) Pero no fué Dios quien le dijo esto, sino que se lo hizo decir por boca de un hombre.

Tal es la regla general seguida en el reino de Dios. De ordinario, en la escuela de los hombres es donde se aprenden las enseñanzas del Señor. (6) Sin duda que á veces

(1) Ioan., XIV, 6.—(2) Ioan., XIII, 20. Matth., X, 40.
(3) Ioan., XX, 21; XVII, 18.—(4) Luc., X, 16.
(5) Act. Ap., IX, 7.—(6) Augustin., *Ep.* 193, 4, 13.

ocurre que Él mismo instruye directamente á alguien por un impulso puramente interno. (1) Pero es esto una excepción que no hace más que confirmar la regla general. Y esta excepción tiene lugar únicamente en favor de aquellos que se someterían voluntariamente á una dirección humana, si tuviesen ocasión de ello; y sólo son objeto de ella porque no tienen la posibilidad de encontrar un director. (2) Fuera de este caso, no ofrece esta gracia extraordinaria á ninguna persona que rehusa la dirección externa de la obediencia, y que le ruega que ella misma sea su propio director. (3)

En la vida de Santa Mechtilde de Magdeburgo, vemos precisamente cuán poco comprenden el espíritu de Dios y cuán poco deben esperar hallar á Jesucristo aquellos que cuentan con sus luces interiores y con la dirección inmediata de Dios. «Una vez, durante la noche—dice la Santa—yo, pobre é indigna criatura, ví al Salvador en forma de peregrino que había recorrido toda la cristiandad. Arrojéme á sus pies diciendo: «Querido peregrino, ¿de dónde vienes?»—«Vengo de Jerusalén,—me respondió.—(Quería decir de la cristiandad). He sido arrojado de mi propia casa. Los paganos no me conocen, los judíos no me soportan, los cristianos me atacan».—Entonces oré por la cristiandad. Pero el Salvador se lamentaba con profunda tristeza de las penas que le hacían sufrir los cristianos, y enumeraba todas las bondades que les había prodigado y lo que había sufrido por la Iglesia. Todos los días—decía—buscaba en ella ocasión de poder derramar su gracia. Entonces redoblaron sus quejas, y exclamó: «La terquedad y la propia voluntad me arrojan del asilo de sus corazones. Pero, en este caso, los abandono á sí mismos, y cuando mueran, los juzgaré en el estado en que los dejé en aquel momento». (4)

(1) Augustin., *In Psalm.* 113, 2, 11. Gregor. Magn. *Dial.*, 1, 1.
(2) Vincent. Ferrer., *Vita Spirit.*, p. 2, c. 1, 1 (Rousset, p. 76 y sig.).
(3) Cassian., *Collat.*, 2, 15.
(4) Mechtild von Magdeburg, 7, 13.

12. Sin obediencia corre peligro la salvación.—Tras lo que acabamos de decir, fácil es comprender que la ascensión á la montaña del Señor es muy peligrosa, y fácil de darnos cuenta de las luchas que debemos sostener contra ese poder que parece que ha jurado impedirnos llegar á su cumbre.

Y, cosa curiosa, apenas si existe una montaña con relación á la cual no relaten los pueblos alguna siniestra leyenda. Ora es un genio maléfico que juega malas pasadas á los viajeros aislados, los extravía ó los precipita en el abismo, ora otra desgracia.

Esto hace pensar en las palabras del Señor: «¿Cómo caíste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? Tú has sido un querubín que extiende las alas y cubre el trono de Dios. Yo te coloqué en la montaña santa de Dios. Pero he aquí que te has enorgullecido de tu belleza y has perdido tu sabiduría. Y te has dicho en tu interior: «Escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; sentaréme sobre la Montaña de la Alianza; sobrepujaré la altura de las nubes más elevadas; seré semejante al Altísimo». Pero tú has sido precipitado al infierno, á la más honda mazmorra». (1)

Desde entonces, este espíritu malvado no puede ver á nadie que intente alcanzar la cima, de la cual le hizo descender la desobediencia, sin que se esfuerce en perderlo. Apenas advierte que alguien sube á esta montaña, cuando se levanta furioso y se encarniza en su persecución, como dice un viejo poeta: «Suspendido el carcaj sobre sus hombros y calado el casco, este feroz enemigo de Dios se desliza como la serpiente; y él, el maestro del perjurio y de la hipocresía, se lanza fuera del infierno como león furioso». (2)

Y ahora, representémonos la situación de un viajero, que, desconociendo el camino que conduce á esta montaña, se aventura á subirla solo. Pónese en camino con valor,

(1) Is., XIV, 12 y sig. Ezech., XXVIII, 14 y sig.
(2) Caedmon, *Genesis*, 5, 442 y sig.

confiando en su prudencia y orgulloso de su fuerza. Pero, ¡cuántas veces se ha arrepentido de su temeridad! ¡Si tan sólo pudiese hallar un guía seguro! ¿Qué hacer? ¿Volver sobre sus pasos? No se lo permite su orgullo. Entonces se apodera de él la desesperación. Considera inminente su pérdida. Retroceder le es tan difícil como avanzar. Sobre el borde del abismo, desde el cual hace mucho tiempo que le acecha, le sorprende repentinamente su enemigo y da libre curso á su cólera, «semejante al león, á quien sus hambrientos pequeñuelos le esperan en su guarida, y que, tras larga é infructuosa caza, descubre repentinamente una presa». (1)

El pobre hombre puede arreglar sus cuentas; está perdido.

Entonces comprende la verdad de lo que la razón y la conciencia, la experiencia de millares de personas y la palabra de Dios, le han advertido tantas veces, á saber, que sólo asciende con seguridad á la montaña de Dios el que hace el camino con otros, protegido por una dirección segura.

Pero esta experiencia llega demasiado tarde para él. Sin embargo, puede ser útil á otros. «¡Felices los que se aprovechen de ella!

(1) *Lohengrin*, 5, 573, 4 y sig.

Apéndice

LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

1. Lo que facilita la empresa del apologista.—No podemos ocultar á los que comparten con nosotros nuestra fe y nuestras ideas, que con frecuencia podrían hacer mucho más fácil su empresa al defensor de la vida cristiana, y esto por modo sencillísimo.

El que se limita á exponer la doctrina cristiana tiene una tarea mucho más fácil que el que quiere defender la vida pública del cristiano contra los ataques de sus enemigos. Como estas funciones no son desempeñadas por ángeles ni por santos, sino todo lo más por hombres que se esfuerzan en llegar á ser santos, compréndese por adelantado que no lo serán por modo tan perfecto como fuera de desear.

Cosa es ésta que todo el mundo sabe, y nadie debería escandalizarse ni asombrarse de ella. Sólo el orgullo de los estoicos, el fanatismo de los donatistas y el rigorismo de los jansenistas pueden declarar la guerra al Cristianismo, porque sus adeptos no realicen por completo su empresa.

Pero los que conocen al hombre, y los que ante todo se conocen á sí mismos,—de ordinario son los que aspiran con mayor celo á la perfección—se acuerdan en estas ocasiones de las palabras de su Maestro de que: «En el trigo hay siempre cizaña y que vale más dejar crecer uno y otro hasta la siega». (1) Esto les preserva del doble peligro, ó de caer en el pesimismo y en la acritud, si es que no lle-

(1) Matth., XIII, 30.

confiando en su prudencia y orgulloso de su fuerza. Pero, ¡cuántas veces se ha arrepentido de su temeridad! ¡Si tan sólo pudiese hallar un guía seguro! ¿Qué hacer? ¿Volver sobre sus pasos? No se lo permite su orgullo. Entonces se apodera de él la desesperación. Considera inminente su pérdida. Retroceder le es tan difícil como avanzar. Sobre el borde del abismo, desde el cual hace mucho tiempo que le acecha, le sorprende repentinamente su enemigo y da libre curso á su cólera, «semejante al león, á quien sus hambrientos pequeñuelos le esperan en su guarida, y que, tras larga é infructuosa caza, descubre repentinamente una presa». [1]

El pobre hombre puede arreglar sus cuentas; está perdido.

Entonces comprende la verdad de lo que la razón y la conciencia, la experiencia de millares de personas y la palabra de Dios, le han advertido tantas veces, á saber, que sólo asciende con seguridad á la montaña de Dios el que hace el camino con otros, protegido por una dirección segura.

Pero esta experiencia llega demasiado tarde para él. Sin embargo, puede ser útil á otros. «¡Felices los que se aprovechen de ella!

(1) *Lohengrin*, 5, 573, 4 y sig.

Apéndice

LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

1. Lo que facilita la empresa del apologista.—No podemos ocultar á los que comparten con nosotros nuestra fe y nuestras ideas, que con frecuencia podrían hacer mucho más fácil su empresa al defensor de la vida cristiana, y esto por modo sencillísimo.

El que se limita á exponer la doctrina cristiana tiene una tarea mucho más fácil que el que quiere defender la vida pública del cristiano contra los ataques de sus enemigos. Como estas funciones no son desempeñadas por ángeles ni por santos, sino todo lo más por hombres que se esfuerzan en llegar á ser santos, compréndese por adelantado que no lo serán por modo tan perfecto como fuera de desear.

Cosa es ésta que todo el mundo sabe, y nadie debería escandalizarse ni asombrarse de ella. Sólo el orgullo de los estoicos, el fanatismo de los donatistas y el rigorismo de los jansenistas pueden declarar la guerra al Cristianismo, porque sus adeptos no realicen por completo su empresa.

Pero los que conocen al hombre, y los que ante todo se conocen á sí mismos,—de ordinario son los que aspiran con mayor celo á la perfección—se acuerdan en estas ocasiones de las palabras de su Maestro de que: «En el trigo hay siempre cizaña y que vale más dejar crecer uno y otro hasta la siega». [1] Esto les preserva del doble peligro, ó de caer en el pesimismo y en la acritud, si es que no lle-

(1) Matth., XIII, 30.

gan á creer que se engaña la Iglesia, ó de inventar falsas excusas, y hacer con ello sospechosa su causa.

Si todos los nuestros pensasen así y obrasen en consecuencia, la empresa del apologista sería muy fácil.

Cuanto más abiertamente confesemos que también nosotros tenemos defectos, con más rapidez pierde su veneno el agijón de la censura, y más cierto es que obedecemos á un solo pensamiento, el de rendir homenaje á la verdad objetiva, cualquiera que ella sea.

Desde este punto de vista, la conducta de los antiguos tiempos es muy consoladora para nosotros. ¡Con qué sinceridad admite San Agustín que eran fundados muchos de los reproches dirigidos por los donatistas á los católicos! ¡Con qué franqueza hablan de sus debilidades los antiguos santos! ¡Con qué serenidad las refieren sus biógrafos!

Es esto seguramente un testimonio en su favor y en favor de la causa que representa. El que tiene conciencia de que vale poco, debe evidentemente vigilarse para no descubrir ninguno de sus defectos á los ojos del mundo. Pero el que posee ciencia y virtud sólidas, no teme gran cosa que sepa el mundo que también es él hombre, y que tiene sus debilidades.

Lo mismo ocurre con la adhesión á la Iglesia. Si uno es superior á las simples disposiciones personales, si se funda únicamente en la creencia de que la Iglesia es obra divina, no se extrañará en manera alguna de que Dios se haya rebajado hasta el punto de poner su fundación en manos de hombres débiles que con frecuencia dan pruebas de su fragilidad.

Ahora bien, de esto se trata precisamente en la cuestión que ventilamos. El mundo puede lamentarse de ciertos defectos que se adhieren de vez en cuando á los que ejercen el poder espiritual y á sus subordinados. Sobre ello jamás dirá él más que nuestros santos. Que nos oponga, si gusta, que grandes exageraciones pueden tener lugar en esta materia; esto no impide que los más ilustres san-

tos hayan repetido á menudo que una fuente de abusos irritantes provenía de que muchos se permitían enseñar sin haber aprendido, exigían lo que no practicaban, consideraban como muy fácil el cargo de los superiores, precisamente porque desconocían su importancia, y se ocupaban en la dirección de las almas sin tener idea de la dificultad de esta empresa. (1) «Si hay pocos que ejerzan con utilidad las funciones de superiores,—dice San Bernardo —todavía hay menos que las desempeñen con humildad. (2) No puedo dejar de asombrarme de la temeridad de tantas personas que sólo recogen espinas y cardos en su propia viña, y que, no obstante, no vacilan en introducirse violentamente en la viña del Señor». (3) «De aquí que—dice un gran maestro de la vida espiritual—sea fácil de comprender que, entre las almas destinadas á la perfección, haya tan pocas que la alcancen. Uno de los principales motivos depende desde luego de la falta de directores capaces de conducirlas por esta vía». (4)

2. Peligros de la obediencia para los superiores y para los súbditos.—De aquí que no veamos nada que pueda asustarnos cuando los adversarios de la Iglesia hablan de la posibilidad de abusos en el ejercicio del poder espiritual.

Por lo contrario, todavía vamos más lejos, y decimos que, de hecho, los hay. Sí, este poder tiene sus peligros, sus grandes peligros, tanto para los que mandan como para los que obedecen.

Terrible es todo poder para el que de él está investido, pero especialmente el poder sobre las almas y sobre las conciencias. (5) Tan grande es éste, que nada tan fácil como abusar de él y transformarlo en tiranía. (6)

(1) Gregor. Magn., *Reg. pastor.*, 1, *introd. et c.* 1; 3, 4; *Evangel. hom* 1, 17, 3 y sig., 13 y sig. Petr. Damian., *Homil.* 5.
(2) Bernardus, *Cant. cant.*, 23, 8.
(3) Bernard., *Cant. cant.*, 30, 7. Hieron., *In Is.* 3, 7.
(4) Godínez, *Theol. Myst.*, 7, 1. Schram, *Myst.*, § 327.
(5) Humbert. a Romanis, *Expos. regulæ S. August.*, p. 10 (Bibl Max. PP. XXV, 643, f. g).
(6) Ioan. Saresber., *Polycrat.*, 8, 17.

Por otra parte, siéntese el hombre tentado de abusar del poder en el momento mismo que lo posee. Casi todos se sienten impulsados á convertirse en tiranos desde que tienen la posibilidad de serlo. Así pensaban Aristóteles [1] y San Gregorio el Magno. [2]

Puédese afirmar que el hombre en cuyas manos descansa la autoridad, no está en seguridad contra los excesos más que en la medida en que de ella se sirve con prudencia. En el momento en que se siente capaz de ejercerla y en que la ejerce con ciega confianza, se produce ya el mal. Aquellos superiores que creen poseer un don particular, no se contienen fácilmente en justos límites, aunque procuren persuadirse de que poseen este don por gracia extraordinaria de Dios. Entonces, cuanto más se prolonga el ejercicio de sus funciones, más se convencen de que su manera de ejercer la autoridad es la única legítima. Jamás sienten la necesidad de pedir explicaciones y consejos; no toleran advertencia alguna; su opinión está siempre conforme con la verdad; su palabra es infalible. [3]

Ahora bien, doloroso tormento de conciencia es verse uno sometido á un superior demasiado confiado en sus propias luces, que todo lo cree saber, inaccesible á las luces de otros, con boca para mandar, pero sin oídos para escuchar, con corazón para sentir lo que le interesa, pero sin hombros para ayudar á los demás á llevar su carga; superiores, en fin, que antes recuerdan á un oficial de Faraón que á un representante de Dios, [4] antes á un director que quiere guiar á los que le están confiados, no según su naturaleza y sus disposiciones, no según las intenciones de Dios, sino obligándolos á seguir su inflexible manera de ver. [5]

Y este tormento aumenta todavía en intensidad, cuan-

(1) Aristot., *Eth.*, 5, 6 (9), 5; *Rethor.*, 2, 5, 8 y sig.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 12, 43.
(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 26, 44.
(4) Peraldus (Humbert.), *Spec. relig.*, 5, 2, 12.
(5) López Ezquerra, *Lucerna myst.*, 1, 8, 69 y sig. Schram, *Myst.*, 350, 354 y sig., 432, 9, 660.

do los subordinados están en una situación tal, que les es imposible evitar esta tiranía y pedir consejo á otros. Las almas de gran delicadeza de conciencia, por consiguiente, y ante todo las almas femeninas, sufren de esta situación más de lo que pudiera uno imaginarse, y caen fácilmente en el desaliento y en la acritud. Pero las naturalezas más vigorosas, á las cuales el sentimiento de la sumisión prohibe emplear todo medio ilegítimo para remediar este estado, experimentan sufrimientos no menos dolorosos. ¡Felices todavía, si no tienen que sufrir otros ataques á sus derechos!

Ahora bien, ¿qué resulta de ello con frecuencia? Que su carácter se agria á veces hasta el extremo de sentirse uno tentado á decir que ya no tiene carácter.

Si á veces se lementan los superiores de la falta de rectitud y de sinceridad, y de la marcha tortuosa de sus subordinados, con frecuencia se les podría responder que no tienen derecho para ello.

¿Porqué no se lamentan de las adulaciones, de los servicios interesados que les hacen, de los bellos colores con que les presentan todas las cosas, de las alabanzas exageradas que se les tributan, y de tantos testimonios de respeto de que especialmente debieran lamentarse?

Ante semejante situación, deberían más bien acusarse á sí mismos. Los abusos del poder han pervertido á sus subordinados, y éstos á su vez los pervierten á ellos. Tan estrechamente unidos entre sí están en el campo espiritual superiores y subordinados.

3. La obediencia solamente es útil mediante dos condiciones.—Sabemos perfectamente también que, por culpa de los hombres, la obediencia puede producir malos frutos en el campo espiritual.

Pero ¿qué se sigue de ello? ¿Qué no debe haber obediencia ni autoridad? Sólo sacará esta conclusión el que ha dejado desarrollarse en él el germen de la rebelión que cada cual lleva en sí mismo.

No, esto nada prueba contra la necesidad de una auto-

ridad, ni contra la obligación de someterse á su dirección. Es únicamente una prueba de que, en el campo espiritual, sólo es provechosa la obediencia con dos condiciones.

La primera consiste en que superiores y subordinados son inseparables, porque representan el papel de la cabeza y de los miembros en el cuerpo humano. Tomado aisladamente, el superior no es más que una cabeza cortada. Sin él, los subordinados no son más que miembros sin vida. Cuando el hacha del egoísmo, de la desobediencia y de la desunión ha separado del tronco la cabeza, se ha dado buena cuenta de ambos.

Todos los males de que acabamos de hablar, no deben, por consiguiente, ser imputados á la obediencia, sino únicamente al enemigo hereditario de todo bien, al amor propio. Este es el que rompe el lazo de la vida, y por él queda transformado en despotismo ó anarquía el orden establecido por Dios.

Según la fe, sólo hay un ejemplo que pueda demostrar con exactitud las relaciones que existen entre los que mandan y los que obedecen. Este ejemplo es el del organismo de un cuerpo viviente. (1)

En un cuerpo sano, la cabeza no existe únicamente para ella, ni absorbe todos los jugos vitales del conjunto, sino que tiene el mayor interés en que todo el cuerpo ande bien, y que cada miembro aislado, aun el más insignificante y débil, encuentre satisfechas sus necesidades. Sólo entonces puede tener seguridad de que los miembros están interesados en velar por su salud. Á su vez, el conjunto sólo se conduce bien, si, en la medida de sus fuerzas y de su situación, cada una de sus partes procura su bien propio, procurando el de todo el cuerpo y el de sus miembros.

De aquí resulta la segunda condición, á saber, que superiores y subordinados deben estar animados del único deseo de lograr la perfección. Por otra parte, en esto consiste la empresa de todos los miembros de Jesucristo. (2)

(1) I Cor., XII, 12 y sig.; X, 17. Rom., XII, 4 y sig.
(2) Matth., V, 48.

Mientras todos aspiren á este único fin de su existencia, todo marchará en orden perfecto, pero si algunos miembros aislados rompen esta armonía divina, y llevan sus aspiraciones más allá del punto á que todos aspiran y deben aspirar, no dejarán de producirse desórdenes. Y si entre ellos la vida espiritual llega á tal grado de decadencia, que se den un jefe que, en vez de conducir el conjunto hacia Dios y hacia la santidad, los impulse á realizar sus propios designios, ó se pliegue uno mismo á sus fantasías, entonces lo que ha sido ordenado por Dios para la salvación de todos, se convierte para ellos en causas de ruina.

Por consiguiente, ora que uno usurpe por vías ilícitas las funciones de superior, y esto con miras egoístas, ora que los subordinados busquen un superior que los complazca en todo, y que sólo les diga cosas agradables, corrompa un corazón enfermo, lisonjee sus pasiones y apruebe sus caprichos, el resultado es el mismo.

Cuando llegan á predominar en un superior cuidados distintos de los propios á su cargo, ó referentes á la santificación de todos los que le están confiados; cuando la abnegación personal, el celo por todos y los esfuerzos para lograr la más alta perfección ceden el paso á la ambición y á la sed de mando, entonces ocurre con la autoridad lo que con toda gracia de que se abusa, á saber, que se convierte en maldición y en causa de castigo.

En cambio, los subordinados no deben considerar ni sus deseos, ni sus inclinaciones personales, ni la persona del hombre que es superior á ellos, sino que deben preocuparse únicamente de su propia perfección y de la autoridad de Dios, cuyo puesto ocupan sus superiores. Porque sólo teniendo siempre fijos los ojos en Dios, y sólo pensando siempre en su propia santificación, se convierte para ellos, tanto el favor como la desgracia, en fuente de salvación, y los mismos abusos del poder, en medio de purificación, de fuerza y de elevación sobre todas las miras terrenales.

4. La autoridad de los superiores no debe ejercer-

se sino en unión con la obediencia de los súbditos.—Por lo dicho hasta aquí se ve cuán grande sería la ilusión con referencia á la naturaleza del poder espiritual, si el que de él es depositario comenzase por decir con orgullo: «Soy superior; estoy investido de un poder que he recibido de Dios. Y por cuanto tengo el poder, Dios me ha dado igualmente la inteligencia y la fuerza».

No, no; Dios no da una gracia de tal suerte que ella sola sea la que lo haga todo. Aun las gracias de estado no son eficaces más que cuando aquél á quien son dadas emplea los medios de que depende su eficacia. Pero la función no se da á causa de la dignidad y del poder, sino que la dignidad y el poder se dan á causa de la función. El cargo de superior no es una soberanía, sino una obligación y un servicio con relación á aquellos por causa de los cuales se da. (1)

El medio más indispensable para desempeñar con fruto esta dignidad, consiste en que el superior se crea obligado á todos, y cooperador de todos los que le están sometidos. El don del Espíritu Santo, especialmente necesario á los superiores y directores, el don de consejo, se les da, no sólo para su persona, sino igualmente para utilidad de aquellos á quienes deben mandar y dirigir. (2) Esto es todavía más exacto con relación á las funciones encargadas por Dios. No son ciertamente dones que hagan mejores, más fuertes y sabios á los que de ellas son personalmente investidos, sino que son un aumento de gracias, cuya importancia consiste en que han sido dados únicamente para el bien de los demás. (3) De aquí que sólo produzcan sus frutos, si se usa de ellas, de concierto con aquellos para los cuales han sido dadas.

Así es como todos los que han sido animados del espíritu de Dios han ejercido su autoridad, y de aquí los magníficos resultados que de ella han obtenido. Moisés y San

(1) Bernard., *Considerat.*, 2, 6, 9 y sig. Gregor. Magn., *Mor.*, 24, 55. *Op. imperf. in Matth. hom.* 35 (Migne, P. gr. 56, 830).
(2) Augustin., *Peccat. merit. et remiss.*, 2, 21, 35. Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 18; *Vitæ Patrum*, 5, 3, 18.
(3) V. *Inf.* XXIII, 5.

Pedro poseyeron la más elevada autoridad que Dios puede conceder á un mortal, pero ninguno de los dos consideró como superfluo consultar á sus hermanos más viejos, (1) y aceptaron las advertencias y las censuras de sus subordinados y aun de extranjeros. (2) El más sabio de todos los legisladores, San Benito, ordena á los Superiores de su Orden que reunan á toda la comunidad cuando se trate de tomar una decisión grave, para someterle el caso, y aun insiste en la obligación de oir el consejo de cada uno de los miembros que la componen. Porque—dice—los jóvenes tienen precisamente la ventaja de ver y de hacer resaltar mejor las dificultades, y aun á veces tienen el don de consejo. Esto no impide en manera alguna á los subordinados permanecer sumisos á la obligación de la obediencia y del respeto, del mismo modo que no equivale á arrebatar al superior el derecho de decisión y la carga de la responsabilidad. (3)

5. La autoridad que el superior posee en virtud de sobrenatural mandato, no excluye en él el empleo de medios naturales.—Aquí, como en todas partes, se aplica el principio de que el orden sobrenatural no suprime el orden natural, sino que lo completa y acaba. Si, pues, la justicia natural obliga al superior y al director á poseer lo necesario para desempeñar su cargo, la ley natural lo hace todavía con más insistencia.

De aquí que todos los maestros cristianos que han tratado de la dirección espiritual crean que nunca se recomendarán con la suficiente insistencia á los directores de almas y á los superiores las cualidades que necesitan y los medios de que deben echar mano para ejercer con utilidad su cargo, tan difícil y lleno de responsabilidades. Muy lejos están de creer que las gracias de estado hagan superfluos el estudio, la prudencia y la vigilancia, sino que,

(1) Exod., XVIII, 25; XXIV, 1. Num., XI, 15 y sig. Deuter., XXVII, 1 Act. Ap., XV, 6. Cf. Gregor. Magn., *Reg. past.*, 2, 8.
(2) Exod., XVIII, 14 y sig. Act. Ap., XI, 1. Gal., II, 12.
(3) Benedict., *Regula*, 3.

por lo contrario, dicen que están obligados á ellos por dos razones, una natural y otra sobrenatural. [1]

Curiosas son las concepciones de Santa Teresa sobre esta materia. Consideraba ella como una gracia especial de Dios tener un buen director, y de aquí que aconsejase gran prudencia en su elección. [2] Y lo que consideraba como más importante en este guía, era, en primer lugar, una ciencia tan grande como posible, y luego la experiencia en los caminos de la vida espiritual. [3] Además, deseaba que ni el superior ni el director se uniesen demasiado á sus subordinados, y que, por su parte, éstos tampoco se ligasen demasiado á la persona de su superior ó director, para que no perdiesen su libertad de espíritu ni el recuerdo de Dios, verdadero director. [4] Por eso reclamaba cierta latitud en las consultas, para que si alguien se hallaba en la imposibilidad de resolver todos los casos, pudiese completarse con otros. Estaba convencida de que este modo de obrar se armoniza perfectamente, no sólo con la confianza y la obediencia debidas al superior y al director, sino que facilita también ambas cosas á los subordinados y dirigidos. Y reivindicaba para ella misma esta libertad, como también quería que fuese asegurada á sus religiosas. [5]

6. Necesidad de que los súbditos obren por motivos sobrenaturales.—Pero si, por una parte, no deben jamás perder de vista los superiores y los directores que la investidura sobrenatural de su cargo no les dispensa en manera alguna de las condiciones naturales á las cuales va unido su fructuoso ejercicio, deben, por otra, los subordinados tener simpre á la vista los motivos sobrenaturales, únicos que les facilitan la sumisión.

Obedecer á un superior sólo porque es hombre, y úni-

(1) Gregor. Magn., *Reg. past.*, 1, 1 y sig. Franc. de Sales, *Phil.*, 1, 4. Schram, *Myst.*, § 612 y sig. Scaramelli, *Discretio spir.*, 4, 29 y sig.
(2) Santa Teresa, *Vida*, c. XIII.
(3) *Ibid.*, C. XIII; *Moradas del alma*, 6, 8. *Camino de la perfección*, ch. V.
(4) *Ibid.*, c. IV. Schram, *Myst.*, § 346. Duquesne, *Année apostolique*, III, 51 (I Cor., III, 4-11).
(5) *Ibid.*, *Vida*, c. XIII, 24, 30; *Camino de la perfección*, c. V.

camente por motivos naturales, no es obediencia, ó, por lo menos, es obediencia muy imperfecta. [1] Ó bien se inclina uno ante la superioridad de su carácter, lo que es debilidad ó temor, y lo que ciertamente no difiere mucho de esos homenajes inconscientes y forzados que el león tributa al domador cuando distingue el látigo; ó bien se une uno á un director cuya persona le es simpática, y cuyo trato es agradable, lo que no es otra cosa que una inclinación ordinaria, cuando no resultado de tendencias más vituperables; ó bien, finalmente, se busca únicamente el favor de los superiores y las ventajas propias, lo que no es otra cosa que adulación, hermana gemela de la hipocresía.

Fácil es convencerse de que todo esto dista mucho de la verdadera obediencia. Basta que se cambie un superior para comprobar inmediatamente que esta supuesta obediencia se consagraba no al superior, sino á la persona. Basta que censure, por poco que sea, ciertos miramientos humanos y sensibles para que se convenza al punto de que sólo ellos habían motivado su elección. Y puesto que las ventajas que se esperaba obtener con obediencia aparente, al ponerse bajo su dirección, no llegan, no tarda en perder su fuerza atractiva, y el culto que al principio se le tributaba se cambia en menosprecio y aversión.

La verdadera obediencia no puede, pues, existir si no se basa en Dios, y sólo en Dios. [2]

La prueba de ello está en la naturaleza de esta virtud. Por su naturaleza, la obediencia es pariente de la humildad, y consiste en la sumisión del hombre interior completo á una autoridad más elevada.

Compréndanse ó no las razones y el fin de lo que es ordenado, siempre habrá dos cosas que deben quedar á salvo, si se quiere asegurar la obediencia, la subordinación del espíritu y de la voluntad al mandamiento. Y esta subordinación no debe únicamente producirse por razones

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 35, 30, 31. Bernard., *Divers. serm.*, 35, 4; 41, 10
(2) Harphius, *Theol. Myst.*, l. 2, p. 1, c. 12.

inventadas á capricho, sino por causa de la conciencia, es decir, porque el hombre reconoce que está obligado por su más íntima convicción á subordinar todas sus facultades intelectuales á un poder más elevado, y porque quiere cumplir libremente esta obligación.

Por consiguiente, claro es que nadie puede exigir la obediencia por parte del hombre en virtud de un derecho propio. Más todavía, el hombre no tiene derecho á sacrificar su voluntad al hombre. La libertad humana es cosa tan elevada que sólo puede y debe someterse á Dios. [1]

De aquí que la obediencia al hombre sólo es posible con dos condiciones. Desde luego es preciso que este hombre hable en nombre de Dios; y luego, que lo que él ordena sea expresión de la voluntad de Dios. [2]

Allí donde faltan ambas condiciones, no es permitida la obediencia, y aun es imposible. Una sumisión que no tenga lugar por amor de Dios, que no vea en el superior y en el director la autoridad de Dios, ni en sus órdenes la voluntad de Dios, no es obediencia, sino que usurpa este nombre.

Así, pues, si el hombre debe practicar la obediencia como virtud interior, y si ha de recoger los méritos y el fruto de esta virtud, preciso es que la practique por motivos religiosos.

De aquí que comprendamos perfectamente la hostilidad del mundo á la obediencia, y que sepamos á qué atenernos cuando dice que le bastan las tristes experiencias que ha hecho con relación á ella.

La razón de ello se encuentra en las palabras del profeta: «Desgraciado del hombre que pone su confianza en los hombres». [3] Así como nadie cae tan fácilmente en el desaliento como el que presume demasiado de sus propias fuerzas, así también nadie obtiene tan tristes experiencias de los hombres como el que confía demasiado en ellos y se apoya únicamente en su sabiduría y poder.

(1) Thomas, 2, 2, q. 104, a. 5.
(2) *Ibid.*, 1, 2, q. 104, a. 2 ad 2.—(3) Jerem., XVII, 5.

Por consiguiente, la obediencia es mentirosa, cuando no se apoya en más sólida base.

Pero ¿por qué la coloca uno en base tan frágil? ¿Por qué la despoja uno de su fuerza, que no desmiente jamás cuando reposa únicamente en Dios?

Si el hombre se somete al hombre sólo á causa de Dios, á Dios incumbe entonces dirigir por sí mismo al que se ha abandonado á él. Pero si alguien sirve al hombre sólo á causa del hombre, inevitable es que experimente lo que es el hombre. Entonces lleva el pesado yugo humano, sólo posee auxilios humanos, y, como es sabido, éstos son vanos. [1] Pero el que ha comprendido la verdadera naturaleza de la obediencia porque la ha apreciado con los ojos de la fe, lleva el yugo de Dios, este yugo tan dulce, [2] y puede contar con el auxilio de Dios que jamás engaña.

Puede ocurrir que el superior abuse de su autoridad, ó no cumpla sus obligaciones. Pero, en este caso, Dios hace mucho mejor su deber, para que el que obedece, el que se somete, no al hombre, sino al soberano Maestro, obtenga la recompensa de su sumisión.

En efecto, de tal modo está calculada la obediencia, que, el que la practica se aprovecha siempre de ella. Impone deberes al superior y es un muro para el subordinado. Jamás hace impecable ni infalible al superior; pero el que obedece, el que sólo tiene á Dios ante sus ojos, está seguro de no engañarse; aun sometido á una dirección falsa, no permitirá Dios que sufra perjuicio alguno.

7. Triple tarea de la dirección espiritual.—Con todo, es una excepción, y una excepción rara, el que el mismo Dios complete en provecho del que obedece lo que su representante hubiera debido hacer por él con la dirección.

En general, la regla debe ser, y de hecho es tal, que las bendiciones de la obediencia recaigan sobre el que manda.

Pero para que esto ocurra, preciso es que la dirección se desempeñe convenientemente. Insistimos tanto más so-

(1) Psalm., LIX, 14; CVII, 13.
(2) Matth., XI, 30.

bre este punto cuanto que, por lo general, se le pasa en silencio.

Hay una serie de fórmulas que indican la manera como deben obedecer los subordinados. Pero hay muy pocas que tracen á los superiores la conducta que deben observar para tener el derecho de exigir la obediencia.

Es, pues, necesario llenar esta laguna. Porque, como de ello hemos podido convencernos por lo que acabamos de decir, la buena dirección depende de la acción de conjunto del que manda y del que obedece.

Trazar deberes á un subordinado, cosa es que muy pronto queda hecha. Si, guiado por el espíritu de fe, se ha habituado á ver á Dios en sus superiores, y la voluntad de Dios en sus órdenes, esto basta.

Pero lo que ofrece mayores dificultades, es, con relación al superior, saber mandar y conducir. Aquí choca uno fácilmente con escollos peligrosos.

Grave defecto es, dañino á la vez á los superiores y á los subordinados, cuando los primeros, en vez de dirigir, se dejan conducir. Una dirección que degenere en oraciones, en consideraciones de toda especie, en lisonjas, perjudica al subordinado más de lo que podría decirse. Vale más la falta de dirección, que un desorden en el que los que deben ser dirigidos conducen al superior, en el que éste es simplemente espectador ó aprobador de lo que place ó no place á los caprichos de sus subordinados, y en el que todas las relaciones mutuas tienden á procurarse favores y á concederlos; en una palabra, están basadas en consideraciones humanas.

Desgraciadamente, este hecho no es raro. ¿Cuántos confesores hay que dirijan las almas según principios severos y ordenados? Por lo contrario, y sea dicho en disculpa de ellos, ¿dónde hay almas que soporten, ó tan sólo que busquen, semejante dirección?

Con todo, no pretendemos decir en manera alguna que la dirección deba ser demasiado severa. Este otro exceso tiene igualmente sus representantes. Hay directores y superiores que no parece sino que se complacen en representar un papel de conductores de esclavos ó de nodrizas. Para ellos, sus dirigidos y sus subordinados nó deben tener ideas ni convicciones, ni proponerse determinaciones propias, ni dar un paso sin su permiso. Sólo quieren ser guías de ciegos y de esclavos, como si la dirección espiritual consistiese en conducir á alguien al lugar del suplicio en una carreta, con los ojos vendados y ligado de pies y manos. Como acostumbran á decir, se encargan de todo. Se mezclan en todo, aun en obligaciones determinadas por la profesión y ajenos derechos, de suerte tal que con frecuencia resultarían graves inconvenientes, si los subordinados no fuesen más prudentes que ellos y no restableciesen el equilibrio de la situación.

Por extraño que esto parezca, no deja de ser cierto que esas trabas funestas encuentran á menudo presurosa acogida en los dirigidos. Y aun hay almas que se muestran encantadas de hallarse en una situación en que están completamente dispensadas de pensar y de querer por sí mismas, en que no son responsables de nada.

Muy distintas son esas personas que corren de confesor en confesor, y que andan perpetuamente detrás de aquél cuya dirección les permita entregarse al sueño con la convicción de que se despertarán al día siguiente transformadas en hombres nuevos. Mientras no encuentran este objeto de sus ensueños, se muestran descontentas de todo el mundo y naturalmente de ellas mismas.

Sin duda que semejantes aberraciones no son frecuentes, pero existen. Y del mismo modo que los hombres son muy inclinados á formular un juicio general fundado en hechos aislados, así también la práctica de tales abusos ha dado origen al error de que la sumisión á la dirección espiritual es una abdicación de la personalidad, hasta el punto de que llega uno á despojarse de su conciencia y de que abandona á otro la incomodidad de reflexionar sobre sus propios actos. (1)

(1) Julian Schmidt, *Geschichte der Romantik*, I, 51.

Ambos excesos nos muestran claramente aquello á que debe tender la buena dirección de las almas.

No hay necesidad de demostrar que una dirección es necesaria, que la libertad completa no puede mejorar á los subordinados, sino perderlos.

Y, recíprocamente, la dirección tampoco debe degenerar hasta el extremo de sustituir la conciencia del director á la del dirigido.

Aun allí donde la obediencia ha alcanzado el más alto grado de la virtud heroica, la conciencia propia continúa siendo el único resorte de toda acción y el último motivo de la convicción de que la santa voluntad de Dios exige la sumisión. Nadie tendrá jamás el derecho de hacer una acción, por grande que sea, que suponga la voluntad de la criatura como motivo único ó supremo. Y jamás será permitido á nadie considerarse capaz de juzgar por sí mismo, de obrar por otro motivo que el que le es dictado por su conciencia, á saber, que Dios es el que le ha permitido ó impuesto á obrar así. «Todo lo que no proviene de la fe, es pecado». [1] Así lo enseña el Apóstol.

Obedecer por deber de conciencia no equivale, pues, á renunciar á todo pensamiento propio, y abdicar el uso de la voluntad libre, para ponerlo todo en manos de un director. Pero obedecer porque plazca la obediencia, tampoco es verdadera obediencia. Como todas las virtudes, la obediencia debe basarse en las propia conciencia. Ahora bien, la obediencia ni puede ni debe basarse en otro motivo supremo de obediencia que la voluntad de Dios.

De aquí que podamos aplicar sin vacilación alguna á la obediencia y á la dirección espiritual las palabras del Apóstol: «No os convirtáis en esclavos de los hombres». [2]

Un superior ó un director que se complace en tener bajo su dirección esclavos ó niños, y que no se propone ó ignora la manera de educar discípulos concienzudos, discípulos que obedezcan á Dios, no por fuerza, sino libremente, por amor á Él, es un director imperfecto y funesto.

(1) Rom., XIV, 23.—(2) I Cor., VII, 23.

En cambio, un subordinado que no cumple únicamente la voluntad de Dios, apresurándose á hacer libremente la voluntad de su superior ó director, no es más que un novicio que no conoce todavía la misión que le incumbe.

El fin de toda educación y dirección consiste precisamente en conducir los niños á la madurez, las personas que no son libres á la libertad del espíritu. Ahora bien, esta libertad consiste ante todo en que uno pase por encima de todos los hombres y de todo lo que es humano, y no conozca otros motivos de acción que Dios y su convicción personal, en una palabra, que su conciencia.

8. La dirección espiritual favorece la libertad del alma.—Según lo que acabamos de decir, la empresa principal de la obediencia y de la dirección espiritual consiste en modelar la conciencia de modo que sea capaz de ejecutar por completo lo que ha aprendido á conocer como la voluntad de Dios.

Esto nos indica la empresa que, propiamente hablando, ha de realizar la dirección espiritual. Ya hemos visto que no debe suprimir la actividad propia del dirigido, ni perjudicarle en manera alguna. Tampoco debe atacar violentamente á la voluntad, ni menos reemplazar á la conciencia.

¿En qué consiste, pues?

En imitar en cuanto sea posible la acción de la gracia divina en el alma del hombre.

Ahora bien, hay en el alma tres facultades sobre las cuales puede obrarse: la inteligencia, la conciencia y la voluntad.

Con relación á la inteligencia, la dirección espiritual tiene una misión difícil. Debe suplirla, si no es capaz de formar sus propios principios. Debe procurar hacer desaparecer las tinieblas que la envuelven. Pero, por otra parte, no debe abandonar á sí misma la inteligencia más perspicaz cuando se trata de la salvación, sino que debe especialmente impedir que no sea oscurecida ni perturbada por su mayor enemigo, el amor propio.

Cuando la inteligencia está en orden, poco hay que hacer para introducir en ella la conciencia. Porque iluminándose sobre sus deberes, suprimiendo sus dudas con el conocimiento de las reglas de conducta que debe seguir, pónese la inteligencia en estado de formular un juicio y demostrar á la voluntad lo que debe hacer en cada caso particular. Ahora bien, este juicio es precisamente la conciencia.

Resta, finalmente, la voluntad. Esta debe decidirse por sí misma, natural y libremente. Sin embargo, la dirección espiritual ejerce gran influencia sobre ella.

Mas, como el hombre no puede obrar jamás directamente sobre la voluntad de su semejante, sino que está obligado á hacerlo por medio de la inteligencia, (1) la dirección debe especialmente tender á formar principios justos. Pero existe aún el deber de la sumisión, lo mismo para la inteligencia que para la voluntad.

Por consiguiente, cuando se comete una falta en la dirección espiritual, esta falta es ordinariamente lo contrario de aquella de que se hace culpable la formación profana. Aquí, casi siempre se cultiva demasiado la inteligencia, y se posterga la voluntad. Allí, con frecuencia se limita uno á mandar, y no se procura formar suficientemente la conciencia.

Por otra parte, relaciónase esto con el error de que ya hemos hablado, error según el cual se refiere casi exclusivamente á la voluntad la eficacia de la gracia, y en escasísima medida á la inteligencia. Aunque esto perjudica menos á la dirección de las almas que la falsa educación profana que acabamos de censurar, siempre resultará que tampoco es este un medio de favorecer el desarrollo uniforme de la vida interior, y de fortalecerla en la medida de lo posible.

9. Ultimo fin de la dirección espiritual.—Ahora bien, este es el fin de toda educación. En realidad, la educación jamás debe tender á la glorificación personal y á la indisciplina, sino que debe formar hombres.

(1) Thomas, 1, 2, q. 9, a. 1; a. 6, ad 2: 1, q. 106, a. 2; *Verit.*, q. 22, a. 9.

Por consiguiente, si la dirección espiritual no diese ya firmeza al carácter, ni solidez á las convicciones, ni decisión á la voluntad, ni delicadeza y fidelidad á la conciencia, faltaría á su misión y no desarrollaría el espíritu del Cristianismo, es decir, el espíritu interno de libertad é independencia.

Pero, allí donde es practicada en el sentido verdaderamente cristiano, forma almas llenas de vigor y de grandeza, de fidelidad inquebrantable á sus convicciones y deberes, almas como las que admiramos á miles en los héroes y santos de la Iglesia. Todos ellos son resultado de la obediencia y de la dirección espiritual. También fueron ellos otras veces niños á quienes era preciso dirigir; pero, en la escuela de la disciplina, se han convertido en gigantes que, al propio tiempo que observaban la obediencia del niño, marchaban á grandes pasos por el camino de la santidad más elevada, hasta el punto de que los mismos que los dirigían, seguíanlos con gran fatiga.

10. La empresa del Enviado de Dios, del Prometido.—Cuando consideramos las dificultades inherentes á la dirección espiritual y la empresa que impone, fácil es convencernos de que haya tantas personas que, sobrecogidas de temor á la vista de esta carga, la alejen de sus hombros. Y, ciertamente, vale más esto que ingerirse en estas funciones con excesiva confianza en sus propias fuerzas ó desempeñarla con negligencia, olvidando las graves responsabilidades que entrañan. Pero nada justificaría al que rehuyere una empresa tan importante, aunque á ella fuese llamado por Dios.

Sin embargo, el que la acepte jamás debe perder de vista que tiene mucha necesidad de pureza, de paciencia, de desinterés y de espíritu de sacrificio.

¡Ah, qué carga tan grade y santa es, pues, la dirección de las almas! Tanto, que no vacilan en decir los santos que es pesada de cumplir aun para los ángeles.

De hecho, es esta una función que los hombres comparten con los ángeles. Los ángeles hacen, invisiblemente, lo

mismo que realiza visiblemente en las almas el director espiritual. Y lo que él no puede hacer, ó descuida en su debilidad, lo hacen los ángeles por orden de Dios en el alma llena de buena voluntad, á fin de que, por causa de la obediencia que ha consagrado á Dios, no sufra detrimento alguno.

La bienaventurada Marina de Escobar tuvo la dicha de dar con un excelente director, el Venerable Luís de la Puente. Sin embargo, además de éste y de su ángel de la guarda, dióle Dios otros diez ángeles para dirigirla. (1) Entre éstos había uno, el más pequeño en apariencia, pero no el más débil en poder, que no la abandonaba nunca, siendo así que los otros se alejaban de ella de vez en cuando. Había sido encargado éste de conducirla por modo muy particular por el camino de la vida espiritual; y cuando ella le preguntó su nombre, le respondió que era el encargado de conducirla á su Esposo. (2)

Tal es la misión de aquél á quien Dios confía el cargo de dirigir las almas; misión de confianza, misión santa. Toda alma en estado de gracia es la prometida del Hijo de Dios; y el director espiritual y el superior están encargados de engalanarla y de hacerla digna de ocupar eternamente un puesto al lado de su Prometido. Y terminada su instrucción, Aquél que lo ama más que á su propia vida, viene á buscarla y la eleva á su trono. ¿No es esta una empresa grandiosa para aquél á quien ha sido confiado este ministerio? ¿No es esto el coronamiento magnífico de su obra?

Que cada director espiritual llene, pues, sus sublimes funciones con este doble pensamiento. Gran consuelo será para él cuando pueda decir: «El esposo es aquél que tiene esposa: pero el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oir la voz del esposo. Mi gozo, pues, es ahora completo». (3)

(1) *Vita Marinæ de Escobar*, P. 2, l. 2 (8), 39.
(2) *Ibid.*, P. 1, l. 1, 4, 2, 3; l. 2, 7, 5; l. 4, 4, 5.
(3) Ioan., III, 29.

CONFERENCIA XV

EL ESTADO DE PERFECCIÓN

1. La vida religiosa es la señal distintiva del verdadero Cristianismo, en cuanto que es ella la vida cristiana mirada con formalidad.—La noche del último día de una cuaresma que acababa de predicar, tomaba el tren un religioso para volver á su convento.

Sólo ocupaban el departamento un señor y una señora, de lo que se sintió muy dichoso, porque esperaba entregarse al descanso, ya que estaba muy fatigado y debía pasar toda la noche en viaje.

Pero, apenas hubo arrancado el tren, cuando la señora, protestante de la alta Iglesia anglicana, acercósele y le dijo:

—Dispénseme usted; ¿verdad que es usted un fraile?

—Sí, señora; para servir á usted.

—Pues bien; dispénseme usted la audacia: ¿cómo es posible que haya todavía Órdenes religiosas? ¿Á que aspiran los religiosos?

Y en sus ojos inquisitoriales brillaba un deseo tan grande de saber, que inmediatamente comprendió el fraile que no estaba en presencia de una curiosa, sino de un alma en la que la vida y la muerte se disputaban la victoria.

De aquí que no vacilase en responder:

—¿Á qué aspiran los religiosos? Señora, aspiran á tomar en serio la fe cristiana y la vida cristiana.

—¡Ah!—exclamó ella.—Esto me agrada. Todavía no he considerado yo la vida religiosa desde este punto de vista. Pero ¿cómo es que la Sagrada Escritura nada dice sobre

mismo que realiza visiblemente en las almas el director espiritual. Y lo que él no puede hacer, ó descuida en su debilidad, lo hacen los ángeles por orden de Dios en el alma llena de buena voluntad, á fin de que, por causa de la obediencia que ha consagrado á Dios, no sufra detrimento alguno.

La bienaventurada Marina de Escobar tuvo la dicha de dar con un excelente director, el Venerable Luís de la Puente. Sin embargo, además de éste y de su ángel de la guarda, dióle Dios otros diez ángeles para dirigirla. (1) Entre éstos había uno, el más pequeño en apariencia, pero no el más débil en poder, que no la abandonaba nunca, siendo así que los otros se alejaban de ella de vez en cuando. Había sido encargado éste de conducirla por modo muy particular por el camino de la vida espiritual; y cuando ella le preguntó su nombre, le respondió que era el encargado de conducirla á su Esposo. (2)

Tal es la misión de aquél á quien Dios confía el cargo de dirigir las almas; misión de confianza, misión santa. Toda alma en estado de gracia es la prometida del Hijo de Dios; y el director espiritual y el superior están encargados de engalanarla y de hacerla digna de ocupar eternamente un puesto al lado de su Prometido. Y terminada su instrucción, Aquél que lo ama más que á su propia vida, viene á buscarla y la eleva á su trono. ¿No es esta una empresa grandiosa para aquél á quien ha sido confiado este ministerio? ¿No es esto el coronamiento magnífico de su obra?

Que cada director espiritual llene, pues, sus sublimes funciones con este doble pensamiento. Gran consuelo será para él cuando pueda decir: «El esposo es aquél que tiene esposa: pero el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oir la voz del esposo. Mi gozo, pues, es ahora completo». (3)

(1) *Vita Marinæ de Escobar*, P. 2, l. 2 (8), 39.
(2) *Ibid.*, P. 1, l. 1, 4, 2, 3; l. 2, 7, 5; l. 4, 4, 5.
(3) Ioan., III, 29.

CONFERENCIA XV

EL ESTADO DE PERFECCIÓN

1. La vida religiosa es la señal distintiva del verdadero Cristianismo, en cuanto que es ella la vida cristiana mirada con formalidad.—La noche del último día de una cuaresma que acababa de predicar, tomaba el tren un religioso para volver á su convento.

Sólo ocupaban el departamento un señor y una señora, de lo que se sintió muy dichoso, porque esperaba entregarse al descanso, ya que estaba muy fatigado y debía pasar toda la noche en viaje.

Pero, apenas hubo arrancado el tren, cuando la señora, protestante de la alta Iglesia anglicana, acercósele y le dijo:

—Dispénseme usted; ¿verdad que es usted un fraile?

—Sí, señora; para servir á usted.

—Pues bien; dispénseme usted la audacia: ¿cómo es posible que haya todavía Órdenes religiosas? ¿Á que aspiran los religiosos?

Y en sus ojos inquisitoriales brillaba un deseo tan grande de saber, que inmediatamente comprendió el fraile que no estaba en presencia de una curiosa, sino de un alma en la que la vida y la muerte se disputaban la victoria.

De aquí que no vacilase en responder:

—¿Á qué aspiran los religiosos? Señora, aspiran á tomar en serio la fe cristiana y la vida cristiana.

—¡Ah!—exclamó ella.—Esto me agrada. Todavía no he considerado yo la vida religiosa desde este punto de vista. Pero ¿cómo es que la Sagrada Escritura nada dice sobre

esta materia? Bien sé que los conventos son muy antiguos, razón por la cual les he tenido siempre gran veneración, porque estimo mucho á los Santos Padres y tengo muy en cuenta sus recomendaciones. Sin embargo, debo confesar que prefiero lo que encuentro en la Biblia.

El religioso le respondió:

—Señora, el razonamiento de usted es exacto y falso á la vez. No hay que buscar conventos en la Sagrada Escritura, por lo menos en el Nuevo Testamento, pero encontrará usted en ella muchos religiosos. ¿Acaso el Salvador, los Apóstoles y los primeros cristianos no eran todos religiosos, y los más perfectos que jamás se hayan visto? En aquella época, en la que casi todos los cristianos eran perfectos ó querían serlo, ¿había necesidad de conventos? Cuando todos los cristianos toman en serio la fe y la vida cristiana, no hay necesidad alguna de que ciertos individuos se separen de los demás para trabajar en su perfección, puesto que pueden alcanzarla por modo tanto mejor cuanto que más estrechamente ligados están al todo que se propone este fin. Sólo cuando disminuye la seriedad en la mayoría de los miembros de la comunidad, se reunen para conservar el espíritu religioso los que no quieren perderlo. Así, la vida religiosa, en el sentido propiamente dicho de la palabra, era tan completamente inútil en los primeros tiempos, como necesaria lo fué más tarde. Por consiguiente, si usted sostiene la pregunta que me acaba de dirigir, á saber: «¿Por qué hay todavía Órdenes religiosas?», me parece que la respuesta es ésta: «Porque la religión que Jesucristo y sus Apóstoles predicaron continúa existiendo aún, y porque el verdadero espíritu del Cristianismo no se ha extinguido todavía».

—En verdad—respondió la señora—que tiene usted razón.

Y luego, dando un gran suspiro, continuó así:

—¡Ah, señor mío, si siquiera llegase uno á saber cuál es la verdadera religión! Hace mucho tiempo que me atormenta esta cuestión; y he aquí que todavía oprime con todo su peso á mi corazón. Sí, el verdadero Cristianismo debe tener religiosos. También nosotros los tenemos, y religiosos son algunos de mis parientes. Son personas excelentes, y andan con sus pies desnudos; pero su número no es considerable, ni parece que haya de aumentar gran cosa. En el Catolicismo hay muchos más. Por todas partes hay conventos. ¡Oh sí! Hace mucho tiempo que creo que los católicos tienen la verdadera religión. Hasta ahora he creído que también nosotros poseíamos una parte de ella, pero ¡si tan sólo pudiera uno tener seguridad sobre este punto!...

2. La única vida verdaderamente evangélica y apostólica.—Pues bien; lo que sabemos sobre este punto basta sin duda alguna. No hay necesidad de sostener, como se ha hecho otras veces, (1) que existen conventos desde el tiempo de los Apóstoles. Tampoco hay necesidad de compartir la vieja opinión de que su origen se remonta á Elías y á San Juan Bautista. (2) San Jerónimo rechaza ya esta opinión, y dice que es ya una gloria suficiente para ellos haber tenido por padre un santo como Antonio el Grande. (3)

Á pesar de esto, no es una exageración el que todos los santos relacionen la vida religiosa con el Evangelio. El cristiano no tiene necesidad de recorrer largo tiempo el mundo y la historia para hallar el timón y la brújula que necesita. Todo lo que su fe le prescribe y todo lo que su Iglesia le muestra, encuéntralo indicado en la doctrina y en la vida del Salvador. (4) Igualmente encuentra en ella lo que constituye la vida religiosa. Por eso los Santos Padres no vacilan en llamar á ésta la verdadera vida, la vida evangélica y apostólica. (5)

«Los que han elegido la vida religiosa—dicen—son los

(1) Cassian., *Inst.*, 2, 5; *Collat.*, 18, 5.
(2) Sozomen., *Histor. eccles.*, 1, 12.
(3) Hieron., *Vita S. Pauli*, *Prolog.*
(4) Basil., *Ep.* 22, 1.
(5) Basil., *Ep.* 295. Cassian., *Collat.*, 21, 5, 33. Rupert. Tuit., *Vita vere apostol.*, 3, 14.

soldados, las tropas escogidas que Jesucristo opone á sus enemigos». [1] «Son sus verdaderos discípulos, que cumplen enteramente su ley, y procuran vivir de tal suerte, que habite en medio de ellos como vivió antiguamente en la tierra entre sus Apóstoles». [2] «Su vida no es otra cosa que la imitación de la vida de los Apóstoles [3] y de los primeros cristianos». [4]

Por consiguiente, la vida religiosa no es una invención humana, sino el cumplimiento fiel de la obligación impuesta por Jesucristo de llegar á la perfección, y un efecto particular de la gracia del Espíritu Santo, sin el cual no hay ni orden religioso, ni vocación religiosa, ni práctica de la vida religiosa.

El Espíritu Santo fué quien condujo al Salvador al desierto para entrar allí en lucha con el enemigo. [5] Él es también el que impulsa á los elegidos de Dios á abandonarlo todo y retirarse á la soledad, á fin de prepararse en ella á la lucha decisiva, cuya recompensa es el cielo. Porque sólo el Espíritu de Dios puede inspirar al alma el desprecio de los honores, de los bienes y alegrías terrenales, así como el deseo de las cosas celestes, el amor al bien y á la libertad de los hijos de Dios, hasta el punto de hacerles quebrantar todas sus cadenas para trabajar únicamente en su perfección. [6]

3. La vida religiosa es esencial al Cristianismo.— Pero, si esto es así, evidente es que las ideas en boga relativas á la vida religiosa, ideas que con frecuencia encuentra uno entre los cristianos, y á veces también en el clero, no responden á la exacta verdad.

«En manera alguna dudamos—dicen—que el estado religioso es una parte autorizada del cuerpo viviente de la Iglesia, y aun admitimos que es uno de sus miembros más

(1) Augustin., *C. Faust.*, 5, 9; *Ep.* 220, 12.
(2) Augustin., *In Psalm.*, 132, 9.
(3) Bernard., *Div. serm.*, 22, 2; 27, 3; 37, 7.
(4) Chrysost., *Act. Ap. hom.*, 11, 3. Augustin., *Sermo* 356, 1.
(5) Matth., IV, 1. Luc., IV, 1.
(6) Meschler, *Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 358 y sig.

importantes. En sus antiguos días de fuerza produjo tantos bienes en la Iglesia, que sólo desde el punto de vista histórico y desde la gratitud, tiene bien merecido que dé uno pruebas de tolerancia y de respeto á sus raquíticos restos. Pero esto es lo único que podemos admitir. Las Órdenes no son necesarias. Largo tiempo ha existido la Iglesia sin Órdenes, y si hoy quedaran suprimidas todas, continuaría existiendo. Si es injusto que cierto *Kulturkampf* ampute las Órdenes del cuerpo de la Iglesia, y si se le hace con ello una herida muy dolorosa, preciso es, no obstante, admitir que no se le arrebata una parte vital, y que, sin conventos, puede perfectamente vivir y realizar su misión».

Desde este punto de vista, los hijos del mundo son todavía más prudentes que los hijos de la luz. [1]

Si esto es así, ¿por qué todos los enemigos de la Iglesia dirigen su cólera contra los conventos, ya por medio de la pluma, ya por medio de la palabra, ya con actos de violencia? ¿Será acaso porque son los miembros menos importantes del cuerpo de Jesucristo?

Ó bien, ¿creen esas buenas gentes que Belial comprende tan mal su negocio? El caso sería entonces semejante á aquél en que dos reinos de este mundo, armados el uno contra el otro, y entre los cuales no hay paz, sino todo lo más armisticio que amenaza con romperse á cada instante, se declarasen una guerra á muerte, y enviasen en seguida sus ejércitos á coger moscas en el país enemigo y á saquear nidos.

Pero Satán no es tan estúpido para dejarse adorar como Dios de las moscas y contentarse con semejantes insectos.

Si dirige tan obstinadamente su furor contra un solo punto, y declara que perdonaría á todos los ejércitos y fortalezas, con tal que se aviniesen á entregarle esta plaza, ¿no sería una locura plegarse á sus deseos, creyendo con ello darle algo de poca importancia? Mejor que nadie lo

(1) Luc., XVI, 8.

sabe el que tiene por divisa estas palabras: «Dame las almas, y toma lo demás para ti». (1)

En efecto, las Órdenes son, por lo menos según su naturaleza, la parte principal de la Iglesia; son aquello por lo cual ha comenzado; (2) constituyen su corazón. (3)

El que las ataca le arrebata, no algo accidental, inventado arbitrariamente y superfluo, sino lo que tiene de más esencial, su médula, su flor, su piedra fundamental. (4)

De aquí que un canonista distinguido, que no era un religioso, llegue hasta decir: «Es falso pretender que sólo el clero secular sea necesario á la Iglesia, y que podría perfectamente prescindir del clero regular. Precisamente lo contrario es lo verdadero, á saber, que el clero secular no es necesario á la Iglesia, y que podría perfectamente existir, aunque no existiese un solo eclesiástico secular en el mundo entero». (5) Podría la Iglesia, aunque no lo haga jamás, suprimir el clero secular, y obligar á todos sus miembros á convertirse en religiosos, como de hecho lo hicieron San Eusebio de Verceil y otros obispos. (6) Peró el estado religioso es indispensable á la Iglesia como signo y como manifestación de su santidad; nunca dejará de existir en ella. Porque la Iglesia es santa, no sólo porque ha poseído en todo tiempo santos aislados, sino especialmente porque existirá siempre en ella el estado de perfección y la obligación solemne de trabajar en la adquisición de la santidad. Ahora bien, es imposible de conseguir ésta sin Órdenes religiosas. Pero esto no quiere decir que tal Orden particular le sea indispensable. No, lo que le es indispensable es el estado religioso. (7)

(1) Genes., XIV, 21.
(2) Rupert. Tuit., *Vita vere apostol.*, 4, 6. Bernard., *Apolog. ad Guilelm.*, 10, 24.
(3) (Bernard.,) *Ad pastores in synodo*, V, 760, d..
(4) *Ep. Paulæ et Eust. ad Marcell.* (Hieron., *Ep.* 46, 10, Vall.).
(5) Bouix, *De jure regularium*, (2) I, 147 y sig. Cf. Brabandere, *Jus canonic.*, (3) I, 445 y sig. Craisson, *Manuale jur. can.*, (8) n.º 2508 y sig. (II, 423 y sig.). Thomassin, *Vetus et nova Ecclesiæ disciplina*, I, l. 3, c. 4, 1, 7.
(6) Bouix, *De jure regularium*, (2) I, 176 y sig.
(7) *Ibid.*, I, 177 y sig.

4. Exageraciones peligrosas y falsas apreciaciones respecto de la vida religiosa.—Que nadie se escandalice de esta verdad, pues ni es una enormidad ni una exageración.

Por lo contrario, hay que decir que este campo está lejos de hallarse exento de ellas. Lo sabemos y lo deploramos, pues son cosas que perjudican gravemente al estado religioso. Muchos religiosos hablan de su profesión y de su vida, por no decir de ellos mismos, absolutamente como sabios estoicos, y á veces saben darse una apariencia tal, que se siente uno tentado á tomarlos por la encarnación viviente de sus palabras. Ninguna Orden sirve para aconsejar, ninguna es digna de alabanza, ninguna es segura, sino la suya. Nadie puede acercárseles, sin que intenten insinuarle la obligación de entrar en religión, aunque esto trastorne las conciencias y conduzca á violar compromisos ya contraídos. Oyéndolos hablar, sólo en los conventos se encuentran los únicos sabios, los únicos felices, los únicos perfectos. Pero confesar que también en ellos hay luchas y sufrimientos, tentaciones y faltas, lo considerarían como una traición y una calumnia á su Orden. Parece que tratan de hacer creer al mundo que, detrás de estas murallas, desaparecen todas las inclinaciones y debilidades humanas como detrás de las puertas del paraíso. De otro modo,—piensan—el mundo perdería todo respeto por la vida monástica.

Pero, de hecho, estas insinuaciones perjudican á la estimación que debe tenerse al estado religioso. También el mundo tiene ojos, y, bajo este concepto, tiene aun los ojos de Argos. Muchas personas pueden creer que, detrás de estos muros, todos los sentimientos y todas las necesidades humanas quedan ahogadas y reducidas al silencio. Esto es ya un perjuicio para el estado religioso, porque el mundo huye de él y teme á sus representantes como á seres que se han despojado de la naturaleza humana, y opone á sus exhortaciones el falso pretexto de que hombres que han renegado de todo sentimiento humano, y que se

han convertido en completamente extraños á la tierra, pueden hablar muy bien, pero hablan de cosas que no entienden. Y luego, cuando advierten que la humanidad ejerce también sus derechos sobre ellos, no saben qué decir. Acúsanlos entonces de disimulo y de mentira, se escandalizan de las cosas más insignificantes, lo interpretan todo con desmesurada exageración, y con frecuencia naufragan en la piedad y aun en la fe. Y no es posible censurarlos, porque es la compensación evidente de la falsa opinión que se ha inculcado en ellos, á saber, que debían esperar hallar, y tenían el derecho de exigir aquí, una santidad verdaderamente sobrehumana.

Muy distinta ha sido la manera de obrar de los santos y de los religiosos en las épocas en que su estado era floreciente.

Ya hemos notado esto, y dicho que la franqueza con que los Padres de la vida religiosa y los historiadores de la perfección confesaban públicamente sus defectos, es en nuestra opinión uno de los testimonios más brillantes tanto de su amor á la verdad, como de sus esfuerzos para llegar á la santidad y de la convicción íntima de la sublimidad de su vocación.

San Hugo, Abad de Cluny, tenía costumbre de decir, cuando recaía la conversación sobre esta materia: «La Orden no queda profanada por las faltas de los religiosos, sino que únicamente se la profana ocultándolas y no castigándolas». [1] Por eso el bienaventurado Guillermo de Hirschau hacía expiar públicamente las faltas públicas de sus monjes, «porque—decía—nada es tan perjudicial al honor de la casa de Dios como la negligencia en castigar las faltas que en ella se cometen» [2] «Nadie tiene necesidad de avergonzarse de las faltas que se cometen en torno de él;—dice en el mismo sentido el bienaventurado Bartolomé Holzhauser—pero lo que sí es una gran vergüenza, y una vergüenza que no es posible soportar, es

(1) Lorain, *Histoire de Cluny* (edic. alem. de Pelargus), 158.
(2) Kerker, *Wilhelm der Selige von Hirschau*, 290.

que no se castiguen las que se cometen, ya porque no quieran reconocerlas como faltas, ya porque se nieguen á confesarlas, ya porque se carezca de la fuerza necesaria para remediarlas». [1] ¡Qué decir, pues, si se buscase el honor del estado religioso, atenuándolas y excusándolas!

Podría llegarse á ello, si estuviese uno persuadido de que inspira al mundo el respeto por la vida religiosa únicamente haciéndole creer que en ella desaparecen todas las debilidades humanas, que en ella no se siente ninguna necesidad humana, que en ella se halla realizada en la tierra la vida de los santos.

5. El estado de perfección.—Nada de esto. Lo que basta al estado religioso es el tener el honor de ser el estado de perfección.

Pero esto, que es su título de gloria, debe ser bien comprendido, para que no se le atribuya una estimación que no le conviene, y, por el mismo hecho, exigencias que no podría satisfacer.

Sólo hay una perfección cristiana. Sin duda que tiene sus grados, los cuales, como ya hemos dicho, son tres: el de los principiantes, el de los que progresan y el de los perfectos. Pero no hay que comprender esto como si se tratase de tres vías diferentes, ya que son únicamente grados diversos, ó por mejor decir, grados de extensión de una sola y misma perfección, grados que, no estando en manera alguna separados entre sí, aunque distintos, se reconocen de lejos, y con frecuencia se funden en uno, de suerte tal que no es posible confundirlos.

Ahora bien todos los hombres sin excepción están obligados á ser perfectos. Jamás se insistirá suficientemente sobre este punto. Verdad es que nadie está obligado á ser perfecto en el sentido más elevado de la palabra, pero á todos incumbe la obligación ineludible de aspirar por lo menos al grado de perfección que le es posible alcanzar.

Pero, si esto es así, la vida religiosa no puede poseer

(1) Holzhauser, *Apocalyps.* (ed. de 1790, p. 205 y sig.).

una perfección distinta y más elevada de la que cada cristiano está obligado á alcanzar y es capaz de alcanzar con el auxilio de la divina gracia.

La frase, repetida hasta la saciedad, de que el principio católico distingue dos clases de cristianos, los imperfectos y los verdaderos cristianos, ó sea los religiosos, y también dos clases de moral, la baja, ó de la gran masa, y la perfecta, la de las órdenes religiosas, en una palabra, la frase que dice que únicamente el estado religioso es el verdadero Cristianismo, hace ya mucho tiempo que los Padres y Doctores de la Iglesia la han refutado, por la que inútil sería hablar de ello.

Por consiguiente, el estado religioso no posee una perfección particular que le sea propia, como tampoco posee un secreto especial para alcanzarla. Del mismo modo, no autoriza á ninguno de sus miembros á mirar con desdén los demás estados ni á aparentar que vale más que sus semejantes, porque lleva el hábito religioso y forma parte de tal ó cual Orden.

Cualquiera puede, pues, ser perfecto sin formar parte del estado de perfección, y recíprocamente, cualquiera puede vivir en el estado de perfección sin ser perfecto. Y así puede ocurrir que algunos religiosos tengan poca ó ninguna perfección, en tanto que personas casadas, obreros, pobres domésticos y gente de toda condición que viven en medio del mundo están en excelente camino para llegar á la perfección. [1]

Pero entonces, el estado religioso ¿no tiene ninguna ventaja sobre la vida ordinaria?

Grave error sería creerlo así, porque tiene una inmensa. ¿Cuál es?

Ya lo hemos dicho: la de ser el estado de perfección.

Si todos los que están obligados á la perfección aspiraran á ella, no habría necesidad de una clase particular de personas que se impusiesen la misión especial de llegar

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 4.

por ciertos medios al grado más elevado posible de virtud y de piedad.

Pero como no ocurre así, el espíritu de santidad, que jamás abandona á la Iglesia, ha impulsado á ciertos modelos de cristianos, deseosos de llegar al deseo de perfección, á reunirse para procurar alcanzar, con la emulación y el auxilio recíprocos, el fin que la totalidad no persigue por modo suficiente, y con frecuencia no puede perseguir con toda libertad.

Para hacerse tanto más capaces de realizar esta sublime empresa, se han dado por sí mismo leyes sólidas, han organizado su vida interior y su vida exterior según reglas inmutables, y han ligado su voluntad con las más sagradas y solemnes promesas, de suerte tal que los esfuerzos para llegar á la perfección, no son para ellos asunto de capricho, sino el primero y principal de todos sus deberes, es decir, el deber profesional.

He aquí lo que significa la frase *estado de perfección.*

La vida religiosa es un estado, no una función. La función debe procurar la utilidad de otro. El estado, en otros términos, el género de vida que muchos escogen para practicarlo en común, persigue desde luego la intención de favorecer los fines propios de los que de él forman parte, por consiguiente, la intención de alcanzar el fin más elevado de la vida, la propia santificación. [1]

La vida religiosa es un estado. Esto quiere decir que impone constancia y perseverancia en esta vocación una vez elegida. [2] Por eso se ha ordenado que se consagre uno á este estado por votos públicos solemnes que ligan irrevocablemente por toda la vida.

La vida religiosa es un estado. Supone esto, en tercer lugar, que tiene ella una empresa particular que cumplir. Porque los diferentes estados se distinguen entre sí por la actividad personal que les es propia. [3] Ahora bien, el

(1) Suárez, *De statu relig.*, 1, 5, 4.
(2) Thomas, 2, 2, q. 183, a. 1; q. 184, a. 4.
(3) Thomas, q. 183, a. 3.

trabajo propiamente dicho y esencial de la vida religiosa consiste en los esfuerzos para llegar á la perfección.

El religioso y la religiosa no son perfectos por el solo hecho de que formen parte del estado de perfección. Tampoco están obligados á ser perfectos por esta sola causa. Desde este punto de vista, el Obispo tiene obligaciones mucho más importantes, ya que, por el hecho de su vocación, asume la empresa de practicar la perfección y comunicarla á los demás. [1] Pero lo que conviene á los religiosos es la obligación de aspirar á su propia perfección por todos los medios que se hallan en la esfera de su vocación. [2]

Cuando un religioso llega hasta olvidar este fin, ó no lo considera como su principal empresa, ha perdido su vocación en el verdadero sentido de la palabra, aunque lleven una vida muy honesta, aunque sea miembro utilísimo á la sociedad en el ejercicio de otras funciones, v. g., en la educación, en la instrucción, en las ciencias, ó en la vida pública, consolando las miserias de la humanidad, porque para él, cualquier otra actividad es accesoria, un medio subordinado al fin que debe perseguir. Pero este fin es la aspiración constante, perseverante, forma para realizar su empresa profesional: la perfección.

6. **Los tres privilegios del estado religioso.**—Según esto, el estado de perfección es superior en tres puntos al estado ordinario de los cristianos piadosos: está sembrado de menos obstáculos, es causa de más abundantes gracias, y, finalmente, impone mayor obligación de aspirar al fin más elevado.

Fácil es decir que todos los hombres sin excepción están obligados á aspirar á la perfección. Pero cuando consideramos los obstáculos con que luchan en la vida ordinaria,—el trabajo cotidiano, las relaciones, las distracciones, el peligro de ejemplos seductores, las miserias de toda especie—comprendemos que estas palabras de duda

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 6, 7.
(2) *Ibid.*, q. 184, a. 5.

brotasen un día de boca de los discípulos del Salvador: «Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?» [1]

Así, para quitar estos obstáculos á la salvación, la vida religiosa ha aplicado la segur á la raíz del árbol. Con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, ha suprimido las tres fuentes principales de que proviene el mayor número de pecados y de errores relativos al fin de la perfección.

Sacrificio es este que impone á los que se consagran á ella; pero, en el fondo, no es tan grande como se lo imaginan los que no pueden cargar con él. Lo cierto es que sólo puede inspirarlo la gracia de Dios, y que el hombre no puede hacerlo sin su concurso.

Pero, lo que ocurre con la medida del aumento de la gracia, que se regula de acuerdo con la generosidad con que el hombre responde á sus luces y á su impulso, ocurre también aquí. De aquí que Dios conceda gracias particulares á la vida religiosa.

Cuanto más difícil es la empresa á que Dios destina á uno, mayor es el auxilio que le presta para realizarla; y cuanto más fielmente coopera uno á la primera gracia, con mayor abundancia afluyen las demás.

Así, pues, todo el que corresponde seriamente á su vocación religiosa, no deja de obtener mayores gracias que otros que se contentan con las vías ordinarias.

Ahora bien, una de las mayores gracias entre estas gracias consiste en que todo el que abraza este estado sólo puede escoger entre ser infiel á sus obligaciones juradas, ó aspirar á la verdadera perfección.

Una de las más hermosas ventajas de la vida religiosa estriba en que no sufre la medianía. Á ella se aplican las siguientes palabras: «Donde ella es buena, nada hay de mejor; pero donde es mala, nada hay de peor».

Ya cantaba un poeta de la Edad Media:

«San Bernardo ha dicho: «No conozco en el mundo personas mejores que las que se ejercitan en la perfección en

(1) Luc., XIII, 23.

los claustros; y no conozco peores que las que en ellos no aman á Dios». [1]

Muchos se escandalizan de esto y denigran el estado religioso; pero sin razón. Precisamente es esto un testimonio en favor de su sublimidad. Allí donde se trata de realizar una empresa tan elevada, de librar combates tan serios, de aprovechar gracias tan grandes, forzosamente debe convertirse uno en un santo ó en un criminal.

El estado religioso es un seto plantado por Dios á lo largo del estrecho y escarpado sendero de la perfección. [2] Á quien ha emprendido este camino no le queda otra alternativa que la de avanzar hacia la perfección ó saltar por encima de él para descarriarse en seguida ó caer en el precipicio.

Aunque en grado menor, aplícase esto á todas las esferas de acción del Cristianismo. Nadie está en contacto con la gracia y lo sobrenatural, sin sacar de ello provecho ó perjuicio.

Cuanto más se manifiesta esto en la vida religiosa, más evidente prueba es de que nos hallamos aquí en presencia de una institución en la cual lo sobrenatural, si se nos permite la expresión, está encarnado por modo especialísimo.

7. La vida religiosa como encarnación de la vida sobrenatural.—De hecho así es. No es posible comprender la vida religiosa, sin un sentimiento viviente y una estimación altísima por lo sobrenatural.

Todo lo que en materia de ideal sublime ha sido perseguido, en cualquier época, por la Iglesia, sus santos y sus miembros más excelentes; todo lo realizado por ella en punto á acciones grandiosas, aun la santidad más elevada que el Hijo de Dios, hecho hombre, nos ha puesto ante los ojos en su persona, y á la cual nos ha invitado con sus enseñanzas y consejos, todo forma esencialmente parte de lo que la vida religiosa está llamada á practicar.

(1) Hugo de Trimberg, *Renner*, 3284 y sig.
(2) Bernard., *Ep.* 14, 2.

Ciertas personas pueden encantarse al delicioso placer que experimentan con las lecturas de sentencias místicas, de acciones maravillosas de los santos, de palabras y ceremonias de la Iglesia, pero para los religiosos no es ello motivo de goces puramente estéticos que produzcan en ellos entusiasmo estéril y vana admiración, sino que es la invitación más apremiante para imitarlo en realidad.

Aquí, no hay dificultad que no se imponga, ni grado de perfección por elevado que sea que no surja por sí mismo. Lo que los hombres llaman exageración, fanatismo y demencia en los santos; sus mortificaciones, su desprendimiento de todo bien, de toda alegría y de todo goce mundano, su ansiedad por lograr su pureza de corazón, sus prácticas increíbles de abnegación y de humildad, sus oraciones continuas, el ardor de su devoción, la profundidad de su recogimiento, su vida interior, su olvido de sí mismos, su desaparición en Dios, su sed inextinguible de sacrificios, su adhesión á todas las miserias, su ardiente caridad, su celo devorador en hacer penitencia por sus propios pecados y por los pecados del mundo entero, su solicitud en socorrer en todas partes las almas inmortales rescatadas con la sangre preciosa de Jesucristo, la inagotable fecundidad de su amor inventivo para con Dios y los hombres, á fin de enriquecer el tesoro celestial de toda clase de bienes espirituales, sus satisfacciones, sus penitencias, sus méritos, en una palabra, todo lo que las almas llenas del espíritu de Jesucristo llaman con santo orgullo la locura de la cruz, la locura de Jesucristo, es para los religiosos un deber profesional y una cuestión de vida ó muerte. [1]

Si llega uno á no considerar el estado religioso desde este punto de vista, y si se excluye de su empresa tan sólo una parcela de lo sobrenatural y de la mística, «la sal de la tierra se hace insípida, y entonces para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes». [2]

Aquí se aplica la exhortación del Apóstol: «Todo lo que

(1) Cf. Ioseph a Spir. Santo, *Theol. myst.*, disp., 11, n.° 86.
(2) Matth., V, 13.

es conforme á la verdad, todo lo que respira pureza, todo lo justo, todo lo santo, todo lo que os haga amables, todo lo que sirve al buen nombre, toda virtud, toda disciplina loable; en una palabra, lo que habéis aprendido y recibido, y oído y visto en mí, esto habéis de practicar». [1] «Todo lo maravilloso en la vida de los santos,—dice Urbano VIII á los religiosos de Xanten—todo lo que á la luz de la fe es elevado y profundo, forma parte del dominio de vuestra vocación». [2]

Nadie dirá que es esto exigir demasiado, si sabe lo que es la vida religiosa ó lo que debe ser. Es éste un estado cuyos miembros están obligados á ser «conciudadanos de los santos y domésticos ó familiares de la casa de Dios»; [3] un estado que ante todo debe realizar las palabras del Apóstol: «Nuestra ciudad está en el cielo». [4]

8. La vida religiosa como encarnación de la vida interior.—Si la vida religiosa es el estado de perfección sobrenatural, también lo es de la vida interior. Toda vida cristiana y toda perfección debe tener sus raíces en lo interior. No queda excluído lo exterior, sino que debe surgir de lo interior. La vida interior es la esencia y el alma de la verdadera perfección.

Siempre y en todas partes volvemos á este punto, que es de suma trascendencia. Así, pues, el que no comprenda la necesidad y sublimidad de la vida interior, no puede comprender ni tolerar el estado religioso.

Vemos desde luego que el protestantismo es incapaz de concebir los esfuerzos hacia la perfección, así como la vida religiosa, cuando leemos el modo como uno de sus más ilustres representantes modernos concibe la empresa del hombre, ó, para servirnos de sus palabras, «la ley absoluta para cada uno»: «Te debes á la comunidad», [5]—dice—y esto es todo.

(1) Phil., IV, 8, 9.
(2) Wolter, *Ordinis monastici elementa*, 10.
(3) Eph., II, 19.
(4) Phil., III, 20.
(5) Rothe, *Christliche Ethik*, (2), IV, 223.

Ahora bien, este modo de ver vuelve al hombre al revés. Lo que en él debe formar lo interior pasa á lo exterior, y recíprocamente.

No, nos debemos únicamente á Dios y á nosotros mismos. Somos libres y dueños de nosotros. El hombre debe á la humanidad únicamente sus servicios pero no su persona. En el momento en que se dé á la comunidad, ó á una criatura distinta de él, se pierde á sí mismo.

Ahora bien, «¿qué adelanta el hombre con ganar todo el mundo, si se pierde á sí mismo? [1] ¿Y qué ha ganado cuando ha conquistado el reino del mundo y perdido el de Dios? «Buscad primeramente el reino de Dios», [2]—dice la Verdad Eterna.—«Ahora bien, el reino de Dios está en vosotros». [3]

No es en manera alguna despreciable lo exterior; pero no hace al hombre, ni su justicia. Sin lo interior, lo exterior no es más que simple apariencia y no realidad, un fardo sin fuerzas para llevarlo, una envoltura muerta.

Toda actividad hacia lo exterior, por grandiosa y admirable que sea, no constituye la perfección. Lo que la compone es el silencio, la calma, la pureza del corazón, el recogimiento, la moderación, la humildad, la modestia, el desprendimiento de las cosas terrenales, la práctica constante de la presencia de Dios, la oración continua, especialmente la oración interior, cosas todas sin las cuales no es posible pensar en la perfección.

De aquí que no sea posible el estado de perfección sin estas virtudes internas. Cualquiera puede desplegar una actividad inmensa, y, no obstante, alejarse cada vez más de las obligaciones de su estado. Puede otro creer que es incapaz de hacer el menor bien, y, sin embargo, ser perfecto, porque lleva en su corazón dos cosas, únicas que contienen la perfección y la empresa de la vida religiosa;

(1) Luc., IX, 25.
(2) Matth., IV, 33.
(3) Luc., XVII, 21.

el amor de Dios [1] y la solicitud en hacer todo lo que Dios exige de él. [2]

9. Lo exterior y lo interior en la vida religiosa.— Tenemos aquí la principal razón de que la vida religiosa no esté á la altura de su empresa. Se cambia lo interior por lo exterior.

Desde luego, y especialmente á partir de la época josefista, nos hemos dejado contaminar por el principio de que el hombre pertenece á la humanidad. Creyendo que era éste medio excelente para inspirar al mundo estimación por los conventos, y hacerle confesar que, á pesar de todo, tenían todavía razón de ser, nos hemos arrojado á la actividad externa con la precipitación y el ímpetu que él mismo despliega para alcanzar sus fines.

Somos ciertamente los últimos en negarnos á reconocer la actividad constante y solícita de las Órdenes que trabajan en la educación de la juventud ó en el cuidado de los pobres y enfermos. Pero tampoco podemos disimular la verdad de que, por causa de esto, lo que constituye la esencia de la vida religiosa, á saber, la cultura de la vida interior, ha sido con frecuencia gravísimamente perjudicada, hasta el punto de que á veces se ha desconocido su importancia, y se ha procurado reemplazarla con una actividad externa más considerable.

En presencia de este espectáculo, no debemos cansarnos de repetir: «Cosas son éstas que uno debe practicar sin omitir las demás». [3]

«Sin el alma, ¿no es un cadáver el cuerpo?» [4] «De nada sirve la carne; el espíritu vivifica». [5]

Sin espíritu interior de piedad, y sin amor de Dios, todas las reglas y prácticas externas no son más que oropel, medianía, que no satisface, una pesada é insoportable carga que nadie puede soportar, [6] una armadura con

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1.
(2) *Ibid.*, a. 3.
(3) Matth., XXIII, 23.
(4) Jac., II, 26.
(5) Ioan., VI, 64.—(6) Matth., XXIII, 4. Luc., XI, 46. Act. Ap., XV, 10.

la cual nadie puede moverse, y, con mayor razón, reñir los combates de Dios; no pueden durar porque carecen de vida.

«Que no consiste el reino de Dios en el comer ni en el beber; sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo». [1]

Ahora bien, la fuerza, gracias á la cual las Órdenes se mantienen, tiene raíces internas en el reino de Dios, y debe manifestarse de dentro á fuera. [2] Así, pues, el mayor ó menor número de ejercicios externos no es lo que les da vida.

Primeramente lo interior y luego lo exterior, pero de suerte tal que el espíritu anime al cuerpo, y que, obrando así, no pierda el bien precioso de la libertad para la cual nos ha rescatado Jesucristo. [3] Obrando de otro modo, se rebaja el estado religioso al nivel de la profesión militar, y se hace de un convento un cuartel.

Su aspecto externo puede cambiar según los tiempos, lugares y necesidades; pero su espíritu debe permanecer siempre el mismo. Porque cambie en lo exterior, no es ello razón alguna para que su esencia haga otro tanto. Ahora bien, el espíritu es el que constituye esta esencia, y la obra externa no es más que algo accesorio y un medio secundario para alcanzar un fin que es eternamente el mismo.

Tiempos pueden venir en que el aspecto externo se haga casi por completo imposible; entonces hay que aplicarse á fortalecer más y más el espíritu, fundamentándolo en Dios. De este modo, no podrán dañarle ninguna circunstancia desfavorable ni persecución alguna.

Por consiguiente, cuanto más sombríos sean los tiempos, y cuanto más se esfuercen en hacer imposible á las Órdenes la existencia, más debemos pensar en nuestra fuerza verdadera y única: la vida interior. En materia de activi-

(1) Rom., XIV, 17.
(2) Surin, *Catéch. spirit.*, XVI, 3.
(3) Gal., IV, 31.

dad externa podemos suprimir muchas cosas, quedándonos siempre lo suficiente.

Con todo, exceptúo de ellas dos: la ciencia y el trabajo consagrado á la salvación de las almas. En estas dos materias, jamás haremos lo suficiente; pero no nos asemejaremos á nuestros padres bajo estos dos aspectos, si no comenzamos por parecernos á ellos en su espíritu y en su vida.

Del mismo modo, el espíritu de Dios impulsa bajo este aspecto, como la situación de los tiempos, á convertir la vida religiosa en más interna y profunda. Con frecuencia hemos visto ya que nuestra época ha dirigido á todo cristiano la exhortación apremiante de cuidar lo interior en la misma medida que cultivaba lo exterior. Pero los religiosos son especialmente los que, á causa de sus obligaciones profesionales especiales, deben escuchar esta invitación y no perder de vista los signos del tiempo.

Si ha de producirse una situación mejor en la cristiandad, nosotros, que hemos hecho solemne profesión de aspirar á la perfección, debemos apresurar su llegada, confesando los primeros nuestras faltas, y dando ejemplo de renovación.

Por eso decimos sin rodeos que nos hemos arrojado con demasiada solicitud en las prácticas y obras externas, olvidando demasiado, en cambio, la vida interior. Oramos muy poco, hacemos muy poco caso de la abnegación personal y de la piedad; no practicamos suficientemente la mortificación interna y externa; hemos olvidado que debemos dar ejemplo de humildad, y no pensamos con mucha frecuencia que nuestra vocación consiste en los esfuerzos para llegar á la perfección.

Si procuramos el mejoramiento en estos diferentes puntos, que son el resumen de las obligaciones de nuestro estado, no tardará la cristiandad entera en experimentar sus efectos bienhechores.

10. La vida religiosa y la vida cristiana son inseparables; son una sola y misma cosa.—Volvamos, pues, á aquello sobre lo cual jamás insistiremos suficientemente, á saber, que, según su naturaleza, la vida religiosa no es otra cosa que la vida cristiana ordinaria en toda su sobriedad, toda su alteza y toda su sublimidad.

Esto es tan importante para los cristianos ordinarios como para los religiosos.

No hay más que una perfección, la cual consiste en la práctica de la caridad. (1) De aquí que, como ya lo hemos dicho, el estado de perfección no puede tener otro fin ni cumplir otras obligaciones que aquellas á que están obligados todos los cristianos. Lo único que le es especial consiste en procurar alcanzar este fin por medios particulares.

Sin embargo, esto no hace la vida religiosa más difícil que la vida cristiana ordinaria en el mundo, ya que los medios que emplea no hacen más que facilitarle la obtención de su fin. Pero ellos no consisten ni en obligaciones ni en fines nuevos. En ambos casos son los mismos. (2)

Así, pues, la vida religiosa entraña todos los medios, todas las obligaciones y todos los fines de la vida cristiana ordinaria. Sólo añade algunos medios particulares, gracias á los cuales puede alcanzar más fácilmente el fin que deben obtener todos los hombres: la perfección. (3)

Es esta una verdad de la más alta importancia.

Los cristianos ordinarios faltan en considerar la vida religiosa con esa timidez y desconfianza con que se miran las cosas extrañas que no tocan á uno personalmente. Pero tampoco tienen el derecho de decir: «¿Y qué? No estoy en un monasterio. Si los religiosos se ejercitan en semejantes prácticas, asunto suyo es; pero esto nada tiene que ver conmigo».

Sin embargo, desde el punto de vista de las obligaciones relativas á la perfección, no media un abismo entre los religiosos y el mundo.

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1; 3, q. 46, a. 3.
(2) Suarez, *De statu relig.*, 1, 2, 10.
(3) *Ibid.*, 1, 2, 7 y sig.

No hay más que una perfección. Verdad es que los religiosos tienen obligación más rigurosa de aspirar á ella que la gente del mundo, en razón de su estado; pero no es posible afirmar que estén obligados á una perfección distinta de la de los que en el mundo viven.

Igualmente, es de la más alta importancia para los religiosos que comprendan bien esta verdad.

Fuente de errores funestos sería, si, en la vida religiosa v. g., con relación á los esfuerzos para restablecer el espíritu monástico en todo su vigor, se hablase del principio de que éste persigue un fin propio, un fin que no incluye la perfección ordinaria.

Esto conduciría lógicamente á confundir los medios con el fin; y, como consecuencia inevitable, resultaría de ello una cosa que ya hemos condenado, á saber, la substitución de la vida interior propiamente dicha por una multitud de prácticas externas y de actividad externa.

Y si, para decirlo todo, añadimos que, por causa de esto, la perfección cristiana ordinaria no queda excluída de la vida religiosa, veremos que equivale esto á cambiar sencillamente de puesto el asunto principal.

La perfección ordinaria no quiere ser practicada al lado de la vida religiosa, sino que, por lo contrario, debe preceder como base á todas las virtudes monásticas especiales; debe comprenderlas en sí, penetrarlas y animarlas.

Lo que hace que las virtudes y prácticas de virtudes religiosas se conviertan en virtudes y medios de perfección, es todo lo que compone la justicia y la perfección del hombre. Sin éstas, no serían más que vanas apariencias, ó, por lo menos, medianías, cuando no materia peligrosa de ilusión personal y de presunción.

Así, pues, las primeras obligaciones y las primeras virtudes de la vida religiosa, son idénticas á las que se requieren para la perfección en el mundo, á saber, el amor de Dios, la piedad, la devoción, el celo en la oración, el recogimiento interior, el ejercicio de la presencia de Dios, la solicitud, la mortificación, la abnegación personal, la renuncia á la voluntad propia y á la terquedad, la obediencia, la docilidad, la sumisión del espíritu y de la voluntad, la fidelidad á la conciencia, la pureza del corazón, la humildad, la modestia interna y externa, la dignidad en el porte, el respeto á las conveniencias, la caridad, la delicadeza, la paciencia, la dulzura, etc.

Todas las prescripciones religiosas, aun los votos, no son más que medios particulares para facilitar la práctica de estas virtudes cristianas generales. (1)

El religioso puede, pues, tener en sus constituciones medios excelentes para lograr la perfección, pero ello no le hace superior á cualquiera buena mujer que, en su ignorancia, sólo se vale de su rosario para servir á Dios. Y aun debe tomar á los cristianos más sencillos como modelos de imitación. De lo contrario, ni siquiera conseguirá la virtud que alcanzan miles de personas en el mundo con el cumplimiento de sus deberes y su fiel cooperación á las luces é impulsos de la gracia. (2)

11. Magnitud de la obligación á ser perfecto en el estado religioso.—Es éste el mejor estimulante para todos los que pertenecen al estado religioso y aspiran á la perfección.

Si es verdad—y lo es—que este estado se propone únicamente practicar en toda su extensión, y en toda su elevación, la perfección á que están obligados los hombres, nunca consideraremos su empresa con toda la seriedad debida.

Con frecuencia no se forma uno una idea de los esfuerzos para llegar á la santidad, del celo por la penitencia, de la mortificación, de la abnegación personal, del amor á la oración, que encontramos en el mundo, allí donde un sacerdote, por poco celoso que sea, sabe despertar estas virtudes. Con dificultad llegamos á tener exacta idea del grado de perfección que alcanzan, en campos y ciudades, pobres criadas, buenas madres de familias y humildes viu-

(1) Rodríguez, I, tr. 2. Denifle, *Geist. Leben*, (3) 271 y sig.
(2) Cassian., *Coll.*, 4, 19. *Vitæ Patrum*, 3, 205; 5, 3, 15.

das. Á menudo no es culpa suya, si no pueden borrar sus imperfecciones, y si emprenden falsas vías, sino que hay que atribuirlo á la falta de una buena dirección.

Así, pues, ¿qué esfuerzos para llegar á la perfección, qué celo por la oración, qué amor á la penitencia, á la mortificación, á la abnegación personal, no deben esperarse de los que por vocación han escogido lo que aquellos no obtienen sino al precio de las mayores fatigas, de los que tienen como obligación profesional lo que aquellos añaden á los deberes de su condición, de los que se han obligado con los votos más solemnes, á tomar en serio lo que aquellos practican por modo tan excelente con toda libertad?

12. Necesidad de las Órdenes Religiosas y de su espíritu en nuestros tiempos.—Ahora bien, cuanto más disminuyen en el mundo la caridad y la piedad, tanto más aumentan los desórdenes de toda especie, y tanto más necesarias son semejantes almas santas, tanto más necesidad hay de religiosos completos.

En los primeros días del Cristianismo, en que todos los corazones eran dóciles á las inspiraciones del Espíritu Santo, y todos juntos no hacían más que un solo corazón para llegar á la perfección, no eran necesarios los conventos. Pero cuanto más disminuyen las personas piadosas, peores son los tiempos y más apremiante es la necesidad de los conventos.

Pero poco ganará el mundo, si se le dan conventos que no honren este nombre y no realicen su misión.

Desde este punto de vista, el espíritu mismo del mundo, por hostil que sea á la perfección, es inexorable en sus exigencias. Quizás adule á los conventos que, fatigados de su antigua severidad, se dejan arrastrar á una tendencia más libre de espíritu y de vida, con el pretexto de que comprenden mejor la época, y se consideran como estrellas brillantes en cielo oscuro; llégase uno á ellos para aprovecharse de su hospitalidad; encuentra en ellos su placer; se invita á aquellos de sus miembros que representan mejor este

nuevo espíritu. Pero interiormente todos desprecian semejantes casas, y por detrás se mofan, en secreto y en público, de aquellos á quienes se pone buen semblante en su presencia.

En el fondo, sólo se aprecian los conventos que mantienen en su antiguo vigor los esfuerzos para lograr la perfección. Y, cuando son libres de elegir, los corazones agobiados por el peso de sus penas, se dirigen directamente allí donde encuentran comprobado por la vida que se conocen todavía las obligaciones que impone el estado de perfección.

Nos lamentamos de que el mundo no estime más los conventos.

Si esto es verdad, entraña para ellos seria y saludable exhortación. Jamás el mundo los ha amado mucho, pero hubo un tiempo en que los apreciaba. Hoy tampoco ama la perfección. Sin embargo, no puede prescindir de apreciar los esfuerzos sinceros para obtenerla. Siempre estimará las buenas Órdenes y los religiosos perfectos.

He aquí lo que muestra á los religiosos la seriedad de su estado.

Nuestra época no procede como antiguamente, en que se respetaba el estado religioso como tal; hoy sólo se le respeta á causa de su perfección, y sólo se respeta la casa, como el hábito, por causa de los que los honran.

No nos lamentamos de ello; por lo contrario, es un estimulante para nosotros.

El que elige este estado, se pone en oposición directa con el mundo; debe también saber lo que hace y con quien entra en lucha. El que, en un siglo como el nuestro, abraza una profesión tan sospechosa, no debe ignorar que está colocado en el candelero para iluminar al mundo. El que entra en un convento en la hora actual en que las Órdenes son tan reducidas, debe decirse que no puede abandonar á los demás el cuidado de convencer al mundo con el ejemplo de una perfección en la cual no cree ya, sino que personalmente está obligado á hacer lo que quizás

no se hubiese exigido antiguamente á cien religiosos.

Los tiempos son tales que no dejan elegir al cristiano ordinario entre la ruina y la perfección. Si los religiosos comprenden los signos de que son testigos, deben confesarse que la aguja del reloj del mundo se dirige irresistiblemente hacia aquel minuto en que resonará el grito: *¡Mane, Thecel, Phares!* ¡Fuera, pues, el que no responda á su fin. «Pues tiempo es de que comience el juicio por la gracia de Dios». (1)

(1) I Petr., IV, 17.

Apéndice

MISIÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN NUESTRA ÉPOCA

1. Las Órdenes Religiosas ¿han terminado su misión?—Lo que nuestra época reclama de las Órdenes, no es ciertamente sincero.

Al hablar así, no pensamos únicamente en los que quisieran echar los últimos restos del Cristianismo al horno crematorio, pero sabemos que esta proposición produce ligero encogimiento de hombros en el bajo y en el alto clero.

En efecto, la opinión de que la época de los conventos ha pasado ya, prevalece de día en día. «Algunas Asociaciones que, por causa de constituciones más libres y de mayor movilidad, se adaptan perfectamente al espíritu y necesidades de los tiempos modernos, son—dícese—todavía capaces de cierta vida y cierta actividad. En otras Órdenes, especialmente en las más antiguas, pueden sin duda los particulares lograr su salvación; pero en resumidas cuentas, ha terminado su misión; están muertas».

2. La vida religiosa es imperecedera é indispensable.—Lejos de nosotros, en esta cuestión, como, por lo demás, en todas las otras, la intención de proponernos algo distinto de la verdad.

De aquí que digamos sin la menor amargura: «Admitimos que así sea para todas las Órdenes antiguas, y que, al hacer esta confesión, firmemos nuestra propia sentencia; pero esto no afecta en modo alguno á la verdad de estos dos principios, á saber, que las Órdenes son muy necesarias á nuestra época, y que la vida religiosa es indestructible.

no se hubiese exigido antiguamente á cien religiosos.

Los tiempos son tales que no dejan elegir al cristiano ordinario entre la ruina y la perfección. Si los religiosos comprenden los signos de que son testigos, deben confesarse que la aguja del reloj del mundo se dirige irresistiblemente hacia aquel minuto en que resonará el grito: *¡Mane, Thecel, Phares!* ¡Fuera, pues, el que no responda á su fin. «Pues tiempo es de que comience el juicio por la gracia de Dios». [1]

(1) I Petr., IV, 17.

APÉNDICE

MISIÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN NUESTRA ÉPOCA

1. Las Órdenes Religiosas ¿han terminado su misión?—Lo que nuestra época reclama de las Órdenes, no es ciertamente sincero.

Al hablar así, no pensamos únicamente en los que quisieran echar los últimos restos del Cristianismo al horno crematorio, pero sabemos que esta proposición produce ligero encogimiento de hombros en el bajo y en el alto clero.

En efecto, la opinión de que la época de los conventos ha pasado ya, prevalece de día en día. «Algunas Asociaciones que, por causa de constituciones más libres y de mayor movilidad, se adaptan perfectamente al espíritu y necesidades de los tiempos modernos, son—dícese—todavía capaces de cierta vida y cierta actividad. En otras Órdenes, especialmente en las más antiguas, pueden sin duda los particulares lograr su salvación; pero en resumidas cuentas, ha terminado su misión; están muertas».

2. La vida religiosa es imperecedera é indispensable.—Lejos de nosotros, en esta cuestión, como, por lo demás, en todas las otras, la intención de proponernos algo distinto de la verdad.

De aquí que digamos sin la menor amargura: «Admitimos que así sea para todas las Órdenes antiguas, y que, al hacer esta confesión, firmemos nuestra propia sentencia; pero esto no afecta en modo alguno á la verdad de estos dos principios, á saber, que las Órdenes son muy necesarias á nuestra época, y que la vida religiosa es indestructible.

No decimos que tal ó cual Orden en particular, ó que todas las Órdenes sin excepción, durarán hasta el fin del mundo. Ninguna Orden, aisladamente considerada, es esencial ni indispensable á la Iglesia. Todo árbol inútil del jardín de Dios debe ser cortado para dar lugar á otro más útil.

Pero la vida religiosa no perecerá jamás, porque, de lo contrario ya no sería la Iglesia lo que debe ser. Si en realidad no tuviesen ya razón de existir todas las Órdenes antiguas,—lo que no creemos—brotarían de este viejo tronco nuevos vástagos quizás de forma diferente, pero la vida religiosa jamás será destruída.

«Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado arrancada será de raíz». (1) «Pero el árbol que el Señor ha plantado con su propia mano, prosperará, aunque sea quemado por el fuego y destruído por el hacha». (2)

3. Decadencia de las Órdenes en nuestra época.—Aquí hablamos sin ideas preconcebidas y sin prejuicios. Sólo conocemos una brújula y una línea de conducta: la verdad.

Sí, verdad es; actualmente las Órdenes religiosas apenas si son sombra de lo que deberían ser y de lo que fueron otras veces. Allí donde marchaban siempre en primera fila, ya se tratase del cultivo del suelo ó de la cultura del espíritu, ya de la ciencia profana ó de la sagrada, ya del cuidado de las almas ó de la santidad personal, andan ahora cojeando, al lado del progreso, si no es que se arrastran penosamente tras él.

En una época anterior, en que la vida monástica valía relativamente más, tanto desde el punto de vista interior, como desde el exterior, decía ya un alma santa: «Lleno está ahora de conventos el mundo, pero estas casas no me agradan. ¡Ah, quién me diera derramar lágrimas de sangre sobre muchas Órdenes de ambos sexos! Destinadas están á servir á la Iglesia de Dios, pero sirven sus propios intereses y no hacen más que escandalizar al mundo». (3)

(1) Matth., XV, 13.—(2) Psalm., LXXIX, 15 y sig.
(3) Beda Weber, *Johanna Maria vom Kreuze*, (2) 58.

¿Qué decir, pues, hoy? El espíritu del mundo las ha penetrado, se ha oscurecido el oro y han palidecido los más bellos colores. Las piedras del santuario yacen en los rincones de las calles. Los hijos de Sión, antiguamente más blancos que la nieve, son ahora más negros que carbones apagados; ya no son reconoscibles; su piel se ha pegado á sus huesos; es seca y dura como madera; la corona ha caído de nuestra cabeza. ¡Desgraciados de nosotros, porque hemos pecado! (1)

Nadie se hará ilusiones sobre esta situación. Nuestros enemigos están llenos de júbilo: nuestros antiguos amigos se cubren el rostro de vergüenza y nos consideran como perdidos; los mejores de entre nosotros gimen y caen en el desaliento; los más débiles se resignan filosóficamente.

4. La explicación de esto encuéntrase en el estado general de la cristiandad.—Hemos hablado ya á los religiosos sobre este punto, y les hemos dicho dónde se encuentra la causa del mal, así como la manera de remediarlo.

Ahora nos dirigimos á los otros miembros del clero, y le decimos que no tienen razón alguna para mirarnos con desdén, sino que, por lo contrario, el asunto es completamente digno de su reflexión.

Con frecuencia se experimenta penosa impresión cuando entra uno en discusión con los que atacan á los religiosos y los censuran sin saber lo que dicen, pues no tienen la menor idea de las lagunas que hay que llenar. La verdadera causa de la decadencia consiste precisamente en lo que más les agrada á ellos. Adoptar sus maneras de ver y poner en práctica sus consejos, sería el medio mejor de destruir lo que todavía tienen de bueno.

Antes de censurar y dar consejos, deben examinar la cuestión más de cerca y reflexionar en que hablan aquí de un punto que tanto se refiere á ellos como á nosotros. Sería extraño que la mano despreciase al ojo, ó quisiese huir de él, porque está enfermo.

(1) Lament., IV, 1, 2, 7, 8; V, 16.

«Á pesar de su número, todos los miembros del cuerpo no forman más que un solo cuerpo». [1] «Porque no obstante ser muchos, venimos á ser un solo cuerpo». [2] «Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él». [3] Cuando en el cuerpo sufre un miembro importante, inevitable es que los otros participen de los dolores que experimenta. Si uno no se da cuenta de esta verdad, señal es de que él mismo no está sano.

Además, un mal externo puede afectar á un solo miembro, en tanto que una enfermedad interna es siempre signo de un estado mórbido de todo el cuerpo. El mal puede invadir una parte especial del cuerpo y hacerse notar en ella de un modo evidente; pero lo penetra por completo. Ahora bien, cuando un miembro de la Iglesia tan esencial como la vida religiosa está enfermo, prueba palpable es de que toda la vida cristiana ha debido perder una parte de su fuerza y de su frescor. Entonces podemos exclamar con el poeta:

«Todos hemos pecado gravemente; ha huído la gloria de nuestra frente. ¡Oh Señor!, con frecuencia se nos ha anunciado el Evangelio de la libertad, pero hemos caído en la servidumbre; la sal de la tierra ha perdido su sabor». [4]

En realidad hay en ello el resultado de un conjunto de hechos que no es posible negar. El deterioro de la vida religiosa no es imputable á ella sola, sino que es más ó menos una falta común á todas las condiciones de la cristiandad,

La familia no le proporciona ya vástagos que comprendan el sentido de las palabras obediencia, modestia, privaciones, abnegación personal.

La escuela ha arrebatado á sus discípulos los últimos restos de sencillez, y aun la capacidad de ser educados.

(1) I Cor., XII, 12.
(2) I Cor., X, 17.
(3) I Cor., XII, 26.
(4) Schenkendorf, *Bibliothek der deutschen Klassiker*, Hildburghausen, 1861, XVII, 469.

El estado general del mundo actual les ha hecho conocer, desde sus primeros años, necesidades y escándalos que siempre debieron ignorar. La tibieza en que han vivido ha rebajado su piedad y celo por la oración al nivel de apariencias superficiales y de una rutina inevitable en semejante caso.

Y así es como los recibe la Orden. Ahora bien, apenas les ha puesto el hábito religioso, cuando la opinión pública la obliga á colocarlos en establecimientos escolares ó en hospitales,—no hablaremos del cuartel—para que se formen en sus futuras funciones. Y allí ven, oyen y aprenden cosas tales que hay lugar á asombrarse de que sepan todavía lo que es vocación.

En este caso, no hay que hablar de una vocación para la vida espiritual. Situación es esta que la Orden deplora, pero que en nada puede modificar. Porque los que procuran convertirse en representantes de la opinión pública y ejercen, por el hecho mismo, la mayor influencia en la laización de los conventos,—y con frecuencia son los mismos que más se lamentan de la falta de vida espiritual en las Órdenes—son ordinariamente aquellos de cuyo favor depende su existencia: amigos de la casa, padres de niños que en ella se educan, supuestos católicos celosos que se mezclan en todo lo que no les importa, y aun á veces, representantes de la Iglesia.

¿Porqué no decirlo? Sí, á menudo son precisamente los obispos y ciertos eclesiásticos los que más perjudican á los conventos, sobre todo á los conventos de mujeres, con sus consejos y su ignorancia inoportuna. Con frecuencia, y con más frecuencia de lo que se cree, entra con ello en los conventos la inclinación mortal á querer asombrar al mundo, desplegando una actividad exagerada.

Las personas bien dispuestas con relación á una casa ó á una Orden, y aun sus protectores, tasan únicamente el valor de sus miembros de acuerdo con la actividad de que dan pruebas en la educación, en el ministerio exterior y en el cuidado de los enfermos.

Si pudiesen decir una palabra capaz de producir un mejoramiento ó de suprimir un abuso, no se atreverían á pronunciarla. Si se hacen en este sentido tentativas aisladas, que fatalmente deben fracasar, por que no son continuas, son los últimos sobre cuyo auxilio pueden contar los luchadores, y los primeros en paralizar los esfuerzos de éstos encaminados á asegurar la paz y á volver á las viejas costumbres.

Pero, que una casa quiera continuar por el camino seguido hasta entonces, y procure, por esta razón, cultivar más la vida interior, y darse menos á las cosas exteriores, no tardará en perder su protección y apoyo.

Y ¿serán las Órdenes religiosas la única causa de su propia decadencia? Por desgracia, hay muchas personas que las ayudan á descender de su altura, y muy pocas que les faciliten nuevo arranque.

Queremos echar sobre nosotros la mayor parte de la culpa; pero la verdad y la justicia nos obligan á decir que no somos los únicos culpables de nuestra decadencia.

5. La vida monástica todavía no se halla enteramente muerta.—Por otra parte, no exageremos las cosas.

No hay necesidad de condenar toda profesión á causa de algunos ó aun de muchos defectos que se encuentran en ellos.

El viejo poeta conocía las debilidades de los religiosos. Á pesar de ello, dice:

«Creo que no existe un solo convento que no contenga por lo menos dos ó tres personas que todos no miren con pena. Pero no son los que observan la regla, y los que permanecen fieles á las obligaciones de su estado, los que deben sufrir por ello». (1)

¡Quiera Dios que todo el mundo piense así de la vida religiosa!

Sin duda que podemos aplicar á nuestra época las palabras que el Salvador dirigía un día á Santa Teresa: «Aunque muchas Órdenes no parezcan prósperas, no hay que creer que nadie me sirva en ellas. ¿En qué se convertiría el mundo, si no hubiese conventos?» (1)

(1) Hugo de Trimberg, *Renner*, 32, 89 y sig.

No hemos escatimado ni quejas ni advertencias. De aquí que podamos apropiarnos este pasaje de un poeta:

«No dudo que muchas personas se han hecho santas en los conventos, porque no en balde una regla las pone al abrigo de muchas faltas. ¿Quién encontrará ambiente para el mal en las velas, los ayunos y el frío? En ellos no se encuentra á sus anchas el pecado. ¿Cómo queréis que un poco de agua dañe á un brasero ardiente? Lo mismo ocurre en las Órdenes Religiosas. Si hay en ellas algo de vanidad, pronto se le da de lado». (2)

6. La primera misión que incumbe á las Órdenes Religiosas consiste en resucitar sus esfuerzos hacia la perfección.—Con esto no queremos retractarnos ni atenuar lo dicho. Sí, desgraciadamente es demasiado cierto que el fin propiamente dicho de la vida religiosa, es decir, los esfuerzos para lograr la perfección, han sufrido graves y numerosos perjuicios.

De aquí que las Órdenes deban ante todo reanimar en ellas la convicción de que constituyen el estado de perfección, y que su deber más importante consiste en los esfuerzos para llegar á ella, por cuanto ésta es su obligación profesional.

Aunque un religioso se atrajese las miradas del mundo entero por su elocuencia, erudición y habilidad en la dirección de las almas; aunque fuese el confesor más buscado, el mejor educador; aunque una religiosa fuese excelente ama de casa, enfermera incomparable, si uno ú otra, no trabajasen ante todo en santificarse, no podrían evitar la censura de haber olvidado sus deberes propios y de no vivir ya en el espíritu de su vocación; serían semejantes á rosales plantados á lo largo de un gran camino, ó á un artista convertido en marmitón.

(1) Teresa, *Leben*, XXXII.
(2) *Passional* (Köpke) 515, 32 y sig.

Por el contrario, un religioso ó una religiosa pueden quedar reducidos á la inactividad por una enfermedad, y decirse con amargura que comen un pan que no ganan, que viven á expensas de otros. Sin embargo, desempeñan su cargo, y son dignos de estima y de veneración, sólo con que empleen sus ratos de ocio en orar, en practicar la paciencia, la abnegación personal y la humildad.

Ahora bien, si esto es así, jamás se insistirá suficientemente sobre el principio de que las Órdenes tienen un fin peculiar á su estado.

7. Fin propio é independiente de las Órdenes.— No decimos que tengan un fin distinto del de la vida cristiana. Nos hemos extendido bastante sobre este punto para volver á él. Pero decimos que, por causa de su profesión, han hecho de la empresa general del cristiano su misión particular, y que, precisamente por esto, tienen una situación á parte en la cristiandad, por consiguiente, el derecho de existir y no verse obligados á rescatar este derecho con ocupaciones accesorias. [1]

Á veces encuentra uno hasta obispos que parece que olvidan esta verdad, cuando dicen que las Órdenes no son completamente superfluas como auxiliares del clero secular, pero que, fuera de esto, no significan gran cosa, que un aumento en este último les es agradable, pero que un aumento de religiosos en el convento les es indiferente, y que una nueva parroquia les parece más importante que toda la actividad de los religiosos.

Así, pues, no hay que asombrarse de que el clero mire con frecuencia á éstos como auxiliares que, á causa de las prácticas á que están obligados, están desgraciadamente impedidos de consagrarse por completo al cuidado de las almas.

Con todo, lejos de nosotros la idea de dirigir grande censura á las personas aludidas, ya que nosotros mismos estamos á veces lejos de comprender como es debido la verdad que aquí tratamos. La frase de aquella religiosa que decía que nuestra época exige que nos hagamos útiles aquí bajo, y que esperemos el otro mundo para vivir en la piadosa ociosidad de los antiguos, es más frecuente de lo que se cree, y muestra que hemos olvidado nuestro propio fin.

(1) Cf. H. von Seedorf, *Die wahre und die falsche Aszese*, 128 y sig., 133.

Pero esto es desconocer la verdad, lo cual puede producir las más funestas consecuencias.

Prueba es esto de que arrastramos siempre con nosotros la herencia que nos ha legado el racionalismo. Compréndese que en aquella época en que se había perdido toda idea elevada y espiritual sobre el hombre, hasta el punto de que, para hacerse lo más útil posible, se le creyese obligado á legar su piel al morir para que la convirtiesen en cuero, no se reconociese á esos monjes perezosos, á esos parásitos de la vida social, á esos conventos, nidos de inútil fanatismo, el derecho de existir más que en el caso de que consintiesen en prestarse á cosas para las cuales no encontrasen obreros, aun dándoles crecido salario.

Pero hoy nos es preciso elevarnos por encima de tan bajas maneras de ver. Preciso es que lo sobrenatural vuelva á entrar en sus derechos, hay que resucitar la convicción de que el estado religioso lleva en sí mismo un fin. De ello dependen en gran parte la prosperidad y la fuerza futura de la vida cristiana.

¿Qué han ganado, pues, las Órdenes desde que se prestan en todas partes como auxiliares en los cuidados de las almas y como institutores de la juventud? Helo aquí. Al lado de excepciones respetables, han proporcionado maestros medio tolerables, párrocos medianos y religiosos gastados, que no eran, y que con frecuencia no querían serlo, lo que debieran ser por su vocación, que no podían convertirse en lo que querían ser, al descuidar sus propios deberes de estado. En una palabra, este cambio de cosas, que ha impulsado á toda la vida religiosa á la exterioridad, y ha suprimido la vida interior, ha producido el resultado de que, aun la inteligencia de lo que debería constituir

esta última, ha desaparecido, y que el mal se ha convertido, por decirlo así, en incurable. (1)

De aquí que jamás se recomendará suficientemente el principio de que acabamos de hablar. En una sociedad donde únicamente se avalúa el hombre según el trabajo que puede hacer, según lo que puede producir ó gastar por hora, en una época de fiebre, de actividad externa como la nuestra, las Órdenes deben por lo menos garantir el honor y el verdadero valor del hombre.

Ahora bien, no podrán hacerlo, si no toman la defensa del hombre interior, mostrando con su ejemplo lo que es la vida espiritual, y ofreciéndola en su persona á los ojos del mundo.

La historia registra dos épocas en las que se dirigieron, á todos los que eran capaces de apreciar mejor las cosas, llamamientos reiterados á la vida interior y á la renuncia personal; una que comienza en Constantino, cuando la disolución del mundo antiguo, y otra, la que vió la destrucción de la Edad Media por el Humanismo y la Reforma. Conocemos el grado de prosperidad á que se elevó la religión en aquellos tiempos. Hoy, que la descomposición del mundo moderno casi es un hecho consumado, óyese resonar por todas partes ese mismo llamamiento á la vida interior y al despego de las cosas externas. Esperamos que el espíritu de Jesucristo, el espíritu de santidad, será comprendido y escuchado, y que muchos cristianos responderán á este llamamiento, aquéllos por lo menos que han jurado solemnemente sobre la bandera de Cristo ser valientes soldados en las santas luchas.

Ahora bien, es esta una de las más apremiantes necesidades.

Ciertamente, no negamos que las Órdenes deben hacer grandes esfuerzos para influir sobre el mundo y para salvar lo que todavía puede ser salvado. Esto es precisamente lo que les predica la obligación de fortalecerse y renovarse interiormente, porque el que quiere obrar útilmente en lo

(1) Wolter, *Ordinis monastici elementa*, 628.

exterior debe poseer gran provisión de fuerzas; de lo contrario, sucumbirá á las palabras del Señor: «Conozco su jactancia, á la cual no corresponde su valor; ha perecido por haber emprendido más de lo que podía». (1)

Con todo, no pensemos desde luego en nuestra actividad exterior. La actividad sigue á la existencia. Todos debemos existir, antes de dar pruebas de nuestra existencia. Sin esto, toda actividad no sirve más que para manifestar su propia inutilidad. Ahora bien, nuestra época ha hecho ya demasiados vanos simulacros: no aumentemos su número.

Así, pues, lo que verdaderamente está conforme con la época, y lo que es una de las más apremiantes necesidades de nuestra situación, consiste en poner á la vista del mundo lo que ya no está acostumbrado á ver, y aquello en lo cual casi no cree ya, es decir, hombres que, no sólo representen algo, sino que sean algo, realizando su empresa con toda la fidelidad posible, en otros términos, hombres que se esfuercen en conquistar la santidad interior.

Jamás han sido necesarios como en nuestros días hombres completos, hombres interiores, y establecimientos en que se formen, por consiguiente, Órdenes religiosas, y, para pronunciar de una vez la palabra extraña, Órdenes contemplativas. Sin ellas naufragará el navío de nuestra época, lo que será inevitable, si se suprime en él el equilibrio, poniéndolo todo sobre el puente, hombres, mercancías, máquinas, sin dejar nada en el fondo. (2)

Ahora bien, si hay pocas esperanzas de que las Órdenes contemplativas adquieran considerable extensión, deben convencerse las otras, las Órdenes activas, y convencerse por modo íntimo, de la necesidad de practicar ellas también la vida contemplativa para mantener el equilibrio en el mundo.

8. Utilidad general causada por las Órdenes, aun consideradas desde el punto de vista de la contem-

(1) Jer., XLVIII, 30, 36.
(2) Meschler, *Gabe des heil. Pfing.*, 365.

plación y de la vida interior.—Esto quiere decir que los religiosos, al vivir para sí, realizan grandiosa é indispensable empresa. [1]

Parece que viven aislados; pero aquí tienen aplicación las palabras del Apostol: «Nadie vive para sí, nadie de nosotros muere para sí». [2] Jamás un eclesiástico, un religioso, podrán salvarse solos, y difícilmente perderse solos. Dicho está: «Si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos». [3]

Ahora bien, si vivimos ó morimos para Aquél por quien todo vive, vivimos ó morimos para la totalidad. Dios no saca utilidad ni perjuicio de nuestras acciones; sólo nosotros hacemos esto, porque en virtud de disposiciones tomadas por Él, todos no formamos más que un solo cuerpo y una sola alma.

Si acabamos de excusarnos, en cierto modo, al mostrar que nuestra decadencia no depende exclusivamente de nosotros, sino que es un signo, un resultado, de la enfermedad general, también debemos decirnos que nuestra decadencia es una causa por la cual el espíritu de piedad se pierde en el pueblo cristiano. Pero esto no debe desalentarnos; antes bien sirve para estimularnos á elevarnos á la altura de nuestra vocación. Porque así como nuestra caída ha sido la causa de la decadencia del espíritu cristiano, así también nuestra elevación será la renovación del pueblo de Dios.

Miles de personas esperan cerca de este camino que conduce al cielo, y preguntan lo que deben hacer. No les falta la voluntad de emprenderlo, pero por desgracia hállanse rodeadas de seductores que las apartan de él, y se lo pintan como imposible de seguir. Lo que ante todo les falta, son buenos guías, que en vez de animarlas simplemente con el gesto y con vanas palabras, las entusiasmen con su ejemplo y las arrastren tras de sí.

(1) Chrysostom., *In Mat. homil.*, 15, 6.
(2) Rom., XIV, 7.
(3) Rom., XIV, 8.

Ahora bien; ¿á quién compete la santa misión de guiar por esta vía del cielo? Nos lo dice el poeta: «Nos faltan enseñanzas de sacerdotes y monjas, de ellos, que han sido dados por Dios al mundo como espejos por su ciencia y su vida». [1]

Renovémonos, pues, en el espíritu de nuestra vocación, que consiste en ser para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y los que se pierden. [2]

Á nosotros nos toca saber si satisfaremos ó no las obligaciones de nuestra vocación. Si no las satisfacemos, nos convertiremos para el mundo en olor de muerte que le acarreará á él mismo la muerte; pero si las cumplimos, seremos olor de vida que producirá la vida en muchos.

Á la verdad, concierne esto en más ó en menos á todos los hombres. Pero ¿á quién mejor que á nosotros, religiosos, puede aplicarse esta obligación? [3]

De aquí que el Espíritu Santo inspirase á nuestros padres la idea de establecer un estado propio, en el cual, en nombre y para aliento de todos los cristianos, se ofrezcan constantemente á Dios, sobre el altar de los corazones de buena voluntad, el sacrificio de la penitencia y de la mortificación, el holocausto de la renuncia personal y de la oración continua.

La cesación de este sacrificio eterno indicaría que Dios ha rechazado á su pueblo. Pero mientras no se extinga su fuego entre nosotros, podemos estar cierto de que Dios no se retirará del seno de los que ha rescatado, sino que, por lo contrario, se dejará conmover, aunque esté justamente irritado contra ellos y resuelto á castigarlos; se inclinará á la misericordia y les concederá nuevas gracias, si el humo del sacrificio continúa ascendiendo hacia Él. [4]

9. Las Órdenes son una bendición para la Iglesia.—No es, pues, una ventaja para la Iglesia convertir á los

(1) Hugo de Trimberg, *Renner*, 3, 359 y sig.
(2) II Cor., II, 15. Phil., IV, 18.
(3) II Cor., II, 16.
(4) Genes., VIII, 21.

religiosos en auxiliares para el cuidado de las almas, sino que todos sus miembros tienen interés en verlos volver á su antigua disciplina, porque de ello depende la obtención de la gracia para ellos y su elevación sobrenatural.

La renovación de las Órdenes es la renovación de la Iglesia. Sin nueva prosperidad en las Órdenes, jamás volverá á encontrar la Iglesia la fuerza de su juventud.

Los monasterios no son hospitales para gente fatigada de la vida, gastada, extraña al mundo, (1) sino que son hogares de la vida eclesiástica, planteles de la vida de oración y de piedad, de mortificación, de abnegación personal y de humildad, faros y puertos para los cristianos, fortalezas y arsenales para el clero, reservas para todas las grandes obras emprendidas por Dios; en una palabra, altas escuelas de santidad.

«Lo que la Iglesia es en la ciudad,—dice San Gregorio el Grande,—lo es la vida religiosa en el pueblo cristiano». (2)

Si la bienaventurada Coloma de Rieti insistía tanto cerca de los señores laicos, para comprometerlos á hacerse dignos de la protección y auxilio de Dios, respetando y protegiendo mejor de lo que lo hacían, contra la maldad del enemigo á los conventos, estas fortalezas de la Iglesia y de Dios, ¿qué hubiera dicho á los jefes eclesiásticos? (3)

Sin duda que los hubiera exhortado á todos á compartir los sentimientos del enérgico arzobispo de Colonia, Felipe de Heinsberg, quién exclamaba un día: «¡Ah! si hubiera tan sólo en cada pequeña ciudad de mi diócesis un convento de gente que alabase á Dios sin cesar y que orase por mí y por las almas que me están confiadas, creo que la situación de mi iglesia sería mejor de lo que es en realidad». (4)

10. Las Órdenes como remedio á los males sociales de su época.

(1) Cf. Baunard, *Un siècle de l' Eglise de France*, (3), 145.
(2) Gregor. Magn., *Evang. hom.* 2, 39, 6.
(3) Sebastian. Perusin., *Vita B. Columbæ Reat.*, 19, 184.
(4) Cœsar. Heisterbac., *Lib. mirac.*, 4, 64.

—Si esto fuese así, muy distinta sería la situación de los pueblos.

Pero se ha escrito tanto sobre la influencia bienhechora de los conventos sobre la sociedad, que es inútil hablar de ella aquí. Aun los que hoy tratan de borrar sus últimos restos, están contextes en afirmar que hubo tiempos en que fueron los primeros bienhechores de la humanidad y los salvadores de sus más grandes bienes: la civilización, la moral y el órden público. Pero—añaden—aquellos tiempos pasaron ya.

Sin duda que han pasado, pero también la situación es tal, que los conventos pueden felicitarse de no ser apreciados por esta sociedad, á fin de que la historia futura—en el caso de que la haya—no los censure de haber sido la causa de esta vuelta á la barbarie, de esta desunión, de esta miseria y de esta decadencia, de que somos testigos.

Pero no es esta la cuestión, sino que se formula del modo siguiente: ¿Debe ser esto así para que todo perezca? ¿No puede, pues, ayudarse la sociedad? ¿No quiere, pues, auxilio alguno, ni siquiera los que han dado pruebas de eficacia sobre este punto? ¿No es tan grande la miseria moral, que no fuese saludado como un bienvenido el primer salvador que se presentase? Ó bien, ¿se ha llegado ya al punto de que no sea factible creer en la posibilidad de la salvación?

No, no podemos admitir que todo esté perdido. La aurora de la salvación acabará por levantarse; se acercan los tiempos—de ello estamos convencidos—en que las Órdenes emprenderán de nuevo su antigua empresa.

Sí, se convertirán de nuevo en salvadores en medio de la angustia que nos oprime. La actitud del mundo enfermo, debatiéndose con tanto encarnizamiento contra ellas, es precisamente una prueba de nuestra afirmación. Es lo que ocurre con todos los enfermos; que rechazan al médico cuando ellos mismos son causa de su enfermedad. No quieren confesarlo; temen las justas censuras del que va á curarlos, pero nadie se complace más en dejarse tratar que

ellos, cuando prescinde de censuras, y, sin consultarlos mucho tiempo, emprende su curación.

Pero, en lo relativo á nuestro asunto, esperemos todavía un poco más. En la actualidad, no estaríamos por completo á la altura de nuestra misión. Trabajemos, pues, en renovarnos interiormente, y tan pronto como hayamos reconquistado todo nuestro vigor, nadie se mostrará tan contento de poseernos como el mundo, que tanto se encarniza ahora contra nosotros. Todo niño es ciertamente capaz de asegurar que no podemos hacerlo peor que los charlatanes, únicos que actualmente tienen permiso para ejercer su ciencia médica en el mundo enfermo. No es dudoso que nosotros haríamos un poco más; de ello tenemos la garantía en la experiencia y en la práctica de mil años.

Sí, las Órdenes lo harán mucho mejor, y sólo ellas lo harán. Cuando las cosas lleguen al punto en que las Órdenes no puedan ya remediar los males de la época, no tardará en sonar la última hora del mundo. ¿Qué es lo que da valor y paciencia á los desgraciados, sino el ejemplo de la pobreza voluntaria? ¿Qué es lo que pone freno á la prodigalidad y al desorden, sino ejemplos vivientes de desprendimiento y castidad? ¿Ante quién se doblega el león rugiente de la desobediencia, sino ante el que, por motivos superiores, ha encadenado su voluntad y su vida? ¿En quién tantas almas que sucumben bajo el peso de su cruz van á buscar consuelo y aliento, sino en los que se han abrazado por siempre jamás á la cruz de su Redentor?

Los maridos censuran á sus mujeres cuando llevan al convento sus íntimas cuitas. ¡Cómo si no hubiese una afinidad misteriosa que simultaneamente atrae á los que llevan la cruz! ¡Cómo si con harta frecuencia no hubiesen visto con sus propios ojos con qué valor continúan llevando su cruz doméstica, cuando en el umbral del convento la han, por decirlo así, santificado al contacto de la cruz de la Orden!

En una palabra, en la vida privada como en la pública, no hay situación alguna con relación á la cual la vida religiosa no ofrezca un modelo, un enardecimiento, un medio de salvación. El religioso que no se interese por una aflicción cualquiera, sea de la cristiandad y de la Iglesia universal, sea de la vida civil, de la doméstica ó de la pública, es un religioso muerto.

Todavía debemos hacer resaltar por modo especialísimo que en lo referente á la vida social ó política, únicamente el estado religioso es capaz de indicar el medio por virtud del cual podremos remediar los males de la situación presente.

Aislados en su Orden, perecerían y sucumbirían los religiosos. Trabajando bajo una dirección en el olvido de sí mismos y en la obediencia, hacen maravillas. Y los que hacen las mayores cosas son por lo regular los que carecen de medios, ó sólo los tienen limitados. Pero su desinteresado desprendimiento y su fiel subordinación les dan tal fuerza, que el mundo, que no conoce otro poder ni otro resorte que el dinero, cree siempre que disponen de inmensos tesoros.

Sin duda que poseen tesoros, que hacen verdaderos milagros, tesoros cuya principal cualidad consiste en estar á la disposición de todo el mundo.

Ahora bien, ¿cuáles son estos tesoros?

La adhesión completa á Dios, el desinterés, la obediencia, la unión, el trabajo continuo.

Al lado de esto, todos los tesoros del mundo sólo tienen muy secundaria importancia.

Si el mundo quiere aprender estos tesoros por medio de las Órdenes, así como la manera de aplicarlos y utilizarlos en común con ellas, es decir, á hacer de necesidad virtud, limitar sus necesidades, renunciar á sí mismo, familiarizarse con el sacrificio, practicar el espíritu de corporación, y, finalmente, buscar su fuerza en la obediencia y en el servicio de Dios, no tardará en comprender que no hay mal alguno del cual no puedan triunfar estas almas.

Por esto decimos que nada es tan útil al mundo como poseer Órdenes religiosas que curen las llagas sociales y

políticas actuales. Por grandes que sean estas llagas, no tardará en hallarse el bálsamo saludable, si se admiten los principios en que descansa la vida religiosa.

11. Las Ordenes como asilos de la humanidad.— Aquí es precisamente donde se ve la obra de los que suprimen los conventos. Cometen los tales una acción que los antiguos no podrían explicarse más que por la locura ó la erupción de una cólera repentina rayana en la locura, (1) un crimen que ningún sacrificio podría expiar, (2) un crimen que sería inmediatamente seguido del castigo de Dios, aunque no ubiese leyes escritas entre los hombres para castigarlo.

En todos los tiempos y en todos los pueblos, ha habido asilos para los perseguidos injustamente, para los que carecían de auxilio y de defensa, para los reducidos al último extremo por la miseria ó por los remordimientos de su conciencia.

En todas partes poníanse estos lugares bajo la protección de la religión. Aun los pueblos más groseros han considerado estos asilos como santos é inviolables. (3) Y si por casualidad los violaba un enemigo en su furor belicoso, las generaciones futuras citaban el caso como ejemplo de la aterradora perversidad á que la pasión desencadenada podía arrastrar al hombre ciego.

Pero nuestra época ha destruído friamente, de acuerdo con un plan común, los últimos refugios de la humanidad en que el derecho de asilo era practicado por modo más grandioso y desinteresado: los conventos. (4)

La supresión de ellos no sólo ha sido una ofensa á Dios, sino un crimen contra la humanidad.

Se dice que estos asilos, que tenían su razón de ser antiguamente por la falta de seguridad, son inútiles en los Estados modernos, en los que reina orden perfecto.

(1) Polyb., 5, 11, 4.
(2) Herodot., 6, 91, 2.
(3) Pausan., 7, 24, 6; 25, 1.
(4) Augustin., *Civ. Dei*, 1, 4.

Semejantes palabras nos parecen una sangrienta burla contra la humanidad doliente, pobre, desprovista de auxilio, cuya miseria aumenta cada día, sin que haya un corazón que comparta sus penas, ni con mayor razón, una mano protectora. Porque, ¿cuándo la miseria del pueblo ha sido más intolerable que hoy en día?

Ahora bien, ¿dónde queréis que vayan los pobres á buscar consuelo? ¿Á la puerta de los tribunales, de los cuarteles, de los millonarios? Apenas ponen el pie fuera de sus tugurios obscuros é infectos, cuando la policía los detiene y los encarcela para ahorrar al corto número de los felices su aspecto desagradable y sus oraciones todavía más importunas. El único asilo que queda á los desgraciados en nuestra época es el cuartelillo de policía.

¡Ah, si se preguntase á los que luchan con la vida si quieren conventos, obtendríase una respuesta diferente de la de aquéllos que jamás han conocido las torturas del hambre ni las amarguras del desconsuelo!

Pero no sólo puede uno oír la respuesta exacta, sino verla allí donde existe todavía un pequeño convento que ha conservado algo de su espíritu.

¡Cuántas personas entran y salen de él cada día! Pobres que piden un trozo de pan, zapatos, el precio de un alquiler, los gastos de estudios de sus hijos, alimento para los enfermos; jóvenes necesitados de consejo y de dirección; esposos y madres en busca de fuerza y de consuelo; empleados de poco sueldo; personas bien consideradas deseosas de arreglar un asunto en que su honor está comprometido; otras en difícil situación ávidas de ayuda y protección; corazones indecisos quebrantados en busca de fuerza y firmeza; desesperados en demanda de una mano que los retenga al borde del crimen, de la locura ó del suicidio.

¡Ah, como se engaña el que cree que los conventos son á lo más una razón de ser para el pueblo grosero é ignorante! No, existe aun toda una clase de personas para las cuales son mucho más indispensables.

Cierto día, un extranjero de aspecto venerable, de rostro melancólico y dulce, llamó á la puerta del convento de Corvo. Hizosele entrar y empezó á pasearse mudo y pensativo por el claustro. Su fisonomía mostraba las señales de la pena y de graves pensamientos. Acercósele un fraile y le preguntó dulcemente:—«Extranjero, ¿qué buscas aquí?»—«La paz»—respondió—«¿Cuál es tu nombre? ¿de dónde eres? ¿qué es de tu vida?»—«Me llamo Dante». (1)

¿Quién sabe en lo que se hubiera convertido el gran poeta, si en aquella hora de prueba no hubiese encontrado un asilo, y, con el asilo, la paz?

Nadie tiene más necesidad de semejante refugio que los miembros mejor dotados de la humanidad. Los corazones bajos encuentran fácilmente en el mundo la satisfacción que necesitan. Con tal que coman y beban bien, que vivan en la riqueza y los placeres, tienen todo lo que desean; pero los corazones nobles y los espíritus sublimes sucumben rápidamente, si no encuentran otra cosa.

Pocos hombres notables hay que no hayan tenido esas horas en que se hubieran perdido, si no hubiesen encontrado un refugio fuera del mundo.

Todo arranque poderoso del espíritu, toda dilatación considerable del corazón, toda acción verdaderamente grande, de tal modo sobreexcita, oprime y lanza al hombre fuera de sí, que fatalmente sucumbiría, si en esa lucha entre el ideal más elevado y la realidad, entre los esfuerzos sobrehumanos y la debilidad humana, no encontrase dos cosas: la soledad y la paz.

¡Ah, que no puede uno hacer comprender estas torturas de los grandes espíritus y de las almas grandes á esos hombres de madera, de plomo, de hierro, que dirigen el mundo tan despiadadamente con sus legajos de papel! Sin duda que ellos no tienen necesidad de asilos para preservarse de los sufrimientos del espíritu. Con tal que vayan por la noche á un café para hacer desaparecer de su garganta el polvo á ella adherido en las horas pasadas en

(1) Kenelm Digby, *Ages of Faith*, b. 10, ch. 12 (III, 404).

su despacho, queda satisfecha su ambición. Encuentran en él su asilo y aun su Elíseo.

Pero en nombre de todos los espíritus nobles y grandes, reclamamos otros asilos para la humanidad, asilos de calma, de soledad, de paz. Numerosos eran en otro tiempo; pero desde que han sido profanados y destruídos, desde que los han reemplazado con manicomios donde se encierra á los genios desdichados, encuéntranse los mayores talentos en la alternativa de perecer en la demencia ó en el suicidio. Testigos: Hölderlin, Lenz, Hebbel, Lenau, Majlath, List, Jaffé, Mauricio Wagner, Byron, Leopardi, Maupassant, Nietzsche y cien otros.

Antiguamente, semejantes espíritus llamaban á la puerta de un convento para buscar en él la paz, y cuando lo abandonaban, salían de él más fuertes y más aptos que antes para las grandes empresas. Así, Petrarca, Miguel Angel, el Tasso, Colón, Camoens, Victtoria Colonna. En los claustros fueron á buscar y encontraron: Alfredo el Grande y Carlomagno la fuerza, San Enrique y San Luis el valor, Carlos V el reposo. ¿Quién podría citar todos los grandes espíritus que se dirigieron á Cluny, Monte-Casino, Camaldoli, Asís, San Marcos, María Novella, Manresa, Gesù, y á la Gran Cartuja?

No buscaban más que la paz, y en ellos la encontraron. Y entonces, reconciliados consigo mismos, con el mundo y con Dios, emprendieron nuevos trabajos intelectuales y cosecharon nuevas conquistas y nuevas victorias.

12. Las Órdenes y la historia del reino de Dios sobre la tierra.—Ciertamente que sería un trabajo que valdría la pena mostrar con hechos cómo ya en el dominio natural, las grandes obras, las victorias imperecederas del espíritu sobre el mundo de los sentidos, están íntimamente ligadas á los conventos.

Pero todavía sería más importante un trabajo profundo que, en medio de la historia, mostrase cómo el destino del reino de Dios en la tierra, á través de los siglos, no sólo

está ligado del modo más estrecho á la vida religiosa, sino que hasta depende de ella.

Los tiempos de decadencia en la vida religiosa, han sido también épocas de debilidad para todas las condiciones de la cristiandad. Pero apenas volvía á florecer la disciplina monástica, cuando toda la Iglesia buscaba á sus pastores, incluso al mismo Papa, entre los que habian aspirado un nuevo espíritu.

La renovación de la vida monástica ha sido siempre seguida inmediatamente de una época de esplendor en la Iglesia. Baste recordar á Chrodegang y San Benito de Anano, Cluny, Camoldali, Vallumbrosa, Citeaux, á las grandes Órdenes mendicantes de la Edad Media, á Cayetano de Tiena, San Felipe Neri y San Ignacio de Loyola.

No es declamando contra la debilidad actual de las Órdenes, ó disfrazando apenas el júbilo maligno que sienten por no verlas ya, como otras veces, eclipsar la actividad del clero secular, como puede ser uno útil á la Iglesia. Todos los que abrigan sentimientos verdaderamente católicos, esto es, todos los que se dan cuenta de las necesidades de la cristiandad, deben ver precisamente en esto una apremiante invitación á hacer todo lo que está en su poder para despertar en las Órdenes, desde luego, la convicción de la necesidad de una reforma á fondo, y después, para reanimar, defender y fomentar toda tentativa en este sentido.

13. Dificultad de reformar las Órdenes.—Sin duda alguna que es una obra de celo de la caridad católica, tan meritoria á los ojos de Dios, como exigida en ventaja de la cristiandad entera, ayudar á la renovación de las Órdenes con el estímulo y la oración.

Pocas empresas hay que ofrezcan tantas dificultades como ésta.

Con frecuencia se extrañan muchos de que las reformas de las Órdenes se hayan logrado con mucho trabajo, ó no hayan tenido éxitos duraderos.

Sin embargo, es esto muy fácil de comprender. Cuanto más elevado es el fin de la perfección, y cuanto más la naturaleza perezosa del hombre se complace en evitar lo serio y lo formal, más obstáculos hay que vencer. Pero cuando el espíritu del mundo, la molicie y el temor á los esfuerzos personales han penetrado en las esferas eclesiásticas y en ellas se han arraigado, en parte con el concurso de la propia cobardía y del amor á la comodidad, se multiplican las dificultades.

Todos conocemos al hombre. ¡Cuántos trabajos son precisos para hacerle comprender que su modo de pensar y de obrar no es justo, ó, por lo menos, suficiente! Pero para arrastrarlo de este conocimiento á la confesión de su ignorancia, no bastan las fuerzas puramente humanas. Y cuando se le ha conducido hasta este punto, todavía no se ha hecho gran cosa. Viene entonces aquello de lo cual todo depende: poner en práctica lo que ha sido reconocido como verdadero. Aquí se amontonan los escrúpulos. «¿Qué dirán los otros? Esto producirá trastornos. Verdad es que hay que hacer algo. Hermoso sería que todo estuviera en orden. Pero esto ha marchado bien hasta ahora. Por otra parte, esto no es lo mejor. En resumidas cuentas, es imposible».

Por esto el venerable Raimundo de Capua, exclamaba con frecuencia, suspirando en sus tentativas de reforma: «Es más fácil fundar una Orden nueva, que regenerar otra en decadencia». [1] Y Gregorio XV dice: «La reforma de las Órdenes es una de las principales empresas, y una obra excesivamente difícil para cualquiera. Pero es una obra soberanamente saludable para la Iglesia». [2]

Así, no es superfluo observar que, como dice Santa Catalina de Sena, «esta reforma, como toda reforma en la Iglesia, sólo puede realizarse con muchas oraciones, suspiros y lágrimas», [3] y con la más íntima unión,—sin ella

(1) Steill, *Ephemerid. Dominican.*, II, I, 561.
(2) Gregor. XV, *Bulla canonis. S. Teresæ*, Bolland. Oct., VII, 418, n.º 1395.
(3) Raimund. Cap., *Vita S. Cath. Sen.*, 3, 2, 344 (Bolland).

ya no sería una obra católica,—entre todos aquellos á quienes la gracia de Dios ha dado luces y energías suficientes para realizar esta empresa.

14. La más apremiante empresa de estos tiempos.—¡Plegue al Espíritu Santo, fundador de las Órdenes, inspirar á todos los miembros de su Iglesia, á los superiores, á los párrocos, á los religiosos y á los laicos, la certeza inquebrantable de que, entre todas las empresas del mundo, la renovación de la vida religiosa es una de las más apremiantes!

Grandes é innumerables son las cuestiones que en la hora actual esperan solución. Con frecuencia también nos causa vértigo su cantidad, y con frecuencia no sabemos por donde empezar.

Pero, para el que comprende lo que hay de más íntimo en la vida cristiana, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: La reforma de las Órdenes se impone ante todo. Realizada que sea, quedará asegurada la única cosa necesaria, la aspiración á la perfección, y esto es lo que salvará al mundo.

Cuando las Órdenes encuentren de nuevo su antiguo esplendor, el mundo tomará de nuevo en serio al Cristianismo, para mayor bien de la Iglesia y de la sociedad.

CONFERENCIA XVI

JESUCRISTO, FUENTE Y MODELO DE TODA PERFECCIÓN

1. El hombre necesita un sostén para ser fuerte.—No hay nada tan débil que haya que desesperar de ello, ni nada tan insignificante que pueda uno despreciarlo.

Puesta en el lugar conveniente, y rodeada de los cuidados necesarios, la cosa más pequeña puede convertirse en grande, y la más desprovista de valor puede llegar á ser útil.

Todo agricultor ó jardinero sabe á qué atenerse sobre este punto. ¿Qué puede haber de más débil que nuestras plantas trepadoras? Si se las abandona á sí mismas, degeneran en salvajes, y se convierten en obstáculo al crecimiento de otras plantas más útiles, privándolas de aire y de luz. Pero cultivándolas como es debido, y poniéndoles vigorosos apoyos, compensan abundantemente los trabajos exigidos, ¡Cuán formidable planta fué hasta entonces la viña salvaje! Y, sin embargo, precisamente con ella, la viticultura moderna ha conquistado sus más brillantes triunfos. Desde que se ha aprendido á cultivar el lúpulo, se ha convertido en una de las plantas más importantes y lucrativas.

Cuando se enlaza la viña de la Campania al álamo gigante, se eleva á una altura tal, que el viñador—como dice Plinio—hace su testamento antes de la vendimia, porque ella se encarama como si no tuviese límites en su desarrollo, y se hace tan potente, que ninguna fuerza es capaz de separarla del apoyo que la sostiene. (1)

(1) Plin., 14, 3 (1), 1.

ya no sería una obra católica,—entre todos aquellos á quienes la gracia de Dios ha dado luces y energías suficientes para realizar esta empresa.

14. La más apremiante empresa de estos tiempos.—¡Plegue al Espíritu Santo, fundador de las Órdenes, inspirar á todos los miembros de su Iglesia, á los superiores, á los párrocos, á los religiosos y á los laicos, la certeza inquebrantable de que, entre todas las empresas del mundo, la renovación de la vida religiosa es una de las más apremiantes!

Grandes é innumerables son las cuestiones que en la hora actual esperan solución. Con frecuencia también nos causa vértigo su cantidad, y con frecuencia no sabemos por donde empezar.

Pero, para el que comprende lo que hay de más íntimo en la vida cristiana, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: La reforma de las Órdenes se impone ante todo. Realizada que sea, quedará asegurada la única cosa necesaria, la aspiración á la perfección, y esto es lo que salvará al mundo.

Cuando las Órdenes encuentren de nuevo su antiguo esplendor, el mundo tomará de nuevo en serio al Cristianismo, para mayor bien de la Iglesia y de la sociedad.

CONFERENCIA XVI

JESUCRISTO, FUENTE Y MODELO DE TODA PERFECCIÓN

1. El hombre necesita un sostén para ser fuerte.—No hay nada tan débil que haya que desesperar de ello, ni nada tan insignificante que pueda uno despreciarlo.

Puesta en el lugar conveniente, y rodeada de los cuidados necesarios, la cosa más pequeña puede convertirse en grande, y la más desprovista de valor puede llegar á ser útil.

Todo agricultor ó jardinero sabe á qué atenerse sobre este punto. ¿Qué puede haber de más débil que nuestras plantas trepadoras? Si se las abandona á sí mismas, degeneran en salvajes, y se convierten en obstáculo al crecimiento de otras plantas más útiles, privándolas de aire y de luz. Pero cultivándolas como es debido, y poniéndoles vigorosos apoyos, compensan abundantemente los trabajos exigidos, ¡Cuán formidable planta fué hasta entonces la viña salvaje! Y, sin embargo, precisamente con ella, la viticultura moderna ha conquistado sus más brillantes triunfos. Desde que se ha aprendido á cultivar el lúpulo, se ha convertido en una de las plantas más importantes y lucrativas.

Cuando se enlaza la viña de la Campania al álamo gigante, se eleva á una altura tal, que el viñador—como dice Plinio—hace su testamento antes de la vendimia, porque ella se encarama como si no tuviese límites en su desarrollo, y se hace tan potente, que ninguna fuerza es capaz de separarla del apoyo que la sostiene. [1]

(1) Plin., 14, 3 (1), 1.

¿Por qué no había de ocurrir lo mismo con el hombre? ¿Por qué los sabios, los doctores, los filósofos, no pueden, pues, alcanzar este grado de penetración intelectual, al cual puede elevarse el aldeano mismo? Pero ¿por qué también ocurre precisamente que entre estas personas sea más considerable el desprecio pesimista del mundo y de los hombres?

«Sin embargo—dicen ellos—hemos prodigado tan bellas palabras sobre el hombre insensible, sobre la obligación que tiene de dar pruebas de buena educación, que no podemos añadir nada más. Inútil continuar dándole lecciones. Hace ya mucho tiempo que sería una maravilla en materia de perfección, si hubiese querido escucharlas. Pero, ó bien está tan corrompido que ya nada hay en él capaz de mejoramiento, ó bien es tan malo, que no ve la solicitud de que le rodeamos. En todo caso, le abandonamos y le dejamos volver á la barbarie».

He aquí el resultado de esa empresa anunciada con tanto estrépito, de esos esfuerzos para elevar al hombre, sin el auxilio de la religión, á un grado más alto que el que ha conseguido en el Cristianismo. Es en realidad un resultado totalmente en contradicción con las grandes palabras de hace un momento. ¿Cuál es la causa? El plan mismo, que es malo porque es hijo de dos errores.

Desde luego, esos maravillosos médicos sin vocación creían poder curar al enfermo sólo con palabras sonoras y vacías. Y luego, exigían del pobre hombre tendido en tierra, gotoso, incapaz de moverse, que marchase á su voz, y aun que escalase montañas, sin que se les ocurriese darle un bastón ó guía en que pudiese apoyarse.

Si el horticultor, el agricultor ó el viñador pensasen y obrasen así en su especialidad, obtendrían miserables resultados. Pero son más prudentes, dan á la débil planta sólido apoyo, y con ello están seguros del éxito.

Curioso es que los educadores de los hombres y sus maestros, que, sin embargo, deben formar la más débil de todas las plantas, no quieran comprender esta ciencia

tan sencilla. No obstante, la ordinaria experiencia de la vida debería patentizarles la verdad fundamental de que las mejores doctrinas para la inteligencia no pueden por sí solas hacer al hombre suficientemente fuertes para practicar el bien, en tanto que, por lo contrario, no debemos desesperar de los más débiles hombres, si logramos templar su carácter.

2. Y de un sostén sobrenatural.—Fácil es comprender que los filósofos profanos ordinarios no llegan á apoderarse de este medio tan evidente. Así, pues, ¿qué punto de apoyo pueden dar al hombre? ¿Un hombre tan débil como todos los hombres? Ó bien, los que se confiesan completamente incapaces de conducirse á sí mismos, ¿querrían ofrecerse como guías? En todo caso, no quieren admitir, y con mayor razón recomendar, un guía más elevado que el hombre, sino que prefieren dejar á sus discípulos en el abandono en que los han hallado, y abandonar todo trabajo á ellos referente.

Pero lo que hay de más asombroso es que gentes que pronuncian el nombre de Jesucristo no comprendan que sólo hay un poder superior al hombre, por consiguiente, un poder sobrenatural capaz de procurarle la fuerza y los medios necesarios para conducirle á su fin.

En efecto, esta verdad exige cierta atención para ser bien comprendida.

Maestros cristianos hay que se han lisonjeado de haber comprendido perfectamente este punto de doctrina, y que de tal modo lo han desfigurado, que, para ellos y para sus discípulos, la muerte moral y espiritual ha sido consecuencia inevitable.

Tan duros reproches alcanzan á los primeros reformadores y á sus discípulos.

Verdad es que predicaron en todos los tonos que Jesucristo era el sostén de todos los hombres, creyendo que nadie lo había hecho antes que ellos. Y fueron todavía más lejos, pues proclamaron que sus santos y sus obras reemplazaban por completo toda actividad humana personal.

Pero todo lo que le concedían de excesivo, desde este punto de vista, se lo arrebataban por otro lado.

Para ellos, su ley, su palabra y sus ejemplos carecían de valor. Y aun negaban este valor en los términos más desdeñosos. Creían que había hecho bastante, no sólo para nosotros, sino en lugar nuestro, tanto que no teníamos necesidad de ocuparnos en sus palabras y mandamientos, ni de hacer algo por nuestra parte. Bastaba con que nos imputásemos sus méritos por la fe.

De este modo, han intentado sin duda dar un apoyo á la viña; pero quisieron darle uno que creciese, floreciese y diese frutos en lugar suyo. La viña no tenía otra cosa que hacer que apoyarse en él.

Evidentemente, es este uno de los más funestos errores.

Pero ¿era una razón para que la posteridad de aquellos primeros protestantes cayese en el extremo opuesto, y arrebatase, como antiguamente los pelagianos, todo poder sobrenatural á la persona y á la obra de Jesucristo, para no dejar en su lugar más que una atractiva doctrina humana?

¿En qué el Cristo moderno se distingue de un Sócrates, de un Zenón, ó de un charlatan ordinario? No vemos cómo el que conoce á Jesucristo únicamente según la doctrina de estos racionalistas puede creer que una virtud divina se derrame de él sobre sus discípulos. En él, no hay rastro alguno de aquel Cristo del Evangelio, al cual nadie se acercaba ni nadie tocaba sin experimentar inmediatamente su virtud curativa. [1]

3. La más elevada tarea de nuestra vida consiste en imitar al Cristo.—Esta triste situación nos enseña dos cosas.

Primeramente que debemos penetrar con el estudio el espíritu de Jesucristo, y, lo que todavía es mejor, con la oración y la meditación; y penetrarlo, no sólo para conocerlo, sino para practicar sus enseñanzas é imitar sus ejemplos por modo tan perfecto como nos sea posible.

(1) Luc., VI, 19; VIII, 46. Matth., IX, 21; XIV, 36.

No adoramos á Jesucristo como Redentor nuestro, si nos servimos de su obra y de los méritos de su persona como de un manto que cubra nuestra pereza. Si admiramos á lo más su sabiduría, y si consideramos con indiferencia su persona, nos rebajamos al nivel de un maestro humano ordinario.

El honor que debemos á Jesucristo exige ante todo de nuestra parte la convicción de que no hay salvación para nosotros, ni perfección posible, fuera de sus ejemplos personales.

Así, pues, se nos ha dado la vida para que trabajemos en asemejarnos á Jesucristo, penetrando en el espíritu de su doctrina y de su vida, y procurando imitar sus ejemplos.

Para que podamos lograr esto, viene su poder divino en auxilio de nuestra debilidad.

Por consiguiente, jamás un hombre será completamente perfecto por otro medio que por la imitación de Jesucristo.

Nada es santo, fuera de lo que es una imitación de este Hombre. [1] El último fin á que debemos tender aquí bajo, es la perfección. Ahora bien, la perfección es Jesucristo. [2] El grado de santidad es para cualquiera igual á la medida en que imite á Jesucristo. El más santo de todos es el que piensa quiere y obra como Jesucristo, el que ora, trabaja, sufre, se humilla, se sacrifica por Dios como Jesucristo lo hubiera hecho en la misma situación.

Lo que no se hace según Jesucristo, está fuera del camino de la perfección. Lo que hace á uno fiel á Jesucristo debe bastarnos eternamente, porque esto basta al mismo Dios; en cuanto al hombre, le es imposible ir más allá.

4. La fuerza para imitar al Cristo no se encuentra sino en la unión con Él.—De lo que acabamos de decir se deduce, en segundo lugar, que sería insuficiente para el hombre tener únicamente en Jesucristo un maestro y

(1) Gregor. Magn., *Ez.* 1, 2, 19.
(2) Augustin., *Ps.* 54, 1; 56, 2.

un modelo, pero no la fuerza sobrenatural capaz de elevarlo por encima de su propia debilidad.

Seguramente, nunca se estimaría suficientemente la influencia ejercida por una vida tan santa, y no hay persona alguna sobre la cual no produzca este espectáculo una impresión profunda, y no despierte el deseo de imitarlo.

Pero ¿por qué hay relativamente tan pocas personas que se perfeccionen por este medio? ¿Por qué al lado del corto número de aquellos para quienes esta vida maravillosa es una resurrección, hay tantos otros para los cuales es ocasión de la más profunda caída? (1) Porque la sola contemplación de una perfección tan sublime, sin esfuerzos para imitarla, no hace más que aumentar la responsabilidad; por otra parte, repugna antes que alienta.

Posible es que la fe muerta en Jesucristo pueda provocar la admiración por su doctrina y sus ejemplos, pero no puede conducir á resultados prácticos, como no puede producirlos; es método de enseñanza que se contenta con llenar la cabeza de magníficos ideales, sin templar la voluntad.

Si, pues, las enseñanzas y la vida de Jesucristo antes deben ser útiles que perjudiciales á la humanidad, también ha debido infundir en nuestros corazones un impulso poderoso capaz de hacer nacer en nosotros el deseo entusiasta de practicar sus palabras é imitar sus ejemplos.

Pero aun este solo impulso no sería suficiente. De aquí que haya sido preciso dar á los que querían imitarle la fuerza de realizar en su vida, á despecho de la debilidad humana, así las enseñanzas brotadas de sus labios como sus acciones divinas.

Sólo cuando estas tres cosas, enseñanzas, ejemplos y fuerza para practicarlos, están reunidas en Él, es para nosotros un principio de vida y de salvación.

Pero quienquiera que suprima en Él una sola de estas tres cosas, hace de Aquél, que es la vida del mundo, una causa de ruina para la humanidad.

(1) Luc., II, 34.

Ahora bien, estas tres condiciones se encuentran reunidas en la persona de Jesucristo.

Él ha dicho de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». (1)

Es el camino, por sus ejemplos santos; la verdad, como maestro, y la vida, dando á cada uno la fuerza para practicar sus enseñanzas y sus ejemplos.

El que busca, pues, la vida, debe atenerse á Jesucristo indivisible, al maestro de la verdad, á la fuente de toda santidad, al que da la fuerza para practicarla.

Ahora bien, el que posee al Cristo verdadero, viviente, tiene todo lo que necesita para conseguir la perfección y la salvación.

Pero ¡ay, cuán pobres son los que no poseen á Jesucristo! ¡Cuánto se engañan los que creen poseerlo, pero que sólo lo poseen en parte, por consiguiente, como muerto!

¿Qué es el hombre que no vive en unión con Jesucristo? Es un hombre tan débil, que fácilmente comprendemos que experimente hastío y horror de sí mismo.

Ahora bien, en la naturaleza entera no hay nada que pueda elevarle por encima de sí mismo. Ciertamente, podría ella arrebatarle el poco honor, pureza y fuerza que posee; pero jamás podrá darle una sola fuerza que no posea.

Únicamente Jesucristo es la verdadera grandeza y la fuerza suficiente del hombre.

Cuando tenemos necesidad de auxilio, nos basta con apoyarnos en Él, como la viña en su estaca, ó, para hablar con más exactitud, unirnos á Él como el sarmiento está unido á su cepa. Entonces creceremos en Él, que es nuestro jefe, (2) adquiriremos fuerza para todos los esfuerzos que nos veamos obligados á hacer y para practicar todas las virtudes, y seremos ricos en nuestra pobreza, é invencibles á despecho de todas las derrotas que podamos sufrir.

(1) Ioan., XIV, 6.
(2) Eph., IV, 15.

Desde que aprendemos á contemplar á Jesucristo, no sólo como maestro ó modelo, sino que nos consideramos como no haciendo más que uno con Él, como miembros con relación á la cabeza, como injertos relativamente al tronco que los soporta, como ramas de un árbol, dejamos de ser hombres naturales, y nos elevamos por encima de nuestra debilidad nativa.

Entonces son nuestros sus bienes y sus fuerzas; nos hemos revestido de Jesucristo; (1) Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él, (2) Cristo es nuestra vida. (3)

Pero también en cambio, nuestras acciones son acciones de Jesucristo; su vida se manifiesta en nosotros; (4) nuestra debilidad se convierte en victoriosa é invencible; hallamos fácil lo imposible, ligero el yugo más pesado, (5) y producimos frutos en abundancia, (6) no sólo para el tiempo, sino para la eternidad.

5. Medios para alcanzar esta unión.—Pero ¿cómo participar de esta fuerza? Lo hemos indicado en lo que ya hemos dicho.

No elogiando la moral libre del Humanismo y el poder humano personal; no por la fe vacía de los protestantes, sino uniéndonos por modo viviente al cuerpo de Cristo.

Cuando se dice que debemos absorber en nosotros la fuerza de Jesucristo como el niño bebe su vida en el seno de su madre, la expresión es demasiado débil. Sí, si queremos que la fuerza de Jesucristo se haga nuestra, debemos unirnos á Él como la rama se une al tronco, como el sarmiento á la cepa.

La más estrecha unión con su cuerpo, la Iglesia, es, pues, la condición y el primer medio para participar de la fuerza sin la cual jamás podremos llegar al fin de nuestra perfección. Así, nuestra fuerza aumenta en la medida en que aumenta esta participación.

(1) Rom., XIII, 14. Gal., III, 27.—(2) Ioan., XV, 5. Gal., II, 20.
(3) Col., III, 4. Phil., I, 21.
(4) II Cor., IV, 10, 11.
(5) Matth., XI, 30.
(6) Ioan., XV, 5.

Por la Iglesia, cuerpo viviente de Jesucristo, corre su sangre, esta savia de vida, esta prenda de salvación.

Sólo en la Iglesia hallamos los medios para obtener la gracia, sólo aplicándolos podemos poseer esta gracia, y sólo por medio de la gracia poseemos la fuerza de Jesucristo.

Por medio del bautismo somos injertados en Jesucristo. (1) Por la confirmación, nos consolidamos en Él. El Espíritu Santo, que entonces recibimos, fecunda los gérmenes de vida divina, y nos señala con el sello celestial que impide la profanación de este contenido tan precioso, la gracia. (2)

Si, no obstante esto, perdemos por nuestra culpa este tesoro, y, por el hecho mismo, toda nuestra fuerza sobrenatural, aun la unión con el árbol de vida, Jesucristo, no nos abandona con todo su amor. En su bondad, nos ha dado un medio con el cual podamos recobrar la gracia santificante y afirmarnos en la vida sobrenatural: la penitencia. (3)

Pero la plenitud de la unión posible entre nosotros y Jesucristo, el alimento de los fuertes, (4) el foco de caridad, de sacrificio y de piedad, el centro de toda la vida religiosa, el alimento de la perfección, se encuentran en ese sacramento en que Jesucristo mismo, Jesucristo viviente, entra todo entero en nuestro corazón y en él establece su morada con su persona divina y su persona humana, con su santidad y su fuerza, (5) el Santísimo Sacramento del altar.

Si todos los Sacramentos son fuentes de gracia, el más sublime de todos es sin contradicción el que contiene al autor y dador de la gracia misma. (6) Por este Sacramento, nos convertimos en un solo cuerpo con Él. (7) Por tan

(1) Rom., VI, 5; Rom., XI, 24.
(2) II Cor., I, 21, 22.
(3) Psalm., L, 13, 14.
(4) Augustin., *Confess.*, 7, 1, 16.
(5) Ioan., XIV, 23.—(6) Trid. sess., 13, cap. 3.
(7) Cyrill. Hierosol., *Cat.*, 22, 3. Chrysost., *Hebr. hom.*, 6, 2. Paschas. Radbert., *De corpore et sang. Dom.*, 7.

íntima comunicación, circula Él en nuestro corazón como fuente ó torrente de fuego, no para agotarse y extinguirse, sino para atraernos hacia Él y transformarnos en Él. (1) Porque no somos nosotros los que cambiamos este alimento en nosotros, como ocurre con el alimento ordinario, sino que es este alimento el que nos cambia en Él. (2)

Evidentemente, hay una gran diferencia entre la actividad propia del hombre abandonado á sí mismo y la intervención directa de Dios.

Sin duda—nunca insistiremos suficientemente sobre esto—que la gracia no obra sin la cooperación del hombre. Pero si ya los esfuerzos personales y la capacidad de hacerlos dependen de la influencia divina, más depende todavía el resultado de ellos.

El trabajo del hombre, por indispensable que sea, es idéntico al del horticultor que poda sus árboles, los dirige, los riega, los limpia y los preserva del frío. Todo esto no les da ni la vida ni la fecundidad. Si la savia no asciende por las ramas, no darán hojas, ni flores, ni frutos.

¿De qué sirve, pues, á tantas almas bien intencionadas poseer la palabra de Dios en la Biblia, y en su propio corazón la fe en su obra, si no poseen los únicos canales que pueden llenar de savia divina exhaustas venas? Como el más diligente jardinero, innegable es que trabajan mucho y se dan muchas fatigas, y, como nos lo enseña especialmente la historia del pietismo, inventan los más artificiales y extraños medios para apagar su sed inextinguible de perfección; sin embargo, continúan siendo tan pobres y tan vacías como antes.

¡Cuán rápidamente cambiarían las cosas, si estas almas desdichadas hallasen en las palabras y los actos del Salvador el camino que conduce á Él y á su vida!

Conócenle ellas, ó mejor, creen conocerle en cuanto es la verdad, pero no le encuentran como camino, ni como camino tienen siquiera una idea de su existencia.

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 3, 26.
(2) Augustin., *Conf.*, 7, 10, 16.

6. Sentimientos de los santos respecto del Cristo. —¡Ah, de cuán distinta manera han obrado muchos santos! Por eso han obtenido tan distintos resultados.

En verdad que no han escatimado sus esfuerzos personales; cargas han soportado que llenan de confusión nuestra pereza; pero no podían desterrar suficientemente lejos de sí la idea de que sólo de nuestras fuerzas, de nuestra actividad, de nuestra justicia ó de la buena voluntad de Dios, debíamos esperar el éxito. (1)

«Si quieres llegar á la verdadera santidad—dice Santa Mechtilde—adhiérete á Aquél que es la verdad misma y que todo lo santifica; únete á Él, y el océano de su pureza lavará tus faltas y curará tus debilidades. Sí, únete estrechamente á Él, y su poder divino pasará á tu interior. Porque su amor nada tiene para Él sólo, sino todo para los que le aman y aceptan sus dones». (2)

«No hay tesoro más rico que la vida y poder de Jesucristo—dice Santa Brígida, y con ella una multitud de santos—¡Si siquiera pudiésemos penetrar hasta ellos y de ellos hacer uso!» (3) Si no hiciésemos más que uno con Él, seríamos como el árbol que saca sus jugos del suelo en que está arraigado. Todos nuestros frutos serían frutos que la savia de la gracia habría hecho crecer y madurar. (4) Con las obras y méritos de Cristo, de tal modo borramos nuestras faltas, que Dios ya no tiene nada que reclamarnos. (5) Con su fuerza, realizamos, cuanto hacemos, como si fuesen sus propias obras, y Dios mismo las acepta como tales. (6)

Por eso el que está unido á Jesucristo no debe atormentarse demasiado por la imperfección de sus obras. Sería esto tan lamentable como si no pudiese desechar la idea

(1) Birgitta, *Revelat.*, 6, 69; 109; *Extravag.*, 58.
(2) Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 1, 37.
(3) Brigitta, *Revelat.*, 3, 13; 4, 89.
(4) Gertrud., *Legatus divinæ pietatis*, 3, 18.
(5) Lud. a Ponte, *Vita Mariæ de Escobar*, 6, 9, 1. Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 2, 9.
(6) Gertrud., *Legatus divinæ pietatis*, 4, 9, 41.

de que su propio trabajo es el que les presta todo su valor. (1)

Toda obra agradable á Dios, y todo medio para hacer tal una obra, provienen únicamente de Jesucristo y de su gracia. (2) Ciertas acciones del hombre pueden muy bien ser buenas y honrosas, pero sólo obtienen un valor infinito á los ojos de Dios, si se realizan en unión íntima con las santas obras de Jesucristo, y son ofrecidas á Dios. (3)

Tal es la doctrina de los santos.

7. Sus relaciones con Él.—Ahora bien, esto no ha sido en ellos simple modo personal de considerar las cosas, ó fantasías pasajeras, sino que se ha convertido en acción y verdad.

Nadie puede comprender la vida de los santos, si no posee como clave el modo de ver que acabamos de indicar. El que no lo conoce, no ve en ellos más que extravagancias. Ahora bien, precisamente lo que el mundo considera en ellos como locura, es la expresión más exacta del espíritu de Jesucristo.

Á todos estos reproches de exageración y fanatismo, no pueden dar mejor explicación que las palabras del Apóstol: «La caridad de Cristo nos urge». (4)

«Sus almas—como dice Santa Mechtilde hablando de sí misma—están unidas mucho más estrechamente á Jesucristo por el lazo de la caridad, que lo estaba el alma de David á la de Jonatás». (5) «Sienten ellos circular dentro de sí mismos su divinidad como agua viva, y sus almas se derraman á su vez en Jesucristo como un caudal del que se abren las exclusas». (6) «El amor á su Maestro, de tal modo abrasa su corazón, que todas las obras que practican son como otros tantos trozos de leña que alimentan su llama, hasta que se eleve al corazón de Dios». (7)

(1) Gertrud., *Legatus divinæ pietatis*, 3, 18; 4, 25.
(2) *Ibid.*, 4, 9, 13, 31. Mecht., *Liber sp. grat.*, 3, 10.
(3) Gertrud., *Leg. div. piet.*, 4, 9, 13.
(4) II Cor., V, 14 y sig. I Thessal., V, 9 y sig.
(5) Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 1, 23.
(6) *Ibid.*, 1, 24.—(7) *Ibid.*, 1, 25.

Su único pensamiento es Jesucristo. Sin Él, todo es nada para ellos. Para ganarlo, renuncian á todo. Con Él, irían hasta el infierno. (1)

Lo que hacen, lo hacen únicamente para encontrar á Cristo, para impregnarse de Él, y para devolverle lo que les ha dado. El motivo exclusivo que los guía en esto es su honor y su amor.

En este caso, cada una de sus obras, por pequeña y humilde que sea, se convierte en una obra divina.

No sólo cuando oraba creía Santa Gertrudis beber en el corazón del Salvador el agua (2) cuyos chorros la convertían en más blanca que la nieve, (3) sino que también durante sus comidas saltaba de gozo por poder ofrecer en el altar de Dios—así llamaba á su interior—uno de sus dones en sacrificio. (4)

Cuando se confesaba, parecíale que se sumergía en un baño saludable formado con la sangre que había manado del corazón de Jesucristo. (5)

Durante el sacrificio de la misa, se abría el cielo para los santos, y veía al Pontífice Eterno consumar Él mismo lo que se hacía en la tierra ante sus ojos. (6)

Cuando recibían la santa Comunión, lo hacían con el afán y la alegría propias del niño que se precipita en el seno materno, ó del pájaro que corre á ocultarse en su nido, ó del pez que se sumerge en lo profundo de las olas. (7)

El Espíritu Santo abrasaba sus corazones con el fuego de su amor. Entonces su corazón se ablandaba como la cera, y el Salvador estampaba en ellos su huella como con sello divino. (8)

(1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, *Prol.* 15. Arnald., *Vita B. Aug. Fulig.*, 3, 66. Schram., *Myst.*, § 296. Pinamonti, *Director spiritualis*, c. 30.
(2) Gertrud., *Leg. div. piet.*, 3, 26, 30.
(3) *Ibid.*, 4, 2.
(4) *Ibid.*, 1, 11.
(5) *Ibid.*, 3, 14.
(6) Hildegard., *Scivias*, 2, 6, 1. Gertrud., 4, 59.
(7) Mechtild., *Lib. spec. gr.*, 2, 24. Gertrud., 3, 18, 74.
(8) Gertrud., 2, 7.

Así es como las palabras: «Yo vivo ahora, ó más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí», [1] se han realizado á la letra en todos los santos.

Si quiere uno comprender bien estas palabras, no tiene más que leer la aparición en que Santa Mechtilde refiere la manera como recibió la impresión del sello divino. Llamóla el Salvador á sí, puso sus manos entre las de ella, y le donó todas las obras que había realizado en su santa humanidad. Fijó sus ojos en los suyos, de tal suerte que veía ella con los ojos santísimos de Él, y dejaba correr abundantes lágrimas. Oprimió su boca contra la suya, y le dió, en compensación de sus negligencias y debilidades, todas las alabanzas, todas las acciones de gracia, todas las oraciones y todas las exhortaciones que habían brotado de sus santísimos labios. Finalmente, unió su corazón al suyo, é hizo pasar á él todas las prácticas de devoción, de meditación y de amor, así como la plenitud de sus gracias. Al contacto del fuego de su amor, fundióse su alma toda como la cera puesta al fuego. Imprimióse Él todo entero en ella, y en adelante convirtióse ella en fiel ejemplar de su perfección divina; ella no hizo más que uno con Él. [2]

8. Última finalidad de la Encarnación.—Sólo aquí vemos con claridad lo que significa para nosotros la encarnación del Hijo de Dios.

Casi siempre la consideramos bajo un solo aspecto. Creemos haberlo hecho todo, cuando la consideramos con relación á Jesucristo. Pero ella no ha comenzado en Él más que para continuarse en nosotros.

Dios ha descendido hasta el hombre, para que el hombre se eleve hasta Él. Si la humanidad no se uniese del modo más estrecho con Dios, la intención que Dios tenía cuando se unió á ella no se hubiese realizado por completo. Sólo cuando el cambio entre el Redentor y la humanidad rescatada se ha realizado completamente; sólo

(1) Gal., II, 20.
(2) Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 1, 1.

cuando ésta se ha apropiado su vida, de suerte tal que pueda Él considerarla como suya, se alcanza el fin completo de la redención.

Ahora bien, Jesucristo ha realizado esto en los santos. Por esta causa, el título de *Rey de los Santos* es el último término de la Redención.

No hay santo alguno que no se haya formado de conformidad con Él; no hay santo alguno que no haya realizado su poder en una ú otra de sus obras; no hay santo alguno que no haya continuado y renovado su obra y su vida.

Por esta razón también, no hay santo alguno cuyas acciones no constituyan una parte de la Redención; y—no vacilamos en decirlo, porque el Apóstol nos ha dado el ejemplo [1]—no hay santo alguno que no haya contribuído á terminar la obra de la Redención.

Cada gota de sangre y de sudor derramada por ellos era una gota de la sangre y sudor de Jesucristo. En su corazón, palpitaba el corazón del Salvador, ardían su celo y su amor. De su boca fluían sus palabras, de sus manos sus acciones y sus dones. Cada sufrimiento de ellos era un trozo de la santa cruz; cada uno de sus méritos el mérito del divino Redentor.

Tal es la razón de nuestro culto por los santos.

En los apóstoles, veneramos la palabra de Jesucristo hasta las extremidades de la tierra; en los mártires, su fuerza paciente que quebranta todos los obstáculos; en las vírgenes, el triunfo de su pureza celestial; en los religiosos, la sublimidad de su pureza, de su humildad y de su obediencia; en toda la humanidad transfigurada, la fuerza divina sobrenatural que Él ocultaba en la debilidad de la carne.

En una visión magnífica, vió cierto día un alma privilegiada el arbol milagroso de la humanidad de Cristo cubriendo el cielo y la tierra. En la cima estaban los ángeles cosechando la sabiduría y el amor en los goces eternos de Dios. Los rayos que el sol del amor divino lanzaba

(1) Col., I, 24.

sobre aquellas cigarras celestes eran tan claros y tan ardientes, que ellas lanzaban gritos de júbilo y revoloteaban de rama en rama al través de todas las obras de la humanidad de Jesucristo, hasta penetrar en su corazón; elevábanse luego de repente en línea recta hacia el seno del Padre Eterno, de donde volvían pronto resplandecientes de amor divino. En medio de los ángeles, sobre las ramas más elevadas, cerníanse las almas sumergidas en la contemplación de su Redentor. Mirábalas éste con ternura, hasta que, siguiendo el impulso de sus corazones, lanzábanse en alas del amor á recibir un beso divino. En las ramas del medio, y como sostenidas por la sabiduría celestial, reposaban los doctores con aire meditabundo, y proclamaban con la fuerza de Jesucristo la doctrina de la fe, inteligible á todos los corazones. Cerca de ellos, en las cavidades de las ramas y del tronco ocultábanse las vírgenes, silenciosas y modestas, completamente penetradas del amor de Dios. Por las extremidades de las ramas andaban dispersos los primeros mártires. La púrpura de su sangre brillaba entre las hojas verdes como los estigmas del Salvador brillan en el cielo, semejantes á diamantes y á rubíes. Finalmente, en todas las ramas había una multitud tan considerable de confesores, que se doblegaban á su peso, y abajo, apoyados en el tronco, los penitentes enrojecidos con la sangre del Redentor que brotaba de las raíces de este arbol maravilloso. [1]

9. Tesoro de los méritos del Cristo y de los Santos.—De esta concepción de la Redención del Salvador y de su actividad,—única que responde á la verdad—proviene la doctrina católica del tesoro de la gracia ó de los méritos de Jesucristo y de sus santos.

El que cree en el Hijo de Dios hecho hombre, no puede poner en duda que los méritos del Redentor superan por modo inmenso á todo lo que uno puede imaginar en punto á valor. [2]

(1) Beda Weber, *Joanna Maria vom Kreuze* (2) 265.
(2) Thomas, 3, q. 19, a. 3.

Pero ¿qué ha de hacer el Salvador con estos tesoros infinitos? Personalmente no tiene necesidad de ellos, pues posee la gracia en plenitud tal, que no es susceptible de aumento en lo que se refiere á Él, el Señor, el autor de toda gracia.

No para Él, sino para nosotros ha merecido ese océano insondable de gracias. [1]

No es un hombre aislado, sino que es la cabeza del cuerpo, la cabeza de la humanidad rescatada. Ahora bien, la fuerza de la cabeza constituye también la fuerza del cuerpo. Aprovéchase el conjunto de aquello de que Él no tiene necesidad para sí. Así, pues, cuanto más considerables son sus obras meritorias, más grande es el tesoro de sus méritos que reserva para nosotros.

«Ha sufrido hambre y sed; se ha entregado á duros trabajos. Con frecuencia ha soportado el ardor de los rayos del sol; con frecuencia el sudor ha inundado su frente. Ha padecido los rigores del frío, del viento y de la nieve; y todo esto porque lo ha querido». [2]

Pero la idea que le guiaba consistía en hacerse rico en dones de toda especie para nosotros.

En este sentido, una oración de la época de San Nicolás de Flue dice: «Nuestro Señor Jesucristo es una fuente viviente; es el origen de todo bien; es la verdad infalible y la luz que no se extingue nunca. Es un bien que aumenta sin cesar para el que de él se sirve, y disminuye para el que de él no hace uso. Es tan bueno, que nada puede rehusar á quien le ruega sinceramente del fondo del corazón. En efecto, el Señor dice: «Hombre, si quieres ser un hombre de bien, trabaja con valor en serlo. Lo que no puedas hacer, yo lo haré por ti». [3]

En presencia de semejante liberalidad, ¿qué puede, pues, hacer un alma noble, que comprende la generosidad, sino tomar los dones que se le ofrecen, y también gran

(1) Thom., *Ibid.*, a. 4.
(2) Br. Philipps des Kartäusers, *Marienleben*, 3958 y sig.
(3) Sigrist, *Cath. Gegetbuch aus den Gebeten der Vorzeit*, 373 y sig.

número de los que con tan buena voluntad quieren dársele, y hacerlos fructificar para compensar una liberalidad inmerecida con una liberalidad merecida.

Gracias á Dios, en todo tiempo ha contado el Cristianismo con muchas de estas almas nobles, y hoy todavía no han desaparecido por completo, por más que la caridad no ejerza más que débilmente su unión.

Pero cuando un miembro viviente del cuerpo de Jesucristo realiza una obra buena y meritoria con la fuerza que proviene de la cabeza, es una obra de la cabeza hecha por el miembro, la cual, por esta razón, tiene el valor y el mérito de sus acciones propias.

Así es como toda buena obra y todo sacrificio que un servidor de Dios realiza en nombre de su Maestro, va á aumentar, como obra del Redentor mismo, el tesoro de los méritos que Él ha adquirido para nosotros con su santa vida y con sus sufrimientos.

Así como los efectos de la Redención no han cesado con la vida de Jesucristo en la tierra, así también el tesoro de sus méritos no se nutre únicamente con lo que Él realizó mientras vivió en la carne, sino que continúa sufriendó en la tierra en los suyos, [1] y aumentando siempre en sus miembros los tesoros de sus méritos.

La cabeza ha hecho lo que debía; pero los miembros deben realizar aquello á que están obligados por su parte. [2]

Á la verdad, Jesucristo es quien lo hace todo, pero no lo hace todo personalmente, sino que tal cosa la hizo cuando vivía en la tierra, y las otras las realiza ahora por sus miembros aquí bajo.

Para Él, no es diferente esto; de tal modo el amor le ha unido al cuerpo. Y así, pone los méritos de los suyos en el tesoro de sus propios méritos, absolutamente como si todo ello no formase más que una sola y misma cosa. [3]

Encuentra uno allí los rubíes de su sangre al lado de los

(1) Augustin., *In Psalm.* 100, 3; 122, 1; *Sermo*, 261, 14.
(2) Col., I, 24. Augustin., *In Psalm.* 86, 5.
(3) Augustin. *In Ps*, 61, 4.

de los mártires, las perlas de su sudor junto á las de los apóstoles, las amatistas de sus lágrimas unidas á las de los penitentes; es un tesoro de valor inmenso, y, sin embargo, irá aumentando cada día, hasta el fin de los tiempos.

Pero este tesoro aumenta precisamente porque se le gasta, porque se le utiliza, porque reembolsa uno con interés lo que de él se toma. El dueño de este tesoro celestial se considera como herido y ultrajado, si uno no quiere hacer uso de sus riquezas. [1] No busca su honor en la ocultación de estas alhajas, sino en la dicha que pueden procurar á los suyos enriqueciéndolos.

Esto es lo que ha mostrado á la bienaventurada Marina de Escobar en la figura de un castillo construído con el oro más fino. Había en aquel castillo tesoros inmensos de piedras preciosas de toda especie; ninguna lengua humana podría describir su valor, porque representaban los méritos y la sangre de Jesucristo. Y como ella se quedase cortada á la vista de aquellas riquezas, díjole el Salvador: «¿Ves los tesoros encerrados en este castillo? Pues bien, toma de ellos cuanto quieras para ti y para los que desees que participen de ellos». [2]

Esto mismo se ha dicho á todos los santos y á todos los servidores de Dios; y toman ellos á manos llenas de estos tesoros, y los hacen fructificar tanto como pueden, y se enriquecen ellos, y el mundo entero también, [3] y devuelven al tesoro de Dios más de lo que de él han tomado.

10. Grandeza y fuerza del hombre unido al Cristo. —En presencia de esto, ¿no es tiempo de poner ya un término á las perdurables quejas sobre la debilidad del hombre?

Sí, el hombre es débil y pequeño cuando vive para sí solo. Pero podría ser incomparablemente más fuerte y poderoso. Que tan sólo se le enseñe á conocer su verdadero

(1) Matth., XIII, 12, XXV, 26. Luc., XIX, 22, 26.
(2) Lud. a Ponte, *Vita Marinæ de Escobar*, 4, 33, 1.
(3) II Cor., VI, 10.

sostén, la verdadera fuente de su fuerza, y de tal modo se engrandecerá, que la tierra entera será demasiado estrecha para él.

Si el hombre es pequeño, el cristiano puede ser muy grande al sentirse unido, como un miembro viviente de Cristo á su cabeza. En este caso, no es ya una rama aislada, medio seca, sino que es una rama completamente verde del gran árbol de la vida, cuyas raíces profundizan en la tierra, pero cuya cima se eleva hasta el trono de Dios, y cuyas ramas se extienden hasta las extremidades del universo. Entonces es cuando se convierte en miembro digno de esta sublime sociedad constituída por todos los hombres nobles, puros y fuertes, la cual tiene por jefe al Hijo de Dios mismo encarnado, y por miembros lo escogido de la humanidad.

¡Ah, de cuán diferente modo comprenderían los hombres la vida, y cuán fielmente cumplirían sus deberes, y con qué ardor emprenderían las cosas más grandes, si se familiarizasen con este modo de ver, como lo han hecho los santos!

Cierto día, vió Santa Francisca Romana la santa humanidad de Jesucristo rodeada de un esplendor que deslumbraba sus ojos. Aparecían ante el Salvador su Santísima Madre, los Apóstoles y el ejército de los santos resplandecientes de luz. Todas las virtudes y todas las acciones heroicas, por medio de las cuales habían honrado y ennoblecido su raza los elegidos, dábanse cita allí: la misericordia, la dulzura, la justicia, la prudencia, la fuerza, la caridad. Unas tras otras ofrecían alabanzas al Dios misericordioso por haberlas vuelto á colocar, por medio de la encarnación de Jesucristo, en la tierra, de donde habían sido expulsadas. Desde entonces, ya no aparecían aisladas aquí y allá, sino que tenían la dicha de poder morar entre los hombres, y realizar, por medio de ellas, acciones tales, que los tronos vacíos en el cielo por la caída de los ángeles, iban llenándose sin cesar. Levantáronse luego todos los santos, y, llenos de júbilo indescriptible, dieron gracias al

Señor por las fuerzas y las virtudes que les había dado, porque, con ellas, habían podido realizar hechos que los hacían semejantes á los mismos espíritus puros. Entonces la Reina del Cielo, la más grande de todos los santos, volvióse hacia ellos y dijo: «Mirad, cada alma puede participar de estas virtudes; para ello, no tiene más que unirse de todo corazón, con los lazos del más puro amor, al Hijo de Dios, pues recibe gracia de su parte, y realiza acciones de un mérito eternamente durable, en la misma medida que se une á Él y le ama fielmente. [1]

Francisca Romana comprendió en donde se encontraba la fuente de la grandeza y de la fuerza, obró en consecuencia, y también ella se convirtió en santa.

Millares de otras almas lo han comprendido como ella, y han logrado la misma santidad; y todo el que lo comprenda será igualmente santo de conformidad con los dones que haya recibido. Todas pueden llegar á la perfección, no obstante su debilidad, y, con pequeñas cosas, cada cual puede realizar grandes cosas, si busca únicamente su fuerza allí donde únicamente puede encontrarla, en Aquél de quién se ha dicho: «¡Oh Cristo, señor y conservador de los mundos como del tiempo! Los insensatos de corazón orgulloso se creen suficientemente fuertes para prescindir de ti en la obra de su salvación. Pero, por sólido que sea un edificio, no se sostendrá en pie, porque no eres tú, Señor, quien ha dirigido los trabajos y preparado el cemento destinado á unir las piedras. Sólo cuando tú, palabra eterna, bendices la primera piedra de un edificio, durará éste eternamente. Sí; ¡oh Señor!, todo lo qne construyan sin ti los hombres, se apresurará á convertirse en ruinas. Ven, pues, ¡oh artista divino!, para que el mundo entero vea á Aquél que hace verdaderamente milagros». [2]

(1) Mattiotti, *Vita S. Franc. Rom.*, 2, 23, 60 y sig.
(2) Cynewulf, *Christ.*, 1, 1 y sig.

CUARTA PARTE

REALIZACIÓN DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XVII

LA VÍA PURGATIVA

1. Exigencias desmesuradas de los moralistas anticristianos.—No es agradable hablar de filosofía al mundo, sobre todo de filosofía moral. «No es posible imaginar nada—se dice—tan desprovisto de fundamento y tan extraño como las extravagancias de esta especie de filosofía. El que se atenga á su enseñanza, jamás se convertirá en hombre completo, y, con mayor razón, en hombre útil. Para llegar á este resultado, la primera condición consiste en abandonarla completamente». [1]

Á menudo proviene este juicio sólo del orgullo ó del desprecio de toda prescripción moral; pero no negamos que, en muchos casos, tenga cierta apariencia de legitimidad.

Sí, no podemos prescindir de lamentar vivamente que no sólo haya filósofos que den motivos para desdeñar las enseñanzas de la moral, sino que también ciertos profesores de moral y ciertos ascetas pretendan ser los únicos que comprenden el Evangelio por modo exacto.

Cuando el estoico dice que la virtud consiste en la insensibilidad completa, [2] si pretende que todo el que siente todavía un impulso de cólera ó de placer, sentimientos de honor ó de compasión, es un insensato, [3] tan alejado

(1) Platen, *An die Moralisten* (S. W., I, 112).
(2) (Plutarch.) *Vita Homeri*, 134 (ἀπάθεια).
(3) Diogen. Laert., 7, 123. Cicero, *Tuscul.*, 3, 9, 10. Seneca, *Clement.*, 2, 6.

de la sabiduría como el asesino y el incendiario, [1] sabe entonces el mundo que se las ha con un estoico, es decir, con un hombre que quiere paliar la falta de actos con palabras sonoras.

Pero lo más detestable es que un teólogo protestante muy elogiado, como Cristiano de Palmer, pretenda que el santo según el Evangelio es aquél á quien no afecta ya el placer prohibido, aquél á quien toda tentación halla ya insensible. [2]

Si esto es así, debe decirse al mundo que el santo no es un hombre viviente, y que el Evangelio no está hecho para hombres como nosotros, con lo que, ya por desprecio, ya por desesperación, volverá la espalda á una doctrina tan inhumana, y buscará él mismo su camino, ó aflojará las riendas á todas sus pasiones, con indiferencia y ligereza tanto mayor cuanto que más irracional y exagerada le parezca esta exigencia.

2. Es imposible vivir aquí bajo sin cometer faltas.—Sin embargo, los unos no han recibido de la razón, ni los otros del Evangelio de Jesucristo, la misión de caer en semejantes exageraciones.

Los estoicos han violentado simplemente á la razón. [3]

(1) Plutarch., *Virt. moral.*, 10. Diogen. Laert., 7, 101, 120, 127.
(2) Herzog, *Realencyklop. für prot. Kirche* (1) XVII, 147.
(3) Que no se diga que hay, no obstante, autores cristianos que han estimado mucho á ciertos estoicos, y usado sus expresiones. Conocida es la predilección que la Edad Media tenía por Séneca. Del mismo modo, San Carlos Borromeo se servía gustoso del *Manual* de Epicteto. Pero esto se hacía por modo muy distinto que en los tiempos del Humanismo, es decir, con prudencia, con ojos cristianos é interpretación cristiana. Maximino Confesor sirvióse con frecuencia de la expresión estoica *apatía;* pero la significación que le atribuía muestra cuán diferente de la de los estoicos era su manera de ver. «También el cristiano—dice—aspira á la *apatía.* Pero ésta consiste en cuatro cosas: abstenerse de malas palabras, de malos pensamientos, de malos deseos y practicar la pureza interior *(Centur.*, 3, 51, 52. Migne, XC, 1282); más brevemente, consiste en la represión de los movimientos sensuales y en la lucha contra las pasiones en general *(Centur.*, 1, 51; Migne, XC, 1197; *De charitate*, 4, 53, Migne, XC, 1060). Sólo que—añade—no hay que creer que esté uno ya exento de semejantes cosas cuando no las siente, pues desde que se ofrece ocasión propicia, aparecen de nuevo *(ibid.).* Sin duda que puede y debe uno llegar á la perfecta caridad y á la práctica de las virtudes; esta sería entonces la verdadera *apatía*, pero puede uno ya, por regla general, considerarse dichoso cuando nos liberta de la es-

Sin duda que no es la primera ni la peor falta que haya cometido la filosofía, pero siempre se podrá decir que fácilmente hubiera podido evitarla, por cuanto la triste experiencia personal le enseña diariamente la verdad sobre este punto.

Mas lo difícil de comprender es que personas que se refieren al Evangelio puedan desconocer sus enseñanzas sobre esta materia.

Así como el orgullo del corazón humano es en todas partes el mayor obstáculo que impide la sumisión á las verdades de la razón y de la fe, así ocurre también aquí. El orgullo es el que ha inspirado á los estoicos su bella frase: la liberación del pecado. El orgullo es el que ha conducido á errores en apariencia inconciliables, como el Pelagianismo y el Jansenismo, el Racionalismo y el Quietismo, al mismo resultado, por más que tengan puntos de partida diferentes. Si los partidarios de los unos creían poder llegar con sus propias fuerzas á una perfección sobrehumana, esperaban los otros de la gracia de Dios que los condujese, sin poner nada de su parte, á un estado de reposo completo en que el pecado es imposible y segura la salvación.

Pero se engañaban y engañaban á todos los que los seguían.

Imposible es que viva el hombre sin defectos en el mundo, y mucho menos sin debilidad y sin imperfección. Cada jornada, cada resolución, cada caída y cada levantamiento, le enseña esta verdad.

La misma gracia no le hace impecable. La Revelación no nos deja duda alguna sobre este punto. Evidentemente, la omnipotencia divina podría elevarnos por encima de nuestras debilidades. Pero evita esto deliberadamente, para no alimentar nuestro orgullo y transformar con ello

---

clavitud de las pasiones.» (ἐλευθερία τῆς τῶν παθῶν αἰχμαλωσίως. *Quaest ad Thalass*.. 56; XC, 577 c.) Cf. por lo demás á Honorat a Santa María, *Trad. de contemplat.*, II, *dissert* 8. Besse, *Les moines d' Orient*, 150 y sig.

nuestro sostén en causa de ruina. No se oculta jamás á nosotros, cuando de ella tenemos necesidad, pero sólo nos ayuda de tal suerte, que, no obstante el auxilio de lo sobrenatural, jamás podamos admirar lo que somos por naturaleza.

De aquí que las palabras: «Todos pecamos en muchas cosas», [1] no sólo se aplican al hombre que no posee la gracia, sino también al cristiano, y aun al mejor cristiano. [2] «Si decimos que no estamos en pecado, nos seducimos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». [3] Excepto la Santísima Virgen María, en la cual, por otra parte, nadie puede pensar cuando se trata de pecado, dice San Agustín: «Si pudiésemos reunir á todos los santos de todos los tiempos, y preguntarles lo que piensan de este principio, nos responderían unánimemente que se lo aplican en todo su rigor». [4]

Y ciertamente, y con gran asombro del mundo entero, han confesado con frecuencia que se consideraban como pobres pecadores. [5] Á menudo se ha interpretado esto como un acto sencillo de humildad por su parte, y, como una humildad exagerada y falsa. Pero, al expresarse así, no han creído decir otra cosa que la pura verdad. [6]

Además, la Iglesia ha declarado expresa y solemnemente que no sólo es un acto de humillación personal, sino la expresión de la realidad, el que uno se reconozca como pecador, aunque sea el más santo de los hombres. [7] Porque nadie podría evitar durante mucho tiempo el peligro de caer, si Dios no le concediese gracias especialísimas y pri-

(1) Jac., III, 2.
(2) Cyprian., *Testimon.*, 3, 54. Augustin., *Perfect. justor.*, 21, 44. Cassian., *Coll.*, 23, 7, 8. Gregor. Magn., *Mor.*, 18, 12.
(3) I Joan., I, 8, 10.
(4) Augustin., *Nat. et grat.*, 36, 42.
(5) Raimund., *Vita S. Cath. Sen. Prolog.*, 13, 14. Ludov. a Ponte, *Dux spirit.*, 4, 5, 3. Reguera, *Myst.*, l. 4, q. 5, n.º 635 y sig. Schram, *Myst.*, § 287.
(6) Cassian., *Collat.*, 23, 17, 18. Augustin., *Nat. et Grat.*, 36. 42. Bartoli, *Vita di S. Ignaz. Loyola*, l. 4, c. 4. Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) II, 609.
(7) Conc. Milev., c. 6.

vilegios extraordinarios, como se admite en el caso de la Santísima Virgen. [1]

3. Los santos han confesado con grandísima franqueza sus debilidades y sus faltas.—Así, no tenemos que hacer más que recorrer la vida de los santos, para convencernos de que, ni ellos, ni los que han escrito su vida, han ocultado sus debilidades y defectos. Bajo este concepto, hay, como con tanta frecuencia lo hemos hecho observar, considerable diferencia entre los tiempos antiguos y los modernos.

Hoy,—no queremos investigar la causa—creemos conservar la estimación del mundo, mucho menos luchando seriamente contra nuestros defectos, que dándonos la apariencia de ser superiores á nuestros defectos.

Ahora bien, tal como procedemos con nosotros mismos, obramos con todo lo que nos parece santo y digno de respeto. Consideramos como una humillación de nuestros santos, cuando se habla de sus debilidades, y como una calumnia contra la Iglesia, cuando un escritor toca ligeramente ciertos abusos pasados ó presentes.

De aquí proviene que nuestras biografías actuales [2] de santos y de hombres ilustres, muestren, al lado de numerosos hechos dignos de admiración, poquísimos actos capaces de alentar y propios para ser imitados. De aquí proviene igualmente que muchas tentativas para justificar abusos en la Iglesia, no hayan tenido el éxito esperado. Al querer excusarlo todo, y al no confesar ninguna debilidad, provócase en todas partes la desconfianza y la incredulidad, aun sobre puntos en que no tendrían razón de existir.

Nuestros padres supieron evitar este peligro. Cuando hablan de la Iglesia y de la vida de los santos, refieren las faltas y los abusos con tanta sencillez y rectitud como cuando señalan los hechos y los resultados más estupen-

(1) Conc. Trident., s. 6, c. 23.
(2) En este sentido puede uno aceptar el duro reproche que expresa M. Canus (*Loc. theol.*, 1, 11, c. 6, § *prima lex*, ed. Patav., 1762, 295 y sig.).

dos. Esto es lo que los hace tan dignos de estimación con relación á personas y cosas, á cuya glorificación consagran su pluma. En efecto, todo el mundo ve que dicen la verdad tal como es, y que la causa que sirven es capaz de soportar la más franca sinceridad.

Bajo este concepto, los mismos santos nos ofrecen los más brillantes ejemplos.

No hay necesidad de que hablemos de San Agustín. Del mismo modo, todo el mundo sabe lo que de él dice San Jerónimo. Santa Gertrudis nos refiere sus faltas con la misma calma y sencillez con que nos cuenta las gracias más sublimes de que fué favorecida por Dios. Vese que habla de algo que le parece completamente natural. Describe sus movimientos de orgullo, su vanidad, su curiosidad, sus impaciencias, sus distracciones; confiesa que ciertas conversaciones profanas le causaban mucha alegría, y que ciertas aflicciones producían en ella profunda tristeza, que las lisonjas hallaban siempre terreno abonado en su corazón, y que su lengua no estaba exenta de palabras ociosas. [1] Santa Lidvina confiesa que amaba demasiado á una sobrina, y que esto desplacía á Dios. [2] Santa Teresa dice, en una aparición ocurrida después de su muerte, que dejó caer más de una flor, más de una hoja, y aun á veces pequeños tallos del maravilloso ramillete que tenía en sus manos, porque las relaciones con las personas del mundo, la gestión de los asuntos exteriores, son también en los santos causa de peligros tales, que á veces tropiezan, y aun caerían, si la gracia de Dios no los sostuviese. [3]

Así han procedido casi todos los santos. No podían tomar sobre sí la empresa de referir sus virtudes y milagros, á menos de ser obligados á ello por la obediencia. Pero hablar de sus defectos les costaba tan poco, que con frecuencia se han asombrado de ella almas estrechas y débiles.

4. Modelos indignos del hombre y modelos hu-

(1) Gertrud., 2, 1, 3, 12; 13; 3, 4, 59; 4, 2, 42.
(2) Thom. a Kempis, *Vita S. Lidvinæ*, 2, 10, 1, 2.
(3) Ludov. a Ponte, *Marina de Escobar*, 4, 27, 2.

manos.—Sin embargo, no hay razón alguna para tener falsa opinión de los santos. Por lo contrario podemos decir que precisamente es esta franqueza una de las notas características más infalibles de la verdadera santidad.

Todo el mundo adivina ya lo que hay de antinatural en esos santos del jansenismo y del puritanismo, con sus apariencias artificiales de elevación sobre los sentimientos humanos. Pero cuando uno ha visto más de cerca su continente duro y solemne, su aspecto altivo, glacial, sus labios oprimidos, y sus ojos, uno del os cuales mira siempre al cielo con aire de piedad, y con desprecio el otro, al pobre pecador que todavía no se ha despojado por completo de su humanidad, se desvanece nuestra confianza en ellos, aun antes de que una de sus palabras, caramente compradas, revele que un espíritu más agrio que el vinagre fermenta en su corazón.

Si muestra uno predilección por las particularidades, puede admirar, en el cinismo y en el budismo, todas esas caricaturas de la santidad, ora en una actitud teatral, ora en una rigidez repugnante de suciedad. Pero nadie se sentirá atraído hacia ellas como hacia un espejo de la verdadera humanidad, nadie se sentirá entusiasmado para imitarlas.

No ocurre lo mismo en los santos. Son éstos, hombres verdaderos, vivientes, hombres de carne y hueso como nosotros. Como nosotros sienten, y no se avergüenzan de expresar humanamente sus sentimientos humanos con quejas, suspiros y lágrimas. Están tan poco elevados sobre los peligros de la sensualidad y las seducciones de la pasión como nosotros. No ocultan nunca que saben muy bien que las pasiones dormitan en ellos, y que hasta las sienten agitarse. Si con tanta precaución doman sus sentidos, es precisamente—nos lo dicen con la mayor franqueza—para que no se desencadene su sensualidad. Si tan penosas mortificaciones practican, es para que no prevalezcan sus malas inclinaciones, para que no maten á su alma. Si, á pesar de esta vigilancia heroica, no pueden impedir

á veces que se despierten sus pasiones y que los hagan tropezar, y aun caer, es para nosotros una invitación á tener más prudencia, más circunspección y confianza en ellos. Porque entonces es cuando vemos que son parientes nuestros en todo, y que en manera alguna debemos desesperar de alcanzar nuestro fin, si ellos han podido llegar á semejante perfección, no obstante sus debilidades.

Los estoicos habían imaginado un ideal completamente irrealizable. (1) De aquí que no hiciesen esfuerzo alguno para lograrlo.

Los jansenistas renovaron la tentativa, pero demostraron por modo evidente, gracias á los malos resultados obtenidos, que sus modelos paganos habían tenido razón.

En cambio, la doctrina cristiana de la perfección cuenta con el hombre, es decir, con la imperfección que le es propia. De aquí que millares y aun millones de individuos hayan podido tentar realizarla en su vida, habiendo recompensado sus penas los éxitos más magníficos, y confirmado la verdad de los principios que de ella habían tomado para conseguir este fin.

5. Precisamente por sus debilidades son los santos nuestros modelos.—«Si, pues,—dice Casiano—queremos llegar con seguridad á la verdadera perfección en la virtud, preciso nos es tomar como maestros y guías á los que no desierten con vanas palabras y ociosos sueños, sino á los que de hecho se han apropiado la perfección. Pueden ellos enseñarnos con certeza en qué consiste la virtud y conducirnos con seguridad á ella. Porque habiendo ellos mismos llegado á este fin, su enseñanza tiene doble autoridad.

»Ahora bien, la particularidad que uno nota en ellos consiste precisamente en que cuanto más crecían en pureza de corazón, más confesaban que sentían pesar sobre ellos sus faltas. Cuanto más avanzaban en el camino de la perfección, más amargamente suspiraban de no ser capaces de deshacerse por completo de sus defectos y peca-

(1) Seneca, *Benef.*, 1, 10, 1 y sig.; *Tranquill.*, 7, 4; *Ep.* 42, 1.

dos, como si estas debilidades hubieran sido impresas en letras de fuego en su alma con un sello.

»De aquí que velasen continuamente sobre ellos mismos, y jamás pensasen buscar una excusa en el espectáculo de otras personas más imperfectas y más tibias. Por lo contrario, tenían siempre fijos los ojos en los que se habían libertado por completo del pecado y gozaban ya, en el reino del cielo, de la felicidad eterna. Pero por ello comprendían también que á la gracia divina, y no á sus trabajos, debían atribuir su triunfo, y que su deber consistía en trabajar sin descanso en la adquisición de la humildad.

»De este modo obtuvieron doble resultado. Teniendo siempre algo que deplorar en ellos, evitaban el peligroso escollo del orgullo, y, con su experiencia constante de que la carga de las miserias humanas que pesaba sobre ellos no les permitiría jamás llegar á la tan deseada pureza del corazón sin el auxilio de la gracia, sentíanse siempre impulsados de nuevo hacia el fin más elevado que su destino les indicaba». [1]

Así habla Casiano.

Pero sólo los que seriamente aspiran á la verdadera virtud conocen los grandes consuelos y alientos que hay en este ejemplo de los santos.

Los antiguos y modernos panegiristas de la virtud, que, con sus palabras huecas, pierden la reputación, no sólo de la enseñanza de la virtud, sino de la virtud misma, pueden turbarse cuanto quieran de la debilidad humana, y predicar una virtud imposible de alcanzar. Según ellos, ni siquiera pueden poner manos á la obra para realizar uno solo de sus preceptos.

Cuando uno de sus discípulos se lamenta de que es intolerable la carga que imponen, dicen, como los antiguos estoicos, que es falso creer que sus bellas frases estén destinadas á ponerse en práctica. [2]

Pero no es con una filosofía, que es puro ejercicio de

(1) Cassian., *Institut.*, 12, 15.
(2) Kuno Ficher, *Gesch. der neuern Philos.*, (2) I, II, 563.

lenguaje, ó alimento para el orgullo del espíritu, como se hacen avanzar las cosas en provecho de la humanidad. De lo que tenemos necesidad es de una dirección de la vida. Ahora bien, no se vive de palabras; vivir es obrar, y, si no realizar, por lo menos dirigir á lo alto las miradas, luchar y hacer serio uso de las fuerzas de que uno dispone.

Con profunda verdad aplica la Revelación á la vida espiritual la comparación de los dolores del parto. [1] Por que también en él se hacen sentir penas dolorosas, [2] y sólo se obtiene el resultado con peligro de la vida. Raquel estuvo á punto de morir cuando dió á luz el hijo de su dolor. También los santos experimentan en el trabajo de su perfección crisis formidables; invocan al Señor con más insistencia, elevan sus manos hacia Él, y Él escucha sus plegarias, y no los entrega á sus enemigos. [3]

Pues bien, puede uno confiarse á hombres que han dado este terrible paso con peligro de su vida, luchando para llegar á puerto.

Por consiguiente, cuando tengamos necesidad de personas que quieran únicamente ser oídas ó leídas, nos acordaremos siempre de los filósofos y de los poetas. Pero cuando se trate de estudiar y de obrar, cuando se trate de la vida, nos atendremos á nuestros santos y á los que han ido á su escuela. Ahora bien, dícennos éstos ante todo una verdad que nunca podremos grabar por modo suficientemente profundo en nuestra alma. Hela aquí: no con bellas palabras recorre uno el camino que conduce á la perfección, ni siquiera con deseos piadosos, sino únicamente por medio de acciones serias.

6. La vía purgativa, primera de las tres vías de la perfección.—Ahora bien, la primera y la más necesaria de todas las acciones es la purificación del alma. [4]

(1) Is., XXVI, 18. Joan., XVI, 21.—(2) Psalm. XLVII, 7.
(3) Eccli., XLVIII, 21 y sig.
(4) Trata fundamentalmente la empresa de la *vía purgativa* Alvarez a Paz, II, l. 1, 1, 44; III, l. 3, p. 1; l. 4, p. 1. Igualmente Schram, *Theol. myst.*, § 27-102. Philipp. a S. Trinit, I, tr., 1, 2. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 61-188. Sandreau, *Dégrès de la vie spirituelle*, (2), I, 47-248. Véase también conf. IX, 8, 9.

Nadie es como debería ser. En nadie está intacta la naturaleza. El que crea que es fácil ponerla en orden, se engaña. Preciso es un trabajo serio, continuo, para separar completamente del oro las escorias que contiene. ¡Feliz el que pueda realizar esto en su vida en el mundo!

La vida de los más nobles y más santos hombres es precisamente la prueba más convincente de esta verdad. Porque si se han hecho perfectos, es porque han trabajado con gran seriedad y constancia en purificarse ellos mismos.

Así, pues, el que aspira á la virtud, no tiene otro medio para llegar á ella que trabajar sin descanso en desarraigar sus defectos y los gérmenes del mal que lleva en sí.

Para lograr la pureza del corazón, preciso es comenzar por purificarlo.

El fin á que uno quiere llegar, es la perfección. El medio para obtenerla es el perfeccionamiento, y para perfeccionarse, preciso es deshacerse de sus imperfecciones.

Henos, pues, de nuevo aquí en presencia de los tres grados de la vida espiritual, de que con tanta frecuencia hemos tratado.

El primero, sin el cual son imposibles los demás, es el llamado *vía purgativa* ó *camino de purificación*. El que quiere subir á lo más alto de la escala—dice el proverbio—debe empezar por los escalones inferiores. [1] Sin principio, no hay progreso, y sin progreso, no hay perfección.

Entre todos los santos, entre todos los que realmente han logrado la perfección, no hay uno solo que haya proclamado una doctrina distinta de ésta. Y si no lo dicen con palabras, lo predican mucho más alto con sus ejemplos.

Para llegar á la perfección, preciso es ante todo poner manos á la obra. Ahora bien, debemos comenzar por luchar contra nuestros defectos, por purificar de sus escorias á nuestra natulareza corrompida. Jamás es demasiado pronto ni demasiado tarde para empezar este primer trabajo. Ninguna fatiga es demasiado grande para arrancar la

(1) Kœrte, *Sprichwört. der Deutsch.*, (2) 4741.

mala hierba del corazón, cuando se reflexiona que únicamente se emprende este trabajo para que, el que lo empiece con lágrimas, acabe por gozar en la más profunda paz de los frutos de justicia cosechados por él mismo. [1]

Ni las malas disposiciones naturales, ni las pasiones más indomables, ni la inclinación al mal, ni los hábitos inveterados, son obstáculo alguno para el bien, con tal que empiece uno por entablar la lucha contra ellos.

Esta lucha es tanto más difícil cuanto que más tarde se empiece. Pero aun entonces ofrece garantías de éxito. Cuanto más deje uno crecer la mala hierba en su alma, más trabajo necesita para extirparla. Pero aun, en este caso, no debe desesperar del resultado, con tal que ponga seriamente manos á la obra.

¡Cuántos entre nosotros se han creado por sí mismos los obstáculos que encuentran en esta vía! ¡Cuántos han perdido los mejores años de su vida! Pero al fin hemos abierto todos á la gracia la puerta de nuestro corazón, y no le hemos rehusado por más tiempo nuestra cooperación. Y apenas nos hemos lanzado á continuar lo que primeramente había ella empezado, y mucho tiempo antes que nosotros, cuando hemos visto inmediatamente la posibilidad de realizar lo que hasta entonces nos había parecido imposible. [2] El principio fué lo más difícil; pero, vencidas las primeras dificultades, la gracia, libre de su principal obstáculo, nos ha mostrado cada día su fuerza más y más victoriosa. La continuación se ha hecho cada vez más fácil, y á la postre, hemos llegado al término feliz á que aspirábamos.

Tal es ordinariamente el lenguaje de todos los santos.

7. La vía purgativa es la más necesaria.—Dedúcese naturalmente de aquí el principio de que, para el que quiere llegar á la perfección, la vía purgativa es la vía necesaria, y aun la única para alcanzar este fin.

Seguramente que este lenguaje no está conforme con

(1) Hebr., XII, 11.
(2) Cyprian., *Ad Donatum (ep.* 1), 2 (4)

las ideas del Humanismo, el cual, por boca de sus filósofos y educadores, predica precisamente lo contrario.

Las teorías modernas sobre educación pretenden que, para conducir á la humanidad á la luz y á la civilización, hay necesidad de partir del principio de Rousseau y Gœthe, á saber, que siendo buena la naturaleza, no hay más que dejarla obrar. Según dichas teorías, la empresa de la educación consiste simplemente en procurar que la naturaleza del hombre se desarrolle simplemente por sí misma.

Que este modo de ver sea tan universalmente aprobado, fácil es de comprender. Los hombres son siempre y en todas partes los mismos. Todos tenemos algo de la locura de Icaro. Cuando queremos remontarnos á las regiones más elevadas, nada es demasiado alto ni demasiado rápido para nosotros. En este caso, sólo pensamos en volar; andar sería demasiado lento. Pues bien, los educadores modernos, con toda la muchedumbre de maestros populares que los siguen ciegamente, y que más procuran complacer á los hombres que serles útiles, fomentan en todas partes esta inclinación.

Al rebajar constantemente el Cristianismo, que no cesa de considerarnos como niños, elogian la sabiduría de ellos, la cual, por medio de ciertos artífices, tiene la ventaja de educar á los hombres sin trabajo por su parte y jugando, y de elevarlos rápidamente por encima de todas sus debilidades hasta las más vertiginosas alturas.

Pero, en semejante materia, no deciden las grandes palabras, sino los actos y los éxitos reales.

No nos permitiremos juzgar los actos de estos maestros no cristianos; no hay necesidad de ello. En cuanto á sus éxitos, no tenemos necesidad alguna de expresar nuestro modo de ver. Su propio descontento y las quejas continuas con que importunan al mundo prueban suficientemente cuán lejos están de alcanzar el fin propuesto.

Esto es claro. El hombre no está hecho para volar, sino para andar; y el sendero que conduce á la perfección es largo y penoso de subir.

De aquí que esta pedagogía moderna, que nos ofrece hacernos perfectos jugando, no esté calculada para el hombre. También aquí tienen aplicación las palabras de la Escritura: «Pueblo mío, los que te llaman bienaventurado, esos son los que te traen engañado, y destruyen el camino que tú debes seguir». [1]

Sólo la religión, que quiere nuestro bien, nos sostiene aquí bajo, y nos enseña á elevarnos modesta y lentamente paso á paso, procurando cuidadosamente no perder el terreno sólido sobre el cual marchamos.

Al enseñar la necesidad de seguir el camino de la purificación, la moral cristiana aparece precisamente como la primera base en que debe fundamentarse la educación humana.

Quizás se espante uno de que el Cristianismo nos declare ante todo que nos es imposible realizar nuestra empresa, si no hacemos violencia á nuestra naturaleza corrompida y á nuestros defectos.

Pues bien, esta verdad es muy humana, y, como tal, de gran consuelo para el hombre. No exige de nosotros que poseamos ya la perfección. Sólo los estoicos y sus discípulos han podido abrigar la idea de aguijonear al orgullo con semejante exigencia, y, al propio tiempo, desalentar así la debilidad. Nuestra religión nos impone únicamente la obligación de aspirar á la perfección. Si el Juez Eterno nos encuentra en este camino, clemente será su sentencia. Poco importa que hayamos recorrido una parte pequeña ó grande; basta con que hayamos ido tan lejos como podíamos.

Pero lo absolutamente necesario es por lo menos empezarlo, hacer por lo menos la primera etapa del camino de la perfección, es decir, ponernos en marcha por el camino de la purificación.

Ya se ha dado un gran paso hacia adelante, cuando se ha resuelto uno á entrar por esta vía. [2]

(1) Is., III, 12; IX, 16.
(2) Guerric., *In adventu Dom.*, 5, 2.

Cuando uno ha dado este primer paso, y está resuelto á no detenerse, sino á dar el segundo y el tercero tan pronto como le sea posible, su suerte es segura, aunque el hilo de sus días se rompa súbitamente. [1]

8. Contenido y extensión de la vía purgativa.—Con todo, esto no quiere decir que baste únicamente entrar por el camino de la purificación.

Como ya lo hemos dicho, sólo hay una vía para llegar á la perfección. Este camino tiene los grados que ya conocemos, pero estos grados no pueden ser separados los unos de los otros.

Nadie puede decir con exactitud dónde termina el camino de la purificación, y dónde comienza el de la iluminación.

Por consiguiente, peligroso sería para cualquiera decir: «En verdad que no quiero sustraerme á lo que es necesario, pero no quiero comprometerme á hacer más. Me basta con extirpar mis faltas. En cuanto al progreso en las cosas más elevadas, lo abandono á los demás».

Semejante lenguaje tendría sentido, si pudiese uno hallar el momento en que cesa el camino de la purificación, el poste fronterizo que constituye su límite.

Pero todas las tentativas de este género son vanas. De ellas proviene esa extraña idea de la mística protestante, á saber, que la conversión debe hacerse sentir por una conmoción violenta, y que debe uno poder indicar, señalar con el dedo, el momento en que ha tenido lugar la transformación interna. [2]

¡Ah, qué contentos hubieran estado los santos, si hubiesen podido decir otro tanto de sí mismos! Pero sobre este punto no hay certeza posible. [3] Lo que uno cree poseer, no es otra cosa que una falsa seguridad, una sugestión del orgullo, el principio, y quizás también el fin de la ruina.

(1) Bernard., *Cant.*, 49, 7; *Ep.* 254, 2.
(2) V. más arriba, IV, 3.
(3) Concil. Trident., s. 6, c. 13, 14, 15, 16.

El hombre tiene siempre motivo para mostrarse inquieto cuando examina su interior, y esto no sólo al principio de su conversión, sino también más tarde. [1] Los que ya están lejos en el camino de la perfección, siempre encuentran malas hierbas que arrancar en ellos. [2] Y, como de ello estamos convencidos, los más santos de los hombres tienen á menudo que sostener penosos combates que les recuerdan con amargura que todavía no han recorrido por completo el camino de la purificación, por más que estén ya cerca de la cumbre de la perfección.

Sólo se ha recorrido este camino por modo perfecto cuando se ha dado el último paso hacia la perfección. Pero ¿cuándo podrá decir uno que ha llegado hasta allá?

No menor ilusión sería creer que basta recorrer el camino de la purificación sólo por modo superficial y en sus primeros grados.

Empresa completamente inútil sería ésta; semejante pensamiento no podría ocurrírsele más que al que tiene un concepto falso de la naturaleza humana.

El hombre no es en manera alguna bueno, porque se haya desprendido de una gran falta, ó porque haya extirpado tal ó cual inclinación perversa. Del mismo modo, no se le cura por completo de una fiebre, si se la combate rápidamente con medicina enérgica, y luego se le deja ocuparse en sus negocios.

Semejantes enfermedades no se adhieren al hombre como las plantas trepadoras á la corteza de los árboles, sino que tienen asiento en su interior, y no son otra cosa que el resultado de una acumulación de malos humores en todo el cuerpo.

Si se hace desaparecer la lepra ó un cáncer sin suprimir sus causas más íntimas, reaparecerá el mal á la primera ocasión propicia; por consiguiente, no es esto una curación.

Del mismo modo, no se lograría la purificación del co-

(1) Eccli., V, 5. Prov., XXIII, 17.
(2) Gregor. Mag., *Mor.*, 5, 59.

razón, si se contentase uno con deshacerse de los defectos que con más frecuencia encuentra en sí mismo, de los que más le cubren de vergüenza y más disgustos le causan.

Cierto que es prudente y necesario emprender la marcha hacia la perfección luchando con los principales defectos, porque así como el médico combate desde luego el mal allí donde ofrece mayor peligro, así también el que aspira á un mejoramiento moral, debe procurar ante todo deshacerse de sus más peligrosas llagas espirituales: inclinaciones favoritas, negligencias, malos hábitos, defectos inveterados.

Pero no debe forjarse ilusiones, pues, haciendo esto, todavía no ha realizado la primera parte de su empresa.

El hombre completo debe purificarse del mal que le ha penetrado, tanto interior como exteriormente.

Desde luego debe hacerse esto, y del modo más decisivo, allí donde la corrupción ha echado sus más profundas raíces, y allí donde no cesa de atacar la voluntad y el corazón.

Vese, pues, que el camino de la purificación se extiende por vasto dominio.

Ante todo, es preciso romper por modo decisivo con toda especie de pecado, y aun con la inclinación á esos pequeños defectos que tanto nos complacemos en tratar con miramientos con el nombre de imperfecciones, y que no consideramos dignos de especial atención.

En segundo lugar, preciso es entablar una lucha formal contra las tentaciones que debe esperar el que se ha resuelto á marchar generosamente por el camino de la perfección. [1]

La tercera empresa consiste en refrenar las pasiones y en reglamentarlas, empresa que, como ya lo sabemos, es una de las más importantes y difíciles de la vida moral.

Pero en vista del estado de decadencia en que se halla el hombre, imposible le es satisfacer á esta última empresa, sin enriquecer á su débil voluntad de la fuerza y valor que necesita.

(1) Eccli., II, 1. II Tim., III, 12.

De aquí la mortificación interior primeramente, y luego la mortificación externa, las cuales forman otra cuarta empresa, y, para decirlo sin rodeos, un elemento indispensable de la vía purgativa.

Ya hemos dicho que las mortificaciones externas no son absolutamente necesarias, y pueden, según las circunstancias, ser suprimidas en parte. Sin embargo, no son tan inútiles como quisiéramos convencernos de ello para lisonjear nuestra molicie. Por lo contrario, es tanto más oportuno recordar su importancia cuanto que el amor á nuestra comodidad más nos aleja de ese medio que tan poderosamente contribuye á darnos la resistencia física y el vigor intelectual.

Sea de ello lo que se quiera—y esta es la quinta cosa que forma parte del camino de la purificación—el principiante no debe olvidar que la penitencia es una de las obligaciones más importantes cuando marcha uno por esta vía.

Que la satisfaga él con prácticas escogidas por sí mismo, ó bien soportando pacientemente los sufrimientos y pruebas que Dios le envíe, en otros términos, que sepa llevar su cruz, poco importa. Lo mejor sería hacer ambas cosas á la vez. Pero lo que nunca se le recomendará suficientemente, es el cumplimiento de la obligación de hacer penitencia. Porque, desgraciadamente, el oído demasiado sensible de los mismos cristianos no gusta de escuchar la palabra cruz. En cuanto á la palabra penitencia, nos es ya completamente extraña.

Pero como para todo esto son necesarias abundantes gracias, y como éstas aumentan únicamente en razón de la cooperación del hombre, especialmente con la oración, resulta de ello la sexta y última empresa para el que marcha por la vía de la purificación. Tales son los esfuerzos para apropiarse la mayor y más necesaria de todas las ciencias: la de la santidad.

9. Resumen de la vía purgativa.—Inútil es observar que, con lo que hemos dicho hasta aquí, no hemos abarca-

do en manera alguna el dominio completo de la perfección cristiana y de sus obligaciones.

Hasta aquí sólo hemos tratado de sus principios; sólo hemos descrito su primer grado, el camino de la purificación, y aun todavía con indicaciones sumarias.

Pero ya lo exigido aquí resuena en los oídos del hombre como una sentencia de muerte.

En efecto, el Espíritu de Dios se sirve de esta dura expresión para resumir en una palabra toda la empresa que debemos realizar en este primer grado.

«Porque muertos estáis» (1)—dice el Apóstol—«Debéis consideraros como muertos para el pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo Señor Nuestro». (2)

Amargas palabras, pero que, no obstante, son de la mayor exactitud.

Á veces se han servido los místicos de otras palabras, y así dicen que el principio de la vida espiritual consiste en perderse uno á sí mismo, ó bien hablan de la obligación, cuando pone uno el pie en esta vía, de despojarse de sí mismo, de desembarazarse de la criatura.

Todo esto es excelente y verdadero. Pero la expresión *morir para sí mismo*, es todavía mejor y más exacta.

No puede decirse lo mismo de todas las que emplean los místicos y los ascetas. Muchas deben ser comprendidas únicamente en sentido impropio, y tomadas en sentido mitigado, á fin de no provocar ideas falsas y exageraciones. Por ejemplo, se dice con frecuencia que debemos suprimir nuestra naturaleza, ó bien ahogarla, matarla. Ahora bien, términos son estos soberanamente impropios. No debemos ahogar ni matar nuestra naturaleza, sino purificarla. No debemos hacerle violencia, sino animarla, desembarazándola de todos los obstáculos que la atormentan. Lo mismo ocurre con otros muchos términos semejantes; pero la expresión *morir para sí mismo*, no podría ser reemplazada por otra mejor.

(1) Col., III, 3.
(2) Rom., VI, 11.

En el que está muerto, ya no domina el pecado; en él están extinguidas la codicia y la cólera, y apagadas las pasiones. (1) El muerto ha cesado de obrar como obraba antes, cuando estaba vivo. Antes amaba la buena comida, las riquezas, la agudeza de espíritu, la belleza seductora; ahora todo esto carece de encantos para él. Mientras que antes el orgullo y la ambición eran más ó menos los móviles de sus acciones, aun de las mejores, todo esto está muerto en él. (2)

Así es como, si el hombre quiere ver extenderse ante él la vía divina, debe empezar por morir para sí mismo y para toda su vida pasada.

No hay contradicción en decir que la vida comienza con la muerte. El grano de trigo debe igualmente morir; «de lo contrario, permanece solo; pero si muere, produce mucho fruto». (3)

El hombre no debe morir, sino vivir. «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». (4) Ahora bien, no puede vivir con esa especie de enfermedad que lleva en sí. Debe empezar por expulsarla; pero, desgraciadamente, de tal modo se ha arraigado y desarrollado en nosotros, que no parece sino que su expulsión ha de causarnos la muerte.

Pero estemos tranquilos. No es morir para la muerte, sino morir para la vida. No es esta muerte un aniquilamiento que conduce á la tumba, sino una desaparición seguida de magnífica resurrección. (5)

Hermoso morir es cuando muere uno para vivir una vida más elevada, una vida inmortal. (6) Á semejante desaparición pueden aplicarse las palabras de Tauler: «Perderse así, es encontrarse. (7)

Que nadie tema, pues, á esta muerte. Cierto que es

(1) Smaragdus, *Diadema monachorum*, 23.
(2) Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contemplativa*, 1, 21, 2.
(3) Ioan., XII, 24, 25.—(4) Ezech., XXXIII, 11.
(5) Augustin., *Sermo* 169, 16.
(6) Bernard., *Ep.* 105.
(7) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.° 464, 5 (II, 306).

dolorosa, pero recompensa inmediatamente, con una paz, una fuerza y una seguridad tan grandes, que no sería demasiado comprar este estado al precio de mil muertes.

Con todo, bueno es velar para que esta muerte no sea tan sólo un letargo, sino que sea muerte verdadera. Como lo dice la vieja sentencia:

«¡Oh hijos míos! Aprended á morir, renunciad á vuestra propia voluntad y obtendréis la paz. Cuando Dios llegue á reinar en vosotros, abandonaos á Él, que es el bien más elevado y más puro, y Él os protegerá». [1]

10. Dificultad de la empresa que se debe cumplir en la vía purgativa.—Inútil es decir, á quien esto comprende, que no experimentamos necesidad alguna de exagerar las exigencias de la perfección humana, lo que ciertamente no hacemos.

Por otra parte, nuestra empresa es suficientemente difícil, aunque demos de lado al rigorismo de los estoicos.

Quizás creen haber dicho algo extraordinario, cuando pretenden que el pecado no debe declararnos la guerra, que el mal no debe hacer presa en nosotros.

Sin embargo, nos parece que esto no es nada, si por lo menos no juramos guerra al pecado, y si, con constante actividad, no logramos impedir que el mal entre en nosotros.

Esto no es imposible; pero no nos engañamos al decir que no se obtiene este resultado sin muchas penas y luchas.

No hemos hecho más que arrojar rápida ojeada sobre lo que nos impone el principio de la perfección, la vía purgativa; y aquí no podemos hacer más que gemir, así por la dificultad y grandeza del primer paso, como por nuestra negligencia.

Sí, procedemos con demasiada ligereza con nuestro natural, nuestros defectos, nuestras imperfecciones, nuestra purificación; con nuestra vida, la eternidad, nuestra conciencia; con la comprensión de nuestras obligaciones y de

(1) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 855 (II, 663).

nuestra dignidad; con el honor, la santidad y la justicia de Dios, y especialmente con su gracia. Confiamos en su bondad, y no caemos en la cuenta de que precisamente es ésta la que nos llama á penitencia. [1] Confiamos en su poder, diciéndonos que, no obstante nuestra pereza, hará todavía milagros.

¡Ah, los santos razonaban de muy distinto modo! Toda su vida practicaron constantemente la moderación de los sentidos, y domaban sus instintos, como si no hubiesen conocido mayores enemigos que ellos.

Un heredero de sus pensamientos expresa perfectamente sus trabajos de purificación continua en estos términos: «Necesario es que huya de las criaturas, si quiero dirigir mi espíritu hacia Dios para purificarlo. Necesario es que aspire continuamente á la virtud, si quiero abrasarme en los ardores del amor divino. Necesario es que encadene muy pronto mi lengua, si quiero hallar la paz». [2]

Que nadie tome esto por extremada severidad ó escrúpulos exagerados, pues sólo es prudente vigilancia.

Momentos ha habido para muchos santos en que han marchado por el borde del precipicio. Todos tenían sus lados flacos. Bastaba descuidarlos, no combatirlos, para que estos enemigos pudieran precipitarlos en el abismo.

Distinguió un día Santa Teresa, en una visión, el puesto que hubiera ocupado en el infierno, si por más tiempo hubiese dejado libre curso á sus antiguas imperfecciones.

Del mismo modo, todos los santos hubieran cambiado el puesto que el Salvador les había preparado en la casa de su Padre por la eterna condenación, si no hubiesen entrado en la vía de la purificación, y no la hubiesen recorrido hasta el fin.

Saludable enseñanza para nosotros es ésta. Nuestras debilidades no son obstáculo alguno á nuestra perfección y á nuestra felicidad. Nuestros mismos pecados no nos excluyen de este fin. Si la fragilidad humana hiciese imposi-

(1) Rom., II, 4.
(2) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 457 (II, 302).

ble la conquista del reino celestial, Dios no lo hubiera fundado para los hombres.

Pero cuanto más grande es nuestra debilidad, más necesarios son los esfuerzos, la seriedad y la purificación. Si hombres fuertes y robustos han sostenido grandes luchas para lograr este fin, con mayor energía deben combatir los hombres débiles. Si los hombres puros no han tenido otro camino que el de la purificación para alcanzar la perfección, no hay esperanza alguna para los hombres impuros fuera de esta vía.

«Que el hombre débil marche, pues, con toda seguridad por el camino de los santos;—dice un alma santa—que, como ellos, pida á Dios la gracia particular de comprender su debilidad, las luchas que debe reñir contra sus enemigos, y la manera como debe combatir, porque aseméjase él á un guerrero armado de todas armas, cuyos ojos han sido vendados; en todas partes la naturaleza humana le suscita obstáculos; por todas partes paraliza sus esfuerzos». [1]

(1) Mechtild von Magdeburg, 6, 16 (lat. 1, 14).

CONFERENCIA XVIII

LA VÍA ILUMINATIVA

1. El horror á la paciencia y al esfuerzo es la razón porque se dan tan pocas virtudes perfectas.—La virtud tiene un enemigo formidable, la impaciencia. Imposible es no amar el bien y no querer ser perfecto. Si el querer y el obrar fuesen la misma cosa, no hay nadie que no estuviera ya mucho tiempo ha en la cumbre de la perfección.

¿Porqué, pues, no hay más que un número tan restringido de personas que logran la verdadera virtud, y, entre ellas muchas que retroceden después de haber adelantado tanto en el camino de la perfección?

Porque no estamos convencidos de que, para ser buenos, preciso es trabajar en serlo, y de que, para llegar á ser buenos, se necesitan tiempo y fatiga, valor y tenacidad.

Uno de nuestros poetas, verdadero evangelista de la llamada moral libre, es decir, de la moral sin religión, ha expresado esto de un modo algo simple y pueril:

«Si todas las magnificencias estuviesen reunidas en una flor de la pradera;—dice,—si todas las dulzuras estuviesen condensadas en una gota de rocío, cogería la primera ó sorbería la segunda, y esto me bastaría». [1]

Desgraciadamente,—no podemos disimulárnoslo—el poeta que se las ha arreglado tan bien para reunir el jugo de todas las flores del libre pensamiento antiguo y moderno, oriental y occidental, en una gota de agua límpida y dulce, desgraciadamente—decimos—este brahanán moderni-

(1) Rücker, *Gedichte*, (1841), 18.

ble la conquista del reino celestial, Dios no lo hubiera fundado para los hombres.

Pero cuanto más grande es nuestra debilidad, más necesarios son los esfuerzos, la seriedad y la purificación. Si hombres fuertes y robustos han sostenido grandes luchas para lograr este fin, con mayor energía deben combatir los hombres débiles. Si los hombres puros no han tenido otro camino que el de la purificación para alcanzar la perfección, no hay esperanza alguna para los hombres impuros fuera de esta vía.

«Que el hombre débil marche, pues, con toda seguridad por el camino de los santos;—dice un alma santa—que, como ellos, pida á Dios la gracia particular de comprender su debilidad, las luchas que debe reñir contra sus enemigos, y la manera como debe combatir, porque aseméjase él á un guerrero armado de todas armas, cuyos ojos han sido vendados; en todas partes la naturaleza humana le suscita obstáculos; por todas partes paraliza sus esfuerzos». [1]

(1) Mechtild von Magdeburg, 6, 16 (lat. 1, 14).

CONFERENCIA XVIII

LA VÍA ILUMINATIVA

1. El horror á la paciencia y al esfuerzo es la razón porque se dan tan pocas virtudes perfectas.—La virtud tiene un enemigo formidable, la impaciencia. Imposible es no amar el bien y no querer ser perfecto. Si el querer y el obrar fuesen la misma cosa, no hay nadie que no estuviera ya mucho tiempo ha en la cumbre de la perfección.

¿Porqué, pues, no hay más que un número tan restringido de personas que logran la verdadera virtud, y, entre ellas muchas que retroceden después de haber adelantado tanto en el camino de la perfección?

Porque no estamos convencidos de que, para ser buenos, preciso es trabajar en serlo, y de que, para llegar á ser buenos, se necesitan tiempo y fatiga, valor y tenacidad.

Uno de nuestros poetas, verdadero evangelista de la llamada moral libre, es decir, de la moral sin religión, ha expresado esto de un modo algo simple y pueril:

«Si todas las magnificencias estuviesen reunidas en una flor de la pradera;—dice,—si todas las dulzuras estuviesen condensadas en una gota de rocío, cogería la primera ó sorbería la segunda, y esto me bastaría». [1]

Desgraciadamente,—no podemos disimulárnoslo—el poeta que se las ha arreglado tan bien para reunir el jugo de todas las flores del libre pensamiento antiguo y moderno, oriental y occidental, en una gota de agua límpida y dulce, desgraciadamente—decimos—este brahanán moderni-

(1) Rücker, *Gedichte*, (1841), 18.

zado ha expresado en algunas líneas el modo de ver de la mayor parte de la humanidad.

Aquel negro que pidió á Livingstone una medicina para poder sorber de un solo trago la virtud, y poseerla en seguida, tiene muchos imitadores entre los blancos civilizados, como lo hemos visto en otra parte. [1]

La doctrina protestante de la supuesta justificación por la fe, doctrina según la cual sólo tiene uno necesidad de apropiarse los méritos del Redentor para quedar instantáneamente justificado por siempre jamás, no es otra cosa que la invención de un medio maravilloso de la especie que reclamaba el negro. Su mejor efecto consiste en esas crisis y en esos calambres de los metodistas y pietistas, en que el hombre se debate contra Dios, hasta que de repente adquiere la certeza de su justificación. [2]

Errores son estos que, á causa de la austeridad de su aspecto, inspiran todavía cierto respeto, ó mejor, compasión.

Pero el Humanismo moderno quisiera lograr jugando este mismo resultado, si no es que llega hasta esperar milagros.

De aquí todas esas invenciones pedagógicas actuales, destinadas á hacer sabios sin trabajo. De aquí esa ligereza con que quisiéramos abandonar nuestras obligaciones religiosas y morales.

Los mandamientos de la Iglesia, que exigen la sumisión, y aun pequeños esfuerzos personales para observarlos, parece que ya no están conformes con el tiempo. Con nuestro amor á las comodidades, creemos que es suficiente asistir de vez en cuando á un sermón que regala nuestros oídos, á una ceremonia religiosa que lisonjea nuestros sentidos. Pero si, además, aparecemos el domingo en la iglesia con un libro magníficamente encuadernado y que exhala agradable olor, si, por Pascua, nos resignamos á tomar el amargo remedio de la confesión, creemos haber merecido el honroso título de cristianos modelos.

(1) V. Vol. II, Conf. XXI, 1.—(2) Véase más arriba, IV, 4, XVII, 8.

2. El trabajo constante que sobre sí mismos hacían los santos.—Aquí, igualmente, la conducta de los santos contrasta notablemente con el espíritu del mundo.

No han esperado que Dios hiciese milagros en ellos, no han poseído remedios encantadores, secretos, que pudiesen transformarlos en otros hombres; y si han llegado al camino de la perfección, no lo han debido á una feliz casualidad.

No, ellos mismos se han puesto al trabajo con valor y perseverancia; han empezado seriamente y han continuado con constancia. Y así es como, según las breves pero completas palabras del Salvador, han acabado por cosechar frutos de santidad mediante la paciencia. [1]

Para representar esta empresa de los santos, que es también la nuestra, nada mejor podríamos hacer que tomar la descripción de ella de una magnífica visión de santa Rosa de Lima.

Poco tiempo después de haber vestido el hábito religioso, vió ella á un hombre de una hermosura maravillosa que llevaba el traje de escultor, y que la pidió en matrimonio. Consintió ella; pero apenas se hubieron celebrado los desposorios, cuando partió él. Con todo, antes de su partida, la encargó que tallase y puliese cierto número de bloques de mármol. Cuando volvió, aun no había acabado su tarea. Mostró por ello gran confusión, y se excusó diciendo que no estaba habituada á un trabajo tan rudo, que sabía muy bien hilar el lino y la lana, pero no tallar piedras.

—¿Crees tú que seas la única mujer obligada á hacer un trabajo semejante?—le respondió él.

Y, diciendo estas palabras, abrió las puertas de un inmenso taller en el que había multitud de jóvenes ocupadas en rudos trabajos. En lugar de la aguja, manejaban el cincel y el martillo, y en vez de lana, tenían ante sí grandes bloques de piedra que golpeaban y pulían con admirable celo. Y á fin de acelerar el trabajo y de que las piedras fuesen más brillantes, regábanlas á menudo con sus lágrimas.

(1) Luc., VIII, 15.

Sin embargo, todas aparecían engalanadas con sus vestidos de fiesta, y no las ensuciaba el polvo, antes bien, parecían iluminadas de una belleza sobrenatural.

Entre las piedras que tallaban, muchas no estaban terminadas, pero gran número de ellas estaban trabajadas con tanta finura y delicadeza, que no mostraban el menor defecto. [1]

No es posible pintar por modo más bello la empresa del hombre.

En la escuela de la perfección cristiana, cada cual es educado para que se convierta en escultor, no en peón ni en artesano, sino en artista que practica libremente su arte.

Cada uno tiene asignado un bloque de mármol, al que debe convertir en obra maestra digna de figurar más tarde en la gran exposición de los pueblos, y de ocupar en ellos un punto distinguido. Este bloque de mármol es su propia naturaleza, piedra preciosa llena de ángulos, de rugosidades, de elementos extraños, y muy difícil de trabajar.

¡Cuántas gotas de sudor, cuántas lágrimas hay que derramar hasta que se realice la tarea impuesta! Pues bien, esta tarea consiste en hacer de esta piedra en bruto una obra maestra que se asemeje á toda perfección, á Jesucristo. Ciertamente es éste un trabajo noble y sublime, pero, hay que decirlo, un trabajo muy difícil.

3. Por más de que la verdadera perfección sea posible, la completa perfección no lo es.—Según esto, es, pues, fácil de comprender por qué los más grandes artistas, los mejores discípulos de Jesucristo, casi nunca llegan al fin de su empresa, si no trabajan sin cesar en perfeccionarse y hacer nuevos progresos.

El profano que entra en el taller de un verdadero maestro, no tiene palabras suficientes para expresar su asombro. Por el contrario, el artista es el último en darse por satisfecho de sus creaciones. Sólo las gentes de mediano

(1) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 10, 134 y sig.

talento, los perezosos, los sabios y los escritores llenos de vanidad, que se proponen, no la perfección en el arte, sino las alabanzas de la ignorante turba, se lisonjean fácilmente de haber realizado algo de perfecto.

Para los verdaderos hombres de talento, las alabanzas que se les prodigan no son más que nuevo motivo para que examinen con más detención sus trabajos; y apenas lanzan sobre ellos una mirada, cuando se sienten impulsados á retocarlos para hacerlos todavía más perfectos.

¡Qué extraña contradicción para los grandes espíritus! No pueden disimularse que en ellos y en sus obras hay algo de extraordinario. No obstante, á menudo corren el riesgo de caer en cierto desaliento, porque jamás llegan á realizar su ideal. Sienten que se cubre su rostro de legítima cólera cuando alguien les dice que debían no tomar á pechos su talento y sus éxitos, y cuidarse más de sí mismos. Á pesar de esto, se lamentan, por otra parte, de que su frágil edificio va á hundirse al peso de la empresa que les impone su espíritu.

Lo mismo ocurre con la obra maestra de la perfección humana.

En este terreno, la débil caricatura de la perfección cristiana, llamada *pietismo*, nos aparece como un malbaratador y un chapucero.

De ello nos ofrece la prueba por el doble error que enseña. [1]

Desde luego con su supuesto *terminismo*. Así es como designa su opinión, según la cual pretende que el hombre está limitado desde el punto de vista del tiempo y de la medida, lo mismo en materia de virtud que de gracia. Si ha usado de la medida de la gracia, no hay ya otras para él. Si ha alcanzado la medida de la virtud, no puede ser más perfecto.

Esto está completamente conforme con la concepción protestante de la gracia y de la justificación.

Según ella, la justicia cristiana no es una adquisición

(1) Herzog, *Realencyklopädie*, (2) XII, 419.

propia del hombre, sino sólo obra de la gracia divina. Además, considera á la gracia como algo muy distante del hombre, no como una actividad de Dios en el hombre, ni una actividad de concierto con Dios, sino como una obra divina mucho tiempo ha acabada y completada en él, ó como un fruto maduro de la obra de la redención, conservado en una despensa y que el hombre mete sencillamente en el bolsillo de la fe, como se guarda una manzana ó una moneda.

Así se comprende fácilmente el error que acabamos de mencionar. Posee uno tantas monedas como recibe. Si, pues, la gracia de Dios lo es todo, y la actividad humana nada, y si, además, la gracia es una cosa estéril como el dinero,—y esto es lo que dice el protestantismo—el principio del *pietismo* no puede ser más natural.

En estas condiciones, le sería difícil evitar su segundo error, el supuesto *perfectismo*.

Sin duda que es ya una suposición audaz el creer que el hombre puede lograr, ya aquí bajo, una perfección verdaderamente exenta de faltas, como lo admite esta falsa doctrina. Sin embargo, si, como lo enseñan los protestantes, no se trata de la apropiación de la virtud humana, sino exclusivamente de la justicia propia del Cristo, que nos es imputada en lugar de nuestras obras, nada podría decirse de más elevado en lo referente á la virtud del justificado, ni nadie debe hallar exagerada la afirmación de que el hombre puede llegar á un grado tal, que se muestre inaccesible á las tentaciones.

Mas estas opiniones son falsas y perniciosas. La justicia del hombre no es la justicia por la cual Jesucristo mismo es justo y santo, sino que es esa justicia por la cual nos santifica según la medida de nuestra participación en los dones del Espíritu Santo, y de nuestra propia colaboración con Él. [1] Aunque nadie pueda ser justo sin la gracia de Dios, ésta no da á nadie ni la justicia ni la santidad sin la actividad de la propia voluntad.

(1) Conc. Trident., *sess.* 6, *cap.* 7.

La virtud cristiana es sin duda, de un lado, un don de Dios, pero, de otro, es obra del hombre, por consiguiente, una adquisición verdaderamente humana.

Dedúcense de aquí dos consecuencias.

Como la virtud no tiene únicamente su punto de partida en el hombre débil, sino igualmente, y esto en primer lugar, en la gracia de Dios, puede perfectamente ocurrir que, ya aquí bajo, se eleve ella á la altura de la verdadera perfección.

No hay, pues, ni imposibilidad ni injusticia por parte de la Revelación, cuando exige que aspiremos á nuestra propia perfección, [1] por que no sólo ésta es posible, sino que, de hecho, es realizable. [2]

Con todo, como, á pesar de la gracia, su realización depende del hombre, debe necesariamente compartir la suerte de todas las obras humanas. No hay ningún ser creado, por perfecto que sea, que no pueda llegar á ser más perfecto, ni nadie es tan justo, que no le sea posible y necesario llegar á ser todavía más justo. [3]

Aunque sea, pues, posible al hombre aquí bajo una verdadera perfección, jamás podrá llegar á un grado de santidad tal que no pueda y deba trabajar en aumentarla. [4]

4. Deber de adelantar siempre en la virtud.—De aquí resulta ese principio de la vida espiritual, en el cual con tanta frecuencia han insistido los santos y los maestros de la santidad, á saber, que el que quiere llegar á la perfección debe aspirar constantemente á progresar en esta vía.

En esta materia, no hay medida fija para el hombre, sino que siempre puede subir más alto. Nadie crea que la perfección tiene límites, porque su fin es Dios, la más ele-

(1) Gen., XVII, 1. Deuteron., XVIII, 13. Matth., V, 48. II Cor., XIII, 11.
(2) Augustin., *Sermo* 159, 1 y sig. Reguera, *Myst.*, l. 1, q. 11, n.° 1336 y sig. Schram, *Myst.*, § 15.
(3) Apoc., XXII, 11. Conc. Trid., *sess.* 6, *cap.* 10.
(4) Reguera, l. 1, q. 11, n.° 1321 y sig. Schram, § 17, 351.

vada perfección, y su modelo es Aquél en quien «habita la plenitud de la divinidad». [1]

Por consiguiente, nadie puede decir jamás que ha llegado al fin, mientras no esté cerca de Dios; por consiguiente, debe uno progresar hasta que llegue al mismo Dios.

La virtud del hombre aquí bajo tiene un objeto, pero no fin. [2] Por consiguiente, nadie es perfecto si no quiere llegar á ser más perfecto. Y lo que prueba precisamente que debe formar parte de los perfectos, es que aspira á una perfección mayor. [3] Los hombres perfectos que han llegado cerca de Dios, su fin, descansan en Él de sus trabajos; [4] pero los viajeros perfectos son únicamente aquellos que marchan constantemente hacia adelante. [5]

Nuestra perfección en la tierra consiste en un progreso continuo, [6] ó por lo menos, en un progreso que vuelva á reanudarse si lo interrumpe una caída. Jamás debemos detenernos. Nada de lo creado permanece tal como es. Sólo Dios puede decir: «Soy Dios, y no cambio». [7] Pero en nosotros, el cambio forma parte de nuestra naturaleza. [8]

Así, pues, cambiamos, ó para lo mejor ó para lo peor. Ó bien avanzamos, ó bien retrocedemos. [9] No avanzar, significa retroceder. [10] Desde que uno deja de avanzar, retrocede inmediatamente. [11] Si una vez tan sólo dice «bastante», ha dado buena cuenta de sí. Si alguien se detiene, permanece fijo en su puesto. [12]

(1) Col., II, 9.
(2) Bernard., *Ep.* 254, 2.
(3) *Ibid.*, 34, 1.
(4) Apoc., XIV, 13.
(5) Augustin., *Nat. et grat.*, 12, 13.
(6) Bernard., *Ep.* 254, 3.
(7) Mal., III, 6.
(8) Augustin., *Nat. boni*, 1. Thomas, 1, q. 9, a. 2.
(9) Bernard., *Ep.* 91, 3. Dorotheus, *Doctr.*, 12, 5 (Migne, 88, 1757, a).
(10) Leo M., *Sermo* 60, 8. Augustin., *Sermo* 169, 18; *Ps.* 69, 8. Bernard., *Ep.* 254, 4; 385, 1.
(11) Bernard., *Divert. serm.*, 35, 2.
(12) Augustin., *Sermo* 169, 18.

De aquí que el justo jamás crea haber alcanzado su objeto; pero, renovándose de día en día, [1] y progresando de virtud en virtud, [2] tiene constantemente hambre de justicia, [3] y dice con el Apóstol: «No pienso poseer la perfección, pero hago una cosa. Olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando á las de delante, corro hacia el hito para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo». [4]

Vemos del mejor modo posible la importancia de este principio, cuando lanzamos una mirada al Hijo de Dios hecho hombre. No obstante ser Él incapaz de crecer en virtud, manifestó la plenitud de la sabiduría y de la gracia que habitaban en Él, poco á poco, del mismo modo que nosotros los hombres crecemos en el bien. Así es Él para nosotros el modelo más perfecto, no solamente desde el punto de vista de las virtudes que hay que practicar, sino desde el punto de vista de los progresos que debemos hacer en estas virtudes. [5]

Los santos han considerado los esfuerzos continuos para llegar á la virtud como una condición tan indispensable para obtener la perfección, que muchos de ellos se han obligado á hacerlos con votos formales, como lo leemos de San Andrés Avelino [6] de Santa Juana de Chantal [7] y de M. Olier, [8] el venerable fundador de San Sulpicio. Conocían al hombre, y por cuanto lo encontraban en sí mismo con sus debilidades y sus cobardías, quisieron ligarse con la promesa de no renunciar á sus progresos espirituales, porque sabían que, sin ellos es imposible alcanzar el fin de la perfección. Permaneciendo abandonados á sí mismos, temían perder mucho tiempo y gracias numerosas.

(1) II Cor., IV, 16.
(2) Ps., LXXXIII, 8.
(3) Matth., V, 6.
(4) Phil., III, 13.
(5) Luc., II, 52. Cf. Thomassin, *De Incarnat.*, l. 7, c. 6.
(6) Benedict. XIV, *Compendium vitæ S. Andreæ Avell. (Canonis. Sanct.*, I, *Append.* 7).
(7) Bougaud, *Histoire de sainte Chantal*, I, 531.
(8) Guérin, *Les petits Bollandistes*, XV, 227.

De aquí que se obligasen con dicho voto á hacer para su propia salvación, por lo menos por fidelidad á Dios, lo que la frialdad de su caridad les hubiera á veces representado como demasiado difícil.

5. Progresos, no tan sólo en punto á saber, sino en ejecutar.—Pero cuanto más grande es la obligación de aspirar constantemente á hacer progresos en la perfección, más apremiante es la necesidad de ella, y más importante darse cuenta de en qué consiste ese progreso, y cómo puede uno realizarlo. (1)

Los antiguos filósofos tenían continuamente en los labios la palabra progreso, y no tenemos necesidad de decir qué papel representa hoy día en los espíritus; pero también sabe todo el mundo cuán vagas y contradictorias son las ideas á él inherentes.

Sólo hay un punto en el cual se muestran generalmente de acuerdo la mayor parte de sus campeones. Para ellos, progreso es sinómino de librepensamiento, pero ni siquiera piensan en ver en él un auxiliar del bien.

Mas en esto consiste precisamente el error más funesto.

Si el mundo concibiera el hombre como algo viviente, es decir, como un todo indivisible, no sería posible semejante exclusivismo. Pero formar al hombre no consiste en reducirlo á trozos, en cubrir uno de estos trozos con oro y barniz, y dejar caer por tierra á los demás. Esta especie de supuesta información nos recuerda el embalsamamiento de los ricos egipcios tal como lo describe Horodoto. (2)

Bajo este concepto, encontramos, por excepción, en los mismos estoicos—los cuales se servían de la expresión *progreso* con particular predilección—más conformidad con la verdad de lo que tenemos derecho á esperar de ellos.

Naturalmente, también ellos—sin esto no serían estoicos—insisten especialmente en la ciencia. Para ellos

(1) Muy abundante es la bibliografía sobre la *via illuminativa*. Cf. especialmente Alvarez a Paz, II, l. 3; III, l. 1, 2, 3, p. 2; l. 4, p. 2. Schram, *Theol. myst.*, II, tr. 1, 2. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 189-410. Sandreau, *Les dégres de la vie spirituelle*, (2), I, 249-608.
(2) Herodot., II, 86.

el hombre perfecto es el sabio. «Así, pues,—como decía Séneca—el que hace progresos no es más que un insensato que todavía no ha encontrado la sabiduría, pero que por lo menos está en camino para llegar á ella». (1)

Sin embargo, por esta vez comprendieron que no lo constituye todo la simple idea de progreso, proclamando que el verdadero progreso existía únicamente cuando el hombre había aprendido á domar su pasión, ó á moderar su avidez y á practicar actos de virtud. (2)

Por otra parte, no cabía duda alguna sobre esta materia; pero, por desgracia, hay hoy pocas verdades que sean negadas tan generalmente como ésta.

Sin embargo, no faltan ocasiones para convencerse de su existencia.

Encontramos muchas personas que conocen exactamente sus deberes, y que hasta intentan hacer comprender á los otros lo verdadero, lo bueno y lo bello. Pero no se les ocurre obrar según sus convicciones. Son personas de quien puede uno repetir lo que el Salvador dijo de los escribas y fariseos: «Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren, pero no arregléis vuestra conducta por la suya, porque dicen y no hacen». (3)

Estas personas mediocres pueden ser sabios, iluminados, espirituales, pero ciertamente nadie querrá colocarlos entre los buenos, ni, con mayor razón, entre los que progresan.

Nuestras prisiones, que hay que aumentar cada día á pesar de los beneficios de la civilización, contienen muchos criminales que conocen perfectamente los inventos de la ciencia moderna y que de ellos se han servido para ejecutar sus perniciosos designios. Si, pues, la ciencia fuese ya un progreso por sí misma, razón de lamentarse tendrían estos criminales de que no se les honre como héroes del progreso.

(1) Séneca, *Ep.* 75, 8.
(2) Plutarch., *De profect. in virtut.*, 12; *Commun. notit.*, 10, 1. Séneca, *Ep.* 75, 8 y sig.—(3) Matth., XXIII, 3.

No, no hay que buscar el progreso en la vana ciencia. Un progreso que consiste únicamente en conocer mejor lo que es bueno y justo, sin hacer á uno más fiel en el cumplimiento del deber, antes merece el nombre de retroceso que el de progreso. Porque la ciencia sola no hace al hombre mejor; no hace más que agravar su pecado, aumentar su responsabilidad y su castigo. [1]

Los progresos en la ciencia son, pues, excelentes, pero vale más el progreso moral. Un progreso en la ciencia, por grandioso que sea, es siempre exclusivo, y no hace más que hombres mediocres. Si uno quiere convertirse en hombre completo y en cristiano perfecto, debe procurar llegar á serlo, no sólo con el estudio, sino, ante todo, con una vida virtuosa.

6. ¿Por qué razón llama la mística á la vía de progreso, vía iluminativa?—Ahora bien, ¿cómo es que el lenguaje tradicional emplea, para caracterizar el grado del que progresa en la virtud, una palabra que parece expresar de intento únicamente un progreso en el conocimiento y no en la acción?

En efecto, llámase ordinariamente al segundo grado del camino de la perfección *vía iluminativa.* ¿No es esto caer en el error que acabamos de censurar?

En manera alguna. El que comprendiese estas palabras en semejante sentido, se engañaría por completo.

La iluminación de que aquí se trata, es una iluminación no sólo de la inteligencia, sino de todo el hombre.

Evidente es que la vida sobrenatural supone una iluminación divina de la inteligencia. Ya hemos dicho [2] que sería un error buscar la eficacia de la gracia únicamente en un impulso exclusivo y violento ejercido sobre la voluntad.

El cristiano obra del mismo modo que el hombre, y la gracia produce su acción sobre él de una manera conforme con su naturaleza. Mas el hombre no puede obrar

(1) Luc., XII, 47.
(2) V. Vol. IX, III, 26.

libremente sin que la inteligencia ofrezca sus luces á la voluntad; y, si comete una acción para la cual no le haya prestado sus luces, no puede imputársele á él, no puede considerarse como un acto humano.

Así también, no sería una acción libre del cristiano, por consiguiente, una acción meritoria, si la influencia del Espíritu Santo impulsase únicamente la voluntad hacia el bien. Sería ésta una acción del Espíritu Santo, pero el hombre no se aprovecharía más de ella, ni se haría mejor por ello, que si este mismo espíritu de Dios lo cogiese, lo transportase por los aires, ó se sirviese de él como de un instrumento para hacer un milagro.

Si, pues, la voluntad debe poder colaborar libremente con la gracia, siguiendo las disposiciones humanas, la influencia del Espíritu Santo debe dirigirse desde luego á la inteligencia iluminándola, y obrar en seguida sobre la voluntad por medio de la inteligencia iluminada.

Esto no quiere decir que la gracia abandone la voluntad á sí misma y á la dirección de la inteligencia, sino que la acompaña en la acción y la guía, como previamente la ha prevenido. Pero así como no obra nunca á medias, nunca por saltos y sacudidas, así también no fracciona jamás al hombre, sino que lo abarca por completo.

Para expresar con la claridad posible esta doctrina tan importante, de cuya exacta concepción dependen la inteligencia de la vida intelectual y la conducta que hay que seguir para apropiársela, se han escogido deliberadamente las palabras *vía iluminativa*, para designar la parte principal de la perfección, que consiste precisamente en el trabajo de los que progresan.

Mas, considerada desde otro punto de vista, esta expresión tiene todavía otra significación.

Parece, de ordinario, que en el mundo no se conoce otra perfección, ni otra actividad intelectual, que la ciencia. No nos detendremos en investigar si hay aquí algo más elevado en el dominio de la vida natural. El que no posee las luces de la Revelación y la gracia de Dios, puede

practicar cierta virtud natural, y aun debe hacerlo; pero todo el mundo sabe lo que ocurre en la práctica.

Por eso comprendemos que se exagere tanto la importancia de la ciencia. Pero no vemos en ello más que una confesión del mundo reducida á declarar que la virtud natural tan elogiada, ó, como se dice, independiente de la religión, en realidad no existe en él.

Pero en el campo sobrenatural, vemos realizadas millares de veces, por efecto de la gracia, virtudes que pueden sufrir cualquier prueba, y que, por su grandeza y solidez, son inmensamente superiores á la árida ciencia.

Son éstas en parte las llamadas virtudes morales, es decir, las virtudes del corazón y de la voluntad, y en parte también, las virtudes intelectuales.

Que el espíritu puede y debe practicar la virtud, he aquí una cosa en la cual se piensa muy poco. Y, sin embargo, estas virtudes son en sí mismas más sublimes que las que tienen asiento en la voluntad, aun hecha abstracción de su papel propio de regir la práctica de las virtudes morales. [1]

Pero, entre las virtudes intelectuales hay una que ocupa el primer puesto, y que, no obstante, llama tan poco la atención del mundo, que apenas se pronuncia su nombre.

La antigua filosofía pagana no comprendía su naturaleza; verdad es, pero, á pesar de ello, la respetaba, concediéndole siempre un puesto de honor entre las virtudes humanas. Nos referimos á la virtud de la *sabiduría*.

Así, pues, cuando, entre los maestros cristianos de la vida espiritual, se trata de la iluminación, no hay que pensar desde luego y únicamente en la ciencia, sino que, ante todo, hay que considerar la sabiduría cristiana, es decir, la sabiduría sobrenatural.

La virtud de la sabiduría de que hablamos aquí, no se refiere tan sólo á la perspicacia, á la prudencia y á la ex-

(1) Thomas, 1, 2, q. 66, a. 3.

periencia humana, sino que es la cooperación personal y libre á un don divino y particular, el don más sublime entre todos los dones del Espíritu Santo.

Este don de sabiduría es infundido, en primer término, á la inteligencia. [1] Pero no limita su eficacia á ésta, sino que incita del mismo modo la voluntad á la energía, y el corazón á la caridad. [2] Esta es la razón por la cual la virtud de la sabiduría no consiste únicamente en un simple acto de la inteligencia, sino que el amor de Dios y la actividad de la voluntad le están tan necesariamente unidos, que no podrían existir sin su concurso.

Por consiguiente, la iluminación de la inteligencia por el don de la sabiduría divina, del mismo modo que la práctica de la sabiduría cristiana como virtud, comprende, no sólo una parte de la naturaleza humana, sino al hombre entero, con su inteligencia, su voluntad, su corazón y sus actos. En esto se distingue de la ciencia, lo mismo de la ciencia puramente humana, que de ese don del Espíritu Santo que se llama don de la ciencia.

Así, pues, quien únicamente quiere tomar una parte del hombre, sea la inteligencia, sea el corazón, y perfeccionarla por modo exclusivo, no realiza la ley cristiana, ni cumple su empresa de cristiano.

Posible es que desee uno excitar la admiración del mundo por este medio; pero, en realidad, este método no conduce más que á deformidades, y con justa razón merece censuras.

No se satisfacen, pues, las exigencias del Cristianismo, si uno insiste exclusivamente en la ciencia, en la piedad ó en la actividad. Lo que únicamente constituye al cristiano es la unión armoniosa de todo esto.

De aquí la razón por la cual, á la cabeza de las virtudes cristianas hay, estrechamente ligadas entre sí las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. De aquí la doctrina del Apóstol de que la fe es necesaria, de que sin ella

(1) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 2.
(2) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 7; q. 45, a. 3.

nadie puede agradar á Dios, [1] pero que la caridad es todo lo que hay de más elevado. [2]

El que quiere satisfacer las exigencia de la fe, debe unir la ciencia y la acción. La comprensión, la explicación y la defensa de las doctrinas de la fe, en una palabra, la actividad de la inteligencia esclarecida con las luces de la gracia, son ciertamente hermosas cosas, pero su realización por la acción es más saludable y hermosa. El que, bajo la influencia de la caridad, une las luces de la fe á la práctica fiel de lo que cree, ha hecho todo lo que de él se exige.

7. Significación de la frase vía iluminativa.—Según esto, no es difícil responder á la pregunta de cómo puede ser realizada esta empresa.

El fin de la iluminación sobrenatural no consiste en llenar de ciencia fútil la inteligencia, sino en iluminar el alma, es decir, en ponerla en un estado tal, que dé á la verdad y á la pureza divinas la posibilidad de iluminarla por completo.

No hay duda alguna en que el trabajo que encuentra uno en la vía de la purificación contribuye también á esta iluminación. Porque mientras haya nubes de pecado y brumas de pasiones entre nosotros y el sol de los espíritus, no podrán penetrar sus rayos en nuestro corazón. «La sabiduría no entra en un alma maligna, ni habita en un cuerpo sujeto al pecado». [3]

Así, pues, puede uno, en consecuencia, considerar como una preparación para la iluminación todas las prácticas del primer grado de la vida espiritual.

En este sentido, se explican muchas expresiones de santos que parecen atribuir á veces á la vía iluminativa cosas que, propiamente hablando, forman parte del camino de la purificación. Así es como San Agustín dice: «El que sabe lo que le falta, ha hecho ya un gran progre-

(1) Hebr., XI, 6.
(2) I Cor., XIII, 13.
(3) Sap., I, 4.

so». [1] San Gregorio el Grande se expresa en términos análogos. Según él, «el primer grado del progreso consiste en alejarnos de nosotros mismos para acercarnos á Dios». [2]

Lo que nos sumerge interiormente en las tinieblas, es, de un lado, el afecto exagerado que nos tenemos á nosotros mismos, y de otro, la mala inclinación que nos arrastra hacia las cosas exteriores. La primera es la causa y la segunda la consecuencia de nuestro alejamiento de Dios, luz eterna, fuente única de toda luz para nosotros.

«Si queremos, pues, que esta luz penetre en nuestra alma—dice Máximo Confesor—preciso es ante todo abrir las ventanas de nuestra casa interior al sol espiritual, cerrando las puertas y ventanas de nuestros sentidos á las cosas exteriores». [3]

En seguida debemos purificar nuestra propia alma [4] de todo amor propio, y luego de todo acto malo al cual ha podido conducirnos aquél. Porque el mal es la verdadera causa de todo oscurecimiento interior. El oscurecimiento que proviene de la inteligencia es ordinariamente consecuencia del mal. [5] El pecado constituye las tinieblas propiamente dichas, del mismo modo que la luz propiamente dicha es la justicia. [6] «El que rechaza la justicia y ama el mal, odia la luz». [7] Tanto como se adhiera al pecado, huye de la verdad porque teme á lo serio y formal.

Si, pues, el hombre no se vuelve á Dios, no puede ser iluminado. Y mientras persista en no acercarse á Dios, permanecerá en las tinieblas. [8] Pero una vez separado de Dios, ya no se conoce á sí mismo, ni conoce el camino que le conduce á la paz y á su fin. [9]

(1) Augustin., *Spir. et lit.*, 36, 64. Guerric., *In Epiphan. hom.* 3, 1.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 22, 46.
(3) Maximus Conf., *Alia Capitula*, 126 (Migne, 90, 1430, h).
(4) Basil., *Adv. Eunom.*, 1, 7 (Migne, 29, 525, a). Gregor. Naz., *Or.*, 40, 38 (Migne, 36, 413, a).
(5) Sap., X, 8; XIII, 7. Rom., I, 21.—(6) Gregor. Magn., *Mor.*, 29, 32.
(7) Ioan., III, 19, 20; VII, 7. Eph., V, 13.
(8) Gregor. Magn., *Mor.*, 11, 58.
(9) *Ibid.*, 5, 12, 13.

Por consiguiente, la conversión y la purificación del corazón son la condición preliminar indispensable para la iluminación; pero no son la iluminación en sí misma. En la vida espiritual no ocurre lo mismo que en la terrenal. En ésta, basta abrir las ventanas cerradas; pero en aquélla debemos pagar con nuestra persona para hacer penetrar en nuestro corazón las ondas de la luz divina.

Pues bien, tal es la empresa propiamente dicha de vía iluminativa.

No hay que decir que, en esta empresa, queda reservado el primer papel á la luz de la gracia divina, [1] lo mismo en lo referente al tiempo que á la actividad. Si el Espíritu Santo no penetrase á nuestra alma, y no la iluminase así él mismo, permaneceríamos eternamente en nuestras tinieblas. [2]

Ahora bien, este acto, no solamente no excluye nuestra propia actividad, sino que la provoca.

Así, pues, debemos ante todo hacer accesible nuestro espíritu á las palabras de la verdad, y aprovecharnos de todos los medios para apropiárnosla. [3]

El conocimiento de la verdad despierta en seguida en nuestro corazón el deseo de poseerlo, así como su fruto, la paz. [4] Ahora bien, este deseo es una fuerza que nos ayuda á vencer nuestra pereza natural, [5] y á reavivar nuestro celo, para penetrar más y más profundamente en los misterios de Dios y de la vida espiritual. [6]

Cuanto más nos familiaricemos con esta última, más aumenta nuestro amor por Dios, á quien debemos la alegría de poseer esta luz. Y cuanto más aumente nuestra

(1) Theodoret., *In Ep. ad Ephes.*, 5, 8 (Migne, 82, 544, b).
(2) Cyrill. Hieros., *Procatech.*, 6.
(3) De aquí el empleo de φωτίζειν en el sentido de *enseñar*, de *instruir*. Ya en los LXX: *Judic.*, 13, 8 (por lo menos en el Cod. A.); Cf. (Athanas.,) *Synopsis S. Script.*, 17 (Migne, 28, 321, d), B a συνβιβασάτω); 4 (2) Reg., 12, 2; 17, 27, 28. Clemens Alex., *Pædag.*, 10, 93. *Constit. Ap.*, 2, 5. Max. Conf., *In Dionys. Cœl. hier.*, c. 3 (Migne, 4, 50, a). Semejantemente, φωτισμὸς en el sentido de enseñanza (Clemens Alex., *Strom.*, 5, 10, 64).
(4) Gregor. Magn., *In Ezech. hom.*, 2, 8, 17.
(5) Cyrill. Alex., *In Ioan. Ev.*, l. 1 (Migne, 73, 148, c. d).
(6) Max. Conf., *Ambig.* (Migne, 91, 1160, c).

caridad, más aumentan también las luces de la inteligencia. [1]

Así es como la verdad nos ilumina desde luego por la fe, así es como ésta nos impulsa en seguida á practicar la caridad con obras, y es así como, por otra parte, el fuego viviente de la caridad y de las obras aumenta la luz que brilla en nosotros. [2]

8. Sus dos principales prácticas.—Así se halla indicada la empresa de la vía iluminativa.

Esta empresa es doble. La vida de la planta puede hacérnosla comprender.

Cuando, por la mañana, ha disipado el sol las brumas y celajes, la luz invade la tierra y despierta los gérmenes de la vida. Alzan entonces las plantas su cabeza, y aspiran, por decirlo así, sus rayos, sintiendo perfectamente que son para ellas un elemento de vida. Pero esto no basta. Si miran únicamente esta luz, no crecerán. Por eso la buscan con todas las fuerzas de su naturaleza. Tienden sus pequeñas ramas hacia ella, se bañan en sus rayos, aspiran su calor, y todas sus venas se dilatan.

Tal es el misterio del crecimiento de los vegetales. Las plantas hallan alimento en el sol y en el aire; pero su aspiración á la luz es lo que, en realidad, las hace crecer; se extienden, y crecen en el mismo grado que la absorben.

Algo de análogo hay en la vida espiritual, en esas dos empresas que comprendemos bajo el nombre de *iluminación*.

Una de ellas es más receptiva, aunque también exige actividad; la otra es la aplicación de las fuerzas propias para hacer fructificar las gracias recibidas.

Así como la planta debe ante todo aspirar la luz para despertar sus fuerzas vitales, así también el alma debe recibir en ella ante todo la luz de la gracia. Ahora bien, consíguese esto especialmente por la oración, y principalmente por la meditación.

(1) Gregor. Naz., *Or.*, 40, 5 (Migne, 36, 364, b).
(2) (Chrysost.,) *De cæco nato* (Migne, 59, 543).

No quiere decir esto que la oración sea el único medio de hacernos accesibles á la iluminación. Todo ejercicio por medio del cual la sabiduría divina puede penetrar más profundamente en el alma, es útil y recomendable: la lectura de los libros de piedad, la audición de la palabra de Dios, la investigación de las obras divinas en la naturaleza, en la historia y en la revelación, y el estudio de los escritos que conducen al conocimiento y al amor de Dios.

Sin embargo, la oración es mucho más preferible que todos estos medios, sobre todo la oración interior. Una hora de excelente oración, sobre todo de buena meditación, da más luces divinas á nuestra alma que cualquier otra actividad.

Por esta razón, designan los místicos la meditación ú oración interna, como la primera obligación para el que marcha por la vía iluminativa.

No hay necesidad de hacer resaltar aquí la importancia y sublimidad de la oración, pues ya hemos hablado de ella en otra parte, [1] por lo que nos referimos á dicho punto. Sin embargo, añadiremos que no es el vano conocimiento ni la estimación de la oración lo que ilumina y perfecciona al alma, sino que para esto hay que recurrir á la práctica, la cual se adquiere con el ejercicio constante de la oración, del mismo modo que únicamente se aprende el amor amando.

Pero no queda terminado todo recibiendo la luz sobrenatural en nuestra alma. La meditación no debe ser únicamente un ejercicio especulativo de la inteligencia. Si se limita á ahondar en las verdades divinas, no adquiere más que un valor mediano. Debe siempre proponerse por objeto mostrarnos, á la luz de las verdades meditadas, lo que nos falta, y lo que debemos hacer para cumplir nuestro deber y alcanzar nuestro fin. Del mismo modo, debe obrar sobre la voluntad y el corazón, para hacerles ejecutar lo que la inteligencia ha reconocido como verdadero. [2]

(1) V. Vol. VI, Conf. XXIII.
(2) Véase más arriba, XII, 8.

Reducir á la práctica, con el auxilio de la gracia divina, por medio del trabajo personal serio, en otros términos, practicar las virtudes cristianas en toda su extensión, he aquí lo que forma la segunda parte de la empresa que debemos realizar en el camino de la ilumación. Los maestros de la vida espiritual han escrito tantas obras sobre este punto, que debemos renunciar á entrar aquí en más detalles. Por otra parte, no es esto necesario, porque todo cristiano posee sin duda alguna uno ú otro de esos libros ascéticos que se llaman el *Combate Espiritual* de Scupoli, la *Perfección Cristiana* de Rodríguez, la *Introducción á la vida devota* de San Francisco de Sales, la *Imitación de Jesucristo*.

Por otra parte, ni la ciencia ni la lectura tienen aquí gran importancia, sino únicamente la acción.

La realización de las virtudes es la prueba de nuestra iluminación y de nuestro verdadero progreso. Solamente por ella nos apropiamos la luz y la eficacia de la gracia divina, y, semejantes á la planta, crecemos y nos desarrollamos en la medida de las fuerzas sobrenaturales que el Espíritu Santo derrama en nuestro corazón.

9. La vida de Jesucristo como resumen de la vía iluminativa.—Pero el que tiene una idea de la extensión de las virtudes cristianas, comprenderá, como ya lo hemos dicho, que los maestros de la perfección afirmen unánimemente que, en este terreno, jamás debe cesar el trabajo.

Al recorrer los libros de ellos que tratan de esta materia, muchas personas se descorazonan, y se hacen la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible apropiarse tantas virtudes, y virtudes tan difíciles?

No imputaríamos como un crimen á quien quisiera aprender á conocer únicamente por los libros la gran empresa de la vía iluminativa. Pero felizmente tenemos otro libro en el que están escritos todos nuestros deberes y todas las virtudes que debemos practicar. En él están indicados brevemente por manera completísima y comprensible á todos.

No sólo son atractivos por su gravedad y profundidad, sino que provocan un entusiasmo que impulsa á imitarlos.

Este libro, interior y exteriormente, [1] es Nuestro Señor Jesucristo. Él reemplaza todos los libros. Para que cualquier otro libro sea útil, debe estar redactado de conformidad con Él. Pero, por excelente que sea, no obstante toda la claridad y belleza que puedan adornarlo, está muy lejos de igualar al verdadero libro de la vida, en comparación del cual todos los otros libros son libros muertos.

De aquí que todos los libros recomendables deban basarse en este libro. Y, gracias á Dios, los libros de esta especie no faltan. Se necesitaría todo un catálogo para indicar las buenas obras sobre la vida espiritual, si quisiera uno citar los que parten del principio más importante de toda la doctrina sobre la virtud, á saber, el único medio para apropiarse la verdadera perfección: estudiar en el libro de la vida de Jesucristo.

Por consiguiente, el estudio de este libro es el resumen sucinto, y, no obstante, inmenso de la empresa del cristiano en la vía iluminativa.

De lo dicho se deduce que apenas hay necesidad de hacer notar que este libro viviente se estudia mucho menos con la cabeza, como se estudian los otros libros, que con un corazón amante y una voluntad determinada á poner en práctica lo que contiene.

Ya hemos dicho que la meditación y la práctica de las virtudes son la fuente de la verdadera iluminación. Así, pues, el camino más corto para llegar á este resultado y para progresar en la virtud, es la meditación de la vida, de los sufrimientos, de la conducta externa, de los sentimientos internos, de las virtudes, en una palabra, la imitación tan perfecta como sea posible de Jesucristo.

Predestinados por Dios á «ser conformes á la imagen de su Hijo», [2] estamos obligados á «revestirnos de Jesucris-

(1) Apoc., V, 1.
(2) Rom., VIII, 29.

to», [1] á fin de que, «así como hemos llevado grabada la imagen del hombre terreno, llevemos también la imagen del hombre celestial», [2] no sólo según las apariencias externas, sino ante todo interiormente.

Exteriormente debemos mostrar en nosotros las señales de la oración continua, de la mortificación, de la modestia, de la dulzura, de la condescendencia, del desinterés, de la dominación personal del Salvador, á fin de que «la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal». [3]

Interiormente debemos formar nuestro pensamiento y nuestra voluntad según su espíritu, y apropiarnos su recogimiento, su amor á Dios y al prójimo, su celo por el honor de su Padre, su obediencia á Él, de tal suerte que, «arraigados en Él», [4] podamos decir, sino en palabras, por lo menos en acciones: «Vivo, pero no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí». [5]

Así, pues, por vasta que sea la empresa de la vía iluminativa, la resume brevemente el Apóstol, por modo completísimo, en esta sola fórmula: «Renovaos, pues, en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera». [6]

El Hijo de Dios hecho hombre es el sostén que sirve de apoyo á la débil planta humana para elevarse hacia la luz, el modelo según el cual debe formarse cada uno de nosotros, la cabeza en que cada miembro bebe la fuerza y la vida.

Así, pues, todo lo que podríamos leer y decir sobre la parte principal de nuestra empresa moral, no sería otra cosa que el desarrollo del breve principio de la mística de la Edad Media: imitar á Jesucristo. [7]

10. Para quien toma con empeño su santificación, ayúdale todo á progresar.—Pero el que ha aprendido á

(1) Rom., XIII, 14.—(2) I Cor., XV, 49.
(3) II Cor., IX, 10.
(4) Col., II, 7.
(5) Gal., II, 20.
(6) Eph., IV, 23, 24.
(7) Seuze, *Leben*, *Cap.*, 52 (53), Denifle, 248.

leer bien en este libro, encuentra en otras obras, que ordinariamente permanecen cerradas, v. g., el libro de la naturaleza, el de la historia, el de la experiencia personal, el de las virtudes y defectos ajenos, amplia materia de instrucción y progreso. Ocurre entonces lo que en la planta tan pronto como se ha unido á la luz, que en todo sabe hallar nueva materia para crecer y fortificarse. Saca su alimento de todos los elementos: tierra, aire, lluvia, piedras.

Lo mismo ocurre en el que se ha unido á Jesucristo, luz del alma. Apenas hubo aprendido San Pablo á no saber y á no predicar más que Jesucristo, y Jesucristo crucificado, [1] pudo exclamar: «¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? No, en medio de todas estas pruebas, triunfamos por virtud de Aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza ó violencia, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor». [2]

Todo esto, por lo contrario, antes nos ayuda á aumentar nuestro amor á Él, y por el mismo hecho, la virtud en aquellos que le son fieles.

«Todo contribuye al bien de los que aman á Dios». [3] Sí, todo. Las dulzuras como las amarguras, las repugnancias como las simpatías, condúcenlos más cerca de Dios, su fin. Sus mismos defectos los hacen más humildes, más prudentes, más celosos, [4] y, por consiguiente, más capaces de mantenerse en la gracia, y de llegar así á la perfección. [5] De aquí resulta que los que trabajan en imitar á

(1) Cor., I, 23; II, 2.
(2) Rom., VIII, 35 y sig.
(3) *Ibid.*, VIII, 28.
(4) Augustin., *Corrept. et gratia*, 9, 23. Bernard., *In Ps.* 90, 2, 2.
(5) Thomas, 3, q. 89, a. 2, ad. 1.

Jesucristo, tienen, de una parte, los ojos muy abiertos, y el corazón muy accesible á lo verdadero, lo bueno y lo bello, en todas las materias y circunstancias, aun en aquellas á las que no se concede importancia, y, de otra, verdadera destreza en aprovecharse de todas las ocasiones de conocer á Dios, de amarle, y de progresar en la virtud.

Aun incidentes que, en apariencia, parecen obstáculos, se convierten para ellos en escala celestial por la cual se elevan hasta Dios.

En esto consiste la sabiduría. [1] Ésta se encuentra únicamente allí donde el amor de Dios y la imitación de Jesucristo han iluminado el espíritu.

Un rayo de esta sabiduría fué el que inspiró al poeta estas bellas palabras:

«Conozco al autor y creador de todas las cosas, y dejo á mi barquilla bogar á merced de las olas. Oigo su gloria en el canto de todos los pájaros, y la encuentro en la flor y en el sonido de todas las arpas». [2]

Esta misma sabiduría es la que movía á decir al gran orador popular Bertoldo de Ratisbona, aludiendo á la anterior poesía: «El Dios Todopoderoso ha creado todas las cosas para nuestra utilidad y provecho, ya corporal, ya espiritual. Y, como los intereses del alma deben anteponerse á los del cuerpo, leed, para fomentarlos, en esos libros que son el cielo y la tierra. Así lo hacía San Bernardo. Así también, aprended vosotros mucho, porque el Dios Todopoderoso lo ha hecho todo para vosotros. Para que dijeseis: «Busco al Creador en el canto de todos los pájaros, en el sonido de todas las cuerdas». [3]

Según estos principios, han obrado los santos, esos maestros de la sabiduría divina.

Así se ha dicho de Santa Gertrudis: «Cuanto más una cosa le conducía á Dios, más la amaba; por ejemplo, el libro que leía, la pizarra en que escribía. Porque considera-

(1) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 1; q. 47, a. 2, ad 1.
(2) *Titurel* (Hahn), 6182.
(3) Berthold von Regensburg, 11 *Predigt*, Gœbel (3) 175, 178.

ba lo que poseía como dado para alabar á Dios. Ora durmiese, ora comiese ó tuviese un rato de expansión, todo lo daba á Dios, y se regocijaba del bien que se le hacía, como si se hiciese al mismo Dios, [1] según las palabras del Salvador». [2]

Así, pues, aprendamos también á verlo todo en la luz de esta misma sabiduría. No podremos decir entonces que nos faltan ocasiones para progresar.

En el fondo, dos cosas son únicamente necesarias: aspirar seria y constantemente hacia el fin de la perfección, y tomar para ello el camino más corto y seguro.

Este camino es Jesucristo. Amémosle únicamente á Él, y sigámosle fielmente. Seguros estaremos entonces de ser iluminados por la sabiduría divina, y de hacer progresos en el camino de la perfección.

Sin duda que el fin es elevado, grande la empresa, y tan difíciles los principios, que no podríamos recomendar con la insistencia debida al principiante el ánimo, la confianza y la constancia, ó, lo que es lo mismo, la paciencia.

No obstante esto, los progresos y la llegada al término son fáciles. Porque «el que se siente impulsado por el deseo de obrar bien, y lo hace mejor de día en día, pronto advierte que su virtud ha tomado incremento». [3]

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 1, 11.
(2) Matth., XXV, 40.
(3) Dante, *Parad.*, XVIII, 58 y sig.

CONFERENCIA XIX

LA VÍA UNITIVA

1. Importancia de los principios abstractos más generales.—Una de las cosas que más contribuyen á hacer penosa la vida, es ver la falta de principios que reina en los hombres, ó mejor, su indiferencia con relación á los principios generales que rigen, ó que por lo menos deberían regir, la vida moral y la vida pública.

Esta es la razón por la cual la generalidad no tiene otra norma de conducta que vivir al día, dejando á los acontecimientos y á las circunstancias, el cuidado de inspirarles lo que deben hacer.

¿Qué consecuencias resultan de esto? Desde luego, esa lamentable falta de carácter [1] propia de nuestra época, y luego ese número incalculable de charlatanes que introducen el desorden en nuestra situación pública.

El hombre educado desde su juventud en principios fijos y sólidos, jamás sabrá apreciar debidamente su dicha. Cuanto más restringido es el número de estos principios, más firme base le ofrecen para todos los casos.

En las bajas esferas de la vida es donde menos se nota esta influencia de los principios generales. Pero cuanto más se remonta uno, más innegable aparece. De aquí que con frecuencia sea difícil apreciar el valor é importancia de una manera de ver, cuando se consideran únicamente en ella las aplicaciones más próximas. Pero cuanto más lejos lleva uno sus conclusiones, con más minuciosidad examina sus últimas ramificaciones, y mejor puede formular un juicio cierto sobre su valor y su influencia.

(1) Véase tom. VI, conf. XV, 7.

ba lo que poseía como dado para alabar á Dios. Ora durmiese, ora comiese ó tuviese un rato de expansión, todo lo daba á Dios, y se regocijaba del bien que se le hacía, como si se hiciese al mismo Dios, [1] según las palabras del Salvador». [2]

Así, pues, aprendamos también á verlo todo en la luz de esta misma sabiduría. No podremos decir entonces que nos faltan ocasiones para progresar.

En el fondo, dos cosas son únicamente necesarias: aspirar seria y constantemente hacia el fin de la perfección, y tomar para ello el camino más corto y seguro.

Este camino es Jesucristo. Amémosle únicamente á Él, y sigámosle fielmente. Seguros estaremos entonces de ser iluminados por la sabiduría divina, y de hacer progresos en el camino de la perfección.

Sin duda que el fin es elevado, grande la empresa, y tan difíciles los principios, que no podríamos recomendar con la insistencia debida al principiante el ánimo, la confianza y la constancia, ó, lo que es lo mismo, la paciencia.

No obstante esto, los progresos y la llegada al término son fáciles. Porque «el que se siente impulsado por el deseo de obrar bien, y lo hace mejor de día en día, pronto advierte que su virtud ha tomado incremento». [3]

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 1, 11.
(2) Matth., XXV, 40.
(3) Dante, *Parad.*, XVIII, 58 y sig.

CONFERENCIA XIX

LA VÍA UNITIVA

1. Importancia de los principios abstractos más generales.—Una de las cosas que más contribuyen á hacer penosa la vida, es ver la falta de principios que reina en los hombres, ó mejor, su indiferencia con relación á los principios generales que rigen, ó que por lo menos deberían regir, la vida moral y la vida pública.

Esta es la razón por la cual la generalidad no tiene otra norma de conducta que vivir al día, dejando á los acontecimientos y á las circunstancias, el cuidado de inspirarles lo que deben hacer.

¿Qué consecuencias resultan de esto? Desde luego, esa lamentable falta de carácter [1] propia de nuestra época, y luego ese número incalculable de charlatanes que introducen el desorden en nuestra situación pública.

El hombre educado desde su juventud en principios fijos y sólidos, jamás sabrá apreciar debidamente su dicha. Cuanto más restringido es el número de estos principios, más firme base le ofrecen para todos los casos.

En las bajas esferas de la vida es donde menos se nota esta influencia de los principios generales. Pero cuanto más se remonta uno, más innegable aparece. De aquí que con frecuencia sea difícil apreciar el valor é importancia de una manera de ver, cuando se consideran únicamente en ella las aplicaciones más próximas. Pero cuanto más lejos lleva uno sus conclusiones, con más minuciosidad examina sus últimas ramificaciones, y mejor puede formular un juicio cierto sobre su valor y su influencia.

(1) Véase tom. VI, conf. XV, 7.

2. Lo que importa es tener principios exactos acerca de la perfección.—Lo mismo ocurre en el dominio de la vida espiritual.

Al tratar, en los dos primeros volúmenes de esta obra, del hombre completo, expusimos muchos principios que quizás no hayan parecido claros á cierto número de lectores. Leídos el quinto y el sexto volumen, la luz se ha hecho sin duda alguna más brillante en su alma, y creemos firmemente que los iluminará por completo cuando se hayan enterado de estos dos últimos, destinados á mostrar que la más elevada perfección consiste precisamente en la fiel aplicación de estos principios.

Nunca se comprende mejor la necesidad de estos seguros principios generales, como cuando se trata de tomar en serio la empresa de la vida cristiana en lo que tiene de más elevado; y en parte alguna es tan fácil la prueba de su exactitud como aquí, en que las hipotesis falsas producen las más peligrosas y perniciosas consecuencias.

Con profunda sabiduría empieza Scupoli con estas palabras su librito de oro, el *Combate Espiritual*, el libro favorito de San Francisco de Sales: «Si deseas, ¡oh alma cristiana!, llegar á la cumbre de la perfección evangélica, y unirte a Dios de tal modo que te conviertas en un mismo espíritu con Él, preciso es que sepas desde luego lo que es la verdadera y perfecta espiritualidad.

»Unos, no considerando la vida espiritual más que bajo un aspecto externo, hácenla consistir en las penitencias externas, en los cilicios, en las disciplinas, en los ayunos, en las vigilias y otras semejantes mortificaciones de la carne.

»Otras personas, especialmente mujeres, se imaginan ser consumadas en virtud, cuando se han habituado á recitar largas oraciones vocales, oir muchas misas, asistir á todos los oficios divinos, permanecer largo tiempo en la iglesia y comulgar frecuentemente.

»No pocas, aun entre las que han abrazado la vida religiosa, creen que, para ser perfectas, basta asistir con puntualidad al coro, amar el retiro y el silencio y observar escrupulosamente la disciplina de su Orden.

»Así, pues, cada uno hace consistir la perfección en tal ó cual ejercicio de perfección. Pero es cierto que todos se engañan, porque, como las obras exteriores no son más que disposiciones para llegar á ser perfectamente santos, ó frutos de la santidad perfecta, no puede decirse que tales obras constituyen la perfección cristiana y la verdadera espiritualidad.

»Por poco que se reflexione en su conducta, ve uno que se descarrían y que se alejan mucho de la perfección. Porque, en todas las cosas grandes ó pequeñas, desean ser preferidos á los demás, no siguen más que su propio juicio, no hacen más que su propia voluntad, y, ciegos en todo lo que á ellos se refiere, tienen siempre abiertos los ojos para observar y censurar las acciones de los otros. Y si llama uno la menor atención sobre esta vana reputación de que ellos creen gozar en el mundo, y de la que tan celosos se muestran; si les ordena uno que abandonen ciertas prácticas de devoción, de las que se han hecho un hábito, se turban y se inquietan extraordinariamente. Y si Dios mismo, deseando enseñarles á conocerse á sí mismos, y mostrarles el mismo camino de la perfección, les envía contratiempos, enfermedades, crueles persecuciones, vemos entonces que su interior está profundamente dañado por el orgullo que lo domina.

»Claro es, pues, que la vida espiritual no consiste en ninguna de las obras exteriores de que acabamos de hablar.

»Consiste ella especialmente en adorar la bondad y la grandeza infinitas de Dios, en conocer al propio tiempo nuestra bajeza y nuestra inclinación al mal, en amar á Dios y odiarnos á nosotros mismos, en someternos no solamente á Él, sino á todas las criaturas por amor á Él, en renunciar por completo á nuestra propia voluntad, á fin de seguir la suya, y sobre todo en hacer estas cosas por la sola gloria de su nombre, sin otro designio que el

de agradarle, por la única razón de que quiere y merece el amor y la sumisión de sus criaturas». [1]

3. La perfección es cosa muy sencilla, y aun muy natural.—Este pasaje que, en su brevedad y claridad, revela un verdadero maestro de la vida espiritual, nos indica todo lo que forma parte de la perfección, y, al propio tiempo, lo que constituye su término más elevado.

¡Qué efecto tan bienhechor produce esta doctrina, si arrojamos una mirada al dédalo de la falsa mística! Contemplándolo, jamás puede uno desprenderse de una impresión siniestra.

Sí, excelente es lanzar una mirada á todos los peligros que hemos evitado, á fin de agradecer á la gracia divina el haber guiado nuestros pasos por el recto camino, con la dulzura de su dirección, la firmeza de su autoridad y la seguridad de su doctrina.

Por una parte, estos peligros son, ora el estoicismo, ridículo por sus palabras huecas, verdad es, pero poderoso porque sabe despertar muy bien el orgullo del espíritu, ora su próximo pariente el quietismo budista, que oculta su pereza tras discursos desdeñosos ó piadosos sobre el mundo.

Por otra parte, lo es el jansenismo, con sus innumerables y pesadas prácticas, que alimentan el orgullo y producen la terquedad del espíritu.

Añadamos á ésto toda esa mística enfática, repelente, de las sectas protestantes: las fantasías piadosas de los pietistas, la violencia de los metodistas, los accesos de locura de los cuákeros y de los shákeros.

Sí, es imposible negar que con frecuencia los poderes de las tinieblas se disfrazan de ángeles de luz, y que, gracias á la complicidad del orgullo humano y á la corrupción del corazón, engañan cruelmente á los espíritus ciegos, como para castigarlos por no someterse á la dirección segura de la Iglesia.

Cuando, de un lado, se examinan los innumerables ab-

(1) Scupoli, *Geistlicher Kampf*, Kap. 1.

surdos con los cuales corazones locos de orgullo han creído poder elevarse al más alto grado de perfección [1] y cuando, por otro, ve uno el desorden, la hipocresía, la bellaquería, la inclinación á los milagros y á las cosas extraordinarias á que han sido arrastrados millares de veces, compréndese la confianza que debemos tener en esta única mística, que posee dos preciosas cualidades: la sencillez y lo natural.

Pues bien, esto es lo que caracteriza á la mística católica.

Evidente es su sencillez. Podemos reunir toda la doctrina sobre el grado más elevado de la vida espiritual, en otros términos, sobre la *vía unitiva*, en este célebre verso de Santa Teresa:

«Sólo Dios basta».

Al expresarse así, no hace otra cosa la gran santa que repetir lo que el Salmista cantó mucho tiempo antes que ella: «¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, Dios mío, que eres el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda la eternidad?» [2]

Salta igualmente á los ojos lo natural de la verdadera mística.

Toda mística falsa es perjudicial al hombre. Ora le corrompe, al ofrecerle por divisa el principio: «Nada fuera del hombre», ora le oprime diciéndole: «Nada es el hombre ni nada debe ser».

La religión cristiana, siempre en el término medio, se expresa así: Dios lo es todo. Fuera de Él, no hay nada. Todo lo que el hombre posee carece de valor, si no está de acuerdo con Él. Si, pues, el hombre está unido á Dios, es algo de grande y perfecto. Sin unión con Dios, no es nada. Unido á Él, lo es todo. Si sólo Dios basta, y si satisface á Dios, se satisface también á sí mismo».

(1) Gerson, *Considerat. de theolog. myst.*, p. 1, *consid.* 41 (Dupin, III, 394). Schram, *Myst.*, § 322, *Schol.* 1. Sandæus, *Theol. Myst.*, p. 426 y sig.
(2) Psalm., LXXII, 25, 26.

Curioso es, que precisamente aquí, en la más elevada cumbre de la vida sobrenatural, veamos por última vez, pero quizás también del modo más evidente, qué gran violencia hacen á la naturaleza los que nada quieren admitir fuera de ella, ó los que, por lo menos, no quieren admitir lo sobrenatural propiamente dicho, y cómo, por lo contrario, está conforme la doctrina cristiana de lo sobrenatural con la verdadera naturaleza del hombre, y cómo la satisface por modo completo.

Solamente aquí se ve, pues, con claridad toda la parte del principio que con tanta frecuencia hemos expresado, á saber, que la empresa del hombre, la perfección, consiste en su unión con Dios, en la unión de la naturaleza con lo sobrenatural.

4. La perfección como unión de lo natural y de lo sobrenatural. Las promesas hechas en el bautismo son ya un compromiso para practicarla.—Permítenos este principio abarcar la empresa propia del último escalón que hay que subir en el camino de la perfección, la *vía unitiva*. (1)

Debe el hombre realizar en sí mismo las exigencias de la vida sobrenatural, tanto como la debilidad de su naturaleza se lo permite.

Empresa ciertamente ruda es ésta, pero que debe procurar realizar la mística. Porque en el fondo no es otra cosa que lo que la gracia empezó con el bautismo y lo que en él prometió el hombre. El que no logra la perfección, queda rezagado en la empresa que le impuso el bautismo; y el que llega á la más alta santidad, no puede alabarse de otro mérito que de haber tomado en serio el cumplimiento de las promesas de su bautismo.

Es esta una verdad de la más alta importancia. Porque vemos por ella que no hay cristiano que no esté obligado á procurar elevarse á la perfección, y que aspirar á ella no

(1) Cf. Alvarez a Paz, I; III, 1, 3, p. 3; 1, 4, p. 3; 1, 5. Philipp a S. Trinit., III, tr. 1, 2, 3. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 463-543. Sandreau, *Dégrès de la vie spirituelle*, II.

es otra cosa que cumplir la solemne promesa que hizo al entrar en la vida.

Antes de recibir el bautismo se nos preguntó: «¿Renuncias á Satanás, á sus pompas y á sus obras?» Y respondimos: «Sí, renuncio».

Luego, se nos formuló otra pregunta: «¿Crees en Dios?» Y respondimos: «Sí, creo».

Al hablar así, no quisimos decir: «Creo que hay un Dios». Todo ser racional confiesa esta verdad, y el mismo Satanás lo hace temblando. (1) Pero nosotros quisimos hacer un acto verdadero de fe. Ahora bien creer en Dios de este modo, no quiere decir únicamente que admita uno con la inteligencia que hay un Dios en el cielo, sino que significa que uno se entrega á Él con toda su voluntad y todo su corazón. (2) Creer en Dios quiere decir hacer su voluntad, amarle con corazón creyente, aspirar á Él con corazón amante, procurar unirse á Él del modo más perfecto posible. (3)

Esto ha sido expresado por modo muy ingenioso en las ceremonias que antiguamente acompañaban al bautismo. El que debía recibir este sacramento, volvía sus miradas hacia el Occidente, y, con un movimiento de manos como para apartar de sí algo, pronunciaba estas palabras: «Abjuro». Volvíase luego hacia el Oriente, hacia la luz naciente, y exclamaba levantando sus brazos al cielo: «¡Pero yo te juro fidelidad, oh Cristo Jesús!» (4)

Pues bien, ¿qué hacemos nosotros, cuando rehusamos recorrer el camino de la perfección hasta su más alto grado? ¿Qué hacemos cuando intentamos dar el paso más difícil?

En el primer caso, violamos nuestras promesas más solemnes; en el segundo, tenemos el consuelo de haberlas

(1) Jac., II, 19.
(2) Thomas, 2, 2, q. 2, a. 2.
(3) Augustin., *Tract. in Ioan.*, 29, 6. Véase tom. VI, XXI, 5.
(4) Constit. Apost., 7, 41. Basil., *De bapt.*, 5. Chrysostom., *Eph.*, 1, 3; *Illuminand.*, 2, 5. *Julian. Martyr.*, 4; *Col.*, 6, 4. Dionys, Areop., *Eccl. hier.*, 2, 2, 6. Augustin., *Sermo* 369, 3. Ambros., *Myst.*, 2, 7. Hieron., *Amos*, 6, 14.

observado. Pero hecho cierto es que jamás podremos lisonjearnos de haber ido más allá.

Todas las promesas del bautismo giran al rededor de estas palabras: «Renunciar al mal y unirnos con Dios».

La mística de la Edad Media resume igualmente todo el camino de la perfección en dos palabras: «Alejamiento y vuelta». Alejamiento de todo lo que corrompe y encadena nuestra naturaleza, vuelta á Dios en nuestro interior, á fin de que nuestra naturaleza, libertada de los obstáculos que la oprimen, se una á Dios.

Así, pues, las simples palabras del bautizado, son la expresión de las más elevadas aspiraciones á Dios. Pueden resumirse así:

«¡Oh alma mía, sal para que Dios entre! ¡Que todo mi ser se sumerja en la infinidad de Dios, como en un mar sin fondo! ¡Si vuelo hacia ti, vienes hacia mí; si me pierdo, te encuentro, ¡oh Bien supremo!» (1)

Á estas promesas que hacemos en el bautismo corresponde la vía purgativa. Á la promesa de pertenecer á Dios y á Jesucristo corresponden la vía iluminativa y la vía unitiva.

En la primera vía, la naturaleza queda purificada de todas las escorias y libertada de todos los obstáculos que se oponen á su unión con lo sobrenatural. En la última, debe establecerse la unión por modo perfecto, de suerte tal, que lo natural y lo sobrenatural, la libertad y la gracia, el hombre y Dios, aspiren en común á un mismo fin, sin que ninguna de ambas partes experimente el menor perjuicio.

5. La *purgación pasiva* como último grado para llegar á la vía unitiva.—Con todo, sólo cuando se trata de esta última empresa, ve uno claramente la suma de debilidad y los muchos obstáculos que hay en la naturaleza.

No parece sino que el alma que ha recorrido el camino de

(1) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 445, 8 (II, 289). Hagen, *Minnesinger* III, 468 ee. Bartsch, *Erlœsung*, 195.

la purificación, se ha convertido en instrumento apropiado á la actividad del Espíritu Santo. Mas ¡oh sorpresa! cuanto más la inunda éste con sus luces, y más procura elevarla á la práctica de las más altas virtudes, más se espanta ella de lo que en sí misma encuentra.

Á la claridad de esta luz, descubre en todos sus repliegues, aun en las partes más íntimas de su interior, tantas impurezas, y con raíces tan profundas y numerosas, que quisiera huir de Dios, como el ave nocturna huye del sol. Y, cuando debería ceder á la influencia de lo sobrenatural, experimenta tal cobardía, tal egoísmo y tal deseo del favor de los hombres, consuelos y éxitos tales, que se ve obligada á decir que Dios no puede realizar así su designio sobre ella.

Jamás se vió tan llena de defectos y tan indigna de la compañía de Dios.

En las tinieblas, fácil es á uno creerse muy limpio, á pesar de estar lleno de manchas; pero muy pronto se desilusiona cuando aparece á la luz. Ahora bien, así como una persona, que pasa súbitamente de la oscuridad á la luz, se horroriza del polvo y del lodo que la cubre y busca con premura un medio para limpiarse, así también ocurre con el alma cuando se coloca á la luz de Dios.

He aquí la razón porque es necesario un lugar de purificación en el más allá. Sólo el que ha perdido toda noción de la santidad de Dios, de la ternura de un corazón que le busca, de la contradicción que existe entre el pecado y Dios, y de la purificación personal, puede negar el purgatorio. Si Dios no lo hubiese creado, y si llamase á su presencia á todos los sorprendidos por la muerte en el camino de la perfección, sin haber alcanzado su término, ellos mismos reclamarían ese lugar de purificación, porque no podrían soportar la vergüenza de aparecer sucios ante el Dios tres veces santo, ante el Dios purísimo.

Pero lo que acabamos de decir, no se aplica únicamente á lo que ocurre después de esta vida.

Ya aquí bajo, el que recorre el sendero de la perfección,

encontraráse en una situación análoga, cuando vea caer sobre él, del templo medio abierto del Espíritu Santo, los primeros rayos de luz divina.

Sin embargo, Dios mismo es el mejor sostén de los que á Él recurren, cuando su gracia los ha despertado de su embotamiento. De aquí que su amor infinito se encargue de curar sus imperfecciones, por el camino de la prueba, á todos los que quieren acercarse á Él cuanto les sea posible.

De aquí esas penosas purificaciones, de que ya hemos hablado, [1] conocidas por la mística con el nombre de *purificaciones pasivas.*

Puede, pues, verse aquí cómo se verifica ordinariamente la transición entre la vía iluminativa y la vía unitiva. [2] Los que marchan por esta última vía, deben aprender á quebrantar por completo las cadenas tan finas y tan resistentes de la adhesión á la voluntad propia; y deben ejercitarse en renunciar, por amor de Dios, á los más elevados dones sobrenaturales, aunque sea al sentimiento y á la conciencia de su gracia, [3] para no sucumbir, en definitiva, al peligro de emplear sus fuerzas en sentido contrario á las intenciones de Dios, y á la realización de una virtud sin mezcla. [4]

En este sentido, dice de su héroe el magnífico *Annolied:*

«Para que su alma no sucumbiese al peso de tan grandes honores, hizo Dios en él lo que hace el platero, que, para fabricar objetos preciosos, pone oro en un crisol, y luego, por medio de instrumentos especiales, pulimenta este oro y lo trabaja. Las aflicciones y los sufrimientos son los medios que emplea Dios á este efecto. [5]

6. Práctica de la presencia de Dios como primera labor de la vía unitiva.

—Cuando estas purificaciones han hecho desaparecer del alma, con frecuencia las más ocultas manchas, y, por el hecho mismo, las más difíciles de borrar, puede ella trabajar en el cumplimiento de su empresa propiamente dicha: la unión.

Como ya lo hemos dicho, ésta no es otra cosa que la realización completa y formal de lo que la gracia se propone en cada hombre. Esta es la razón por la cual no puede uno comprender el camino de la perfección si no conoce la eficacia de la gracia, y nadie conoce la eficacia de la gracia, si no ha profundizado la vida espiritual.

Es un error creer que es uno suficientemente respetuoso con la doctrina de la gracia, cuando se la considera como conteniendo principios especulativos que no puede uno observar rigurosamente en la práctica.

Si ha habido jamás un punto en que deban estar de acuerdo la teoría y en la práctica, es ciertamente éste. Si la Iglesia ha declarado que los preceptos relativos á la oración son igualmente preceptos relativos á la fe, [1] puede uno decir por modo categórico que los medios por los cuales se santifica uno son igualmente los que indican cómo debe uno creer y enseñar.

Porque una de las seguras piedras de toque de la mística consiste en que cada paso hacia las alturas de la vida sobrenatural debe estar en perfecta armonía con la fe. Sabemos á qué atenernos sobre los que se apartan de la fe. [2]

Ahora bien, si esto es así, toda perfección y toda actividad de la gracia debe partir desde luego de Dios y referirse á Dios bajo todos los conceptos.

Inútil indicar aquí lo mucho que los místicos y los santos han insistido sobre esta verdad: «Sólo Dios»; tal es su primer principio fundamental. De Dios únicamente proviene todo, en Dios sólo debe permanecer todo, sólo á Dios debe referirse todo.

Nuestra perfección consiste en hacernos semejantes á

(1) V. Vol. IX, Conf. IX, 9.
(2) Godínez-Reguera, *Myst.*, l. 3, q. 1, § 2, n.° 36 y sig. Schram, *Myst.*, § 165. Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, n.° 3 y sig.
(3) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3) 3, 7, 18.
(4) Godínez-Reguera, l. 1, n.° 53 y sig. Schram, § 166 y sig.
(5) *Annolied* (Alb. Stern) 38, 645 y sig.

(1) Cœlestin. I, *Ep.* 21, *ad episcop. Galliæ*, cap. 11.
(2) Schram, *Myst.*, § 444, 505, 543, 558.

Dios. Cuantos más rasgos de Él tengamos en nosotros, más perfectos somos. [1] Aparece ante nosotros como el modelo de santidad, y obra en nosotros como fuerza para que lleguemos á Él. «Así es como poseemos la vida, el movimiento y el ser.» [2] Si en realidad queremos asemejarnos á Él, preciso es habituarnos, no sólo á verle presente á nuestro lado, sino á vivir en Él, y aun, según la exacta verdad, [3] á poseerle en nosotros como en una morada ó en un templo. [4]

Resulta, pues, de aquí que ante todo debemos ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios, si queremos llegar á la perfección.

Sólo que no basta evocar de vez en cuando en nuestro espíritu la presencia de Dios como una verdad espiritual y una verdad de fe, sino que es preciso, con relaciones continuas con Él, especialmente con la oración, experimentar un sentimiento durable de su vecindad.

En estas condiciones, conviértese esta práctica en medio infalible de perfección. Sí, si consultamos á los santos no nos engañaremos diciendo que el verdadero ejercicio de la presencia de Dios es la perfección misma, y, por esta razón, la primera empresa de la vía unitiva. ¿Acaso es ella otra cosa que las palabras dirigidas por Dios á Abrahán: «Marcha delante de mí, y sé perfecto»? [5]

Así vemos á los santos entregarse con celo particular á esta práctica, y muchos de ellos se han hecho maestros en este arte.

San Honorato de Arles, [6] el bienaventurado Alfonso Rodríguez, [7] Santa María Magdalena de Pazzis, [8] Santa Rosa de Lima, [9] lográronlo en grado tal, que ni si-

(1) Saint-Jure, *Les trois voies spirituelles*, 2, 1, 1, 3, *Introd.*
(2) Act. Ap., XVII, 28.
(3) Ioan., XIV, 23. Rom., VIII, 9, 11. I Cor., III, 16. Eph., III, 16. II Tim., I, 14. I Ioan., III, 24.
(4) Saint-Jure, *loc. cit.*, *3.ª Part. Introd.*, 2.—(5) Genes., XVII, 1.
(6) Hilar. Arelat., *Vita S. Honorati*, 8, 38.
(7) Janin, *Vita S. Alphonsi Rodriguez*, 2, 1, 55.
(8) Cepari, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 13, 140.
(9) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 11, 148.

quiera olvidaban á Dios durante el sueño. ¡Tan intensas eran sus relaciones con Él por la oración!

Hiciera lo que hiciera esta última santa, trabajase ó comiese, leyese ó hablase, estuviese en la calle ó en la casa de Dios, siempre veía junto á ella á Su Divina Majestad, sin que fuese esto obstáculo alguno á sus ocupaciones exteriores. Y esta era la razón por la cual asaltábanla muy rara vez en la oración pensamientos extraños. [1]

De tal modo estaba unido á Dios San José de Cupertino, que todo lo que le recordaba á su Salvador abrasaba á su alma como una centella caída en un tonel de pólvora. [2] De aquí provenían sus éxtasis continuos. Bastaba una palabra sobre el cielo, el sonido de una campana, la vista de una cruz, de un pájaro volando, para que inmediatamente abandonase su pensamiento la tierra como una flecha; [3] de tal modo le dominaba el recuerdo de la vecindad de Dios, de tal modo se sentía impulsado á responder por su parte á la condescendencia del Salvador para con su nada, saliendo á su encuentro.

7. El abandono á la voluntad de Dios, segunda tarea de la vía unitiva.—La nota característica de todos los santos consiste en que no reciben únicamente los efectos de la gracia, sino que devuelven á Dios con ricos intereses los talentos con que los ha enriquecido.

Con frecuencia somos injustos con relación á ellos y con relación á nosotros; á menudo nos sentimos tentados de atribuirles como un crimen el haber recibido tantas gracias. Creemos que, en estas condiciones, no les ha sido difícil convertirse en santos. Pero no; antes son ellos los que deberían decirnos que no consideremos únicamente los dones que reciben, sino también los frutos que reportan. ¿Quién sabe si entre los que envidian á los santos, no hay muchos á quienes más de uno de aquéllos podría responder que si personalmente hubiese recibido sus dones, hubiera producido frutos más abundantes y mejores?

(1) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 11, 150, 152.
(2) Pastrovicchio, *Vita S. Josephi Cupert.*, 4, 39.—(3) *Ibid.*, 3, 24 y sig.

En todo caso, la vida de todos los santos predica una gran ley de la perfección, cuando nos dice: «Dios ha hecho lo que de Él dependía; haced ahora lo que dependa de vosotros. Si Dios se os ha dado, donaos también á Él. De tal modo es grande el don de Dios, que ningún don humano puede comparársele, aunque sea un sacrificio completo por nuestra parte».

Constituye esto, pues, la segunda práctica propia de la vía unitiva, práctica que consiste en someterse voluntariamente á las intenciones y actos de Dios, ó, como dice la antigua mística, en entregarse por completo á Dios.

Hallámonos aquí en presencia del punto decisivo por excelencia en la vida espiritual, en presencia del más grande de todos los sacrificios, de ese sacrificio á cuyo solo nombre tiemblan los hombres y retroceden espantados: el desprendimiento de uno mismo para entregarse por completo á Dios. Apenas si quieren oir y comprender que ésta es la condición necesaria de nuestra perfección y de nuestra felicidad.

La mayor parte piensan como Eurípides, que sólo merece ser llamado feliz aquel cuya voluntad satisface siempre Dios. (1)

Pero ¿quién piensa en que el Salvador enseña precisamente lo contrario, cuando nos hace decir cada día: «Hágase vuestra santa voluntad». (2)

Si sólo los hombres ordinarios, si sólo el mundo, no comprendiese esta importante doctrina, sería aun tolerable; pero aun los que aspiran á fines más elevados no quieren comprender este principio.

De aquí proviene que se hagan tan pocos progresos en el bien, que haya tan pocas personas perfectas, no obstante el trabajo que para ello se dan. Por lo contrario; «Cuando la voluntad propia quiere reinar en el corazón, la falsa santidad se complace en anidar en él». (3)

(1) Euripid., *Fragm.*, 136 (Wagner).
(2) Matth., VI, 10.
(3) Mechtild von Magdeburg, 2, 1 (lat., 4, 18).

De aquí que los santos no encuentren palabras suficientes para enseñar á las almas que aspiran á la perfección el arte de abandonarse á la voluntad de Dios. Porque saben que todos los trabajos que hagamos son trabajos perdidos, y que prácticas como la oración, la mortificación, las obras de caridad, no sólo son inútiles sino perjudiciales, si no nos tomamos el trabajo de entregarnos por completo á Dios. (1)

San Ignacio era ciertamente un amigo de la oración, puesto que oraba siete horas diarias. No obstante, tenía buen cuidado de observar que no había que evaluar la santidad según la oración, ni la piedad según el tiempo consagrado á ella. «Sólo es perfecto—dice—quien ha sabido vencerse por completo. Pero de cien personas que oran, ochenta están adheridas á su propio sentido, y apenas hay diez que comprendan el mérito de la perfección». (2)

Santa Teresa enseña igualmente que la perfección consiste en prescindir de la propia voluntad, y en no hacer más que la voluntad de Dios. Todo lo demás puede y debe sacrificarse, según las circunstancias. Y no debe hacerse excepción ni de los más dulces consuelos divinos, ni de las obras exteriores de piedad y caridad. (3)

Tauler dice lo mismo en su hermosa poesía:

«Que el que quiera poseer á Jesucristo, abandone completamente su voluntad propia, haga en silencio la voluntad de Dios, y manifieste su fe con actos. La naturaleza física nos induce á menudo en error. Así, no escuches más que las enseñanzas del espíritu. No dejes que ande errante tu corazón de un lado para otro. Domina tus sentidos. No te precipites en las cosas exteriores. Contempla el verdadero camino, y aprende á conocerlo. Todo depende de una sola cosa, á saber, despojarse de la voluntad propia». (4)

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3) 3, 15, 16, 17.
(2) Bartoli, *Vita ed Istituto di S. Ignazio*, 4, 12.
(3) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 11, 203, 204.
(4) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 462 (II, 304 y sig.).

Por esta práctica se han hecho grandes los santos.

Santa Catalina de Génova fué una heroína de la sumisión á la voluntad de Dios. Dios mismo le enseñó que jamás debía proferir estas palabras: «No quiero», sino que debía considerar como la base fundamental de toda la vida espiritual estas otras palabras: «Hágase vuestra santa voluntad». (1) Ahora bien, practicó ella estos consejos con extraordinaria fidelidad. Jamás siguió sus inclinaciones propias, y fué completamente indiferente á todo lo que no era Dios. Á Dios había dado la llave de su corazón, y de tal suerte, que le parecía imposible tener todavía acceso en la cámara de su propia voluntad. (2)

Fué imitada en esto por Santa María Magdalena de Pazzis. Desde su infancia no tuvo esta santa más que un solo deseo, y la primera gracia que pidió, fué su realización, á saber, morir con la convicción de haber ejecutado únicamente la voluntad de Dios, y esto del modo más perfecto. (3)

Puede muy bien decirse que el único pensamiento y el único deseo de estos santos fué la realización de la hermosa doctrina que el ilustre confesor Clemente Augusto de Colonia, resumió en estas palabras: «Ordena tu corazón como un reloj en el sol de Dios. Marchará entonces con precisión admirable; podrá soportar todas las pruebas de esta vida, tendrá un movimiento siempre regular, hasta el último día; y cuando cese de latir, Dios mismo le dará nuevo impulso». (4)

Cuando el alma se ha entregado á Dios hasta el punto de que, sin desprenderse de su voluntad, abdica todos sus derechos sobre ella, hasta el punto de que entre ella y Dios existe un solo *querer* y un solo *no querer*, ha llegado al estado que los místicos llaman *matrimonio espiritual*, estado que, según ellos, constituye el término y la

(1) *Vita S. Cath. Fliscæ Adornæ*, 2, 25. (Bolland., 15 sep.).
(2) *Ibid.*, 7, 80, 81, 82.
(3) Cepari, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 13, 142.
(4) Gærtner, *Te Deum*, III, 335.

cumbre de la perfección que puede uno alcanzar aquí bajo. (1)

En efecto, difícil es imaginarse un grado más elevado de la virtud terrenal. Aquí, la vía unitiva, y, por el hecho mismo, la perfección humanamente posible aquí bajo, alcanzan su fin.

Aunque uno no pueda imaginarse un grado de perfección más elevado que éste, no deja de ser verdad que el hombre puede siempre perfeccionarlo. Aun la madre del Salvador, que estaba llena de gracia desde el principio de su vida, podía decir: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra». (2) Sí, aun María no cesó hasta su última hora de crecer en la práctica de esta perfección, la más perfecta de todas las perfecciones.

8. La sencillez como unión de lo natural y de lo sobrenatural.—Por esta donación completa del hombre á Dios, alcanza por fin la gracia el fin que se propuso desde el principio, la completa unión de la naturaleza con lo sobrenatural.

Pero con ella puede verse también perfectamente el contraste que existe entre la vida de la gracia y la vida del mundo, y esta virtud, de la que ya hemos hablado, la sencillez cristiana, encuentra en ella su complemento. No es de extrañar que las vías del mundo y de la piedad mediana sean tan tortuosas, penosas y artificiales.

¿Y cómo podría ocurrir lo contrario? ¿Puede ver claro y caminar recto el esclavo egoísta y desgraciado que sirve á un tirano como el mundo, un tirano que alaba, verdad es, pero que nunca da, que no hace más que pedir, y que siempre procura su propio provecho?

El que intenta servir al mismo tiempo á tres y aun á cuatro señores, á Dios, al mundo, á sí mismo y con frecuencia á Belial, como lo hace la mística sectaria, ¿no ha de

(1) Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 3, c. 14. Phil. a S. Trinit., III, tr. 1, d. 2, a. 3: tr. 3, d. 1, a. 9. Anton. a Spir., *S.*, *tr.* 1, 90-92; tr. 4, d. 4, 2-5. Harphius, 1, 2, 98 y sig. Jos. a Spir., *S.*, *Proœm.*, l. 3, 2, § 4. Schram, § 318, *Schol.*, 2; 322, *Schol.*, 2.
(2) Luc., I, 28, 38.

considerarnos como insensatos cuando le predicamos la sencillez? En efecto, no podría figurarse de otro modo que con un corazón doble, una lengua doble, una palabra doble y una acción doble, por lo que si tan sólo le fuera dado concebir la idea de sencillez, se consideraría perdido aun antes de dar el primer paso.

El que es esclavo de sí mismo, no puede hacer otra cosa que repetir continuamente: «¿Qué dirá el mundo? Pero, ¿Y si esto no me sabe bien? ¿Y si me produce disgustos?»

Por el contrario, el que se ha entregado por completo á Dios, sólo tiene ante su vista á Dios, el honor y la voluntad de Dios. Lo que Dios quiere lo quiere él también. El honor de Dios hace callar en él todas las demás consideraciones.

Con esto tenemos la clave que nos permite formarnos exacta y completa idea de la virtud de la sencillez. La sencillez no es otra cosa que la pureza de intención relativamente al honor de Dios. ¡Únicamente Dios!; he aquí la divisa y la nota característica de la sencillez.

Estas únicas palabras hacen superflua y odiosa á los santos toda política, toda vacilación, toda astucia. Este único principio los pone al abrigo de todo equívoco, de todo disimulo y de toda medianía. Preocúpanse muy poco de lo que dice el mundo, y de si lo que dice produce honores y ventajas personales.

Cuando llegan á saber que la voluntad de Dios y el honor de Dios exigen de ellos un sacrificio, no se dirigen más que esta pregunta: «¿Cómo hacer este sacrificio?» Y tan pronto como han dado con el modo de hacerlo, cumplen su deber sin precipitación, sin violencia, con calma, pero con indomable energía; poco importa lo que puede ocurrir, ni la manera como se interprete su conducta, ni si triunfarán ó no. Así es como un observador perspicaz dice de Santa Teresa: «Todos sus pensamientos, todas sus acciones, se referían á Dios, al honor de Él, á la salvación de las almas. Quien la veía, pronto se convencía de que, por ningún precio del mundo consentiría en cometer un

pecado venial. Sólo tenía un pensamiento, ser cada día mejor y más perfecta, y—á lo que se había comprometido con voto—á hacer constantemente lo más agradable á Dios y lo que más podía honrarle». (1)

9. La libertad de espíritu como término y señal característica de la vía unitiva.—Únese también á esto esa nota distintiva de los perfectos y de los santos, tan apreciada por ellos; la libertad de espíritu.

Pocas personas comprenden esto. Creen unos, cuando oyen á San Pablo predicar la libertad, que no pueden observar mejor los preceptos evangélicos que despreciando todas las leyes y todas las prácticas externas, olvidando por completo que el Salvador dijo expresamente que no quería abolir ni una letra de la ley, y que solamente había venido para inspirar á la letra muerta el espíritu que vivifica, y cumplirla de este modo. (2)

Los otros creen que no pueden oponer mejor dique á los desórdenes del espíritu del mundo que diciendo con los fariseos: «Manda, vuelve á mandar, oh Profeta; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito, otro poquito allí». (3) Y así caen en una ansiedad, en una mezquindad, en una estrechez de corazón, en una palabra, en una esclavitud tal, que no les permite distinguir entre medio y fin, entre ley y sentido de la ley. Entregados por completo á detalles insignificantes de la ley, olvidan sus más importantes prescripciones: la justicia, la misericordia, la fidelidad. (4)

Todavía hay esclavos de la especie de éstos, á saber, los esclavos de la profesión y del trabajo, los esclavos de la oración y de las prácticas de penitencia, los esclavos de sus hábitos y de su tiempo. Cuando algo viene á trastornarlos, siquiera sea la obra más santa de caridad, diríase que se trata de un asunto capital, que su dicha y su salvación por siempre jamás están comprometidas.

(1) Ribera, *Vita S. Ther.*, 4, 5, 105 y sig.
(2) Matth., V, 18; Ioan., VI, 64.
(3) Is., XXVIII, 10.—(4) Matth., XXIII, 23.

¿Es necesario, pues, que el hombre se mueva siempre de un extremo á otro? ¿No puede hallar un justo medio racional entre el libertinismo y el farisaísmo, entre el menosprecio de la ley y la esclavitud de la ley, entre el desorden y la pedantería?

Evidentemente, puede hacerlo. Y aun puede hallar un medio sublime y santo. Tal es la libertad del espíritu. No la libertad por la ley, sino la libertad en la ley, por encima de la ley.

¿No ha dicho el Salvador que si nuestra justicia no superaba á la de los escribas y fariseos, no entraríamos en el reino de Dios? (1)

Ahora bien, los santos y los perfectos han realizado estas palabras, indicándonos admirablemente con este principio: «Solo Dios», la manera como debemos realizarlas también nosotros.

En esta cuestión, han encontrado también el punto exacto con esta fórmula: «Nada reemplaza á Dios». Los dones de Dios no son Dios mismo. El camino no es el término. Todo lo justo es bueno. Pero sólo Dios es lo que hay de mejor. Muchas cosas conducen á la perfección, pe- Dios solo es la perfección.

La vida de ellos es fiel á este principio. No hay pedantes entre ellos, no hay personas esclavas de sus hábitos, no hay espíritus ni corazones estrechos.

Siempre están dispuestos á renunciar á sus más legítimas inclinaciones, á sus más caros trabajos, aun á aquello á lo cual se aferra más el hombre: á la esperanza de cosechar lo que ha sembrado. Nadie se adhiere menos que ellos á su opinión personal, nadie es más fácil de instruir, no conocen más que un modo de juzgar: juzgar como Dios. Sólo hay una cosa á la cual no quieren renunciar: agradar á Dios.

Obran sin esa inquietud y esa precipitación que tanto perjudica á nuestros trabajos y á nuestras oraciones, y que con frecuencia perturban más nuestra alma que las

(1) Matth., V, 20.

faltas más graves. Pueden pasar sin dificultad de la oración al trabajo, y, lo que es menos cómodo, del trabajo á la oración, porque, no obstante la aplicación que en él ponen, no se adhieren á él. Siempre y en todas partes muestran humor igual, en la alegría como en la tristeza, en los éxitos como en los reveses, en las alabanzas como en las maledicencias y calumnias. Y aun cuando hayan cometido faltas, y sufrido la merecida vergüenza, no sucumben al desaliento. Se sacrifican y sufren voluntariamente que otros cosechen lo que han sembrado. No se ven en ellos esas postraciones morales que denotan intenso agotamiento, por más que no finjan tampoco una insensibilidad estoica. Nunca es exagerada su alegría. Aman á los suyos, pero ponen por encima de todo á Dios y sus deberes. Son buenos con toda persona honrada y virtuosa; pero prefieren á todo la verdad y la justicia. Toda patria es para ellos un país extraño, y todo país extraño una patria. Puede emplearselos en todo; puede confiárseles todo, todo puede esperarse de ellos. Les es tan extraña la lisonja como la intriga y los caminos tortuosos. Censuran sin temor y sin amargura, y dicen la verdad sin consideración á nadie y sin animosidad. No piden nada, ni nada rehusan; no corrompen un júbilo legítimo; muéstranse tristes con los tristes, alegres con los alegres, y jamás la inquietud invade su corazón. Lo que hacen, lo hacen por amor y no por violencia. Observan con la mayor escrupulosidad todos los mandamientos, todas las costumbres, pero no se aferran á ellos, ni se muestran inquietos cuando no pueden observarlos. Están siempre dispuestos á renunciar á todo menos á Dios. Por amor de Dios, ó con miras á la mayor perfección, están dispuestos á hacer todo lo que no perjudica á Dios ni á la salvación de su alma.

He aquí la verdadera libertad del espíritu, consecuencia y nota característica segurísima de la verdadera unión con Dios.

Hanla encontrado los santos entregándose completamente á Dios. Pero, con ella, han encontrado igualmente

la santa resignación del corazón y la paz del alma. Porque el Espíritu Santo, por quien se dejan guiar como verdaderos hijos de Dios, les testimonia que los considera así, al darles por recompensa ese espíritu de la infancia que les priva de todo temor, de toda inquietud y de toda servidumbre. (1)

«Así encuentra la paz el alma. Sólo vive en ella la voluntad de Dios. Ella se entrega á Él, Él se entrega á ella, y entonces todos los bajos deseos se callan». (2)

10. En las cosas de Dios, el comienzo es difícil, pero fácil su final.—Por desgracia—dicen gimiendo muchas almas nobles—he aquí un fin muy elevado, magnífico, pero ¿quién lo alcanzará?

El que se ponga con seriedad al trabajo y continúe con constancia, no obstante las dificultades que encuentra al paso.

Lo que fatiga al hombre y lo aplasta, no es la empresa que Dios le ha impuesto, sino su propio peso. Mientras no se da á Dios, parécele que va á sucumbir.

Esto es lo que ocurrió á Dante cuando entró en la vía de la purificación.

«Estaba yo abrumado de fatiga—dice. ¡Oh Padre querido—exclamé—vuélvete, y mira que voy á quedar solo, si no te detienes un instante»! (3)

Ahora bien, ¿cuál era la causa de su debilidad? Él mismo, y no la dificultad del camino. Felizmente, su guía no le dijo que se entregase al reposo. Y entonces, ¡cuán rápidamente cambió todo!

«Al franquear aquellas sagradas escaleras, me pareció que subía con más ligereza que no había caminado antes por el terreno llano». (4)

La violencia externa era ya inútil. Lo que había hecho antes, porque estaba obligado á hacerlo, lo hizo muy pronto por propia voluntad:

(1) Rom., VIII, 14-16.
(2) Mechtild von Magdeburg, I, 44 (lat. 4, 6).
(3) Dante, *Purgat.*, IV, 43 y sig.—(4) *Hid.*, XII, 115 y sig.

«El ansia de llegar muy pronto arriba producía siempre nueva ansia; así me parecía que, á cada paso, la fuerza cobraba nuevo impulso». (1)

Por fin su guía pudo permitirle marchar solo:

«Hasta ahora he tenido el trabajo de guiarte; ahora guíate tú mismo. No tienes que atravesar más escollos». (2)

¡Atrás, pues, todo temor!

Las obras del mundo empiezan con alegría y acaban con tristeza. Los caminos de Dios son rudos al principio, pero á cada paso que se da en ellos son más agradables.

Así, pues, empecemos con seriedad, marchemos valerosamente y pronto diremos llenos de júbilo:

«¡Oh almas que miráis de lejos con envidia las cumbres de la perfección, poneos seriamente en marcha para alcanzarlas. No obstante los obstáculos que encontréis, continuad vuestro camino con valor y perseverancia, y muy pronto repetiréis con júbilo estas palabras del poeta: «¡Ah qué enigma he resuelto hoy! Paréceme que voy á morir de júbilo. ¡Ah si tú también pudieses comprenderlo! Pero jamás lo harás con tu inteligencia. Preciso es dejar obrar á tu corazón».

(1) Dante, *Ibid.*, 17, 121 y sig.
(2) *Ibid.*, 17, 130 y sig.

¿Es necesario, pues, que el hombre se mueva siempre de un extremo á otro? ¿No puede hallar un justo medio racional entre el libertinismo y el farisaísmo, entre el menosprecio de la ley y la esclavitud de la ley, entre el desorden y la pedantería?

Evidentemente, puede hacerlo. Y aun puede hallar un medio sublime y santo. Tal es la libertad del espíritu. No la libertad por la ley, sino la libertad en la ley, por encima de la ley.

¿No ha dicho el Salvador que si nuestra justicia no superaba á la de los escribas y fariseos, no entraríamos en el reino de Dios? (1)

Ahora bien, los santos y los perfectos han realizado estas palabras, indicándonos admirablemente con este principio: «Solo Dios», la manera como debemos realizarlas también nosotros.

En esta cuestión, han encontrado también el punto exacto con esta fórmula: «Nada reemplaza á Dios». Los dones de Dios no son Dios mismo. El camino no es el término. Todo lo justo es bueno. Pero sólo Dios es lo que hay de mejor. Muchas cosas conducen á la perfección, pe- Dios solo es la perfección.

La vida de ellos es fiel á este principio. No hay pedantes entre ellos, no hay personas esclavas de sus hábitos, no hay espíritus ni corazones estrechos.

Siempre están dispuestos á renunciar á sus más legítimas inclinaciones, á sus más caros trabajos, aun á aquello á lo cual se aferra más el hombre: á la esperanza de cosechar lo que ha sembrado. Nadie se adhiere menos que ellos á su opinión personal, nadie es más fácil de instruir, no conocen más que un modo de juzgar: juzgar como Dios. Sólo hay una cosa á la cual no quieren renunciar: agradar á Dios.

Obran sin esa inquietud y esa precipitación que tanto perjudica á nuestros trabajos y á nuestras oraciones, y que con frecuencia perturban más nuestra alma que las

(1) Matth., V, 20.

faltas más graves. Pueden pasar sin dificultad de la oración al trabajo, y, lo que es menos cómodo, del trabajo á la oración, porque, no obstante la aplicación que en él ponen, no se adhieren á él. Siempre y en todas partes muestran humor igual, en la alegría como en la tristeza, en los éxitos como en los reveses, en las alabanzas como en las maledicencias y calumnias. Y aun cuando hayan cometido faltas, y sufrido la merecida vergüenza, no sucumben al desaliento. Se sacrifican y sufren voluntariamente que otros cosechen lo que han sembrado. No se ven en ellos esas postraciones morales que denotan intenso agotamiento, por más que no finjan tampoco una insensibilidad estoica. Nunca es exagerada su alegría. Aman á los suyos, pero ponen por encima de todo á Dios y sus deberes. Son buenos con toda persona honrada y virtuosa; pero prefieren á todo la verdad y la justicia. Toda patria es para ellos un país extraño, y todo país extraño una patria. Puede empleárseles en todo; puede confiárseles todo, todo puede esperarse de ellos. Les es tan extraña la lisonja como la intriga y los caminos tortuosos. Censuran sin temor y sin amargura, y dicen la verdad sin consideración á nadie y sin animosidad. No piden nada, ni nada rehusan; no corrompen un júbilo legítimo; muéstranse tristes con los tristes, alegres con los alegres, y jamás la inquietud invade su corazón. Lo que hacen, lo hacen por amor y no por violencia. Observan con la mayor escrupulosidad todos los mandamientos, todas las costumbres, pero no se aferran á ellos, ni se muestran inquietos cuando no pueden observarlos. Están siempre dispuestos á renunciar á todo menos á Dios. Por amor de Dios, ó con miras á la mayor perfección, están dispuestos á hacer todo lo que no perjudica á Dios ni á la salvación de su alma.

He aquí la verdadera libertad del espíritu, consecuencia y nota característica segurísima de la verdadera unión con Dios.

Hanla encontrado los santos entregándose completamente á Dios. Pero, con ella, han encontrado igualmente

la santa resignación del corazón y la paz del alma. Porque el Espíritu Santo, por quien se dejan guiar como verdaderos hijos de Dios, les testimonia que los considera así, al darles por recompensa ese espíritu de la infancia que les priva de todo temor, de toda inquietud y de toda servidumbre. (1)

«Así encuentra la paz el alma. Sólo vive en ella la voluntad de Dios. Ella se entrega á Él, Él se entrega á ella, y entonces todos los bajos deseos se callan». (2)

10. En las cosas de Dios, el comienzo es difícil, pero fácil su final.—Por desgracia—dicen gimiendo muchas almas nobles—he aquí un fin muy elevado, magnífico, pero ¿quién lo alcanzará?

El que se ponga con seriedad al trabajo y continúe con constancia, no obstante las dificultades que encuentra al paso.

Lo que fatiga al hombre y lo aplasta, no es la empresa que Dios le ha impuesto, sino su propio peso. Mientras no se da á Dios, parécele que va á sucumbir.

Esto es lo que ocurrió á Dante cuando entró en la vía de la purificación.

«Estaba yo abrumado de fatiga—dice. ¡Oh Padre querido—exclamé—vuélvete, y mira que voy á quedar solo, si no te detienes un instante»! (3)

Ahora bien, ¿cuál era la causa de su debilidad? Él mismo, y no la dificultad del camino. Felizmente, su guía no le dijo que se entregase al reposo. Y entonces, ¡cuán rápidamente cambió todo!

«Al franquear aquellas sagradas escaleras, me pareció que subía con más ligereza que no había caminado antes por el terreno llano». (4)

La violencia externa era ya inútil. Lo que había hecho antes, porque estaba obligado á hacerlo, lo hizo muy pronto por propia voluntad:

(1) Rom., VIII, 14-16.
(2) Mechtild von Magdeburg, I, 44 (lat. 4, 6).
(3) Dante, *Purgat.*, IV, 43 y sig.—(4) *Hid.*, XII, 115 y sig.

«El ansia de llegar muy pronto arriba producía siempre nueva ansia; así me parecía que, á cada paso, la fuerza cobraba nuevo impulso». (1)

Por fin su guía pudo permitirle marchar solo:

«Hasta ahora he tenido el trabajo de guiarte; ahora guíate tú mismo. No tienes que atravesar más escollos». (2)

¡Atrás, pues, todo temor!

Las obras del mundo empiezan con alegría y acaban con tristeza. Los caminos de Dios son rudos al principio, pero á cada paso que se da en ellos son más agradables.

Así, pues, empecemos con seriedad, marchemos valerosamente y pronto diremos llenos de júbilo:

«¡Oh almas que miráis de lejos con envidia las cumbres de la perfección, poneos seriamente en marcha para alcanzarlas. No obstante los obstáculos que encontréis, continuad vuestro camino con valor y perseverancia, y muy pronto repetiréis con júbilo estas palabras del poeta: «¡Ah qué enigma he resuelto hoy! Paréceme que voy á morir de júbilo. ¡Ah si tú también pudieses comprenderlo! Pero jamás lo harás con tu inteligencia. Preciso es dejar obrar á tu corazón».

(1) Dante, *Ibid.*, 17, 121 y sig.
(2) *Ibid.*, 17, 130 y sig.

CONFERENCIA XX

EL HEROÍSMO CRISTIANO

1. El reproche de fanatismo.—Cuando el mundo se halla en presencia de un adversario con el cual no se atreve á medirse, ó que representa una causa inatacable, emplea una arma terrible de combate. Procura deshonrarlo por todos los medios posibles, de tal suerte, que quien se aprecia á sí mismo, aléjase de él con horror. Mátale de lejos con sus flechas invisibles, no físicamente, sino,—lo que, según el Apóstol, es todavía peor, [1]—espiritualmente, ó, como ordinariamente se dice, moralmente; y, por fin, se lo representa como no gozando de sus facultades, como un fanático, como un loco.

Para un hombre de honor, es este un martirio semejante al que los perseguidores de los cristianos hicieron sufrir á San Casiano, cuando ordenaron á sus discípulos que lo mataran con los estilos de que se servían para escribir, suplicio tanto más doloroso y lento cuanto que más débiles eran los verdugos.

Con profunda verdad dijo sobre esto el antiguo poeta: «¡Qué espectáculo! La piel del mártir se llena de millares de heridas. Verdad es que cada punzada es ligera, pero, en cuanto á su malicia, es hecha de mano maestra. Vemos que los niños sacian en él su odio y su venganza con refinamientos de crueldad. Porque cuanto más débil es el niño, más dolorosos son los tormentos que hace sufrir». [2]

Digamos para nuestro consuelo que el Salvador y sus

(1) I Cor., IX, 15.
(2) Aurel. Prud., *Peristeph.*, 9, 12 y sig., 42 y sig., 60 y sig., 68 y sig.

santos aceptaron también esta especie de aniquilamiento.

Llenos de confusión en presencia de la soberanía y majestad del Hijo de Dios encarnado, Herodes y sus cortesanos no supieron hacer otra cosa que mofarse de la Sabiduría Eterna. [1]

San Pablo debió igualmente experimentar que nadie se vanagloria impunemente de la locura de Jesucristo. [2] El mundo tomó esto á la letra, y le dijo. «Eres un loco, lo que no es extraño, porque estudias demasiado». [3]

Y nuestros Padres en la fe, esos héroes de la santidad, esos mártires de la verdad, recibieron del mundo, que no era digno de ellos, los mismos insultos.

El mundo es siempre el mismo. Cuando leemos las venenosas calumnias que circulaban en la época de las persecuciones, parécenos ya ver manos á la obra á esas bandadas de escritores famélicos que, en tiempos de José II, habían recibido de jefes secretos la misión de cubrir de lodo las instituciones de la Iglesia, y de hacerlas despreciables. Porque entonces, como en los tiempos más groseros del libre pensamiento, todo un diluvio de insultos inundaba ya á los confesores de la fe, al calificarlos de ignorantes, de enemigos de la luz, [4] de charlatanes insensatos, [5] de cabezas nebulosas, [6] de perturbadores, [7] cerebros rajados, [8] de locos, [9] de fanáticos, [10] sin hablar de calificativos todavía más vulgares é injuriosos.

¡Fanáticos y fanatismo! Tales son las palabras con que nuestra época resume, poco más ó menos, todo lo que los antiguos días se esforzaban en expresar con toda una serie de términos infamantes.

(1) Luc., XXIII, 11.
(2) I Cor., IV, 10.
(3) Act. Ap., XXVI, 24.
(4) Ori., *Cels.*, 1, 7. Minuc. Felix, *Octav.*, 8.
(5) Minuc. Felix, *Octav.*, 8.
(6) Tertullian., *Apolog.*, 4. Lactant., *Inst.*, 4, 13.
(7) Plinius, *Ep.* X, 97.
(8) Arnobius, 1, 28.
(9) Arnobius, 2, 34. Lactant., *Inst.*, 4, 13.
(10) Tacit., *Annal.*, 10, 44. Sueton., *Nero*, 16.

Cuando se trata de disparar, abierta ó secretamente, una flecha con la cual cree uno poder matar espiritualmente á la Iglesia católica, comiénzase siempre por sumergir la punta en este veneno. Espérase que ocurrirá con ella lo que con Filoctetes, el cual, lleno de disgusto á su vista, le abandonará el mundo á sí misma.

De lo contrario, se comprendería difícilmente la predilección con que se miran estas horribles palabras. La muerte sangrienta de los mártires, las luchas grandiosas de los Padres y Doctores por la integridad y pureza de la fe, la vida religiosa, el cuidado para asegurar la castidad del corazón, la pobreza voluntaria, la virginidad, el sacrificio por los enfermos, la vida continua de oración, todo esto es fanatismo.

En el Salvador era demencia; en los Apóstoles locura y escándalo; [1] en nosotros, fanatismo.

Muestra ello que se teme en la Iglesia católica el mismo poder que el del Maestro mismo: Ahora bien, su discípulo no debe desear ser tratado mejor que Él. [2]

2. La generosidad como virtud cristiana y como deber.—Sin embargo, no formulemos un juicio severo. Al perdonar en la cruz á sus verdugos porque no sabían lo que hacían, diónos Nuestro Redentor un gran ejemplo que debemos imitar.

No, el mundo no sabe lo que dice al condenar la vida perfecta como una extravagancia y una exageración insensata. Tampoco sabe por qué frente á cada sabio y á cada hombre importante, experimenta un temor secreto, y de buena gana se persignaría ante él como si hubiese hecho un pacto con el diablo. Tampoco sabe por qué considera como una locura que un profesor estudie siempre más, que tal poeta lime siempre sus versos y que tal artista mejore sin cesar sus obras maestras.

No conociendo nada más elevado que lo que se arrastra sobre la tierra, contento con tal que se realice bien ó mal

(1) I Cor., I, 23.
(2) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Ioan., XIII, 16; XV, 20.

lo indispensable, no puede familiarizarse con esa disposición de alma que encuentra únicamente su satisfacción en lo que es verdaderamente grande y sólido. Frente á todo lo sublime, experimenta una impresión desagradable, se siente sobrecogido de terror.

¿Cómo, pues, podrá apreciar á nuestros santos, por cuyas venas circula, como dijo el poeta, «la sangre generosa de los caballeros?» [1] ¿Cómo podría familiarizarse con la virtud cristiana, que rechaza como falta toda estrechez y toda mezquindad, [2] y exige de cada uno que por lo menos esté dispuesto á emprender todo lo que hay de más grande, y á soportar lo que el cumplimiento del deber y la perfección del corazón le imponen como más difícil? [3]

Predica ella á cada uno la necesidad de aspirar á la perfección del corazón. [4]

No es un vago sentimiento de honor lo que impone á todos los cristianos como deber, sino que es el honor en su forma más elevada, y la generosidad en cuanto forma parte esencial de una de las cuatro virtudes cardinales, la fortaleza. Tan importante la considera la teología, que la trata como virtud aparte, cuya práctica recomienda expresamente á todos los fieles. [5]

Bien comprendemos que es esto demasiado para el espíritu del mundo; pero no podemos por ello guardarle rencor. Nos contentamos con compadecerle sinceramente, si, en definitiva, dice que siente vértigos con sólo pensar en las alturas hacia las cuales emprendemos nuestro vuelo.

3. Noción de la virtud heroica.—Pero el que quiere subir á la montaña de Dios, no debe considerar como demasiado elevado lo que el hombre puede alcanzar; y tanto menos, cuanto que, con su gracia, le tiende Dios la mano

(1) Lohengrin, 2, 88, 5 (Junghans).
(2) Thomas, 2, 2, q. 133, 135.
(3) Thomas, 2, 2, q. 120.
(4) Psalm. LXIII, 8.
(5) Thomas, 2, 2, q. 129, a. 1, 2, 3, 4; Antonin., IV, tr. 3, c. 5; Vignerius, *Instit.*, 6, § 3.

desde lo alto del cielo, para elevarle hasta Él, haciéndole pasar por sobre todas las dificultades.

De aquí que no deba revelarse, si se ve sometido á exigencias que le imponen esfuerzos personales heroicos ó penosos actos de abnegación.

Semejantes cosas no se producen de un solo golpe, como un relámpago que hiende la nube. No hay que creer que Dios exige de sus santos sus más grandes acciones y sacrificios sin previa preparación.

Por otra parte, tampoco produce Dios sus más grandes milagros de la gracia á modo de una tempestad que quebranta las rocas y hunde las montañas. (1) Como la tibia brisa de la primavera, penetra Él dulce y lentamente en el alma, sin hacerle violencia. Si responde jovialmente á su acción, crecerá, bajo la influencia de nuevas gracias, más y más en fortaleza, en valor y en generosidad, y, finalmente, considerará como completamente naturales las cosas más extraordinarias. (2)

Las mayores acciones de los santos no son más que el resultado final del aumento constante de la armonía entre la gracia y la fidelidad humana.

Tal es la definición de la virtud heroica. (3)

El que por ella comprendiese un súbito desbordamiento, sumergiendo la inteligencia y arrastrando la voluntad á actos incomprensibles, tendría razón para hablar aquí de fanatismo. Pero semejantes erupciones ni siquiera son prácticas virtuosas, porque la virtud no existe jamás sin la razón y sin una voluntad consciente; con mayor razón, pues, no son virtudes heroicas.

La virtud heroica en nada difiere de la virtud ordinaria en cuanto á la especie. (4) No es más que la virtud ofrecida á cada cristiano por la ley de Dios, pero practicada en el grado más perfecto. (5) Para que uno pueda decir de

(1) III Reg., XIX, 11, 12.
(2) Ludov. a Ponte, *Marina de Escobar*, 1, 23, 1, 2.
(3) Philipp. a S. Trinit., *Theol. myst.*, III, tr. 2.
(4) Benedict. XIV, *Canonis.* 3, 22, 2; Schram, § 115, II.
(5) Thomas, 3, q. 7, a. 2, ad 2. Rossignol., *Perf.*, 3, 2.

alguien que posee la virtud en grado heroico,—y la Iglesia, como es sabido, exige este testimonio de todos los que juzga dignos de ser colocados sobre los altares—tres cosas son necesarias.

Primeramente, no basta que se haya distinguido en una virtud aislada. La antigüedad, como hemos visto, se contentaba con esto. (1) Y todavía hoy, coloca el Humanismo sobre la cabeza de su héroe una aureola de santidad fácilmente adquirida, cuando realiza una acción brillante. Pero, según la doctrina cristiana, no hay virtud aislada. Todas las virtudes están íntimamente enlazadas entre sí; (2) allí donde no hay más que una, es mentirosa é imperfecta. (3)

De aquí que, entre nosotros, sólo puede llamarse un héroe de virtud el que posee todas las virtudes cristianas propiamente dichas, la fe, la esperanza y sobre todo la caridad; el que posee igualmente, entre las virtudes humanas, por lo menos las que su profesión y sus obligaciones exigen de él; y el que, en el curso de su vida, ha tenido ocasión de practicarlas en grado eminente. (4)

En segundo lugar, tal ó cual acción extraordinaria. Preciso es, además, dar prueba de fidelidad completa á todas sus obligaciones grandes ó pequeñas. (5)

Sólo en razón de estos esfuerzos generosos para llegar á la perfección, tienen importancia ciertas obras notables aisladas.

Si, en tercer lugar, en un momento dado, puede uno comprobar, sobre la base formada por pequeñas virtudes y el cumplimiento de deberes ordinarios, algunas acciones extraordinarias, que supongan gran esfuerzo, ó una abnegación personal considerable, estaremos en presencia de lo que llamamos vida heroica y virtud heroica. (6)

(1) V. Vol. II, Conf. XVI, 5.
(2) Augustin., *Trin.*, 6, 4, 6. Thomas, 1, 2, q. 65.
(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 22, 2. Thom., 1, 2, q. 65, a. 1, ad 1.
(4) Benedict. XIV, *Canonis.*, 3, 21, 15.
(5) *Ibid.*, 3, 21, 11.
(6) *Ibid.*, 3, 21, 10; 22, 3. Anton. á Spir. Sancto, *Director Myst.*, tr. 4, d. 3.

4. El orden del justo medio en los dominios de lo sobrenatural.—Ahora bien, precisamente exigencias tan sanas y reflexivas como éstas son las que nos permiten aquí, en que hablamos de la práctica más elevada de las virtudes cristianas, atribuir igualmente al Cristianismo, en el dominio sobrenatural, el mismo título de honor que le hemos reconocido en el terreno de la moral natural, á saber, el orden de la justa medida.

Mientras que las religiones de los antiguos pueblos clásicos—la de los griegos por lo menos—se deshonraron con frecuencia con los desórdenes más insensatos; mientras que las religiones de Oriente, en particular el mahometismo, el budismo y brahamanismo, han degenerado en un fanatismo tal, que nos autorizan á creer que han sufrido influencias diabólicas; mientras que el espíritu sectario brotado del protestantismo, á saber, el metodismo, el cuakerismo, el shakerismo, hasta el ejército de salvación, rivalizan con las orgías dionisiacas y los cortejos de derviches danzadores para remedar todo lo que es verdaderamente religioso, el observador algo perspicaz que se acerca á nuestros santos dominado por los mayores prejuicios, quédase asombrado del candor y de la sencillez infantil que conservan en medio de sus obras de penitencia y de caridad.

¿Quién podría esperar jamás que uno de esos indos, corroidos por la miseria, con uñas y cabellos desmesuradamente largos, y á quien el pueblo venera como á un semidiós, descendiese del árbol en que permanece durante años? Pues bien, San Simeón Estilita alzó el pie para abandonar su columna, antes de que la orden que debía poner á prueba su obediencia fuese completamente terminada. (1)

El fariseo hace anunciar por las calles, á son de trompeta, que ayuna y da limosna. (2) El discípulo de Jesucristo no permite que su mano derecha sepa lo que hace la izquierda, y se perfuma para que nadie sepa que ayuna. (3)

(1) Evagrius, *Hist. eccl.*, 1, 13 (Migne, 86. 2456, a).
(2) Matth., VI, 2.
(3) Matth., VI, 3, 17.

El estoico cree perjudicar á su virtud y á su sabiduría, si desciende hasta los pecadores y descarriados, hasta los desgraciados, ó, como dice en su orgullo, hasta los insensatos. Según él, el sabio no perdona á nadie una falta (1) ni tiene piedad de nadie; la piedad es una enfermedad intelectual, un vicio del alma. (2) Nuestros santos, por lo contrario, se agotan en el servicio de los pobres, de los enfermos, de los moribundos, de los pecadores, de los escépticos, de las víctimas del vicio. Y lejos de encontrarse abrumados, exclaman con Santa Catalina de Sena: «¡Ah, Señor! ¿Cómo podría yo descansar, mientras una sola alma creada á tu imagen esté expuesta á perderse? ¿No valdría más que todos los hombres se salvasen, y que yo sola me condenase, á condición, no obstante, de amaros?» (3)

Una piedad falsa quiere obtenerlo todo de repente, como el insensato sin experiencia, el cual, en un día, llega á caballo más lejos que un hombre prudente en dos, y que hace correr á su pobre bestia hasta que se rinde, porque no sabe dirigirla. (4)

La verdadera perfección marcha con paso sólido y reposado, sin esfuerzos violentos y sin medios artificiales, porque tiene confianza en la verdad de las palabras en que se encuentra oculto el secreto de sus éxitos: «Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas». (5)

5. Exageraciones incompatibles con la perfección. —Para hablar sin rodeos, la exaltación y el fanatismo no pueden conciliarse con la verdadera perfección. Toda exageración, es en detrimento de la verdadera virtud.

No decimos que un ligero exceso en la mortificación ó en las prácticas de penitencia destruya toda santidad; pero sí afirmamos con seguridad que si un santo hubiese lle-

(1) Stobæus, *Sermo*, 44 (Anreliæ Allob., 1609, I, 311, 9).
(2) Séneca, *Clement.*, 2, 5, 6; *Ira*, 2, 17. Cicero, *Tuscul.*, 3, 9, 10; 4, 8, 20, 26.
(3) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, *Prolog.*, 15.
(4) *Parzifal*, 161, 17 y sig. (Bartsch, 3, 1363 y sig.); Cf. Thomasin, 9967 y sig.
(5) Luc., XXI, 19.

vado la práctica de la virtud á un grado irracional, y si hubiese violado únicamente, en diferentes repeticiones, la modestia, la prudencia, la templanza, ciertamente la Iglesia no lo hubiera juzgado digno de ser canonizado.

Por otra parte, ningún peligro amenaza tanto á los santos como el de la exageración. Quien conozca el camino de la perfección, debe decir que Dios, en su sabiduría, casi lo ha hecho inaccesible á este enemigo.

Desde luego, lo ha colocado, desde el principio hasta el fin, bajo la vigilancia de la obediencia. El que se sustrae á la ley de la obediencia, renuncia en el acto á la posibilidad de llegar al fin de la perfección.

Ahora bien, vemos aquí la gran seguridad que ofrece esta ley tan desdeñada.

Puede ocurrir que una dirección espiritual inepta, se convierta en obstáculo para el celo. Y, de hecho, paraliza con frecuencia el entusiasmo. ¿Qué es lo que no han tenido que sufrir los santos de parte de superiores limitados y violentos, de directores tercos ó tímidos? Á pesar de ello, las ventajas que han obtenido de estos tratamientos han superado de mucho al perjuicio sufrido. Su fortaleza se hizo más resistente, su valor más viril, su virtud más sólida y, ante todo, ganaron lo siguiente, á saber, que nadie puede reprocharles de haberse complacido en las exageraciones.

En segundo lugar, toma Dios por sí mismo las medidas necesarias para hacerles perder la afición á los excesos, si alguna vez pudieran abrigarla.

Un niño que da sus primeros pasos, y que siente bullir en él sus primeras fuerzas, experimenta el deseo de jugar y de saltar. Dejámosle obrar, porque más tarde, bajo el peso de la vida, no tardarán en moderarse sus arranques. Así, el principiante en la vida espiritual siente á veces la tentación de entregarse á pequeños excesos. Pero ¿quién se atrevería á exagerar esto? Dejemos, pues, á los niños esa petulancia que les es propia. Por desgracia, será de corta duración. Dios no es uno de esos educadores que corrompen á sus discípulos con golosinas, ó que quiere hacerlos sabios con juegos. Cuanto más decidido designio tiene de hacerlos subir muy alto en la perfección, más á prueba pone su seriedad, más severamente castiga sus pequeñas infidelidades, más inexorablemente los purifica de sus imperfecciones en el horno de la adversidad.

Asombrados nos quedamos á la sola lectura del modo como Dios hace pasar á sus elegidos por el fuego y el martillo de la purificación pasiva, para separar por completo el oro puro del mineral que lo envuelve.

La bienaventurada Angela de Foligno dice que Dios la trató como si se hubiese suspendido á alguien sobre un gran fuego, con los brazos atados á la espalda. [1] Santa Rosa de Lima declara que, en su tiempo de prueba, no sabía si estaba en el infierno ó en el purgatorio. [2] Y este estado duró en ella durante quince años. [3] En Santa María Francisca duró más del doble, treinta y seis años. [4] El que fuere capaz de creer que, en semejante escuela, no han perdido los santos toda inclinación al fanatismo y á los excesos, no se ganará ciertamente un certificado de inteligencia.

6. Las acciones más heroicas como práctica del simple cumplimiento del deber.—Pero desde el momento en que han puesto el pie en el camino de la perfección, jamás se han propuesto los santos realizar los sueños de una imaginación exaltada. Tampoco han sido jamás víctimas involuntarias de sentimientos involuntarios ó de una fuerza interior indomable.

Nos figuramos esto, únicamente para tener un falso pretexto que invocar contra su generosidad, y para poder justificar nuestra cobardía considerándola como moderación reflexiva.

Pero nos engañamos. No son ellos los que han hecho

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 2, 36 (Boll. 4 Jan.).
(2) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 2, 165 (Boll. 30 Aug.).
(3) *Ibid.*, 2, 168.
(4) Richard, *Marie-Françoise des cinq plaies*, 298.

demasiado, sino que somos nosotros los que hemos hecho poco. Si esto nos parece una exageración, no es culpa suya, sino nuestra.

Así es como, en días de virilidad mayor que en nuestra época, dijo de San Bernardo un poeta:

«En nuestros días de tibieza casi nadie quiere creer en la elevación y en la dificultad de las vías por las cuales ha marchado, no obstante su débil salud. Porque hace ya mucho tiempo que desgraciadamente ha cegado el pecado el océano profundo de la gracia. De tal modo hemos degenerado desde el punto de vista de la virtud, que rehusamos admitir lo que Dios hizo antiguamente en nuestros padres». (1)

Dios sólo es el que impulsa á sus elegidos á las grandes cosas. La debilidad humana, de la que no están exentos los santos, se sustraía de buen grado á su acción, porque sabe demasiado bien, y los demás se lo hacen sentir igualmente demasiado bien, qué carga tan pesada es una misión de confianza dada por Dios.

Jonás huyó y llegó hasta las puertas del sepulcro antes de someterse á lo que otros han interpretado en él como presunción. Jeremías dice: «No nombraré más al Señor, y no hablaré más en su nombre. Pero luego sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecí, no teniendo fuerzas para aguantarlo». (2)

Santa Coleta rehusó tanto tiempo aceptar la misión de reformar su Orden, que Dios, para castigarla, la hizo sorda y muda. (3) Y el Espíritu Santo declaró con frecuencia á Angela de Foligno que los que experimentan en su conciencia un impulso hacia una perfección más elevada, y no responden á ella, incurren en la maldición de Dios Todopoderoso. Sólo cuando vió la posibilidad de que alguien recibiese de Dios luces extraordinarias y gracias particulares, y, no obstante esto, fuese rechazado más tarde por Él, cedió ella á su impulso interno. (1)

(1) *Passional*, (Köpke) 401, 6 y sig.
(2) Jerem., XX, 9.
(3) Stephan. Juliac., *Vita S. Colectæ*, 5, 31; cfr. 12, 112.

Vese, pues, qué injusticia se hace á los santos, y cuán poco se comprende á los que aspiran á cosas más elevadas y se distinguen de la muchedumbre.

Insúltaseles cuando se dice de ellos que son inteligencias trastornadas, descontentos, perturbadores. Atribúyese esta conducta á su orgullo, y se la interpreta como desprecio del prójimo. Cuando se les ve caminar solitarios por senderos extraviados, se duda de sus virtudes y de su inteligencia. Experimentan ellos mismos angustias mortales en esa lucha terrible entre su repugnancia y el cuidado de la salvación de su alma; entre los que le rodean, que creen hacer á Dios un servicio señalado, si logran reducirlas á la inactividad, y Dios, que los impulsa, les amenaza, y los castiga si no progresan.

Unicamente la conciencia es su consuelo en esta triste situación. Sin ella, se verían perdidos. Obedecen á su voz, y siguen, por el mismo hecho, el llamamiento de ella á las cosas extraordinarias. Pero Dios sabe al precio de qué luchas y de qué esfuerzos sobre ellos mismos logran esto.

«¡Oh Señor!, tu me deslumbrastes al encargarme este penoso ministerio; yo quedé deslumbrado; yo ya me resistía, pero tu fuistes más fuerte que yo, y te saliste con la tuya; yo soy todo el día objeto de irrisión, todos hacen mofa de mí». (2)

Todos los que se encuentran en la misma situación, están obligados á exclamar: «Dios de mi corazón: testigo sois de que lo que hago no es ni orgullosa temeridad, ni locura, sino que procuro cumplir fidelísimamente mi deber de conciencia, y practicar la más amarga abnegación. Vos me impulsáis hacia adelante, yo obedezco. Pero bien sabéis cuántas luchas me cuesta mi fidelidad. Juzgad Vos si esto es demencia ó heroísmo. Pronuncio estas palabras sin temor, porque si es heroísmo, á Vos es debido todo el

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 10, 142.
(2) Jerem., XX, 7.

mérito. El temor de ofenderos es lo que me impulsa á esta lucha, y la fe en Vos es lo que me sostiene en ella. Porque solamente ahora, en este océano de contradicciones en que estoy sumergido, comprendo la verdad de estas palabras: «Ningún corazón, por orgulloso que sea, puede decir que jamás tiene miedo, si no le sostiene la fe de que Dios protege á los que por Él combaten». [1]

7. Las dos especies de heroísmo.—¡Fidelidad á Dios! Esta frase es la clave que explica las acciones heroicas de los santos, aun esas acciones completamente extraordinarias de las que se ha dicho «que era preciso contentarse con admirarlas y no imitarlas». [2]

Así es como se escribió de Santa Teresa que sólo tenía dos móviles para todas sus acciones extraordinarias: el temor del pecado y el honor de Dios. [3] Sólo de esto sacaba ella su generosidad, su energía y su valor inquebrantable.

No era ciertamente la ceguedad, el fanatismo, ni el amor á lo extraordinario lo que le hacía marchar hacia adelante. Nadie ha amado tanto como ella la vida oculta; nadie ha podido ser más pequeño á sus propios ojos, nadie se ha considerado más indigno, ni más incapaz de todo. Pero ella no pensaba en sí misma; sólo Dios constituía el objeto de sus preocupaciones. De aquí su fuerza de carácter que la hizo superior á millares de hombres. [4]

Sin embargo, no sólo hay en la vida de los Santos cosas que provocan nuestro asombro; también hay en ellas muchas que podemos apropiarnos. En nuestra propia vida, hay grandes acciones que no tenemos necesidad de procurárnoslas, sino que por sí mismas se producen en nosotros. En otros términos, no sólo hay un heroísmo extraordinario, que, por respeto y timidez, debemos reservar á los Santos, sino que hay también un heroísmo ordinario, sin

(1) Camoens, *Lusiad.*, III, 109.
(2) Bernard., *In nat. S. Victor.*, 1, 2; *In f. S. Mart.*, 12.
(3) Ribera, *Vita S. Theresæ*, 4, 8, 143, 144 (Bolland. Oct. VII, 684).
(4) *Ibid.*, 4, 8, 148 y sig.

el cual no podemos, en ningún caso, alcanzar nuestra perfección. Sin embargo, desgraciadamente, este último es el más difícil de practicar.

Nos referimos, no á ese heroísmo que consiste en las grandes acciones, sino aquel que consiste en padecer y sufrir. Sin él, ningun santo ha llegado á la perfección. Imposible es vivir aquí bajo por modo soportable, y, con mayor razón, hacer perfecta nuestra vida si no practicamos este heroísmo, por lo menos en cierta medida.

Así, vemos que, en la mística, no hay nada ante lo cual deba retroceder un hombre, sino que cada cual obra bien asistiendo á la escuela de los santos, si quiere saber hasta dónde debe llegar para permanecer fiel á Dios y á su conciencia.

8. El mayor heroísmo es el heroísmo en el sufrimiento; siete especies de heroísmo de este género.—Cuando decimos que la constancia en los sufrimientos es el más elevado y sublime heroísmo, evidentemente no hablamos en el sentido del mundo. Ya hemos visto de cuán distinta manera juzga el mundo. [1] No es, pues, necesario entrar aquí en detalles, tanto más cuanto que nos convencimos entonces de que ignoraba completamente el secreto de la verdadera fuerza.

Cuando el mundo habla de valor, piensa en el ataque, no en la defensa. Ahora bien, soportar valerosamente un choque, es mucho más difícil que atacar con violencia. [2]

Los más grandes é ilustres héroes del mundo nos ofrecen de ello multitud de pruebas. Objeto de merecida admiración por su fuerza en el ataque, ó mejor, para hablar con San Agustín, por su dureza, [3] son ordinariamente de una debilidad desdichada desde que las cosas no les salen á medida de sus deseos, ó desde que la desgracia y los sufrimientos se abaten sobre ellos. Á veces resisten aún á

(1) V. Vol. II, Conf. XVI.
(2) Prov., XVI, 32. Aristot., *Eth.*, 3, 6 (9), 6; 9 (12), 2. Thomas, 2, 2, q. 123, a. 3, 6. Antonin., IV, t. 3, c. 2, § 1.
(3) Augustin., *Ps.* 103, 4, 14.

pruebas exteriores, á enfermedades y á pérdidas, pero, de ordinario, sólo es por orgullo. Si la espada de las aflicciones interiores, de la vergüenza, de las decepciones, traspasa su alma, se rinden despiadadamente.

Y, cosa curiosa, allí donde acaba el heroísmo del mundo, no hace más que empezar el del cristiano. Todavía tenemos aquí un campo de acción que la moral puramente humana ni siquiera trata de disputarnos, sino que depone las armas sin haber combatido. Apenas si se atreve á recomendar una sangre fría estoica en los sufrimientos exteriores. En cuanto á ir más allá, ni soñarlo.

Pero, además de la paciencia en el dolor físico, seis empresas más nos esperan en este terreno; y sólo cuando alguien las ha realizado convenientemente, merece ser llamado héroe perfecto.

Desde luego, los que aspiran á la perfección deben estar seguros de que no les faltarán enemigos encarnizados. [1] Esto es necesario. Forzosamente tendrán que sufrir el choque del mundo, y el que lo tema, no sólo no llegará á la cumbre de la montaña de Dios, sino que ni siquiera alcanzará las primeras pendientes. «Si fuerais del mundo,—dice el Maestro—el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece». [2]

Esta persecución por parte de los malos no se da ciertamente sin procurar algunos consuelos sobrenaturales á los discípulos del Salvador, pues ven por ello que se asemejan á su Maestro, y se encuentran en el buen camino.

No obstante, no hay que creer que no sientan la amargura de esta prueba. También ellos son hombres, y sienten humanamente. De aquí que no sea una contradicción que el Espíritu Santo, que mora en ellos, los llene, por una parte, del don de su fortaleza, sin el cual, no podrían soportar estas pruebas, y, de otra, los abandone á toda la debilidad de su naturaleza humana.

(1) Eccl., II, 1. II Tim., III, 12.
(2) Ioan., XV, 19.

Sin duda que Jeremías y Ezequiel se alzaban como muros de bronce y columnas de diamantes [1] frente al pueblo judío, que huía de ellos como de profetas de desgracia, de abusos y de engaños, que era preciso precaverse de ellos como perjudiciales; pero esto no les impedía experimentar con amargura el gran tormento que es para un hombre verse despreciado como un ser limitado, como un perturbador.

¿Cuántos hay en el mundo que tengan este valor? ¿Quién es el que, colocado en semejante situación, no ve el terrible peligro que el respeto humano oculta en él? ¿Quién dudará de que es preciso sostener una lucha formidable para no ser infiel á su convicción y á su conciencia? «¡Ay Madre mía,—exclama el profeta—cuán infeliz soy yo! ¿Porqué me diste á luz para ser, como soy, un hombre de contradicción, un hombre de discordia en toda esta tierra? Yo no he dado dinero á interés, ni nadie me lo ha dado á mí, y, no obstante, todos me maldicen!» [2]

Persistir con constancia en estos trances, he aquí lo que se llama practicar el heroísmo.

Pero lo que todavía es cien veces más penoso, es que sean los parientes los que tengan falsa opinión de nosotros, los que nos desconozcan, cuando nos hacemos sospechosos á personas, cuyo juicio tenemos en mucho, á personas que, desde su punto de vista, abrigan ciertamente invenciones rectas y honradas.

Sin duda alguna que es esta una de las pruebas más dolorosas que puede sufrir el alma. [3] Se necesita para soportarla extrordinaria delicadeza de conciencia. Precisamente en ello hay que buscar la causa por la cual Dios sumerge á casi todos sus elegidos en este mar de aflicciones. Quiere enseñarles á que se desprendan de toda consideración humana, aun de las consideraciones más legíti-

(1) Jerem., I, 18. Ezech., III, 9.
(2) Jerem., XV, 10.
(3) Harphius, *Theol. myst.*, 2, 1, c. 11; Schram, *Myst.*, § 193; Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, n.º 27, 140; Philip. a S. Trinit., *Myst.*, I, tr. 3, d. 2, a. 3.

mas, y á que no se propongan otra cosa que su conciencia como regla de conducta, y á Dios como testigo interior de sus actos. [1]

Así ocurrió con Santa Catalina de Sena. Por especial disposición de Dios, entre todas las personas que amaba, no hubo una que no la molestase. Pena era esta que sentía ella con más viveza que todas las demás; pero precisamente fué esta prueba la que la convirtió en aquella columna inquebrantable que tan sólidamente parecía cimentarse en el amor del Espíritu Santo. [2]

Lo mismo puede decirse de casi todos los santos. Para purificar sus intenciones y hacerlos lo más perfectos posible, para templar su carácter, permitió Dios que las personas de bien interpretasen sus esfuerzos para llegar á la perfección como una manía de innovación y una tendencia revolucionaria, su sinceridad en descubrir los males que conocían, como falta de caridad, como una traición, y su celo por la pureza é integridad de la doctrina, como una herejía. Tanto como de ellos se tenía necesidad, preciso era que se prestasen á todas sus exigencias; pero desde el momento en que podían prescindir de sus servicios, se los relegaba á la oscuridad, sin darles ni siquiera las gracias. Allí donde voluntariamente se convertían en anatemas con el Apóstol, [3] preciso era que se aprestasen, como éste, á oirse llamar peste y perturbadores. [4] Si triunfaban en cualquier empresa, eran tratados de ambiciosos; si fracasaban, veíase inmediatamente en ello un castigo de Dios.

Cuando tales apreciaciones provienen de personas que uno sabe que aman el bien, son doblemente penosas. Pero esto tritura el amor propio, el respeto humano y todas nuestras mezquinas consideraciones, como en un mortero. Ayuda ello á practicar la humildad, y contribuye á exter-

(1) *Imit. Christi*, I, 12, 1.
(2) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 3, 7, 416 (Boll.).
(3) Rom., IX, 3.
(4) Act. Apost., XXIV, 5.

minar esa desdichada inclinación que nunca puede uno desarraigar por completo, y que consiste en buscarse á sí mismo, ó buscar algo que no es Dios, y únicamente Dios. [1]

Lo que, en tercer lugar, hace todavía más dolorosa esta purificación, es cuando Dios permite que sus siervos, que en todas partes son observados, muestren alguna imperfección, cometan imprudencias y faltas, enuncien ciertos errores, ó, por lo menos, descubran su aspecto flaco y se dejen arrastrar á veces á ciertos actos ocasionados á confirmar á sus adversarios en el juicio que de ellos tienen, y á engañar á los pocos partidarios que lo sostienen todavía. [2]

Tres clases de almas experimentan más dolorosamente esto: los espíritus orgullosos, los caracteres rígidos y enteros, los corazones delicados. [3] Pero semejantes pruebas les son muy saludables, y aun necesarias, por cuanto la humildad, base fundamental de toda virtud, debe convertirse en esa roca inquebrantable en la cual pueda Dios levantar su edificio.

Pero todo esto es aun relativamente poco en comparación de las tres tempestades que descargan con frecuencia sobre el alma cuando toca en la cumbre de la virtud, y que ordinariamente la asaltan á la vez.

Cuanto más asciende uno á las montañas, más puro y vivo es el aire, más fresco, y mayor la fatiga.

Hasta aquí, el pobre viajero ha podido creer que estaba seguro de sí mismo. Pero he aquí que en el momento preciso en que estaba á punto de arrancar las raíces más fuertes del mal, se desencadena una tempestad terrible, mayor que las que hasta entonces había hecho nacer el pecado. No parece sino que el mal se haya despertado con una acuidad diez veces mayor que otras veces, que se haya aniquilado todo el bien que el viajero poseía, que han desaparecido todos sus buenos deseos. Extinguida parece

(1) *Imitatio Christi*, I, 12, 1.
(2) Godínez, *Myst.*, 3, 6, 8.
(3) *Ibid.*, 3, 8.

en él toda su fortaleza; su inteligencia es insensible á las dulzuras de la oración; su imaginación está llena de las más bajas y enojosas imágenes; su memoria ha olvidado lo que retenía de las cosas de Dios, y su voluntad es tan perezosa y su corazón tan vacío de toda piedad, que está á punto de dudar de su propia identidad. El que ha experimentado semejante estado, está conforme en que, para caracterizarlo, no hay mejor expresión que la de San Juan de la Cruz: la noche oscura del alma. [1]

Y este es ordinariamente el momento en que los ataques del infierno se desencadenan con una violencia, en comparación de la cual las tentaciones que hasta entonces ha experimentado uno, no eran absolutamente nada. [2]

Finalmente, lo más penoso de todo es cuando parece que, al propio tiempo, Dios se ha retirado por completo del alma. [3] Oye entonces ésta por todas partes la burlona pregunta con que la mujer de Job colmó los tormentos del justo de Idumea: «¿Todavía permaneces en tu simplicidad? [4] ¿Dónde está ahora tu Dios?» Y de hecho, no sabía ella qué responder á lo que el mismo Job le contestaba: «Tedio me causa ya vivir. Le diré á mi Dios: No quieras condenarme de este modo. ¿Por qué me ocultas tu rostro y me consideras como enemigo tuyo? Contra una hoja que lleva el viento haces alarde de tu poderío y persigues una paja seca». [5]

Pero aquí todas las lamentaciones y todas las súplicas son inútiles. Preciso es que el alma se eleve al heroísmo completo.

Purificada de toda confianza en sí misma, privada de todos los consuelos á que estaba acostumbrada en los principios de su ascención hacia la cumbre de la perfección, desligada de todo lo que no es Dios mismo, preciso

(1) Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, c. 3, 28 y sig. Phil. a S. Trinit., I, tr. 3, d. 3. 4. Schram, § 226-237. Godínez, 3, 10, 11. Lejeune, *Theol. ascétique*, 221-225.
(2) Schram, *Myst.*, § 194-225.
(3) *Ibid.*, § 164-187. Godínez-Reguera, l. 3, q. 1, 2.
(4) Job, II, 9.
(5) Job, X, 1, 2; XIII, 24, 25.

es que crezca en Jesucristo para llegar á la virilidad. Sólo cuando ha aprendido á resistir de frente á todos los obstáculos que encuentra en el camino de la perfección, aunque sean tan poderosos como el infierno, á no buscar nada fuera de Dios, ni siquiera la satisfacción personal en su servicio, á honrarle, no para obtener una recompensa en aquel momento, sino sólo porque es fiel en sus promesas, queda terminada su educación.

9. El heroísmo en el sufrimiento como virtud cristiana, y triunfo del Cristianismo.—Sin duda que Dios no impone á todos los hombres semejantes sacrificios, del mismo modo que no los llama á todos á la más alta cumbre de la perfección. Pero el que quiere practicar verdaderamente la virtud cristiana, debe estar dispuesto á pasar por estas pruebas. Ningún cristiano debe ignorar por completo los santos caminos de la cruz.

¿De qué serviría que nuestra fe fuese la ciencia de la cruz, si nuestra vida consistiese en huir de ella?

Fe y vida son inseparables en el dominio de la mística práctica. Sin fe no hay vida; sin vida no hay fe fecunda. Si, pues, la fe descansa en el poder de la cruz, no hay vida cristiana perfecta sin algo de este amor á la cruz con relación al cual creemos haber hecho mucho cuando lo admiramos en los santos.

Pero no es así como se forman cristianos y héroes. En las luchas que es preciso sostener para llegar á la perfección, el mismo Salvador dice que no hay neutros, [1] es decir, espectadores ociosos. No se reclama de nadie que se conduzca como caballero ó jefe en la pelea; pero todos deben tomar parte en ella de algún modo, y todos deben estar dispuestos á soportar el choque de la batalla.

Tenemos jefe. No podría inspirar más confianza, más entusiasmo, más certeza del triunfo. Él es quien, revestido del manto purpúreo de su sangre, coronado de espinas, plantó, tras terrible lucha, la cruz, como emblema de su victoria y de su causa. No exige de los suyos una lu-

(1) Luc., XI, 23.

cha sin hacerla fácil y dulce, porque antes la ha soportado Él mismo, y, por amor á nosotros, quiso ser abandonado de Dios.

Por otra parte, numerosos son los caballeros que nos han dado ejemplos gloriosos. Nos faltaría tiempos si hubiésemos de describir la vida de todos los santos canonizados y no canonizados, si hubiésemos de hablar de todos los que, entusiasmados con el ejemplo heroico de su rey y jefe, «conquistaron reinos, taparon la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada, sanaron de grandes enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros. Estirados en el potro, llenos de escarnios y azotes, de cadenas y cárceles, apedreados, ahumados, puestos á prueba de todos modos, muertos á filo de espada, girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados, fugitivos por las soledades, por los montes, y recogiéndose en las cuevas y en las cavernas de la tierra», (1) dirigían sus ojos á Jesús, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado en la gloria, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia de este suplicio». (2) Esta mirada dióles valor para realizar acciones heroicas, con las cuales no podrían ser comparadas todas las acciones del mundo.

¡Arriba, pues, y valor! Dejamos sin envidia al mundo otro heroísmo más fácil. Pero en el heroísmo cristiano, el más difícil, el más desinteresado, el más conveniente de todos los heroísmos, no debemos dejar que nadie nos supere.

De aquí que el mundo ni siquiera intente disputar esta gloria á nuestros héroes.

La paciencia de los santos (3) y el triunfo de la cruz constituirán eternamente la victoria incontestable de nuestra fe sobre el mundo.

(1) Hebr., XI, 31 y sig.
(2) *Ibid.*, XII, 2.
(3) Apoc., XIII, 10; XIV, 12.

La gloriosa victoria del Cristianismo sólo fué conseguida tras un martirio sangriento, tras una lucha de trescientos años.

Millones de victorias no menos brillantes se han obtenido después, en guerras, sino sangrientas, no menos penosas.

El último triunfo del reino de Dios se cosechará en lucha más sangrienta y heroica, cuando se forme la nueva raza de héroes dignos de sostener los más grandes combates.

10. El amor á la cruz como fuente de heroísmo cristiano.—¡Quiera Dios enviar de nuevo su espíritu, y dar á nuestros corazones la fortaleza de nuestros antiguos cruzados! Ahora bien, sólo el amor de la cruz infunde los sentimientos heroicos de que estaban animados.

Si se deja sentir una necesidad, es ciertamente la de aprender á conocer la cruz y amarla.

El que considere más de cerca la marcha de los acontecimientos, no negará que los tiempos nos exhortan diariamente, y con más apremio cada día, á venderlo todo para adquirir este tesoro, esta llave del cielo, (1) esta nota característica de los elegidos, (2) esta arma, la más fuerte de todas y la única prenda de la victoria en la última lucha.

¿Cuál es, pues, la verdadera razón por la que el heroísmo ha desaparecido por modo tan completo de nuestras filas? ¿Porqué este pequeño ejército de cristianos, antiguamente tan formidable, no es ya respetado por el mundo? ¿Porqué se ha hecho tan débil en la lucha? Porque hemos olvidado las palabras del Apóstol: «Para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo». (3) En otros términos, porque la cruz ha perdido de su fuerza en nuestros corazones, en nuestra vida y en nuestra fe.

Hemos olvidado á gloriarnos de la cruz de Jesucristo. (4) Nos avergonzaríamos si alguien dijese de nosotros que sólo conocemos á Jesucristo crucificado. (5)

(1) (Albert. M.) *Comp. theol.*, 4, 21.
(2) Andreas Cæsar., *In Apocal.*, 7, 2 (Migne, 106, 277 c).
(3) I Cor., I, 17.
(4) Gal., VI, 14.
(5) I Cor., II, 2.

De aquí nuestra debilidad, nuestra cobardía; de aquí nuestras continuas derrotas.

Al huir de la cruz, al ocultarla, al renegar de ella, con la esperanza de hallar así gracia ante el espíritu del tiempo, hemos desertado de nuestra bandera, y, como tales, hemos perdido la protección del Salvador y la estimación del mundo. Hemos abandonado el secreto de nuestra fuerza y de nuestras victorias.

Aprendamos, pues, la sabiduría que, por desgracia nuestra, no hemos querido oir de lo alto de la cátedra de Jesucristo: la cruz. (1)

Tiempo es ya de que reflexionemos de nuevo en lo que éramos con la cruz, y en lo que somos sin la cruz, en lo que podemos ser sólo por la cruz.

La cruz es para el cristiano lo que era la circunscisión para el judío. (2) Sin cruz, no hay cristiano, como sin cruz, no hay Jesucristo. Sobre la cruz corrió la sangre del Salvador, fuente de nuestra fuerza y causa de nuestra vida. Á la cruz hemos de volver, si queremos encontrarnos, si queremos encontrar á Jesucristo y encontrar también la fuerza necesaria para triunfar de nuestros enemigos.

¡Cuántas veces hemos desconocido esta verdad! ¡Cuántas veces hemos querido huir de la cruz! Dios no lo ha permitido. Creímos que era demasiado severo, pero ahora vemos lo bienhechor que era al obrar así, al no permitirnos traicionar nuestra causa y que nos perdiésemos. «¡Cuántas veces, fatigado de luchar, hemos contemplado tristemente nuestra espada y pedido la paz!» (3)

Pero las cosas no pueden continuar en este estado. No podemos dejar que se arrastre por el fango la bandera de Jesucristo.

En un porvenir próximo, quizás sobrevengan días penosos, en que tendremos necesidad de héroes. ¿De dónde vendrán? Del lugar en que antiguamente piadosos caballeros sacaban su valor, del pie de la cruz.

(1) Augustin., *Sermo* 234, 2: 215, 8.—(2) *Ibid.*, 160, 6.
(3) Eichendorff, *Ruhe in Gott*, G. W. (2) I, 593.

En la antigüedad, infundíase á los elefantes ardor en la pelea enseñándoles vino. (1) Los héroes de los tiempos cristianos entusiasmábanse para realizar sus heroicas acciones, orando con corazón contrito, y teniendo siempre ante la vista la sangre de Aquél que se puso en prensa por nosotros: «¡Oh Jefe cubierto de sangre y de llagas! ¡Oh Jefe lleno de dolores y cubierto de ignominia! ¡Oh Jefe coronado de espinas! ¡Mil veces os saludo! Habéis sufrido por mí; habéis llevado la carga de mis pecados. Yo he cometido las faltas por las cuales Vos habéis sufrido. ¿Cómo podré yo indemnizaros de vuestro amor y de vuestra fidelidad? ¿Qué queréis que os ofrezca, en cambio, oh Salvador del mundo?» (2)

Echemos, pues, también sobre nuestros hombros la cruz que ha dado á los verdaderos héroes un valor tan invencible, y muy pronto sentiremos que se apodera de nosotros otro espíritu. Á la simple vista de la cruz, el espíritu de libertad se fortifica, el espíritu de los hijos de Dios se engrandece. Al pie de la cruz desaparece la timidez, y aumenta el valor heroico. Y si logramos fijar la cruz en nuestro corazón, seremos inmediatamente nuevos cruzados que exclamarán con el valor de los antiguos caballeros: «¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!»

Mostrémonos, pues, dignos de nuestro Jefe, dignos de nuestros padres en la fe, dignos de nuestra vocación, y entonemos jovialmente este cántico guerrero:

«¡Dios, rico en gracia, desde lo alto del cielo lanzad una mirada sobre nosotros! Vos mismo nos habéis invitado á descender á este campo cerrado en que nos hallamos. ¡Sednos propicio, y dadnos la victoria! Desplegados están los cristianos estandartes; por Vos vamos á combatir; ¡Oh Señor, ayudadnos!» (3)

(1) Macc., VI, 34.
(2) Gærtner, *Te Deum*, I. 250 y sig.
(3) Schenkendorf (*Bibliothek der deutschen Klassiker*, XVII, Hildburghausen, 1861, 461).

CONFERENCIA XXI

LOS SANTOS

1. La mejor apología de la vida cristiana es aquella que nos dirige á la perfección.—Con verdadero sentimiento de satisfacción arrojamos una mirada al camino recorrido hasta aquí.

Hermosa empresa es la del apologista cristiano. Pero nadie tiene una comparable á la del que emprende la obra de justificar la virtud y la perfección tales como las enseña y practica la Iglesia.

¿Qué hemos hecho hasta ahora?

No era cuestión de defender, ni podía tratarse de ello. Triste sería que la santidad y la escuela de santidad, la Iglesia Católica, tuviesen necesidad de ser defendidas. Sólo el fuerte defiende lo que es débil ó está en peligro.

Ahora bien, la verdad cristiana y la perfección, tales como las enseña la Iglesia católica son por sí mismas su mejor defensa. Para justificarlas, basta exponerlas fielmente según su espíritu, según el espíritu de sus Doctores, de sus Padres y de sus místicos.

Esto es lo que hemos intentado hacer, según nuestras fuerzas, en lo que precede. Nos hemos propuesto, menos defender estos principios que se recomiendan por sí mismos, que animar á la práctica de ellos. Finalmente, el apologista casi se ha convertido en autor ascét co, y la apología un manual de perfección cristiana, una de las empresas más admirables que puede emprender una pluma.

2. Una prueba de la divinidad de la Iglesia es el gran número de santos que ha producido.—Pero cuanto

más atractiva era esta parte de nuestro trabajo, más nos impulsaba á resolver, para terminar, una dificultad que, de no resolverse, privaría de todo valor á lo que hasta aquí hemos dicho.

Nadie duda que todo esto es hermoso de leer y de oir. Ningún hombre ha caído tan bajo, que no se manifieste satisfecho de verlo realizado en sí mismo. Pero ¿dónde hay que buscar esta organización? ¿Es que no hemos reprochado á menudo, en las conferencias precedentes, á los hijos de la Iglesia, el que respondiesen, por modo tan mezquino á sus sublimes obligaciones? ¿Es que en sí mismas, no son ya demasiado elevadas y difíciles estas empresas, para que la debilidad humana que persiste siempre, en cierta medida, no obstante la gracia, pueda realizarlas?

Al oir esta objección, nos parece siempre que nos hallamos sentados á la orilla del mar, como en otro tiempo San Juan, desterrado en Pathmos.

No hay momento tan solemne como aquel en que uno está allí solo con Dios, meditando sus vías. Entonces es cuando está mejor dispuesto para comprender sus obras. Las olas se suceden en tranquila progresión, invaden dulcemente la arena de la playa, acarician nuestros pies, y luego desaparecen sin dejar rastro. Una sigue á otra sin interrupción. ¿Quién las produce? ¿Quién las conduce allí? El mar y el viento.

El mar es la Iglesia Católica, las olas son los santos; el viento es el Espíritu Santo que sopla donde quiere. (1)

Así se explica la fecundidad inagotable de la Iglesia en santos de toda especie, en mártires, en confesores, en apóstoles, en vírgenes, en religiosos, en servidores de pobres y enfermos, en miembros vivientes de Jesucristo, que pertenecen á todas las clases de la sociedad y se santifican con el sufrimiento, el sacrificio, la abnegación y el trabajo.

Comprendemos aquí el sentido de estas palabras, de que, no solamente la Iglesia, sino también la historia de la

(1) Ioan., III, 8.

Iglesia, es santa y sobrenatural. Á despecho de la debilidad humana, la verdad, el espíritu y la mano del Señor están siempre con ella.

«¡Oh Dios! santo es tu camino. Tu eres el Dios autor de los prodigios. Tu hicistes manifiesto á los pueblos tu poderío. Con tu brazo redimiste á tu pueblo. Viéronte las almas, y se llenaron de temor. Te abriste camino dentro del mar; caminaste por en medio de muchas aguas delante de vuestro pueblo, y le condujiste como otras tantas ovejas». (1)

3. La contradicción es la herencia de los santos.—Pero los hombres no comprenden las vías de Dios.

Seguramente que Dios no ha conducido jamás á sus elegidos por un camino tan maravilloso como el día en que las olas del mar se elevaron, á uno y otro lado de los hebreos, como una muralla, y en que, la columna de nubes, luminosa para ellos, era oscura para sus enemigos. No obstante, estos últimos, ciegos de rabia se precipitaron, para su propia ruina, en las vías trazadas por Dios. Mas su ejemplo no ha servido á las generaciones futuras.

Cierto día, la columna de nubes tomó forma humana, y vino al mundo para iluminarlo. Pero el viejo Simeón dijo la verdad, cuando profetizó del Salvador: «Mira, este niño que ves está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres». (2)

La luz abandonó el mundo, y dejó en su lugar millares de pequeñas antorchas encendidas por él. Pero ni la fundación del Salvador ni sus discípulos fueron más felices que Él; signo evidente de que su espíritu permanece en su Iglesia, y de que los santos son sus verdaderos discípulos. (3)

Cuando San Pablo fué á Roma, y convocó á los jefes de la colonia judía, éstos le dijeron: «Tenemos noticias de que esa tu secta halla contradicción en todas partes». (4)

(1) Psalm., LXXVI, 14 y sig.—(2) Luc., II, 34.
(3) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Joan., XIII, 16; XV, 20.
(4) Act. Ap., XXVIII, 22.

Lo mismo ocurre hoy día. Las palabras de San Jerónimo continúan siendo verdaderas: «La contradicción es la herencia de la santidad». (1)

Apenas recae la conversación sobre los santos y la santidad, cuando inmediatamente ciertos espíritus serios muéstranse desconcertados. «Nadie me censurará—dice Gerbinus—de que hable con cierto desdén de estos hombres y de su doctrina. Preciso les es desterrarse, y vestir el hábito de monjes, indicando que están separados del mundo como los locos. Preciso les es mortificar su cuerpo, considerar la muerte como el fin de la vida, adormecer la actividad de su inteligencia en sueños insensatos, rehusarse toda especie de placeres, exagerar el bien, creer que la felicidad consiste en su matrimonio con Dios, y otras cosas por el estilo». (2)

Pero cuando llega uno hasta exigir al mundo que considere á los santos como modelos dignos de imitación, se entrega á un verdadero acceso de furor.

Nada hay en ello de extraño, dadas las ideas que acabamos de exponer.

«¿Imitar á los santos?—se dice—tolerable sería, si pudiésemos hacer milagros cuando bien nos pareciera. Pero permanecer todo el día en el templo, despojarse de todas las necesidades y de todas las debilidades terrestres, hacerse inaccesibles á todo sentimiento humano, he aquí lo que no podemos ni queremos hacer, y he aquí porque nunca seremos santos».

4. El mundo detesta la santidad y busca á los santos.—Pero, cosa curiosa, precisamente los que tienen ideas tan confusas de la santidad, son los que buscan á los santos con mayor avidez, y los que literalmente asaltan al que únicamente les deja entrever que hay en él algo de santidad.

Los santos, pues, deben ser, como su Maestro, objeto de todas las contradicciones. Háceles el mundo tan amarga la

(1) Hieron., *In Ezech.*, 47, 19.
(2) Gervinus, *Gesch. der deutsch. Dichtung*, (4) II, 114 y sig.

vida como le es posible; hace todos los esfuerzos imaginables para impedirles lograr su fin; se mofa de ellos como de locos que no atienden más que á sus propias ideas; allí donde puede destruye los semilleros de la santidad y las fundaciones de los santos; y cuando, no obstante todos los obstáculos que les suscita, aparecen algunos, los abruma á visitas, desde luego en secreto, como Nicodemus, y luego á la luz del día.

Si los santos tuviesen tiempo y ganas de redactar un periódico, ¡qué cuadro podrían trazar de la miseria del mundo y de las penas que consumen el corazón del hombre! Para ello, sólo tendrían necesidad de referir lo que han visto en un día. No hablamos del pueblo ordinario y de las mujeres piadosas, sino de los príncipes, de los hombres de Estado, de las personas de la más elevada categoría, todas las cuales saben bien ir á buscarlos. Si no lo hacen personalmente, lo verifican por medio de cartas y representantes. Ora se trata de asuntos de familia, de dolorosas penas, de sufrimientos morales, de enfermedades, de negocios de dinero y de honor; ora de asuntos de Estado de la más alta importancia, de miserias públicas, y aun —¿quién lo creería?—de empresas científicas, para las cuales van á buscar en ellos consejos y oraciones.

Así es como se ha dicho de San Anno: «Siempre fué franco en palabras; en todas partes representó la verdad. León ante los príncipes, se convertía en cordero cuando comía el pan con los pobres. Severo y terrible con los criminales, aparecía lleno de mansedumbre ante los oprimidos y perseguidos. Los huérfanos y las viudas elogiaban la bondad de su corazón». [1]

No hay que creer que hablamos únicamente de tiempos lejanos, de un Ambrosio, de un Martín, de un Bernardo, de un Francisco de Paula, de una Hildegarda, de una Catalina de Sena, de una Brígida. Nuestra época ha visto también siempre el mismo espectáculo. Todos los ejemplos que pueda ofrecernos, no son tan grandiosos ni tan llamativos como los de un cura de Ars ó de un Don Bosco. Sin embargo, su número es considerable, y se renuevan en todas partes.

(1) *Annolied* (Alb, Stern.), 35, 597 y sig.

Estos obstáculos que los santos y las almas que aspiran á la perfección encuentran en su camino, así como la influencia del mundo en torno de ellos, son ciertamente una de sus mayores penas. No obstante, por caridad para con los hombres y por abnegación personal, procuran servir á todos, y hacerse todos para todos.

El imperio que ejercen sobre sí mismo es tanto más heroico cuanto que más perfectamente ven porqué el mundo los persigue. ¡Cuántas veces va á visitarlos únicamente por curiosidad, para hallar materia de murmuración! ¡Cuántas personas van á su encuentro para morderlos en seguida con el diente venenoso de la calumnia! Todo lo comprenden ellos, y, sin embargo, saben conducirse de tal suerte, que en ellos se realizan siempre estas palabras: «Con lo cual todos quedaron pasmados, y glorificaban á Dios. Y penetrados de santo temor, decían: Hoy sí que hemos visto cosas maravillosas»; [1] maravillas del imperio sobre sí mismos, de abnegación personal, de sacrificios personales.

5. La santidad no consiste en hacer milagros.— Tales son los milagros que realizan los Santos.

Con frecuencia es para el mundo la esperanza de ver un hecho extraordinario lo que le mueve á visitar á aquellos cuya vida desprecia; y á veces obtiene uno de estos hechos. Sin duda que lo más frecuente es que los abandone sin haber visto nada. Sin embargo, no es raro que salga mucho más satisfecho de lo que se hubiera atrevido á esperar.

Á menudo no es más feliz el mundo que Herodes, los fariseos y los saduceos; [2] á menudo no queda libre de sus sufrimientos físicos como lo hubiera deseado; pero de tal modo se siente interiormente transformado, consolado,

(1) Luc., V, 26.
(2) Matth., XII, 38; XVI, 1. Luc., XXIII, 8.

fortalecido, que ya no tiene necesidad de milagros visibles. Comprende entonces que hay otros milagros que los que creía ver, y de ellos él mismo es testigo.

No se necesitan hechos maravillosos para ser santo. El más grande de los hijos nacidos de mujer, (1) Juan Bautista, no hizo milagros. (2) En cambio, á muchos que han hecho milagros les dirá el Señor en el día del juicio: «Apartaos de mí, operarios de la maldad; no os conozco». (3)

Verdad es que cuando se trata de canonizar á uno exige también la Iglesia milagros en obras de virtud. (4) Pero no son milagros que, propiamente hablando, hayan sido realizados por aquél á quien ella quiere elevar á los altares, porque también un pecador puede hacer milagros. (5) Lo que se exige en el proceso de beatificación, son milagros que Dios haya hecho en honor de un santo, es decir, para confirmar la santidad de aquél que va á convertirse en objeto de la más alta veneración de los fieles.

Así, pues, hechos y actos maravillosos pueden considerarse á lo más como testimonios y consecuencias de la santidad; pero no son la santidad misma.

Para ser canonizado, son absolutamente precisos algunos milagros. Pero una cosa es ser canonizado, y otra ser santo. Para esto, los milagros—nos referimos á los milagros físicos—no sirven de nada. Sólo los milagros entendidos en sentido moral forman parte de la santidad.

Sí, admitimos que los milagros físicos elevan á uno á los altares; pero los únicos milagros que hacen santos son los milagros de la mortificación, de la oración, del sacrificio, de la vida según Dios, de la fidelidad al deber, de la caridad. De aquí que quienquiera que haya visto á un santo, puede decir con toda verdad que ha visto milagros.

6. Tampoco consiste en ejecutar cosas extraordinarias.—Ahora bien, ¿no es un error formidable el que desespere el mundo de llegar jamás á la santidad?

(1) Matth., XI, 11.—(2) Ioan., X, 41.—(3) Matth., VII, 22, 23.
(4) Benedict. XIV, *Canonis. sanct.*, IV, p. 1, c. 5.
(5) Thomas, 2, 2, q. 178, a. 2.

«¿Quién podría practicar penitencias y obras tan extraordinarias, como las que leemos en la vida de los santos? —dice el mundo.—¿Quién es el que no se desalienta, si se ve obligado á imitarlos en esto para compartir su felicidad?»

Pero nadie ha afirmado nunca esto. Al contrario, en todo lo que hasta ahora hemos dicho, hemos demostrado la falsedad de este prejuicio, y ahora no abrigamos la intención de negar lo que hemos afirmado tantas veces.

Así, pues, repetimos con toda la energía de que somos capaces que el que buscase la santidad en obras extraordinarias de virtud, se engañaría tanto como el que creyese en la imposibilidad de ser santo sin milagros físicos.

Lejos de nosotros la idea de querer apartar con esto de las prácticas extraordinarias de virtud. Por lo contrario, quiera Dios que logremos despertar en los corazones gran entusiasmo por ellas.

Lamentable es que nos dispensemos de imitar á los santos, con la facilidad con que lo hacemos, invocando como pretexto que, en su vida, hay más cosas dignas de admiración que de imitación.

Afirmamos de nuevo con la mayor energía, que podemos perfectamente, y aun que estamos obligados, á apropiarnos muchas acciones de los santos, ante las cuales retrocedemos espantados diciendo que son demasiado difíciles. Pero esto no nos impide decir que lo que forma á los santos no son, propiamente hablando, las acciones extraordinarias.

Hemos demostrado ya (1) que lo que constituye la virtud humana natural, son las pequeñas cosas ordinarias, que las grandes acciones extraordinarias son raras, que si alguien quisiera realizar alguna de ellas, á menudo tendría que esperar mucho tiempo, y que, aunque él se ofreciese á ellas, sólo tendrían verdadero valor si se ofrecían como el resultado de la regularidad y de la perseverancia en el cumplimiento de los deberes ordinarios.

(1) Vol. II, Conf. XXIII.

Lo mismo ocurre con los santos. Seguramente que ninguno de ellos ha sido canonizado únicamente á causa de las cosas extraordinarias realizadas por él. Aunque las piedras proclamasen sus obras extraordinarias de penitencia, aunque diariamente hubiera sido arrebatado en éxtasis hasta el tercer cielo, y hubiese tomado parte en los cantos de alegría de los ángeles, si se pudiese probar que no había hecho gran caso de los pequeños movimientos de impaciencia, que con frecuencia había preferido sus fantasías y prácticas voluntarias á los deberes de su estado, ó que la oración le había hecho descuidar sus asuntos domésticos, ¡en qué condiciones tan favorables estaría entonces el abogado del diablo!

¿Cuáles son, pues, las cosas extraordinarias que pueden mostrar muchos santos? ¿Qué se lee de extraordinario de San Francisco de Sales, del bienaventurado cardenal José María Tommasi, del bienaventurado La Salle, de la bienaventurada Margarita María de Alacoque, de San Ignacio, de San Cayetano y de San Pío V, fuera de la admirable fidelidad con que cumplían sus deberes?

Hay centenares de santos cínicos, budistas, jansenistas, con los cabellos erizados, los vestidos sucios, el continente severo, que superan á la mayor parte de nuestros santos en terribles obras de penitencias, y sobre todo en ejercicios extraordinarios de piedad. Si la santidad consistiese en esto, los verdaderos santos serían muy inferiores á ellos, y á veces, tendrían pocas esperanzas de entrar en el reino de Dios.

7. Los santos son nuestros modelos humanos por sus luchas contra sus defectos, por sus sufrimientos y sus virtudes ordinarias.—Pero la santidad no depende ni de los milagros, ni de los éxtasis, ni de las visiones, ni de las profecías.

Si en ello consistiese, los santos no serían nuestros modelos, ni de ninguno de ellos podría decirse lo que el soberbio cántico de Anno dice de su héroe:

«Podemos tomar ahora por modelo á este hombre engalanado de los más ricos dones; podemos considerarle como espejo de la verdad y de la virtud aquí bajo». [1]

Pero, ¿á qué buscar tantas excusas? Si, tales han sido los santos.

La verdad es que si queremos alcanzar el fin de nuestra perfección, debemos imitarlos precisamente en las cosas por las cuales se han convertido en santos.

Pero estas cosas forman parte del dominio ordinario de la vida; son los defectos y las virtudes.

Que nadie se asombre de la palabra *defectos*, porque muchos santos han llegado precisamente á la santidad por esta vía. Sin defectos, jamás hubieran logrado el grado de humildad, de paciencia, de constancia, sin el cual nadie puede ser santo.

Nosotros, que nos complacemos en permanecer sumergidos en nuestros pecados, ó en ese disgusto roedor de la vanidad herida; nosotros, que nos consideramos como la verdadera contrición; nosotros, que perdemos valor y paciencia tras cada falta, casi no nos atreveríamos á creer que hay derrotas que conducen á la victoria. Pero los espíritus vigorosos sacan de ellas nuevas energías, así como la prudencia, la desconfianza de sí mismos, la confianza en Dios, y ante todo, el acto de adherirse como niños á la gracia, sin lo cual caen más fácilmente que las hojas de los árboles.

Así es como puede uno decir que todo resulta en ventaja de los que aman á Dios, aun sus propios defectos.

Si, pues, los esfuerzos constantes para corregir los defectos y para prevenir las caídas futuras en el pecado, conducen á la santidad, nadie dudará ya de que puede y debe tomar por modelo á los santos.

Pero tampoco puede prescindir nadie de ellos, si se trata de apropiarse una virtud sólida.

Decimos una virtud *sólida*. Si alguien quiere echar tierra á los ojos del mundo, en lo cual consiste el objeto de la moral que presuntuosamente se titula libre y filosófica,

(1) *Annolied* (Alb. Stern.), 34, 573 y sig.

convencidos estamos de que no hallará nada de sublime en los santos. Mejor será que se dirija á los estoicos; para ello de nada le sirven ya los santos, lo que ciertamente redunda por completo en honor de éstos. Pero si quiere una virtud sólida, verdadera, durable, hará muy bien dirigiéndose á su escuela. No se edifica con escombros. El que quiere construir un edificio sólido, le pone un buen cimiento, continúa la obra lentamente, con reflexión y prudencia, y no emplea materiales de dudosa calidad.

Del mismo modo debe construirse el edificio de nuestra vida. Con frecuencia experimentamos una penosa impresión al ver nuestra vida tan trivial, tan uniformemente la misma. Mas precisamente es esto una dicha para nosotros, aunque no la comprendamos. Esas hileras de piedras secas, siempre iguales, que amontonamos diariamente unas sobre otras, acaban por formar un muro que puede soportar todos los pesos. Veremos esto, para nuestro propio consuelo, cuando hayamos terminado nuestro trabajo.

Ahora bien, ¿en quién ir á buscar alientos en esta penosa y fatigante empresa? ¿En quién apoyarnos en nuestras aflicciones cotidianas, en la uniformidad y aridez de nuestras labores, en la ingratitud, el desconocimiento y el desdén con que el mundo recompensa nuestra fidelidad?

Ciertamente, no debemos dirigirnos á los esclavos que se lamentan sin cesar, ni á los mozos de cordel que blasfeman al colocar junto á nosotros su carretilla rechinante, porque están extenuados.

Tampoco debemos dirigirnos á esos filósofos agudos y charlatanes que consideran las cargas de la vida como sobrado mezquinas para su grandeza, y que, si por casualidad son consultados, resuélvenlo todo deprisa, y corriendo, para correr á encerrarse en sus castillos de naipes.

Pero especialmente no debemos interrogar á esos pocos felices, que aparecen únicamente en escena en el momento preciso de la recolección de los frutos del trabajo ajeno.

Poco importa á donde volvamos nuestras miradas; sólo nos queda un ejemplo, el de los santos.

Sin embargo, también hay entre ellos algunos á los cuales no podemos imitar en todo. Pero de la mayoría puede decirse lo que un poeta popular dice de San Anno:

«Se ha conducido noblemente con nosotros. Ha hecho lo que el águila con sus pequeñuelos, cuando queriendo animarlos á abandonar el nido, ciérnese magnífica por encima de ellos y describe en los aires curvas majestuosas. Viendo esto sus aguiluchos, se sienten impulsados á imitarla». [1]

El mundo no ha corrompido á los santos. Les ha impuesto cargas pesadas, y les ha disputado el fruto de su trabajo. Los que los han observado más de cerca, con frecuencia son los que más los han desconocido, más obstáculos les han puesto, y más los han atormentado, porque, «los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa». [2]

Por otra parte, los ha perseguido Dios en sus defectos con celosa severidad, para purificarlos de sus manchas. Pero ellos han dado pruebas en todo de inquebrantable paciencia. Han cumplido siempre con fidelidad su oscuro trabajo cotidiano, y esto durante años. Han soportado sus cargas con la pena en el corazón y la sonrisa en los labios. Han avanzado lentamente. Rara vez han dado pasos de gigante, pero no han cesado de marchar hasta llegar al fin.

Tenían también un corazón humano. Penosa, humillante y fatigosa les ha parecido con frecuencia esta vida, pero precisamente porque la han conducido hasta el fin, han llegado á una virtud completa, y han realizado una virtud completa.

Por consiguiente, para el que aspira á este mismo fin no hay medio más seguro que el de conformarse con sus ejemplos, y precisamente en aquellas cosas que constituyen el centro y la base de toda su vida.

8. Vida perfecta sobrenatural de los santos.—¿Qué

(1) *Annolied* (Alb. Stern.), 45, 773 y sig.
(2) Matth., X, 36.

queremos decir con esto, que todo, en la vida de los santos, ha sido exclusivamente natural, que es un prejuicio buscar en ellos cosas extraordinarias y sobrenaturales?

¡Dios nos preserve de semejante error!

Aunque no hubiesen hecho más que soportar sufrimientos ordinarios y realizar las obligaciones de la vida natural, con la constancia y perfección de que han dado pruebas, sería ya esto algo de extraordinario, algo que nos mostraría sin la menor duda, la existencia de lo sobrenatural en ellos.

Sólo se atreve á negar la necesidad de la gracia á este efecto, quien no haya intentado resolver seriamente esta empresa por sí mismo.

Pero el que conozca la vida de los santos sabe que, además de los deberes ordinarios del hombre y del cristiano, han practicado todavía miles de cosas más elevadas que sólo podía inspirarles su amor á Dios y á los hombres. Y si las virtudes y sufrimientos cotidianos constituyen la sólida base del edificio espiritual que han elevado á una altura incomparable, sus acciones extraordinarias son prueba de que en ellos obraba una fuerza sobrenatural, sin la cual no hubieran podido realizarlas, ó bien, si lo hubieran hecho, no hubiese sido por modo tan perfecto.

Diariamente pueden todos comprobar la verdad de este principio.

¿Quienes son, pues, los que más se lamentan de no tener tiempo para cumplir las obligaciones del cristiano ordinario, diciendo que la fe ofrece cosas demasiado difíciles? No son seguramente aquéllos que jamás se han saciado del amor de Dios y del prójimo. Por lo contrario, los que no hacen ni siquiera lo posible son siempre los que censuran á Dios exigir lo imposible.

Sólo en el grupo de los que no retroceden ante lo extraordinario, hay que buscar las personas que cumplen estrictamente sus obligaciones ordinarias.

Los santos mismos no han realizado todas las obligaciones naturales y todos los preceptos naturales ordinarios

de un modo tan perfecto, sino porque eran instrumentos extraordinarios y dóciles de lo sobrenatural. Si no hubiesen sido maravilla de lo sobrenatural, tampoco hubieran sido maravilla de la naturaleza.

En ellos todo se mantiene en pie. Si brillan en una perfección sobrenatural, es porque no han abandonado el sólido terreno de la virtud natural. Y se han convertido en modelos de perfección humana, porque sólo han tratado de agradar á Dios.

Esta acción simultánea de la gracia y de la libertad, de lo divino y de lo humano, de lo natural y de lo sobrenatural, es la nota característica de los santos. Por eso dice el poeta hablando de ellos «que se asemejan á rubíes heridos por los rayos del sol». [1]

Pero la luz que los ilumina interiormente, y que ellos difunden en torno suyo para consuelo del mundo, es el Espíritu Santo con sus dones, fuente de la vida sobrenatural.

El Espíritu de Dios los ha escogido de toda eternidad, y los dones que les ha preparado han precedido á su razón, y aun á su vida. Él los ha guiado sin cesar; desde sus primeros y débiles principios, los ha preservado de la caída y les ha dado un celo siempre nuevo. Finalmente, los ha conducido de grado en grado hasta la perfección. Él es quien les ha enseñado á conocer sus deberes y el objeto sublime de la santidad. Él es quien les ha dado el valor para domar generosamente su propia voluntad, para subordinar todo placer natural al impulso de la gracia, y para subyugar todos los movimientos de la sensualidad y de las pasiones. [2]

Pero Él ha encontrado en ellos colaboradores dignos de su liberalidad, por la nobleza de sus sentimientos naturales y por la fidelidad admirable con que han secundado sus miras.

La vida de los santos es, en efecto, la historia de la lu-

(1) Dante, *Parad.*, 19, 4 y sig.
(2) Meschler, *Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 378.

cha más grandiosa que se haya visto jamás. Si Dios ha querido mostrar en ellos hasta dónde puede llegar su liberalidad, su generosidad y su amor á los que responden á su iluminación y á su impulso, son ellos á su vez una prueba de la adhesión y del amor al sacrificio de que es capaz la generosidad humana auxiliada por la gracia divina. Finalmente, puesto que ningún partido podía vencer al otro, han hecho pacto eterno de fidelidad y unión, mediante la justicia, la gracia y el amor. [1]

9. Las contradicciones en los santos.—Explicamos esto porque el ojo del que no comprende la naturaleza, porque no conoce lo sobrenatural, sólo descubre contradicciones en la vida de los santos.

Contempla el mundo con asombro á estos seres que le parecen tan inexplicables, que experimentan tentaciones tan penosas, sin que sucumban jamás, [2] que son pobres de todo lo que el mundo llama riquezas, y, no obstante, inagotables cuando se trata de dar. [3]

Gimen también en la aflicción, porque son hombres como los demás y nada saben disimular, pero esto no hace más que templar sus fuerzas, ensanchar su corazón y hacer inquebrantable su valor. [4]

Precisamente cuando se ven aplastados por las humillaciones, manifiestan toda la sublimidad de su espíritu. [5] Ejemplo consolador para nosotros es que, si llegan á caer en el camino de la perfección, se levantan inmediatamente. [6] No miran jamás lo que han hecho, sino lo que les falta por hacer. [7] Se nos aparecen á la vez como llenos de temor y de esperanza. [8] Usan de rigor consigo mismos, y se ofrecen, no obstante, como espejos de sencillez. Son

(1) Os., II, 19, 20.
(2) II Cor., 4, 8, 9.
(3) II Cor., VI, 10.
(4) Gregor. Magn., *Mor.*, 29, 31, 65.
(5) *Ibid.*, 7, 53; 26, 31.
(6) *Ibid.*, 9, 57; 21, 11; 32, 1.
(7) *Ibid.*, 22, 12.
(8) *Ibid.*, 5, 44.

concienzudos en las cosas más pequeñas, y muestran, sin embargo, una serenidad y una libertad de espíritu incomprensibles. Son recogidos en el cumplimiento de sus obligaciones interiores, como si viviesen únicamente de la vida interior. Dulces para con los demás, son severos para sí mismos. Unen la ternura del niño á la timidez de la virgen. En sus relaciones con el mundo, en su rebajamiento hasta la criatura más insignificante, en sus trabajos más humildes, de tal modo aparecen sumergidos en Dios, que ve uno en ellos el cumplimiento de estas palabras: «Nuestra ciudad está en los cielos». [1]

El mismo mundo no sabe lo que le pasa á la vista de los santos. Tiene horror de ellos, pero no puede apartar de ellos sus miradas. Detesta su vida y respeta sus personas. Quisiera huir de ellos y no puede resistir al deseo de ir á verlos.

Dios mismo hace de ellos verdaderas maravillas de contradicción. Les hace sentir su debilidad como á cualquier otra persona, y, no obstante, opera millares de milagros por su mediación. Humíllalos cruelmente para ser honrado en ellos; los persigue por la más pequeña infidelidad, como si fuesen criminales, y los colma de las pruebas más exquisitas de su amor.

Sin duda que éstas no son tales que los conduzcan á la afeminación. No, la amistad de Dios nada tiene de muelle. Siempre es grave, justa y santa, especialmente para aquellos que más ama. Cada gracia que les concede, y cada obra que juzga excelente que por ellos sea realizada, debe ser pagada antes y después con un gran sacrificio.

Tal es el modo como Dios obra con relación á sus santos. Prescinde de muchas de nuestras faltas, porque somos hombres sin energía é imperfectos, y nos regala muchas gracias, porque sabe que somos demasiado pobres para pagarlas generosamente. Pero de tal modo educa á sus elegidos, que sin trabajo se comprende, aunque sea tem-

(1) Phil., III, 20.

blando, lo que su Hijo quería decir cuando le dirigió esta plegaria: «Santifícalos en la verdad». [1]

10. Los santos como fieles copias de Jesucristo.— Si vemos tan sorprendentes contradicciones en los santos, ¿no tenemos derecho á dudar de su santidad?

No. Jamás el hombre, por perfecto que pueda ser, llega á la cumbre de la perfección en esta vida terrenal.

Puede triunfar de los defectos humanos, porque no forman parte de su naturaleza, pero jamás se despojará de la debilidad inherente á esta última.

Además, el modelo que debe imitar, la santidad divina de Jesucristo, es tan sublime, que jamás podría imitarla por completo, aunque viviese eternamente.

Así, pues, estas contradicciones aparentes en los santos, no son más que una causa de confusión para ellos, pero ellas son un honor para Dios, un elogio del poder de su gracia y de la fuerza del ejemplo de Jesucristo. Es también una gloria para ellos, porque precisamente por estas contradicciones vemos todas las dificultades que hay que vencer para llegar á formar en nosotros una copia del Hijo de Dios, tal como los santos la han realizado en ellos.

No debemos, pues, escandalizarnos de ver en ellos restos de debilidades que comparten con nosotros, sino que, antes bien, debemos regocijarnos del espectáculo de la semejanza con Jesucristo, que ellos se han apropiado con tantas fatigas y á pesar de tantos obstáculos.

Hasta el último suspiro, mostráronse infatigables en coger, en el jardín de la vida santa de Jesús, la flor de la santidad para adornar su vida, y en trabajarla, en el secreto de su corazón, para convertirla en virtudes propias suyas, como esas abejas de Dios de que habla el Dante, «que se adhieren á las flores, y quieren llevar á la colmena los productos de ese primer trabajo destinado á adquirir tan dulce sabor». [2]

No obstante sus debilidades humanas, han adquirido,

(1) Ioan., XVII, 17.
(2) Dante, *Parad.*, XXXI, 6 y sig.

con su asiduidad en querer imitar á Jesucristo, una semejanza sorprendente con Él. En esta semejanza se encuentra precisamente su santidad.

Refiéresenos de Ida de Lovaina que de tal modo estaba penetrada del amor á Jesucristo, que no podía decir dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba su alma. Parecíale á veces que todos sus miembros estaban transformados en corazones, y que cada uno de ellos estaba lleno de Dios. [1] Y con frecuencia el amor de Jesucristo ejercía tales efectos físicos sobre ella, que se veía obligada á descalzarse y á ensanchar su hábito. [2]

Santa Gertrudis se consideraba como un árbol que había crecido en la llaga del costado de Jesús. De tal modo todas las hojas y ramas de este árbol estaban penetradas de la fuerza de su divinidad y de su humanidad, que resplandecían como el oro á través del cristal. Tan dulce perfume de Jesucristo difundían sus frutos, que llevaba á las almas del purgatorio cierta dulcificación en sus penas, á las almas de los justos cierto aumento de gracia, y á los pecadores el saludable remedio de la penitencia. A consecuencia de esta unión, con tanta complacencia acogía la Santísima Trinidad sus obras como si hubiesen sido resultado de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la bondad del Espíritu Santo. [3]

Se ha dicho igualmente de Santa Mechtilde que Dios era la voz y el lenguaje con los cuales se glorificaba á sí mismo en su alma. [4] Jesucristo vivía tan verdaderamente en ella, que podía decirle: «Mi corazón es tuyo y tu corazón es mío. [5] Yo soy tu prenda y tu eres la mía». [6]

Esta especie de cambio de corazón es una de las cosas más frecuentes en la vida de los santos. Con frecuencia se ha manifestado exteriormente por modo maravilloso, como

(1) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan.*, 1, 5, 31, 34.
(2) *Ibid.*, 3, 1, 10.
(3) Gertrud., *Legatus divin. piet.*, 3, 18.
(4) Mecht., *Lib. sp. grat.*, 5, 21.
(5) *Ibid.*, 3, 29.
(6) *Ibid.*, 3, 37.

lo leemos en la vida de Santa Catalina de Sena, [1] en la de Santa Catalina de Ricci [2] de Santa Lutgarda, [3] de las bienaventuradas Osanna, [4] de Inés de Jesús [5] y de Dorotea. [6] En realidad, realizóse interiormente más ó menos en todos los santos.

Por el mismo hecho, dejan de ser incomprensibles muchas cosas en su vida, como estaríamos tentados á creerlo.

Lo exterior es la expresión de lo interior. El que interiormente es en realidad crucificado con Jesucristo, [7] ¿por qué no ha de mostrar también exteriormente los estigmas del Salvador? [8]

Para el que comprende lo que son los santos, es decir, imitadores fieles de la vida, sufrimientos y santidad de Jesucristo, los estigmas nada tienen de asombrosos.

Lo mismo puede decirse de otros incidentes análogos en su vida. Santa Catalina de Sena mostró de repente al escéptico Raimundo de Capua su rostro completamente semejante al de Jesucristo. [9] Una religiosa incrédula comprobó el mismo fenómeno en Santa Catalina de Ricci. [10] Á fuerza de meditar los sufrimientos del Salvador, hízose incognoscible Santa Coleta, pues su rostro se asemejaba al del Salvador durante su pasión. [11] Se ha dicho también del esposo de Santa Isabel, el buen landgrave de Turingia, Luís: «Su rostro era tan jovial y su corazón tan bueno, que, en todo su exterior, parecía asemejarse á Jesucristo, quien, durante su vida, fué el más hermoso de los hijos de los hombres». [12]

(1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 6, 179, 180.
(2) Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 137 y sig.
(3) Thomas Cantiprat., *Vita S. Lutg.*, 1, 1, 12.
(4) Franc. a Silvest, *Vita B. Osannæ*, 3, 1, 98. Hieron. Olivétan., *Vita B. Osannæ*, 3, 2, 268.
(5) Lantages, *Vie d' Agnès dz Jésus*, I, 99; II, 132.
(6) Joan. Marienwerder, *Vita B. Doroth.*, I, 2. 10; II, 3, 45.
(7) Gal., II, 19.—(8) Gal., VI, 17.
(9) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 1, 5, 90.
(10) Steill, *Ephemerid. Dominic.*, II, I, 856. Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 161 y sig.
(11) Stephan. Iulian., *Vita S. Coletæ*, 11, 96.
(12) *Leben der h. Elisabeth* (Rieger), 3143 y sig.

¡Quiera Dios conceder al mundo la gracia de hallar á menudo verdaderos santos! Quizás experimente entonces los mismos sentimientos que las discípulas de la bienaventurada Juana de la Cruz: «Nuestra maestra era joven;—decían ellas—no obstante, parecía siempre penetrada y rodeada de un poder invisible. Dios brillaba en ella. No le veíamos, pero creíamos oir sus palabras, sus enseñanzas, sus reproches. Cuando ella callaba, ni una palabra se pronunciaba en la clase; hubiéramos creído ofender en ella al Salvador silencioso. Ocurría esto especialmente en los días de comunión. Decíamonos entonces por lo bajo: «Seamos muy prudentes, nuestra Maestra ha recibido al Redentor; en ella mora. Ved como aparece ella deslumbrante de amor». [1]

Así es como los santos podían decir con San Pablo: «¿Ó queréis acaso hacer pruebas del poder de Jesucristo, que habla por mi boca, y del cual ya sabéis que no ha mostrado entre nosotros flaqueza, sino poder y virtud? Porque si bien crucificado como flaco según la carne, no obstante vive ahora por la virtud de Dios. Así también nosotros somos flacos con Él; pero estaremos también vivos con Él por la virtud de Dios que haremos brillar entre nosotros». [2]

(1) Beda Weber, *Joanna Maria vom Kreuze*, (2), 71.
(2) II Cor., XIII, 3, 4.

CONFERENCIA XXII

EL MÁS PEQUEÑO EN EL REINO DEL CIELO

1. Significación de la frase *madre de la patria.*— Cuando Jerjes subió al trono de Persia, y en él se hubo consolidado, quiso dar á sus súbditos una idea de su poder y de su dicha, y al propio tiempo hacerles participar de su alegría.

Á este efecto, al año tercero de su reinado, celebró grandes fiestas en Susa, capital de su imperio, que se extendía desde Etiopía y el Mediterráneo hasta las Indias, y que comprendía 127 gobiernos.

Estas fiestas duraron medio año. Los primeros invitados fueron los gobernadores, los generales, los príncipes y los nobles. Pero la última semana, todos los habitantes de la capital, fueron convidados á participar de ellas. Así nada se escatimó para mostrar la liberalidad del gran rey, y para aumentar el asombro y la alegría del pueblo.

Finalmente, el todopoderoso monarca quiso poner digno remate á sus larguezas y generosidad. Envió á buscar á la reina, y le ordenó comparecer ante los ojos de todos con el esplendor de su belleza y de los ornamentos reales. [1]

Rasgo es este completamente natural, y que responde á los sentimientos y aun á las necesidades del corazón humano.

En todas partes donde los antiguos pueblos se consideraban como formando una sola familia, en las epopeyas y las crónicas de la Edad Media, vemos que una fiesta popular ó un triunfo con ocasión de una gran victoria, no hubiesen sido completos, si la reina no hubiese tomado parte en ellos.

(1) Est., I, 11.

Su aparición colmaba siempre el júbilo del pueblo. Era ella el atractivo principal del conjunto; su única presencia bastaba para prevenir todo desorden, y para originar calma solemne en todos los corazones transportados de entusiasmo.

Desde que el mundo no conoce más que el Estado, se ha hecho insensible á todo esto. Si no tuviese la influencia sensible de la belleza femenina, apenas podría explicarse esta particularidad de los antiguos tiempos, pues la interpreta como homenaje tributado á la belleza de la mujer.

Pero en realidad, era algo de incomparablemente más noble. Era la expresión del lazo íntimo que unía entonces á todos los miembros de un mismo pueblo. Hoy que el Estado tiene por único objeto envolver en círculo de hierro á cierto número de individuos que saben que serán absorbidos por sus vecinos en el momento mismo en que rompiesen este círculo, ¿de qué serviría una reina?

Pero antiguamente en que se representaba á cada pueblo como una familia, su presencia era indispensable. Lo que mejor pinta la situación es el nombre de *madre de la patria* que entonces se le daba. El desarrollo interior de una nación llegaba á formar un *reino*, un *país*, un *pueblo*, —porque, para aquellos tiempos, no puede uno servirse de la palabra *Estado*—cuyos miembros estaban estrechamente unidos por lazos vivos, y casi podríamos decir por los lazos de la sangre, como la familia.

De aquí provenía aquel amor por la reina que hoy parece tan curioso é imposible, amor que, en apariencia, superaba de mucho á menudo al que se profesaba al príncipe.

Ahora bien, del mismo modo que la familia se siente desamparada cuando muere la madre, y ve romperse el lazo que unía aun á hermanos enemigos, así también los pueblos no hubiesen experimentado la impresión de que constituían un todo, si no hubiesen sabido que la reina estaba constantemente entre ellos. Y así como la alegría de una fiesta de familia no es completa si falta la madre, así

también no podían asistir á una fiesta en que faltase la madre del país.

2. Sin María como madre, no hay Iglesia.—Pues bien, la Iglesia no es un Estado, ni un parlamento, ni una asociación libre formada por casualidad, sino que es la familia más perfecta, el modelo de todas las familias. El Jefe de esta familia es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, «el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra», (1) y nuestro Padre también, de quien nuestro hermano, «el Primogénito entre muchos hermanos», (2) nos ha enseñado á orar así: «Nuestro Padre que está en los cielos». (3)

Pero un padre, un hermano, hijos, no constituyen todavía la familia. Donde no hay madre, no existe la familia. Preciso es que tengamos una madre; sin ella, no tendríamos padre ni hermanos.

Ahora bien, no podemos dudar de que ella es para nosotros esta madre, si tenemos fe en la palabra de nuestro Hermano.

Al exhalar su último suspiro, recomendó al único de sus discípulos que junto á Él estaba en aquel momento, que cuidase de su Madre como si fuese la suya propia. (4)

Así, pues, el que anula el testamento de su hermano, y no reconoce á la madre de su hermano como á su propia madre, renuncia á la herencia que le ha prometido, niega toda solidaridad con él y se separa de su familia.

El que no considera á la Madre de Jesús como madre de la Iglesia, reniega de la Madre de Jesús. Sin madre, no hay familia, y sin María, no hay Iglesia.

Sólo en la verdadera Iglesia existe la verdadera fe en María. No por casualidad, sino en virtud de una necesidad inevitable, la Reforma, que hacía de la Iglesia una palabra vacía de sentido, ó un ente de razón, arrojó á la Madre de Dios de su trono y renegó de su propia Madre.

(1) Eph., III, 14, 15.—(2) Rom., VIII, 29.
(3) Matth., VI, 9.
(4) Ioan., XIX, 27.

Si la Iglesia no es un lazo de familia entre Dios y los hombres, María nada tiene que ver con ellos, ni ellos con María.

Pero si María no es la Madre de todos los redimidos, (1) la Iglesia puede ser cualquier cosa, un puesto de policía, una rica casa de retiro, como en el anglicanismo, una secta filosófica, como en el racionalismo, una abstracción mística invisible, como en el protestantismo, todo, excepto la sociedad viviente de los miembros redimidos por Jesucristo.

Allí donde falta el culto de María como Madre, allí falta también la solidaridad entre los fieles, porque no existe el espíritu de familia. Allí cada uno piensa y obra por sí mismo; allí todo se descompone, como en la familia, cuando los hijos arrojan de la casa á su madre. Fórmanse las sectas unas tras otras; diariamente se ve nacer un nuevo error; nada contiene la disolución general en la fe y en la vida.

Al contrario, María hace desaparecer todos los errores y divisiones en el mundo cristiano, porque siempre es la Madre que, con su influencia, nivela las desigualdades, é impulsa á los miembros de la familia á armonizar sus miras y su conducta.

Inútil decir en qué se convertiría la cristiandad, si se lograse arrancar del corazón de sus miembros el amor que profesan á su Madre.

Á cada momento puede comprobarse esto con los más tristes ejemplos. Todo es frío y desierto allí donde María no es considerada como madre. Aquellos aires de austeridad que se califican con la expresión de *vida según la Iglesia*, refiriéndose á tiempos antiguos mejores, no embellecen la existencia. Nadie sabe cómo arreglarse para celebrar alegres fiestas. Se ha dado buena cuenta del consuelo que experimenta uno viviendo en su casa y de la dicha de la vida de familia. Apenas si se reunen un momento los domingos. Todos se sienten muy pronto hastiados de la

(1) Albert. Magn., Super: *Missus est*, q. 145.

casa inhospitalaria en que acaban de pasar algunos momentos, y que se han apresurado á abandonar cuanto antes.

Pero el que ha recibido por mediación del Espíritu Santo «el pensamiento de Jesucristo», (1) el que, con Él, ha conservado el sentimiento de la fraternidad, antes se dejaría arrancar el alma que perder el amor de la Madre de Jesús.

Sin María, el cristiano sería desgraciado. Una simple mirada á ella hace pensar en la patria eterna y en la familia divina de que uno es miembro. Y esto produce en él confianza, valor, alegría, entusiasmo.

3. María madre de la gracia y de la vida sobrenatural.—Vese, pues, que es absolutamente necesario hablar de María en una exposición completa de la perfección cristiana. Pasarla en silencio, equivaldría á querer inculcar esta última sin hablar de Jesucristo.

Que nadie vea en esto una fórmula oratoria. No, es ello tan serio, que nuestro mayor disgusto consiste en no poseer un término para expresar más enérgicamente esta idea.

Sería demasiado poco creer que, después de Jesucristo, es María, por sus virtudes personales, el mayor modelo de toda perfección posible.

Ningún cristiano lo negará; es Ella, entre todas las criaturas, el resumen más perfecto de toda santidad humana, natural y sobrenatural.

Pero, al igual que Jesucristo, es mucho más que esto. Llamar á Jesucristo el Maestro y el ideal más elevado de toda virtud, es poca cosa. También el racionalismo lo ha considerado como un ideal, como un modelo digno de imitación, y el protestantismo le adora igualmente como maestro de la virtud, como la verdad, pero con la reserva de poder interpretar su doctrina según la manera de ver de la época.

Evidentemente, no es esta la última palabra sobre Él.

(1) I Cor., II, 16.

La última palabra consiste en adorar y en apropiarnos en toda verdad á Jesucristo, como la fuente de todo bien, es decir, como la fuerza de Dios para realizar el bien, como el autor y consumador de la santidad, como la vida.

Del mismo modo, María es para nosotros mucho más que un modelo de virtudes.

Como madre de la fuente de toda gracia, es, y así la llaman las letanías, verdaderamente la Madre de la gracia divina. Del mismo modo que no podemos poseer al Dueño de la gracia sin ella, así también no recibimos ninguna gracia, sino por ella.

De intento decimos *por* ella, y no *sin* ella, porque no sólo su intercesión nos procura la gracia, sino que, en realidad, por su persona recibimos todas las gracias que el Redentor ha merecido para nosotros.

Del mismo modo que María ha sido el canal por medio del cual vino Jesucristo al mundo en forma humana, para realizar la obra de la Redención, así también es ella la vía por la cual nos llegan los frutos de su obra. (1)

María es la intendente y distribuidora de todo lo que pertenece á la familia divina. Ella tiene la llave de todos los tesoros de la casa de Dios. (2) Ahora bien, las gracias constituyen estos tesoros, y no se le ha confiado este cargo para que ella sola se beneficie de ellos. Si está llena de gracia, es igualmente para nosotros. (3)

Del mismo modo que el esposo experimenta alegría en honrar á su esposa, haciendo pasar por sus manos los beneficios que quiere distribuir; del mismo modo que remite á ella á todos los que se dirigen á él, así también el Espíritu Santo, distribuidor de las gracias, obra con relación á María, su esposa sin mancilla.

Jesucristo es la fuente de las gracias, María es el depósito, al cual dirige el Espíritu Santo los arroyos que ma-

(1) Albert. Magn., *De laudibus B. Mar.*, 9, 15. Bernard., *Nativ. Mar.*, n.º 4. Petrus Cellens., *De panibus*, c. 12.
(2) Bernard., *Annunciat.*, 3, 7. Albert. Magn., *l. c.*, 10, 17.
(3) Antonin., IV, t. 15, c. 16. Bernard., *Nativ. Mar.*, n.º 4.

nan de las llagas del Salvador, á fin de que todos puedan beber en él. [1]

Así, pues, quien pida gracias á Dios, debe dirigirse á María, y lo que recibimos de Él en materia de gracias, lo obtenemos por medio de ella. [2]

La misma Iglesia usa este lenguaje cuando le pide cosas que sólo Dios puede conceder:

«Quebrantad las cadenas de los pecadores; conceder la luz á los ciegos, alejad de nosotros todo mal, y pedid para nosotros todo bien».

No hay, pues, exageración cuando hablamos de la cooperación de María en la obra de la Redención, [3] y de su mediación eficaz cerca del Mediador, [4] ó cuando el piadoso hermano Eberhardo de Sajonia canta:

«En ti habita la salvación». [5]

Sí, razón teníamos en decir que hablar de la perfección sin María, era poco más ó menos lo mismo que querer hablar de la santidad sin Jesús. Porque querer dirigirse hacia la virtud, y no llamar la atención sobre María son dos cosas inconciliables. Pero buscar la gracia sin María, es locura y presunción, como muy bien dice el Dante:

«Sol del mediodía, nos abrasas de ardiente caridad. Eres para los mortales fuente de viva esperanza. ¡Oh mujer!, eres tan grande, y tienes tal poder, que todo el que quiere una gracia, y no recurre á ti, anhela que sus deseos vuelen sin alas. [6]

Guardémonos todos de creer inmediatamente en exageraciones, cuando se exalta en términos entusiastas el poder y dignidad de la Madre de Dios. Sin duda que se en-

(1) Maria da Agreda, *Myst. Civitas*, I, n.º 600, 603.
(2) Bernard., *Nativ. Mar.*, n. 7, 8.
(3) Balduin., *Salud. Angel.* (Migne, 204, 473, a, b). Sylveira, *In Apoc.*, c. 4, q, 11, n. 84 y sig. Poiré. *La triple couronne*, tr. 2, c. 11 (Paris, 1633, II, 75 y sig., 213 y sig.) Maracci, *Polyanthea Mariana*, Colón, 1710, 133, 411 y sig., 573 y sig., 575 y sig., 593 y sig., 595 y sig.; Scheeben, *Dogmatik*, III. 592 y sig.
(4) Bernard., *Domin. infra octav. assumpt.*, n.º 2; Albert. Magn., *De laudibus B. Mar.*, 2, 1, 22; Scheeben, III, 594 y sig.
(5) Schlosser, *Die Kirche in ihren Liedern*, (2) II, 131.
(6) Dante, *Parad.*, XXXIII, 10-15.

cuentran á veces, no lo negamos; pero si pensamos que hay tres cosas que la misma omnipotencia de Dios no podría hacer más perfecta, á saber, la humanidad de Jesucristo, la felicidad del cielo y la dignidad maternal de María, [1] compréndese que se corra el riesgo de hablar de la Madre del Salvador de una manera insuficiente, antes que en términos exagerados.

El racionalismo religioso, cuyas ideas no han desaparecido aún por completo de los espíritus, teme toda expresión enérgica de la verdad sobrenatural completa. De aquí que no vacile en arrebatar y quebrar las piedras más bellas de la corona de la Reina de cielos y tierra. Cuando la Iglesia dice, en la *Salve Regina:* «¡Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra!», se horroriza al punto y cree excelente usar de prudencia y moderación. De aquí que reemplace tan bellas palabras con estas otras: «¡Dios te salve, dulzura de nuestra vida!» Sí, en la patria del josefismo se ha dicho durante siglos en los templos: «¡Dios te salve, consuelo de nuestra vida!»

¡Qué piedad! Aquí cada cual puede procurarse por lo menos una docena de consuelos cada día. Pero, en cuanto á la vida, no tenemos más que una, Jesucristo, y esta vida sólo la poseemos por María. Por eso la llamamos vida nuestra, lo mismo que á su divino Hijo, y cantamos sin inquietud con la Iglesia: «¡Oh puerta del cielo y vía luminosa que nos conduce á Dios! Por ti poseemos la vida; á ti debe la cristiandad su salvación».

4. La glorificación de María es juntamente la obra más grande de la gracia y de la glorificación personal. —De lo que acabamos de decir, se deduce que la Santísima Virgen ha superado á todas las criaturas en santidad personal.

Esta es precisamente la razón por la cual muéstranse los cristianos tan justamente orgullosos de su Madre. En efecto, pueden decir, no sólo que ha recibido gratuitamente de Dios su grandeza incomparable, sino que la ha

(1) Thomas, 1, q. 25, a. 6, ad 4.

merecido y se la ha apropiado en toda la acepción de la palabra.

Dante ha cantado todavía esto en términos magníficos.

«Virgen Madre, hija de tu Hijo, humilde, pero más elevada que ninguna otra criatura, término fijo de la voluntad eterna, de tal modo has ennoblecido la naturaleza humana, que no se ha desdeñado Dios en convertirse en su propia obra». (1)

La justicia de Dios es inseparable de su amor. María no podía merecer la plenitud inmensa de gracias que ha recibido, con más derecho que puede merecer otra criatura la pequeña suma que se le ha concedido.

Dicha plenitud proviene únicamente del amor de Dios.

Pero si bien la maternidad divina ha hecho á María digna de inexpresable glorificación, la justicia de Dios es, no obstante, tan grande, tan incorruptible, que no le hubiese dado, únicamente por causa de su situación, el puesto más elevado entre todas las criaturas, si una de éstas se hubiese hecho más digna por virtudes más elevadas. Sólo porque ella ha superado á todos los ángeles y á la vez á todos los hombres por su propia santidad, (2) ha sido elevada en magnificencia por encima de todas las criaturas. Si es la primera junto al trono de Dios, no sólo se lo debe á la gracia, sino también á su propia cooperación á esta gracia.

Hay, pues, que distinguir tres cosas en María. La primera es su dignidad inmensa como Madre de Dios, la segunda su santidad personal, la tercera su cooperación en la Redención.

De un lado, soportó con nosotros y para nosotros todos los sufrimientos y sacrificios de su divino Hijo. De otro, adoptó por hijo á todo el género humano, con el peso de sus miserias y sus pecados. Encargóse ella de representarlo, en calidad de Madre, cerca de Dios, y de realizar en

(1) Dante, *Purad.*, XXXIII, 1-6.
(2) Sylveira, *In Apocal.*, c. 1, q. 62, n.° 536, 537.

Él los designios que Dios se propone con relación á su salvación eterna.

Por cada una de estas tres distinciones ha recibido María extraordinaria elevación en el reino de Dios. Todas tres existen en ella en armonía tal, que nadie puede decir que no están en perfecto equilibrio.

En los santos, el uso de su libertad estaba completamente de acuerdo con la grandeza de sus dones sobrenaturales. De aquí que su recompensa no fuese únicamente la glorificación del amor, sino también la justificación de la justicia de Dios.

En María celebrará la divina Providencia su más espléndido triunfo en el último día, cuando se vea que la más alta distinción sobrenatural no es efecto de una preferencia arbitraria, sino obra maestra de la actividad humana personal.

5. María, la más grande en el reino de los cielos, por ser la más pequeña.—Por esta razón es María, para todos los que aspiran á la perfección, un modelo único, cuya santidad sólo es superada por la de su divino Hijo.

¡Santidad curiosa la de esta santidad, tanto más fácil de imitar, é ideal tanto más universal, cuanto que son más puros y más elevados!

Puédese sostener que los santos, cuya perfección comprende todos los grados, no merecen ser imitados en todo, y no es posible imitarlos en todo. Pero, en el Rey de los Santos, tenemos un modelo comprensible, imitable por todos los hombres, por todos los tiempos, por todas las situaciones. (1)

Del mismo modo, hay que decir con San Ambrosio: «María era tal, que su vida sola era un modelo para todos». (2)

De tal importancia son estas palabras, que de buen grado daríamos toda nuestra sangre para que se grabasen profundamente en el corazón de todos los cristianos.

Todo lo que hemos dicho en esta extensa obra sería

(1) Vol. II, Conf. XVIII.
(2) Ambros., *De virginibus*, 1, 2, 15.

inútil, si no lográsemos hacer adoptar por todos los cristianos la imitación de Jesús y de María como base de su vida entera. Toda palabra, todo acto, todo esfuerzo, serán en vano, si el Salvador y su Madre no constituyen la línea de conducta que debemos seguir y el fin que debemos alcanzar.

Pero los más pequeños y débiles tienen la perspectiva de convertirse en santos, y esto sin mucho trabajo, con tal que no sigan otra vía que la que nuestro divino hermano y nuestra Madre nos han indicado con su ejemplo. Nuestra gran desgracia consiste en querer volar siempre demasiado alto, dirigir nuestras miradas sobrado lejos. Así es como, aun en nuestros esfuerzos para conquistar la virtud, alimentamos nuestro orgullo y nuestra desunión interior, y no logramos jamás constituir un todo perfecto.

La vida de Jesús y de María nos ofrece un remedio á este mal. Pero en la vida de María es donde está contenida del modo más evidente la verdad de la cual todo depende para nosotros.

Nada hay tan difícil de comprender para el hombre como que su grandeza no depende de cosas extraordinarias, sino de la práctica constante de virtudes y deberes ordinarios. El mismo gran Bobadilla, discípulo de San Ignacio, no quería dejarse convencer de esto por su maestro, y creía que era indigno de grandes espíritus, que se proponen cosas tan serias, ocuparse en bagatelas. Pero muy pronto pudo hacer, en sus subordinados, la experiencia de que el Santo tenía razón, y de que, al hacerle esta recomendación, no era efecto de estrechez de miras ni de mezquindad por su parte. [1]

Ahora bien, en el cielo, nada hay que pueda confirmar mejor la verdad de este principio como la Reina de los ángeles, la Madre de Dios.

Muy por encima está ella de todos los santos, de todos los coros angélicos. Siéntase á la derecha del Hijo de Dios en calidad de Reina, llevando un vestido de oro. [2] Y con

(1) Nieremberg, *Doctrina ascetica*, 3, 47.—(2) Psalm., XLIV, 10.

justicia, porque su santidad es la que más se acerca á la del mismo Dios.

Ahora bien, ¿por qué medio ha conseguido ella esta santidad? ¿Dónde leemos que haya hecho milagros, que haya realizado obras aterradoras de penitencia, acciones extraordinarias? Si fuese esto lo que constituye la santidad, se vería obligada á ceder el puesto á millares de otras criaturas, porque muchas le han superado en esto.

Pero entre todos los grandes, y los más grandes del reino del cielo, no hay uno, salvo su divino Hijo, que sea más grande que ella, desde este tan importante punto de vista, del que todo depende.

¡Curioso enigma! Ser grande en las grandes cosas, no es la grandeza más elevada. El más grande es precisamente el que es más grande en las cosas pequeñas. Y estos más grandes son únicamente en número de dos: Jesús y María. Muchos grandes hay en el cielo. Entre ellos, nadie más grande que Juan Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino del cielo es más grande que él. [1] El más pequeño es Aquél que se ha humillado ante Dios, el que ha sido obediente hasta la muerte, y hasta la muerte en cruz, [2] el que se ha hecho gusano de la tierra, oprobio de los hombres y desecho del pueblo para salvarnos. [3]

Y la más pequeña es Aquélla que, en el momento en que fué elevada á la dignidad de Madre de Dios y Reina de cielos y tierra, llamóse sierva del Señor, [4] la que jamás vió uno donde su Hijo era aprobado, pero que se mantuvo fielmente al lado de Él, cuando todo el mundo le maldecía, y cuando sus mismos discípulos le abandonaban.

6. Virtudes naturales de María.—¿Qué decir de sus virtudes naturales? Difícil es hablar de ellas, como, por otra parte, de todo lo que á María se refiere. [5] No con

(1) Matth., XI, 11.
(2) Phil., II, 8.
(3) Psalm., XXI, 7.
(4) Luc., I, 38.
(5) Bernard., *In assumpt. B. Virg.*, 4, 1, 5.

falsas alabanzas se honra á su incomparable sublimidad, [1] y nuestro espíritu es sobrado débil y nuestra lengua demasiado imperfecta para descubrir la verdad sobre ella y para proclamarla.

Hablemos, pues, en términos tan sencillos y tan modestos como posible sea. Por lo menos, es ya esto una virtud que poseía ya ella en alto grado, la sencillez.

Pero si ella no hubiese poseído esta virtud, tampoco hubiese poseído todas las demás, ni ninguna de ellas por completo y del modo más perfecto.

Al pie de la cruz fué donde mostró ella toda la fortaleza de que era capaz. Descríbenosla en este momento el Evangelio en términos de sencillez, de dignidad y de sublimidad verdaderamente admirables. Estaba ella de pie, sí, de pie; pero su corazón estaba traspasado de siete espadas.

Su vida silenciosa, pobre, humilde, sin pretensiones, es la prueba de su dominio personal y de su prudente conducta cuando fué visitada por el ángel. Inútil hablar de su justicia, puesto que su caridad superaba por modo incomparable todos los deberes que le imponía esta virtud.

«No importunaba á nadie, y respetaba á los más humildes. Siempre que veía sufrir á uno en su cuerpo ó en su corazón, ayudábale á soportar su desgracia, y le compadecía sinceramente. Era tan pura, tan buena, tan reservada en palabras, que jamás oyó nadie un solo término que hubiera podido ofender á un cordero ó escandalizar á un niño. De pie ó sentada, aparecía llena de dignidad en su continente; en sus ojos brillaba la más dulce alegría; en toda su conducta se reflejaba la belleza de su alma». [2]

Tal era María. En lo interior como en lo exterior, todo era en ella perfecto, todo mesurado, todo igual. El maravilloso equilibrio de todas sus facultades superaba de

(1) Bernard., *Ep.* 174, 2.
(2) Br. Philipps des Kartæusers, *Marienleben*, 640 y sig., 617 y sig., 656 y sig., 880 y sig.

mucho la armonía con que Adán y Eva inocentes transfiguraban el Paraíso. Cada uno de sus sentidos obedecía á la voluntad, la voluntad á la inteligencia, la inteligencia á las inspiraciones y á la ley de Dios. Á la menor señal de su conciencia, los pequeños deseos de Dios eran cumplidos de la manera más perfecta.

¡Qué modestia y que recato en su conducta! Sus ojos, su boca, sus gestos, su continente, su tono de voz, predicaban dulzura, paz, recogimiento, caridad. Nada en ella afectado, calculado, disimulado. Su aire noble, grave y amable inspiraba á la vez admiración y respeto. Era graciosa sin provocación, digna sin rudeza, imponente y dulce. Sus vestidos eran siempre limpios y elegantes, aunque de sencillez extrema.

En tiempo oportuno hacía siempre sus quehaceres, nunca con precipitación ni sobreexcitación. Jamás dejaba para mañana lo que podía hacer hoy. Entregábase por completo á lo que hacía, y, sin embargo, era toda de Dios. Lo que hacía, bien hecho estaba, y nadie tenía necesidad de volver á hacerlo. El que la encargaba de algo, seguro podía estar de que lo haría convenientemente. Quien le confiaba un secreto, podía mostrarse tranquilo: estaba bien guardado. Nadie le reprochó jamás ser demasiado solícita, ciega, distraída, olvidadiza. No tenía necesidad de rectificar ninguno de sus actos, ni de retirar ó explicar ninguna de sus palabras.

Para ella, nada era demasiado pequeño, bajo, difícil. Nada ocurría por modo inesperado ó importuno. Vivía en Aquél que todo lo tiene en sus manos. No daba entrada en su espíritu á ningún pensamiento que no estuviese conforme con la voluntad de Aquél que conoce todos los proyectos y todos los obstáculos. Su voluntad jamás fué distinta de la voluntad de Aquél que es dueño de todas las cosas. De aquí que nada dificultase sus designios; de aquí que no perdiese jamás el recogimiento ni la calma; de aquí que aun en los asuntos más enojosos, diese pruebas de voluntad.

Nadie la vió desconcertada, descorazonada, abatida.

Jamás le oyeron quejarse sus ángeles. Jamás se fatigó hasta el punto de rehusar nuevo trabajo, cuando la caridad y el deber lo reclamaban; nunca fué tan pobre que nada tuviese que dar.

Jamás estaba ociosa, y, sin embargo, tenía siempre tiempo para consolar la miseria ajena y acudir en auxilio del prójimo. Jamás ofendió á nadie; jamás rechazó una plegaria cuando se le dirigía en nombre de Dios.

Nadie leyó jamás un reproche en su mirada, nadie la vió jamás con aire triste, ni recibió jamás áspera respuesta. Pertenecía á todos aquellos á quienes Dios pertenece: á los pecadores, á los desgraciados, á los piadosos.

Nadie vió jamás en ella desaliento, inconstancia, agotamiento ni cansancio, ni siquiera el feliz cambio de lo bueno en mejor. El único cambio que pudo comprobarse en ella, fué el desarrollo siempre igual de la arrebatadora plenitud de su virtud.

«¡Ah!—dice un alma piadosa—¿Quién podrá jamás escrutar la belleza, la pureza, la santidad de María? Todo lo sabe, y, no obstante, todo lo ignora, hasta el punto de que sus sentimientos son los de un niño. Baja los ojos, pero aquél sobre el cual los fija queda traspasado por su mirada como por un rayo luminoso, como por la verdad. Y precisamente ocurre esto, porque ella es la misma inocencia, porque está llena de Dios y se olvida de sí misma. Nadie puede soportar sus miradas». [1]

7. Plenitud de las gracias sobrenaturales dadas á María, para realizar la más completa copia de Jesucristo.—En lo referente á sus virtudes sobrenaturales, todo queda dicho con esto: Jamás el cielo y la tierra vieron copia tan perfecta del original; jamás una madre se ha asemejado tan fielmente á su hijo.

Trabajó ella en esto de concierto con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, que escogió su alma como el templo más perfecto y como receptáculo de sus dones más elevados.

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) II, 187.

«Al crear á la santa Virgen,—dice la bienaventurada María de Agreda—obraba Dios como un artista que ha hecho ya muchas obras maestras, verdad es, pero que quiere hacer una destinada á servir de modelo á los maestros futuros.

»La gracia y la santidad de los otros santos son igualmente obra de Dios; pero, con relación á la grandeza de María, son como el enebro con relación al cedro. Comparados con ella, todos los santos tienen debilidades, como manchas tiene igualmente el sol. Únicamente ella está exenta de mancha.

»María es el resumen y la suma de todas las perfecciones que se hayan encontrado jamás en los santos. Es ella el más alto grado á que puede elevarse el amor de Dios en una simple criatura. Las innumerables diferencias que existen entre los santos proclaman ya la grandeza del Artista que las ha creado; y los menores de entre ellos son como las pequeñas estrellas, que contribuyen á hacer más brillantes á las grandes. Pero todos juntos veneran á la más pura de las vírgenes, á la que es sin mancilla, á Aquélla cuyo esplendor hace que palidezca todo, y que, en cambio, los regocija con su aspecto, y los transfigura con los rayos que derrama sobre ellos. Porque, con su ejemplo, y con el poder que se le ha dado, distribuye las gracias á todos, convirtiéndose así en instrumento de Dios para santificación y glorificación de los suyos». [1]

Ahora bien, el fin para el cual Dios le ha comunicado estos dones espirituales, es el mismo que persigue al distribuirlos á sus elegidos.

Con la gracia, Dios no hace más que poner en el alma la base de la vida sobrenatural, porque la ha destinado desde luego á convertirse en imagen de su Hijo. [2]

Este mismo fin es el que ha perseguido en María. En ella ha querido realizar del modo más completo la imagen de su Unico Hijo. La santidad consiste en la conformidad

(1) Maria de Agreda, *Myst. civitas*, II, n. 776, 777.
(2) Rom., VIII, 29.

con el Hijo de Dios. La santidad es proporcionada á la semejanza con Jesucristo. Da á la más grande de todas las criaturas el más elevado grado de gracia, tales han sido de toda eternidad los designios de Dios.

Por la misma razón, túvola el mismo Hijo de Dios durante treinta años en su escuela, y se esforzó en hacer pasar á ella su propia imagen hasta el grado más elevado.

8. Perfección sobrenatural de María.—Pero ella también trabajó por su parte para adquirir la perfección, con asiduidad, fidelidad y constancia, en relación con sus dones.

En todas sus acciones, sufrimientos y sacrificios era la perfección el único objeto que se proponía; ésta fué la que la hizo franquear todas las vías, todos los grados, todas las prácticas de la perfección, en cuanto es capaz de hacerlo una criatura con ayuda de la gracia.

No pudo recorrer la vía purgativa, pues en ella jamás entró nada impuro, ya que era sin mancha y pura desde el primer momento de su existencia.

No obstante, sometióse ella, no sólo exteriormente á la ley de la purificación, como toda otra mujer, sino que practicó tambien todas las virtudes y obras propias de esta vía, y por modo tan concienzudo, que jamás nadie, para quien esto era necesario, ha podido igualarla desde este punto de vista.

¿Quién más que ella dominó sus sentidos, vigiló sus ojos y domó su lengua? ¿Quién evitó con más prudencia todo peligro, amó mejor el retiro y practicó mejor el silencio? ¿Quién veló más seriamente sobre sus inclinaciones, desconfió más del egoísmo, procuró prevenir más todo movimiento de las pasiones, las cuales, sin embargo, tan perfectamente ordenadas estaban en ella? ¿En quién la mortificación fué más constante, más puro el temor de Dios, más habitual el dominio personal, y más admirable el desprendimiento de todas las criaturas?

Con la misma constancia marchó por la vía iluminativa.

Sin duda que podría uno creer que un alma tan iluminada por los rayos de la divina gracia como era la de María, que un alma que ocultaba al mismo Sol en su interior, no podría elevarse á una luz mayor. Pero la ley del progreso es tan universal, que la misma Reina de los Ángeles fué sometida á ella, y nadie la observó por modo más perfecto que ella.

Más todavía que en las santas, fué su vida una lucha continua entre la generosidad y la gracia.

Jamás en su alma cayó la semilla divina sobre suelo duro y pedregoso; jamás cayó al lado del campo, en el camino, lo que quizás no sea imposible decir de ningún santo. En ella, todo esto era perfecta verdad. Á este fin, abrióle Dios cada día nuevos tesoros de gracia, de las cuales á su vez usaba ella fielmente.

Pero si reflexiona uno en la insignificancia de las penas que se experimentan en una vida larguísima, en comparación de un solo momento en que uno no se opone á la acción de la gracia en sí, ¿cómo representarse como demasiado grande el crecimiento de María en la virtud? Desde su nacimiento, era ya llena de gracia, como jamás lo estuvo criatura alguna, y durante su vida entera aumentaron estos dones en proporciones increíbles.

¡Qué espectáculo para Dios y los ángeles!

El mismo Jesucristo dijo á Santa Brígida: «María, mi Madre, superó á todos los santos en virtud. Aunque los ángeles sean purísimos, era todavía más pura que ellos. Los profetas estaban llenos del Espíritu Santo, los mártires soportaron terribles sufrimientos, pero el fuego divino brillaba en ella con mayor ardor aún, y le daba más fuerzas para sufrir que á todos ellos. Los confesores practicaron la austeridad en todo, pero en ella fué la austeridad mucho más grande que en cualquiera de ellos». (1)

Ella testificó á Dios la fe más viva; su esperanza triunfó de la prueba á que sucumbió el mismo San Pedro. Y como su corazón, su inteligencia y su voluntad realizaban

(1) Birgitta, *Revelat.*, 4, 92.

prontamente en toda su extensión, el precepto de la caridad para con Dios. De tal modo estaba inundada del amor divino, que consideraba como nulas todas las sabidurías del mundo, y prefería el servicio de Dios á todas las bellezas y honores de la tierra.

No realizaba con tibieza ninguna buena obra, y las ejecutaba todas con la intención más pura, únicamente por amor á Dios.

Su oración era tan ininterrumpida, como silencioso y asiduo su trabajo. El uno no era obstáculo á la otra, antes bien el uno sacaba de la otra fuerza y alimento.

Tal dominación ejercía sobre sí misma, y de tal modo vivía en la presencia continua de Dios, que ni en el sueño la perdía un instante. (1)

En lo relativo á su unión con Dios, necesitaríamos su perfección, ó por lo menos el lenguaje de un ángel, para hablar de ella convenientemente.

En medio de todas sus ocupaciones,—¿y quién las puede tener más enojosas y mezquinas que ella que era dueña de un menaje tan pobre?—no perdía jamás el recogimiento; siempre oraba, siempre meditaba.

Todas las criaturas, todos los trabajos, todos los sufrimientos eran para ella medio de elevarse hacia el cielo, carro de fuego en el cual se elevaba hacia Dios.

No se adhería á los dones inmensos de Dios en mayor proporción que una gota de agua se adhiere á la nieve.

Sólo Dios constituía su pensamiento, su amor. Dispuesta estaba á sacrificarlo todo por Él, aun el honor de la maternidad divina. Jamás se ha desarrollado tan perfectamente en el alma la libertad de espíritu como en la suya. En las aflicciones, en las calumnias, en la obediencia, en el menosprecio, conservaba la misma igualdad de alma que en los consuelos y en los honores.

Su vida entera fué un sacrificio continuo de adoración á Dios, de plegarias y expiaciones por el mundo. Ninguna lengua podría describir la solicitud con que se sometió á

(1) Birgitta, *Sermo angel.*, 13.

la voluntad de Dios, ni las delicias que le causaba todo lo que sabía que le era agradable.

Cuantos más grandes dones encontraba en ella, con más solicitud, en su gratitud, servía á Dios.

Para aumentar el honor de Dios, hubiera sufrido con gusto todas las aflicciones de la tierra.

Cuando podía alegrar á Dios ó á los hombres, con el amor de Dios, con la práctica de la más penosa virtud, no encontraba ningún sacrificio demasiado grande. Lo que Dios quería ,queríalo ella también.

Cuando ella pensaba, decía ó quería alguna cosa, seguro estaba el mundo de que ni una revelación divina hubiera podido ofrecer mayor garantía de que era aquél el intenso deseo de Dios y la expresión de su santa voluntad. (1)

9. Gran enseñanza que nos ofrece la vida humilde de María.—¡Ah, cuánta razón teníamos en decir que, en la vida cristiana, todo depende del conocimiento y de la imitación de Jesús y de María!

En toda esta vida de María, ¿hay alguna cosa que no pueda ser imitada?

Si se trata de la imitación perfecta, lo concedemos; pero si se trata de la imitación en la medida de lo posible y según nuestras fuerzas, ¿qué hay que no esté á nuestro alcance? Pues bien, Dios, como padre común de todos los hombres, les ha dado á todos la misma herencia en perspectiva, á condición de que hagan todos los esfuerzos para obtenerla, como Él, por su parte, está dispuesto á dársela, si de ella se hacen dignos.

Para cada uno, lo importante es «que se le haya encontrado fiel». (2) Poco importa que posea uno grandes dones en materia de ciencia, de energía, de arte, y que dé con la ocasión de hacer uso de estas facultades; lo preciso es una caridad mayor, una generosidad más ardiente para servir á Dios y trabajar en los intereses de su alma. Ahora bien,

(1) Birgitta, *Sermo angel.*, 14.
(2) I Cor., IV, 2.

para ello no son necesarias grandes acciones. Basta con la fidelidad en todo, si no en las grandes cosas, por lo menos en las pequeñas. Á los ojos de Dios, gobernar un reino es una bagatela tan pueril como dirigir una sala de asilo ó vigilar una cocina.

Lo importante, no son las acciones que uno realiza, sino la manera como las realiza, el espíritu que preside á esta realización. Lo exigido, no son cosas brillantes, sino intenciones rectas y virtud sólida. Lo que hay que considerar, no son los dones, ni la situación, sino el uso que de ellos se hace.

María no era rica ni sabia. No había recibido la unción sacerdotal, ni la misión de predicar. Su situación externa era la más humilde que pueda imaginarse. Pero superaba á todo el mundo en amor á Dios, en fidelidad á las cosas más pequeñas. Cumplía ella cada precepto, cada deseo de Dios; practicaba el ejercicio de la oración y observaba todo lo que formaba parte del culto de Dios; cuidaba celosamente la pureza de su alma, como jamás lo ha hecho nadie; cumplía en el más alto grado todas las prácticas de la vida activa y de la vida contemplativa. Por eso superó ella á todas las criaturas, y alcanzó la más alta perfección.

Sin duda que con talento y constancia, puede uno realizar grandes cosas. Pero, aun con pequeños dones, puede uno realizarlas muy grandes, cuando está dotado de gran fidelidad. Muchos, con gracias menores, han hecho infinitamente más que otros con grandes gracias.

No es humillante poseer pequeños dones, pero sí lo es no hacer nada en relación con ellos, no realizar nada con grandes facultades.

Por lo contrario, gran honor es emplear con paciencia y tenacidad humildes disposiciones naturales y gracias ordinarias, de tal suerte, que resulten de ellas una justicia, una virtud y una piedad verdaderas y sólidas.

Cuando uno ha llegado á esto, posee perfección suficiente para eclipsar todas las grandezas del mundo.

Pero para esto, no hay necesidad de milagros, ni de éxtasis, ni de acciones extraordinarias; sólo se necesita fidelidad humilde, serena, constante, en las pequeñas cosas.

Tal es la pura verdad, la cual, si fuese bien comprendida, haría reinar en la tierra una virtud sólida, y poblaría de elegidos el cielo.

Nadie nos lo enseña con más claridad que María, Madre del Salvador y nuestra, mediadora de la gracia, guía de todas las virtudes, modelo de la más elevada perfección, la más pequeña, y, por esta razón, la más grande en el reino del cielo.

Apéndice

INFLUENCIA MORAL DEL CULTO DE MARÍA

La verdadera razón porque honramos á María consiste en que la reconocemos como Madre de Dios.

Cada palabra pronunciada en honor de María es un acto de fe en la encarnación de Jesucristo.

«Jesucristo es el fin de toda nuestra devoción;—dice el bienaventurado Grignon de Montfort, en su magnífico *Tratado de la verdadera devoción á la Santísima Virgen*—Jesucristo es el más grande modelo de toda santidad». Ahora bien, cuanto más nos acerca á Jesucristo una devoción, más semejantes á Él nos hace una práctica, más cara es ella al cristiano.

Tal es la razón por la cual no nos separamos de María. Entre todas las criaturas, es ella la que más se asemeja á Jesucristo. Si nuestra perfección consiste en hacernos semejantes á Él, el medio más seguro para lograrlo es adherirnos á ella.

Ella es la que está más cerca de Jesucristo. Si la devoción consiste en entregarnos por completo á Jesucristo, lo lograremos con la mayor rapidez posible entregándonos á María, para que nos trasmita á su Hijo.

María es el camino por el cual ha venido á nosotros Jesucristo; María es el camino por el cual llegamos á Jesucristo.

María es la criatura por la cual podemos con mayor seguridad asemejarnos á Jesucristo.

Así, pues, si honramos á María como al más elevado modelo de santidad, la devoción á ella, á causa de su seme-

janza con Jesucristo, es un medio incomparable de aliento para lograr la perfección.

Todos los que se lamentan de la supuesta exageración que hay en este culto, procederían mejor cayendo de rodillas ante la Madre de Dios, con todo el pueblo cristiano, y glorificar sus virtudes para animarse á imitarla.

Los cánticos populares más sencillos nos incitan á ello. He aquí uno que invitamos á meditar:

«Santa Virgen, á quien el Rey de la gloria ha escogido por esposa; Madre del Salvador, que nos has libertado del pecado, pide al mediador, tu Hijo, que nos perdone. Mira á tus siervos de rodillas; ofréceles tus súplicas por nosotros. ¡Oh Virgen concebida sin pecado! ¡Virgen Inmaculada! Haz que hallemos gracia ante el Señor, y pídele que nos perdone nuestras faltas, para que marchemos por tus vías, y siempre sigamos tu ejemplo. Imprime profundamente en nuestro corazón los dolores de tu Hijo. ¡Oh Madre de dolores, cuyo corazón fué traspasado por una espada; tú que permaneciste fija al pie de la cruz, cuando tu Hijo luchaba con la muerte, enséñanos á sufrir con paciencia en las amarguras de la vida, y condúcenos al cielo por la estrecha vía del dolor! Escucha, ¡oh Virgen, la más santa de las criaturas, escucha nuestras súplicas, y ruega para que, como tú, salgamos victoriosos de nuestras luchas, á fin de que, como tú, podamos llegar á esa mansión en donde reina la paz eterna, en donde son coronados los vencedores». [1]

(1) Schlosser, *Die Kirche in ihren Liedern*, (2) II, 315 y sig.

QUINTA PARTE

TESTIMONIO Y RECOMPENSA DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XXIII

LO MARAVILLOSO EN LA VIDA DE LOS SANTOS

1. Es un error no ver en la mística sino lo maravilloso, visiones ó alucinaciones.—La base sobre que debe de descansar la verdadera mística, es, según lo que hemos visto hasta ahora, una filosofía sana y una buena teología; ó, si esto parece demasiado erudito, una razón sana, una voluntad enérgica, una fe viva y un verdadero amor de Dios.

La perfección á que debe conducir la mística, consiste de la naturaleza y lo sobrenatural.

Así, pues, allí donde hay algo contrario á la naturaleza, es decir, en contradicción con la razón, no hay que hablar de mística. Cuando una supuesta mística sobrenatural enseña y hace practicar cosas inconciliables con las obligaciones naturales del hombre, no necesitamos largas investigaciones para saber si es ó no verdadera.

Todo lo que la verdadera moral natural exige, exígelo también la verdadera mística. Y lo que ésta añade en materia de prácticas sobrenaturales no hace más que terminar y completar lo que es humanamente terreno.

Por consiguiente, el que quiere marchar con seguridad por el camino de la perfección, no tiene necesidad—fuera de una dirección segura, en cuanto esto depende de él—más que de la fidelidad á su conciencia, de la antorcha de la fe y de una caridad verdadera y fuerte.

Hemos expuesto tanto estos principios en lo precedente, que parece superfluo repetirlos.

Pero cuando consideramos el mundo, en los antiguos tiempos como en los tiempos modernos, adquirimos fácilmente la convicción de que no podríamos proclamarlos suficientemente.

Parece que hay en el hombre una inclinación particular que le lleva á preferir lo extraño y lo extraordinario á su árido deber. [1]

Esta inclinación no descansa precisamente en las bellas cualidades del corazón. Porque, á decir verdad, el orgullo y la pereza son sus próximos parientes. Estos dos defectos están siempre dispuestos á obedecer las órdenes de un nuevo dueño, con tal que les prometa conducir la inteligencia más lejos en una hora de ensueño de lo que podrían hacerlo otros, ejercitándola durante años en la reflexión, y libertar el corazón de la sumisión á la fe, así como de la práctica de obligaciones penosas, para proporcionarle inmediatamente el medio de elevarse hacia la cúspide de la perfección.

De aquí el encanto que ejercen sobre los hombres las más audaces tendencias filosóficas y místicas, tan pronto como se dejan llevar de esta inclinación. De aquí también el fenómeno de que aparezcan siempre bajo nuevas formas.

Á esta inclinación hay que atribuir la opinión tan difundida, según la cual el nombre de mística es inseparable de singularidad y de extravagancia, y que todo deseo de querer conducir á ella al hombre, equivale á alejarlo de la razón y de la religión, y á hacerle buscar su dicha suprema en fantasías extrañas, y aun puramente ilusorias.

No hay que extrañarnos de que hayamos llegado tan lejos, dado que los hombres han seguido con mucha frecuencia esta ruta seductora. [2]

La antigüedad no conocía enseñanza religiosa alguna, ni imponía, en nombre de la religión, ninguna obligación de tender á la virtud. En cambio, ofrecía á los que se de-

(1) Cf. H. von Seedorf, *Die wahre und die falsche Aszese*, 176 y sig.
(2) Cf. conf. XI, 6.

jaban iniciar en sus misterios la perspectiva de poder penetrarlos, así como también un poder sobre las cosas invisibles, una felicidad y una perfección que superaban de mucho la medida ordinaria. Cuanto más fué declinando la antigüedad, y cuanto más el Oriente, donde este error fué especialmente cultivado, ejerció su atractivo seductor sobre el Occidente, tanto más se difundieron estas monstruosidades de la goetia y de la teurgía, que prometían al hombre someterle todas las fuerzas sobrenaturales de modo tal, que pudiese hacer cuantos milagros quisiera, satisfacer todos sus deseos y sorprender todos los misterios.

Esta manía floreció especialmente en los tiempos que precedieron y siguieron inmediatamente á Jesucristo. Bastará recordar el predominio de las doctrinas secretas y de los cultos secretos: el neoplatonismo, Simón Mago, Apolonio de Tiana y los gnósticos.

Después del triunfo del Cristianismo, estas maniobras secretas se sostuvieron con más dificultad. Sin embargo, no desaparecieron nunca por completo, sino que continuaron existiendo gracias á la influencia de la cábala judía, de las sociedades secretas y de las sectas de la Edad Media.

Pero cuando, á la aparición del Humanismo, poco antes de la Reforma, cayeron las barreras de la fe, dominaron de nuevo estos errores en los sortilegios, con tal fealdad, que casi podían rivalizar con los abominables encantos de Oriente.

El espíritu de secta producido por la Reforma, fué terreno favorable para la propagación de estas monstruosidades. Y cuanto más se extinguieron en los corazones la fe y la caridad, más peligrosa se hizo la atracción ejercida por esa inclinación á lo extraordinario.

Existe hoy en el fondo del corazón de los mejores hombres cierta tendencia á esta monstruosidad, una curiosidad malsana en querer resolver todos los enigmas, criminales esfuerzos para libertarse de las miserias de aquí bajo; y todo esto alimentado por el disgusto de ver en todas

partes oprimido el bien, y por la idea de que Dios debería intervenir para detener los progresos del mal.

Sería curioso que el que ha sido embustero desde el principio, no se adelantase á esta inclinación.

En efecto, es evidente que desde hace mucho tiempo tiene en constante excitación los espíritus con bellaquerías sin cesar repetidas. Así es como se ha visto aparecer, casi sin fingimiento, la antigua serpiente en los conventículos nocturnos modernos del espiritismo, del magnetismo y del hipnotismo, vestida con elegancia, verdad es, pero fácilmente reconoscible por su traje.

En verdad que cuando uno ve esto, no tiene necesidad de ser supersticioso ni santurrón, para decirse que, por lo menos, se halla en presencia de influencias muy malsanas y muy poco tranquilizadoras.

2. Danse en ese terreno ilusiones que proceden de influencias diabólicas y de faltas humanas.—No formularemos sobre todo esto un juicio demasiado severo, ni estamos dispuestos á decir que veamos siempre en ello al diablo en persona.

Sin embargo, nos vemos obligados á afirmar que se trata aquí de una tendencia de espíritu soberanamente inquietante y peligrosa, y que son inevitables las mayores decepciones, cuando una inclinación tan perversa para las cosas extraordinarias reina en los espíritus.

Sin duda que es permitido admitir que los fenómenos de que acabamos de hablar pueden explicarse de otro modo, es decir, que pueden provenir de causas fisiológicas, por consiguiente, que no está uno obligado á pensar siempre en la intervención directa de malos poderes, ó en una evocación consciente de Satán.

Pero lo que sí sostendremos contra todo el mundo, es que esta inclinación á lo extraordinario se ha abierto cómodo camino con la intervención de los poderes infernales.

Mucho nos asombramos de que haya personas que se burlen de nosotros á causa de esta manera de ver. Preci-

so sería violentar los ojos y la razón para negar que ha habido desde el principio diabluras, pactos con el infierno, influencias demoníacas. No hablaremos del Evangelio; sólo quien niegue sus relatos evidentes y claros, puede dudar de ello.

Ahora bien, si Satán se atrevió con el mismo Salvador, si el Apóstol juzgó bueno advertir á los primeros cristianos que el demonio se complace en disfrazarse de ángel de luz, (1) no seremos tan ciegos para creer que nuestra fuerza es sobrado grande, nuestra inteligencia y nuestra cultura bastante poderosas, y nuestra virtud suficientemente sólida para ponernos al abrigo de sus ataques.

Una época que tan poco cree en la palabra del Hijo de Dios, (2) una época en que la caridad se ha enfriado en todos los corazones, (3) invita sencillamente á Satanás á venir á reinar en lugar de Dios.

Ahora bien, ¿ha habido jamás otras épocas más favorables para lograr este objeto que la nuestra, en la que no se cree ya en él, en que el pequeño número de los que admiten todavía su influencia, son, por miedo de que se les considere como gentes atrasadas, los primeros en alborotarse cuando alguien tiene el valor de mostrarlo con el dedo, en que todos estamos convencidos de que la luz de nuestra civilización y de nuestra ciencia relega completamente á la sombra á este poder siniestro?

¿Dónde, en la historia, se hubiera encontrado jamás una generación de la que hubieran podido decir con razón las burlonas palabras que pronunciaba en el *Fausto:* «El pueblo humilde no distingue jamás al diablo, aunque lo coja por la garganta?» (4)

¿Quién censurará, pues, á un observador atento de los hechos, por creer que el diablo entra también en ellos por algo, y que marchamos á pasos agigantados hacia aquellos

(1) II Cor., XI, 14.
(2) Luc., XVIII, 8.
(3) Matth., XXIV, 12.
(4) Gœthe, *Faust* (G. W. 1854, IX, 189).

tiempos «en que el espíritu del abismo se desencadenará», (1) «para obrar prodigios capaces de seducir á los mismos elegidos?» (2)

Sin embargo, no es esto una razón para probar la conducta de muchos que ven el diablo en todas partes. La malicia del corazón humano es tan insondable, y tan monstruosos con frecuencia los errores que el terco orgullo puede producir en la cabeza de un hombre instruído, que muchas cosas se explican sin necesidad de recurrir á la intervención de Satanás.

Pensamos ciertamente en él, cuando leemos cosas referentes á la pitia y á las orgías de los antiguos cultos secretos. Admitimos de buen grado que los Padres tenían excelentes razones para hablar de una influencia directa del diablo. (3) Y cuando se refiere de Mahoma que, en sus momentos de éxtasis, se ponía rígido como un cadáver, echaba espuma por la boca como un beodo, mugía como un camello joven y experimentaba violento zumbido en los oídos, (4) se nos impone la misma explicación.

Sin embargo no desconocemos que, de un lado, la vanidad y el hábito de la ilusión personal pueden producir una habilidad completamente extraordinaria en la exageración y en la invención, del mismo modo que un aumento en las fuerzas humanas mal empleadas; (5) y que, por otra parte, el peligro de ilusionarse á sí mismo, ó de dejarse engañar, no queda evitado por completo por el solo hecho de que no haya engaño intencionado.

De aquí que nos baste saber que el enemigo de la verdad y de la virtud gira sin cesar en torno nuestro, ora como león rugiente, (6) ora como serpiente astuta.

La debilidad humana nos explica lo demás.

(1) Apoc., XX, 3.—(2) Marc., XIII, 22. Matth., XXIV, 11.
(3) Justin., *Apolog.*, 1, 9. Athenagoras, *Legatio*, 26, 27. Minuc., *Octav.*, 26, 27. Lactant., *Inst.*, 2, 14. Tertullian., *Apologet.*, 22. Cyprian., *Idolor. vanit.*, 7. Augustin., *Civ. Dei*, 8, 26.
(4) Nœldeke, *Mohammeds Leben*, 22.
(5) Sprenger, *Mohammed*, I, 233 y sig., 237 y sig.
(6) Petr., V, 8.

En vez de reconocer en la humildad la base fundamental de toda perfección, quiere el hombre distinguirse y causar asombro.

No le gusta oir hablar de renuncia personal, de mortificación y de paciencia; pero, en cambio, haría milagros con mucho gusto. Las obligaciones ordinarias le parecen demasiado mezquinas. Las cosas extraordinarias lisonjean su egoísmo. No le agrada santificar su interior en un retiro silencioso. Hacer ruido con actos externos ó aparentes, es más fácil. Acompañar á Jesucristo en su triunfo ó en la Cena, no le desplace; pero compartir con Él sus angustias en el huerto de las olivas, así como las ignominias de la cruz, he aquí á lo que no puede resolverse.

Esta negligencia para consigo mismo, esta solicitud en precipitarse en el barullo del mundo, esta manía por lo extraordinario, este deseo de ver á Dios intervenir súbitamente en las negocios de aquí bajo, son las razones principales que en todo tiempo han producido las más graves ilusiones, y favorecido los malvados deseos de Satán.

3. Imposibilidad de lo maravilloso en el racionalismo y en el protestantismo.—Pero precisamente porque admitimos de buen grado todo esto, no estamos obligados, ni mucho menos autorizados, á negar todo el campo de lo extraordinario y de lo maravilloso, ó á rechazar por adelantado, como pura ilusión, todo lo que se presenta con este aspecto.

Seguramente que hay aquí grandes ilusiones; seguramente que es funesta ceguedad el que un falso misticismo trastorne el cerebro del hombre, de suerte tal que, como Jacobo Böhme, crea asistir al nacimiento del Salvador, como Jane Leade, recibir cartas de Dios, ó, como Gitchel, ser delegado por Él para librar al diablo del infierno. Y es igualmente una enfermedad mental el que uno vea día y noche espectros ante sí, como los caballeros locos de la Edad Media, los cuales estaban constantemente en lucha con espíritus y brujas.

Pero todavía es una ceguera más profunda el que el racionalismo, negando todo lo sobrenatural, llegue á concebir la resurrección del Salvador como simple prueba de la utilidad de un sueño reparador, y la historia de la bruja de Endor como efecto de un ayuno demasiado prolongado.

Por una parte, se es demasiado absoluto, y, por otra, demasiado poco. Llégase hasta arrebatar á Dios su poder sobre el infierno y sobre el mundo. Ó bien se califica á todos los hechos extraordinarios de engaños, exaltaciones, locuras, fantasías, enfermedades mentales, histerismo, ó bien no se quiere manifestar la negación de ellos, y entonces se inventan, en nombre de la ciencia, estados físicos inexplicables y estados inquietos del alma, fuerzas desconocidas, extensiones fantásticas del espacio, propiedades místicas en la naturaleza y en el hombre, de suerte tal, que todos los que los oyen exponer y los leen, vense obligados á decir que, frente á acontecimientos tan incomprensibles, todos los milagros del Salvador y de los santos se hacen comprensibles, naturales y aun necesarios.

Ya hemos dicho que no consideramos como imposible todo lo que la fisiología proporciona para explicar las situaciones extraordinarias; sólo que nadie creerá que lo explique todo por modo puramente natural, y que haya hecho desaparecer del mundo lo sobrenatural.

También puede uno reconocer los derechos de esta ciencia sin perjudicar á los de lo sobrenatural.

¡Que siquiera puede la ciencia juzgar por modo imparcial todo lo que supera los límites de su dominio, como nosotros la juzgamos desde el punto de vista sobrenatural!

Si lo sobrenatural se armoniza con la ciencia, ¿por qué no ha de armonizarse la ciencia con lo sobrenatural?

Sin duda que es difícil creer en la intervención extraordinaria de Dios, cuando no puede uno deshacerse del racionalismo, ni siquiera en las cosas religiosas.

Allí donde lo sobrenatural es desterrado de la vida, allí donde la fe en Jesucristo, y aun en el mismo Dios, es arrancada de los corazones, ¿qué pueden hacer los mila-

gros y los hechos sobrenaturales? «¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas?» [1]

Evidentemente, si alguien quisiese hablar de milagros y profecías, de comunicaciones y estados sobrenaturales en el terreno de una fe mediana ó de la incredulidad, preciso sería interpretar esto como engaño ó ilusión.

Á veces, los que de ello se glorifican pueden ser personalmente personas muy estimables; pero mientras tienen por base una religión y una manera de considerar la vida huérfanas de lo sobrenatural, se engañan ciertamente cuando creen poder elevarse hasta las cosas sobrenaturales.

También nosotros consideramos como errores todas esas supuestas visiones y éxtasis, esas luces interiores y esas emociones que vemos en los cuakeros, en los metodistas, en los irwingianos y en el interior de tantas otras sectas modernas.

De aquí que comprendamos perfectamente que el que no ha aprendido á conocer lo extraordinario bajo otra forma, tiene motivo fundado para ponerse en guardia contra la fe en el milagro y en lo sobrenatural.

4. Los milagros están inseparablemente unidos á lo sobrenatural, y son prueba del carácter sobrenatural y de la verdad de la Iglesia.—Con todo, los abusos, los ataques y las negaciones sobre este punto no podrían ser otra cosa que una exhortación á proceder con la mayor prudencia y circunspección, siempre que se encuentre uno en presencia de hechos de esta especie.

Por otra parte, esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia. Y difícil sería ser más severo que ella en esta especie de cosas.

Sin embargo, una sabia prudencia no excluye *a priori* todo lo que es milagroso. Existe lo sobrenatural. Ahora bien, si es verdad—y lo es—que lo sobrenatural se une á lo natural, hay también hechos sobrenaturales en la naturaleza. Lo sobrenatural no suprime la naturaleza, sino que

(1) Matth., VII, 16.

la transfigura, la eleva, la penetra, como lo hace el alma con el cuerpo. En este caso, debe manifestarse por efectos que le son propios.

Por consiguiente, toda la cuestión de saber si existen cosas extraordinarias y milagrosas se resume en la exacta concepción de las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural.

Acabamos de decir que allí donde es rechazado lo sobrenatural, ningún poder sobrenatural puede ejercer una acción saludable; porque los hijos de la incredulidad son los que sufren especialmente estas influencias perniciosas del más allá, causa de seducción y de perjuicios enojosos para los hombres.

Evidente es también que lo sobrenatural se manifiesta allí donde existe la fe y la vida cristiana. El Salvador ha dicho: «Quien cree en mí, ese hará también las obras que yo hago, y las hará también mayores». [1]

No hay que asombrarse, pues, de que hayan tenido lugar milagros y hechos extraordinarios allí donde vive y obra la verdadera fe en Nuestro Señor; precisamente lo contrario es lo que debía sorprender.

Si dejamos desarrollarse por completo en nuestro espíritu y en nuestro corazón las fuerzas sobrenaturales, por la fe viva, y por una vida según la fe, las pruebas más visibles de la influencia divina se unirán á nuestra sombra, como en otro tiempo á la de San Pedro.

El que se ha convertido en verdadera morada del Espíritu Santo y tiene completa semejanza con Jesucristo, es igualmente apto para participar del poder que Dios dió á su Hijo cuando vivía en la tierra. Si la cabeza ha poseído un poder tan maravilloso sobre el cielo y la tierra, sin duda alguna que el cuerpo experimenta también sus efectos.

Como ya lo hemos dicho del profetismo, [2] la continuación del poder de hacer milagros no es la última prueba de la divinidad de la Iglesia. Si es el cuerpo del Salvador,

(1) Ioan., XIV, 12. Cf. Matth., XVII, 19. I Cor., XIII, 2.
(2) V. *Introduct.*, 2.

posee también algo de su poder. De lo contrario, la hubiera abandonado el Salvador.

Aun las asociaciones que se atribuyen falsamente el nombre de Iglesia, sienten el peso de esta verdad. Niegan los milagros, y, no obstante, quisieran darse la apariencia de poseer cosas extraordinarias. Comprenden muy bien que, sin la prueba decisiva del poder sobrenatural, no podría existir la fe en la Iglesia.

Pero con esto no queda dicho que todo cristiano posea necesariamente este poder, y haga necesariamente milagros. (1)

Sin embargo, lo incontestable es que todos los que hacen realmente milagros han obtenido para ello la fuerza de Dios por Jesucristo, y que la capacidad de obrar prodigios proviene de la unión viviente con Jesucristo como Jefe. Todos pueden hacer milagros, si juzga Dios á propósito concederles poder para ello. (2)

5. Importancia de los milagros como acrecentamiento de gracias extraordinarias para la Iglesia y para los santos.—Por consiguiente, razón tiene la Iglesia para conceder importancia á los hechos extraordinarios que se encuentran en la vida de los santos, y para gloriarse de ellos, dando gracias á Dios. Son ellos la prueba evidente, irrefutable, de que los santos, en cuanto miembros vivientes del cuerpo de Jesucristo, han recibido en sí el espíritu de Él, han obtenido una parte considerable de su poder, y han hecho pasar á su vida sus virtudes interiores y á la vez sus acciones extraordinarias.

En esto hay que buscar la verdadera importancia de lo milagroso en la vida de los santos. Los milagros son testimonio y recompensa de su santidad, (3) tanto para ellos como para la Iglesia de la cual forman parte.

Tras de lo que tantas veces hemos dicho, no hay necesidad de repetir que la santidad y la recompensa de la santidad son dos cosas completamente diferentes.

(1) Thomas, 2, 2, q. 178, a. 1, ad 1.—(2) Thomas, 3, q. 13, a. 2, ad 3.
(3) Thomas a Celano, *Vita S. Francisci*, 1, 8, 70.

No se cansan de enseñar los santos que no son los milagros los que hacen santos, sino únicamente las virtudes, y que el que busca cosas extraordinarias, corre grave riesgo de adandonar las vías ordinarias que conducen á la perfección, y, por el mismo hecho, la perfección misma.

El que desea visiones y éxtasis, el que se cree instrumento de Dios para cosas extraordinarias, no tiene necesidad de seductor, porque está ya suficientemente seducido por su imaginación perturbada y por su orgullo.

Cuando se examinan seriamente los supuestos hechos milagrosos, basta para rechazarlos comprobar que uno los desea, que los pide por medio de la oración, que les concede gran importancia, ó aun tan sólo que se ha tomado un trabajo especial para tener la prueba de su verdad. (1)

Porque los santos y las almas que aspiran realmente á la perfección ni siquiera pueden pensar en semejantes cosas. Virtudes reales es lo que piden. Si les tocan en herencia dones extraordinarios, los reciben como presentes inesperados de Dios, (2) y aun á veces, como dones no merecidos. Pero no se les ocurre la menor cosa para obtenerlos. Al contrario, temerían haber cometido un pecado, si realmente pensasen en ellos ó los deseasen.

Pero Dios, liberal y bueno, piensa en lo que no se les ocurre á ellos. Cuanto más desinteresadamente le sirven, más se cuida de ellos. He aquí la razón por la cual prepara con frecuencia á sus elegidos dones completamente particulares.

La teología distingue entre la gracia y los dones de la gracia, por un lado, y las gracias extraordinarias, por otro. (3)

En efecto, estas dos categorías son completamente diferentes.

Los dones de la gracia son la condición preliminar in-

(1) Benedict. XIV, *Canonis.*, 3, 52, 4, 5. Durandus, *De visionib.*, c. 11. Schram, *Myst.*, § 512.
(2) Cf. Besse, *Les moines d' Orient*, 508 y sig.
(3) Thomas, 1, 2, q. 111, a. 1, 4; 3, q. 7, a. 7.

dispensable para agradar á Dios, para ser santo y para merecer. Sin ellos, no podemos ni cumplir nuestros deberes sobrenaturales, ni esperar nuestro fin sobrenatural. De aquí que todo el mundo sin escepción tenga personalmente necesidad de ellos.

Las gracias extraordinarias se dan únicamente á algunos instrumentos particulares de la misericordia de Dios, solamente por modo transitorio, solamente para algunos casos particulares, [1] y esto no para utilidad personal de los que las reciben, sino para utilidad de otro.

Los honrados con estas gracias deben ser capaces de obrar más fácilmente sobre su prójimo, para facilitarle, ora la fe, ora los medios de conseguir su fin, en una palabra, para poder conducirle mejor á su salvación.

Los dones milagrosos son, pues, por su naturaleza, un medio de edificación, de exhortación y de consuelo para los hombres, [2] un medio que permite al cuerpo de Jesucristo, la Iglesia, procurar la salvación á gran número de personas y conducir á los fieles á la perfección. [3]

No hay duda de que los dones de la gracia y el amor de Dios son algo más importante que el don de lenguas, [4] de milagros y de profecías.

Sin embargo, las gracias extraordinarias se hacen notar más, y producen mucha más impresión que ellos. Éstos evitan la observación, en tanto que todo el mundo puede comprobar aquéllas. Los dones de la gracia forman parte de la vida cotidiana, mientras que las gracias extraordinarias son algo de raro, y hacen del que es digno de ellas el bienhechor de gran número de sus semejantes.

Justo es, pues, respetar las gracias extraordinarias, y considerarlas como una prueba de distinción particularísima por parte de Dios, lo que ciertamente son en realidad.

(1) Thomas, *C. Gent.*, 3, 154.
(2) I Cor., XIV, 3.
(3) Ephes., IV, 12. I Cor., XIV, 4.
(4) I Cor., XII, 31.

6. Lo extraordinario como resultado de la santidad ordinaria, y como complemento de la actividad ordinaria de la Iglesia.—Resulta de aquí que estas cosas extraordinarias tienen doble importancia, referente la una á los hombres perfectos y á los mismos santos, y la otra á la Iglesia de Dios en general.

Para los favorecidos por ellas, son á la vez prueba y recompensa de su santidad.

Pero para la Iglesia son, en parte, prueba de su verdad y de su santidad, y, en parte, medio de acción.

Como se ve, lo extraordinario no se presenta por modo tan repentino y tan inmediato como pudiera creerse.

Allí donde lo extraordinario no se apoya en lo ordinario, y no proviene de éste como por modo natural, ó bien hay que considerarlo como sospechoso, ó bien es una exageración malsana.

Ninguna sospecha podría alcanzar aquí á la vida de los santos y á la manera como la Iglesia concibe la perfección.

Cuanto por modo más inflexible nos indica ella las obligaciones que nos imponen nuestra fe y nuestra conducta, cuanto más se oye censurar que exige del hombre la obediencia y la fidelidad á los mandamientos, á fin de hacerle apto para realizar su empresa moral, más derecho tiene de hacer un llamamiento á lo que hay de extraordinario en la vida de sus miembros más celosos. Porque aquello de que más le censura el mundo orgulloso, es precisamente la mejor garantía de que estos hechos milagrosos tienen sana y sólida base.

Allí donde el hombre sigue sus propias vías, sin inquietarse de la ley de la tradición y de la comunidad, las cosas extraordinarias dan siempre que pensar. Pero allí donde provienen de personas obedientes que cumplen perfectamente sus deberes; allí donde existe la fidelidad á las cosas pequeñas, á las enojosas obligaciones de cada día; allí donde hay amor á la ley y á la unión con la comunidad; en una palabra, allí donde lo ordinario forma la base

de la perfección, como ocurre en la Iglesia, merecen á la vez crédito y confianza.

En este caso, lo extraordinario es, ó bien resultado de una santidad personal ordinaria, ó bien un medio destinado á auxiliar la actividad ordinaria de la Iglesia.

No vemos, pues, porqué se procede con tal desconfianza, por no decir con tal incredulidad y cólera, cuando se trata de cosas extraordinarias en la Iglesia.

Compréndase bien nuestro pensamiento. No queremos decir que haya que aprobar á cualquiera que ofrezca estas cosas, ni que deba creerse ciegamente todo acontecimiento de esta especie. No; nunca se usará de demasiada circunspección bajo este concepto, especialmente en tiempos como los nuestros, tan extraños á la verdad, á la seriedad y al árido cumplimiento del deber, y que, en cambio, muestran tanta inclinación personal por las extravagancias asombrosas.

En una materia en que la ilusión es tan fácil, y en que los espíritus más perspicaces y piadosos pueden cometer errores, se hará bien en usar de prudencia con relación á estos asuntos, prudencia justificada por el amor á la verdad.

Pero no se trata de esto. Alabamos á los que se arman de vigilancia contra lo milagroso cuando á ellos se refiere. Pero no felicitamos á los que acortan el brazo de Dios y quieren arrebatar á la Iglesia una de sus armas más maravillosas. No podemos aprobar tampoco á los que creen que estos acontecimientos han podido producirse en ciertas épocas, pero que hoy los tiempos y los hombres se oponen á su realización.

¿Quién habla así? Las mujeres—se dice.—Sí, mujeres son exclusivamente las que refieren semejantes cosas.

¿Cómo? ¿Mujeres? ¿Son esos seres débiles, esas mujeres que doman sus pasiones con energía, las que practican mortificaciones heroicas y sirven á Dios con fidelidad? [1]

No es ciertamente dirigirles un reproche el decir que

(1) Ribera, *Vita S. Teresæ*, 1, 2, 37.

sólo ellas marchan por el camino de la perfección con seriedad viril. No hay que creer que sea una vergüenza para el Cristianismo llenar los vacíos producidos por desertores en las filas de hombres, con mujeres y vírgenes heroicas.

Por lo contrario, ¿no deberían los hombres avergonzarse de su debilidad, antes que insultar á las mujeres y menospreciar la enseñanza que Dios les da, mostrándose grande en los pequeños, y haciendo fuerte lo que es débil? [1]

Si ahí dentro no hay más que lo que es propio de la mujer, entonces, ¡vergüenza para el hombre!

Pero si es el poder de Dios, que no hace distinción alguna entre el hombre y la mujer, [2] entonces hay que callar.

«Que nadie se atribuya á sí mismo un don de Dios» [3] «Dios hace misericordia á quien le place», [4] y da á quien quiere dar. Y nadie tiene derecho á preguntarle por qué obra así.

Ha dado á los hombres el sacerdocio, la misión de predicar, la ciencia, la actividad pública, en una palabra, todo aquello sobre lo cual descansa la terminación del reino de Dios. Es esto ya para ellos honores, deberes y responsabilidades suficientes. ¿En qué los perjudica, si confía á las mujeres el cuidado de ornar á la Iglesia, dándoles, á este efecto, algunas joyas extraordinarias?

Tengamos, pues, cuidado de que la perfección ordinaria florezca en toda su pureza; con ello tendrá necesidad la Iglesia de menos cosas extraordinarias. Pero Dios tiene necesidad tanto mayor de servirse de éstas para ejecutar sus designios relativos á nuestra salvación, cuanto que menos posibilidad de cumplir su misión ordinaria tiene su Iglesia.

Porque, cuando la otra objeción dice que los tiempos

(1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 1, 122.—(2) Col., III, 28.
(3) Hebr., V, 4.
(4) Rom., IX, 18.

no son propios para tales cosas, creemos que hay en ella muy mala inteligencia. Tiempos en que la violencia y el desencadenamiento de todas las seducciones casi arrebatan á la Iglesia la libertad de sostener sus leyes, de educar á los sacerdotes según sus miras, de expulsar de su seno á los indignos, de llenar de su espíritu los conventos y poblarlos de tropas escogidas, tiempos en que los hombres no tienen ya lazo alguno con la Iglesia, en que sólo algunos Nicodemus se deslizan todavía en la oscuridad cerca de Jesús; tiempos en que los servidores del santuario se ven corroídos por el miedo, y no saben más que callarse y seguir las inspiraciones de la prudencia de la carne; tiempos en que la fe es despreciada, en que la adhesión á la Iglesia se ha convertido en objeto de mofa, y la mortificación y la piedad seria en cuentos de viejas, nos parecen precisamente que son tiempos en que Dios debe venir en auxilio de su Iglesia con dones extraordinarios.

Cuanto más oprimido y reducido es el reino de Dios, como en los días de sus primeras pruebas, y esto no sin culpa nuestra, más conformes son con la época los efectos extraordinarios del poder divino.

Cada año que nos acerca al fin de los tiempos, nos hace ver más claramente que tenemos necesidad de grandes santos y de milagros.

7. Guerra entre los santos y el milagro.—Con sólo que volviesen los santos, aparecerían los milagros por sí mismos, aunque no tienen en manera alguna nada que ver con ellos.

Porque ocurre con los milagros lo que con el honor. El honor es la sombra de la virtud; el milagro es la sombra de la santidad.

La sombra huye delante de quien la persigue, y se aferra á los pasos del que huye de ella. Puede decirse que lo milagroso persigue á los santos, para recompensarlos por evitarlo con tanta solicitud.

Uno de los rasgos más curiosos de la vida de los santos es la extraña guerra que existe entre ellos y los milagros.

Nuestros sabios, que todavía aquí se rigen por sus favoritos, los brahamanes y los budistas, creen sin duda que los santos practicaban ayunos tan rigurosos sólo para debilitarse y embrollar sus ideas, á fin de provocar el éxtasis. (1)

Lo que hay en esto de verdad es que los santos comprendieron que, con una vida muelle, nada podrían hacer de extraordinario. En cuanto al reproche que se les dirige de haber ayunado para provocar visiones celestes, no les alcanza en manera alguna.

Los ermitaños del desierto vivieron en la penitencia más rigurosa; esto no ofrece duda alguna, pero, aun para ellos, era el ayuno una práctica secundaria que interrumpían sin escrúpulo. Á menudo comían y bebían fuera de las horas reglamentarias, á fin de ejercer los deberes de la hospitalidad, (2) y para evitar el singularizarse; y aun lo hacían para no ser favorecidos por ningún don extraordinario de Dios en presencia de personas extrañas. (3)

Esto no prueba precisamente que hayan querido crearse una situación extraordinaria con sus mortificaciones.

Las medidas de precaución, á veces exageradas, que tomaban para preservarse de las visiones y revelaciones, así como la resistencia que les oponían, prueban la poca importancia que concedían á todo esto.

Ciertamente, no podemos aprobar la conducta de algunos de ellos que llegaron hasta rechazar apariciones, aunque fuese Jesucristo quien se les apareciese, garraspeando alto, ó por otros medios de desprecio, (4) ó á quienes Dios ha debido castigar para obligarles á someterse á semejantes comunicaciones, como ocurrió con Santa Coleta (5) y con Angela de Foligno. (6) Pero, en todo caso, no han de-

(1) Tylor, *Primitive Culture*, (4), I, 445 y sig.; II, 410 y sig. En alemán, *Anfänge der Kultur*, I. 439; II, 411 y sig.
(2) *Vitæ Patrum*, 3, 53; 5, 4, 26; 13, 10.—(3) *Ibid.*, 5, 12, 11.
(4) Salmantic., *Mor. tr.*, 20, c. 6,14-21. Scaramelli, *Myst.*, tr. 3, n.° 43, tr. 4, n.° 56. Schram, *Myst.*, § 507, *Schol.* 2. Gœrres, *Mystik*, IV, II, 317.
(5) Stephan. Juliac., *Vita S. Coletæ*, 5, 31; 12, 112.
(6) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 10, 142.

jado la menor duda de que, en el fondo de su corazón, no deseaban semejantes favores. Posible es que, en lo que hacían para evitar lo milagroso, traspasasen la justa medida como Jonás; pero estos errores nos ofrecen excelente aspecto, ya que nos hacen ver lo poco que los santos deseaban las cosas extraordinarias.

Por lo contrario, toda su conducta nos muestra que encuentran muy poco agradable esta tenacidad del milagro en perseguirlos.

Y la razón es fácil de comprender.

Desde luego, tienen miedo de engañarse. Después son atormentados por la responsabilidad que cada favor de Dios les impone.

Si piensan en Dios, se espantan, porque conocen el precio elevado á que deben pagar cada una de sus preferencias. En lo que personalmente les concierne, temen que esto no perjudique á su alma. Además, lo que pueden esperar de parte de los hombres, no es propio para hacerles desear lo milagroso.

8. Aprobación de los santos por las persecuciones de los hombres.—Este último punto es quizás lo que hay de más sensible para los servidores de Dios. Pero, para el mundo, es en verdad la prueba más convincente de su sinceridad.

Si hubiesen tenido intención de engañar, pronto la hubieran desechado, á causa de los tratos que el mundo, y con mucha frecuencia los que los rodeaban, les hacían sufrir.

Osanna de Mantua fué calificada por su padre y los médicos de histérica, de epiléptica, y tratada en consecuencia. [1] Lo mismo ocurrió con Armella Nicolás. [2] Los teólogos y los directores espirituales decían otro tanto de Santa Rosa de Lima. [3] Santa Catalina de Ricci se vió tratada del mismo modo por sus compañeras. [4] Isabel de

(1) Hieron. Olivet., *Vita B. Osannæ*, 1, 2, 26; 4, 40.
(2) Armella Nicolas, *Schule der Liebe Gottes*, 61.
(3) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 12, 171; 15, 215.
(4) Bayonne, *Vie de S. Cath. de Ricci*, I, 99 y sig.

Schönau fué considerada por las suyas como víctima de las astucias del demonio. [1] Tanto se repitió esto á la bienaventurada Bartolomea Bagnesia, que acabó por creer que todo no era más que imaginación, disimulo y engaño. [2] Con relación á Santa Lidivina, el cura hasta llegó á orar públicamente en la iglesia para que volviese de sus errores. [3] Coloma de Rietti fué arrastrada mucho tiempo por el fango como histérica y loca, [4] lo que todavía no pareció suficiente á un sabio lector de su Orden, quien la declaró poseída del demonio en castigo de sus pecados. [5]

Igualmente se hizo pasar por poseída á Cristina Mirabilis, á la que se encadenó para que el malvado espíritu no pudiese dañar por su mediación. [6] Catalina de Raconigi fué perseguida como bruja y herética. [7] Toda la vida de San José de Cupertino está llena de sufrimientos que soportó de parte de la Inquisición, de sus superiores y de sus compañeros; dicha vida nos refiere cómo fué arrastrado de ciudad en ciudad, y de prisión en prisión, para quitarle sus ganas de volar y caer en éxtasis. Salvador de Horta debió igualmente pagar muy caros sus milagros, pues fué apaleado, desterrado, privado de toda relación con los hombres, y destinado finalmente á la cocina para fregar los platos. «Allí—decían—podrá hacer todos los milagros que quiera, en medio de sus potes y cacerolas». [8]

Se comprende que Cristina Stumbelen, que no fué mejor tratada, dijese en cierta ocasión, con amarga ironía, que más le hubiese valido ser una pecadora pública, que un alma á la que Dios perseguía sin cesar con sus milagros. [9]

Nadie negará que estos tratos defienden á los santos de

(1) *Vita B. Elisab. Schonaug. Prolog.*, 3, 9.
(2) Campi, *Vita B. Barth. Bagn.*, 5, 35, 36.
(3) Brugmann, *Vita S. Lidwinæ*, I, 11, 124; II, 2, 9, 134 y sig.
(4) Sebast. Perusin., *Vita B. Columb. Reat.*, 13, 115, 121.
(5) *Ibid.*, 11, 95.
(6) Thomas Cantiprat., *Vita B. Christ. Mirab.*, 1, 9; 2, 17.
(7) *Vie de la B. Cath. de Raconigi* (Paris, 1865), 67, 69, 123 y sig.
(8) Dima Serpi, *Vita B. Salvatoris*, 11, 86 y sig.
(9) *Vita anonyma B. Christ. de Stumb.*, 1, 5; 2, 16.

haber inventado semejantes cosas por vanidad ó hipocresía.

Con razón ha dicho San Raimundo de Capua de Santa Catalina de Sena lo siguiente: «Calumniadores envidiosos de su santidad hicieron circular toda suerte de rumores acerca de ella. Pero tranquilízate, caro lector, porque aunque esta Santa no hubiese sufrido otras aflicciones que las que sus imprudentes superiores le hicieron padecer, hubieran bastado ya para convertirla en mártir de paciencia. No comprendían ni querían oir hablar de sus dones extraordinarios. Querían obligarla á seguir las vías que todos siguen; no se dignaban honrar la vecindad de Dios, que tan visiblemente deseaba conducirla por senderos milagrosos, del propio modo que los fariseos, los cuales veían los milagros de Dios y decían: «Este hombre no es enviado de Dios, porque hace milagros en sábado». Por causa de esto sufría interminables angustias. ¡Ay Dios mío! Cuántas veces también debió decirse de ella: «Arroja á los demonios por Belcebú», es decir, sus visiones no proceden de Dios sino del diablo, á pesar de que fuesen todos, no sólo testigos de sus milagros, sino que se viesen obligados á confesar que toda su vida no era más que un milagro continuo». [1]

9. Aprobación de los milagros de los santos por las persecuciones de los hombres.—Estas persecuciones por parte de una vecindad envidiosa, estos malos tratos de torpes directores y superiores envidiosos, tratos que son el pan cotidiano de los santos, entrañan, no solamente para la persona de éstos una sólida escuela de virtud y una buena defensa contra toda sospecha de engaño deliberado, sino que también una garantía muy segura de que los mismos hechos milagrosos que se producen en su vida descansan en la verdad.

Dícese siempre de los acontecimientos extraordinarios de la vida de los santos que no han sido suficientemente examinados. Añádese que no es posible dar jamás con la

(1) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 5, 80.

garantía de su autenticidad en medio de una muchedumbre sencilla y crédula que contempla estúpidamente el cielo esperando milagros, que pierde la cabeza ante el menor hecho extraordinario, por causa de insensato entusiasmo, y que en todo piensa menos en examinar las cosas más de cerca. Se dice igualmente que semejantes acontecimientos debieran haber sido minuciosamente examinados por médicos y especialistas, si es que, con todo, se les concede alguna importancia.

Pues bien, este examen no ha faltado jamás en tiempo oportuno. El que conoce la vida de Catalina Emmerich y la historia de las apariciones de Lourdes, sabe lo que, en semejantes casos, la movilización de todos los especialistas y burócratas, sin contar la fuerza armada, es capaz de hacer, sino de profundo y serio, por lo menos en falta de miramientos y en brutalidad. Pero también saben cuán incapaces son todos estos señores, sabios é ignorantes, cuando se trata de juzgar estos casos.

En el examen de milagros, con relación á un proceso de beatificación, la Iglesia consulta siempre á especialistas, á la vez que á teólogos y á filósofos. Ahora bien, hácese esto únicamente para observar la más estricta circunspección, y aun casi podríamos decir, para tener en cuenta los prejuicios del mundo.

Profesamos el mayor respeto al arte médico y á las ciencias físicas y naturales, con tal que no se extralimiten. Pero ¿qué pueden decir en semejantes casos, y cómo fiarnos de las decisiones de sus representantes?

De tal modo están habituados los médicos á ser engañados en las cosas de su profesión, que ni siquiera lo advierten. ¡Quizás poseen más esta especialidad que la de curar!

¿Y qué diremos de las ciencias físicas y naturales? Hablando francamente, que se nos muestre un solo sabio suficientemente modesto para admitir que todavía hay algo por encima de sus retortas y de sus sopletes, y de buen grado entraremos en discusión con él. Pero, dado lo que ordina-

riamente son, sentiríamos perder tan sólo cinco minutos con ellos, cuando de cuestiones milagrosas se trata.

Uno de estos sabios se lisonjea de haber disecado ya centenares de cadáveres, sin haber hallado el alma en ninguno de ellos. ¿No es verdad que, si hubiese hallado una, hubiera ella llevado ciertamente su gentileza hasta esperar su llegada, y recibir de él su hoja de ruta para el cielo?

Pues bien, si un sabio semejante no es ni siquiera capaz de distinguir un hombre muerto de otro vivo, ¿qué papel podrá representar con relación á uno que—como lo exigen siempre de los santos los escépticos y los impíos—se haya metido en la cabeza conquistarse una reputación como hombre, ó aun como mujer extraordinaria?

Que se encierren algunos centenares de estos sabios con una persona histérica en una academia de medicina, y veremos personas que no saben ya que hacer, ó, si son demasiado orgullosos para confesar su impotencia, necios que se dejan fácilmente embaucar.

Y ¿deberíamos dejar depender de esta ciencia nuestro juicio sobre los milagros y los hechos sobrenaturales?

Felizmente, la Iglesia y la sana inteligencia humana exigen un juicio más severo, comisiones más seguras y especialistas más sabios.

Y para esto, la debilidad y la malignidad humanas han tenido buen cuidado de concertarse de tal suerte, que las mayores exigencias relativas á la seguridad de nuestra convicción puedan quedar completamente satisfechas. Los medios empleados en estas investigaciones, son más enérgicos, que aquellos de que disponen nuestros profesores de universidad. Éstos ponen un termómetro bajo el brazo del paciente y le auscultan el corazón. Pero la malignidad de observadores envidiosos le interroga cruelmente en todos sentidos, para ver si no hay nada sospechoso en él.

Comparados con la envidia y la astucia femeninas, todos los microscopios no significan nada; frente á la susceptibilidad sobreexcitada, todos los reactivos químicos son de mediana importancia. La ciencia llega muy pronto al

término de su saber, y declara, encogiéndose de hombros, que se le preguntan cosas fuera de su competencia. Pero, la envidia mortificada comienza precisamente su acción allí donde la ciencia vencida debe rendirse. Ahora bien, cuando ha perdido su aguijón y su ponzoña, seguro puede estar uno de que queda poco de lo cual haya necesidad de dudar.

Cuando leemos en la vida de casi todos los santos la gran fecundidad inventiva y la tenacidad con que los miembros de la comunidad á que pertenecen, los confesores, los superiores, los comisarios, las comisiones, los inquisidores, los testigos secretos, han dado libre curso á su prudencia, á su pavor con relación á los milagros de sus pobres víctimas; cuando vemos cómo ha sido violado todo derecho natural con relación á estas almas, cómo han sido pisoteados sus sentimientos de honor y delicadeza, cómo han sido privados de los auxilios sobrenaturales que tan necesarios les eran en semejante angustia, de los consuelos de la oración y de la recepción de los sacramentos, y que, á pesar de esto, lo sobrenatural ha acabado por triunfar, ¿no se siente uno tentado á creer que se han rebasado los límites de lo permitido para afirmar su realidad?

10. Garantía de la verdad de lo milagroso dada por el examen de la Iglesia.—Pues bien, no. Todos los escrúpulos no han desaparecido todavía cuando un alma ha pasado por todas estas pruebas.

La astucia del egoísmo y la obstinación de la terquedad son demasiado grandes para desistir de aniquilarlas. Verdad es que siempre acaba uno por reconocerlas en sus frutos. Pero con frecuencia aparecen tarde, y el engaño podría persistir hasta este momento.

De aquí que la Iglesia no se contente todavía con esto. Verdad es que el milagro es una prueba de su divinidad. Pero no es ni la única, ni la mayor. Por eso no lo acepta más que fundado en las pruebas más irrefutables.

En estas materias, ha seguido siempre como línea de conducta para sí y para sus hijos estas palabras que San

Pedro pronunció con relación al milagro de la transfiguración: «Pero tenemos todavía el testimonio más firme que el nuestro, que es el de los profetas, al cual hacéis bien en mirar atentamente, como á una antorcha que luce en un lugar oscuro, hasta tanto que amanezca el día y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazones». (1)

La fe no podría engañarnos jamás. En cambio, los milagros, las profecías, las visiones, han inducido á error á muchas personas. La palabra infalible de Dios depositada en la Iglesia, ofrece la mayor garantía posible para la verdad.

Cualquiera que sea la convicción que tenga uno en la creencia de las cosas extraordinarias, jamás alcanzará la certeza de las doctrinas de la fe. Aunque ningún milagro hablase en favor de la verdad de la Iglesia, no le faltarían los más grandes é inquebrantables testimonios. Pero para que un milagro hable en su favor, debe ser comprobado de tal suerte, que posea el más alto grado de certeza que puede alcanzarse en este mundo.

Por esta razón, todos los místicos están de acuerdo en el principio de que la mayor garantía de la verdad de un hecho extraordinario se encuentra siempre en su acuerdo con los principios de la fe y de la vida de la Iglesia. (2)

Por otra parte, todas las investigaciones de esta última se hacen desde este punto de vista. Todas las otras notas de autenticidad no le bastan si no se une á ellas la certeza de que, en los hechos sometidos á su examen, nada puede hallarse contrario al espíritu de la fe, á la obediencia y á la adhesión que se le debe.

Preciso es tener en cuenta esto en las penosas pruebas á que son sometidas las personas privilegiadas de Dios. De lo contrario, fácilmente podríase cometer una falta, formulando un juicio temerario sobre aquellos que experimentan por tanto tiempo y tan duramente á estas almas escogidas.

(1) II Petr., I, 19.
(2) Antonin., IV, t. 8, c. 1, § 6. Peraldus, *Summa*, 1, p. 2, tr. 2, c. 1, 4. Schram, § 444, 505, 543, 558. Veáse más arriba, V, 2.

Ciertamente, no excusamos todo lo que se hace con relación á ellas, y no negamos que á veces sean las pasiones mezquinas las que les preparan las mayores amarguras. Por esto no se aplica á todos los casos. Lo que con frecuencia determinan estas penosas pruebas, es el serio cuidado del honor de Dios, el buen renombre de la Iglesia y la pureza de la virtud.

Confesamos que, aun en este caso, la minuciosidad, la obstinación, los prejuicios y la violencia van á menudo demasiado lejos, y producen exageraciones que, con frecuencia también, son fuentes de tormentos inútiles, y no hace más que dificultar la prueba de la verdad. Sin embargo, hay que reconocer que son miras elevadas y santas las que, por parte de la Iglesia, hacen con frecuencia estas pruebas más penosas y dolorosas, que las investigaciones de las comisiones laicas y sabias.

Los que poseen el espíritu de la Iglesia, conocen perfectamente las grandes ilusiones que pueden suscitarse sobre este punto.

Ahora bien, la Iglesia no desea estas cosas.

La historia de San Bernardo nos ofrece un ejemplo maravilloso. Los milagros que continuó haciendo, en tanto número después de su muerte como durante su vida, atrajeron tal muchedumbre de personas, que perturbaban la paz del convento y la vida espiritual de los monjes. Entonces su sucesor, el abate Goswín, después de consultar á sus hermanos, se acercó á la tumba del Santo y, en nombre de la santa obediencia, le prohibió hacer más milagros. (1)

Pedro de Limoges, general de la Orden de Grandmont, hizo lo mismo con relación á la tumba de San Esteban de Muret. (2)

Un hecho análogo ocurrió en Lieja en la tumba de San Wolbodon, en la que el clero pidió á Dios que hiciese ce-

(1) *Vita S. Bernardi*, 7, 28 (VI, 1235).
(2) Bolland. 8 Febr. *Commentar. ad vit. S. Staphani*, n.º 23.

sar los milagros, para que no se turbase la calma durante los oficios. [1]

Los servidores de Dios concedían más importancia á la observancia de la regla y á la tranquilidad en el oficio divino, que á la gloria de su casa. Del mismo modo pone la Iglesia el árido cumplimiento del deber y la simple oración por encima de los milagros y de los signos extraordinarios.

No niega los milagros; no los rechaza cuando se presentan, pero no los busca, ni exagera su importancia, sino que quiere que sean examinados seriamente antes de admitirlos.

En cambio, los que se dejan dirigir por ella, pueden estar seguros de que de Dios proviene una cosa, cuando, después de haberla examinado según los principios infalibles de la fe, la declara de conformidad con ellos.

Lo que debe tranquilizar doblemente sobre este punto á todo amigo de la verdad, es ver que allí donde reina el espíritu de la Iglesia, una virtud sólida tiene más valor que el milagro, y que antes busca á Dios que á sus más extraordinarios dones. [2]

(1) *Vita S. Wolbodonis*, 3, 21, 25 (Boll. Apr. II, 859 y sig., Paris).

(2) Con pesar nuestro notamos en la moderna manera de tratar la vida de los santos el renacimiento de aquella impotente envidia y de aquel pesimismo ávido de duda, el cual ha obtenido en Saunoi, en Hermant y Baillet un triunfo tan vergonzoso. No bastaba que todas las relaciones de milagros y hechos extraordinarios y virtudes fuesen desechados á primera vista como tontas habladurías; no bastaba que tales acontecimientos fuesen considerados como imposibles, sino que se llega hasta rebajar las cualidades naturales de los santos, considerándolas como cosas ordinarias, como enfermedades, como pertenecientes al dominio de la locura. Para esto debe servir de molde la supuesta psicología moderna. Ciertamente que en esta materia conviene una severa crítica, así de lo natural como de lo sobrenatural, y nadie puede ser más severo en esto que la Iglesia. Además, cierto es que la ciencia que acabamos de nombrar ofrece no obstante sus muchas debilidades, muchos medios para la prueba. Esto enseñan las obras meritorias de Bonniot (*Le miracle et ses contrafaçons*) y de Pacheu (*Introduction á la psychologie des mystiques*), y en la muy notable de H. Joly (*Psychologie des saints*). ¡Ojalá que *a)* la intención proviniese, no de negar, sino de probar lo sobrenatural! *b)* que se comprendiese la *Psycologia*, es decir, la llave interior subjetiva para la explicación de lo natural y de lo sobrenatural, no en el sentido de la moderna *psychologie morbide*, sino de conformidad con la vieja y probada ascética y mística, con la sana tendencia hacia la más alta perfección; y

Motivo de gran confianza es para nosotros que Gregorio el Grande, un papa, es decir, un hombre en cuyas manos descansa la última decisión sobre estas materias, diga estas graves palabras: «Para mí, la práctica de la paciencia vale más que todos los milagros». [1]

Consoladoras son también estas palabras de una santa tal como Angela de Foligno: «Hacer milagros no es necesario; lo indispensable es que busquemos á Dios, y que Dios venga á nuestro corazón. Toda contemplación que no conduzca á un mayor conocimiento, á un mayor amor de Dios y á un arrepentimiento sincero, no es nada. De lo que tenemos necesidad es de conocer y amar al Divino Crucificado, de practicar la caridad por causa de Él, de cooperar á la gracia con la oración y la imitación de la vida del Salvador. No son, propiamente hablando, los milagros los que conducen á Dios, sino el camino de la cruz. El conocimiento de Dios y de sí mismo conduce á la perfección, y reconocemos si uno está en gracia con Dios, cuando no se enorgullece á causa de la gracia dada por Él». [2]

c) que se admita que la garantía de la legitimidad del espíritu en los santos consiste más en la prueba objetiva, que Dios dispone ó permite, que en la crítica tal como la hace una ciencia moderna, sin experiencia en los caminos de la vida interior y espiritual.

(1) Gregor. Magn., *Dialog.*, 1, 2.

(2) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 13, 155, 156, 157, 160, 162, 163, 164; 3. 51.

CONFERENCIA XXIV

LA SAL DE LA TIERRA

1. Un solo hombre vale á veces todo un pueblo.— Al leer la historia de David y de Goliat, ó la de Judit y Holofermes, muchas personas se han hecho sin duda alguna esta pregunta: «¿Cómo se comprende que la muerte de un solo hombre haya podido hacer perder repentinamente la cabeza á semejantes ejércitos, y reducirlos á la fuga ante algunos judíos, á los que ellos hubieran podido fácilmente coger en una red de pescador? ¿No eran bastante numerosos los soldados de que se componían para poder prescindir de este hombre?

Evidentemente no, puesto que la pérdida de un solo hombre entrañaba la de todos. Era aquel un hecho contra el cual nada se podía hacer.

Pero tampoco hay que asombrarse de ello.

Sabemos perfectamente que Aquél que dió al niño y á la débil mujer semejante valor, podía con la misma facilidad introducir el desorden entre aquellos hombres.

Sin embargo esto está ya fundado en la naturaleza de las cosas. «Macedonia mostró dos veces lo que puede hacer un solo hombre—dice Plinio.—Cuando Alejandro la gobernaba, sometió en pocos años al mundo entero; y luego, tan rápidamente sucumbió á los golpes de Paulo Emilio, que en un solo día, 72 ciudades fueron vendidas con su población». (1)

Lo mismo ocurre siempre en el mundo. «Gente hay mucha—dice Herodoto—pero hombres pocos». (2) Un peque-

(1) Plinius, 4, 17 (10), 6.
(2) Herodot., 7, 210, 2.

ño ejército, resuelto y bien dirigido, pone en fuga á masas considerables, á la manera como un niño pesca ranas. De aquí que se haya dicho: «Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas». (1)

Donde no hay un espíritu superior que piense y obre por todos, se producirá la ruina con seguridad tanto mayor cuanto que los individuos creen poseer el espíritu de consejo y fortaleza.

En cambio, un ejército, por pequeño y débil que sea, sólo tiene necesidad de estar fuertemenre unido y poseer un espíritu superior que lo abarque todo, para ser invencible.

Los numantinos lo comprobaron á sus costas en el sitio memorable de su ciudad, la cual, en materia de atrocidades, sólo tiene igual en Jerusalén. Al principio infligieron á los romanos derrota tras derrota; pero cuando Scipión Africano tomó el mando de las tropas, cambiaron las cosas. «¿Cómo es posible volver la espalda á gentes á quienes con tanta frecuencia hemos puesto en fuga?»—se preguntaban los jefes numantinos.—Y uno de ellos respondió con tristeza: «Sí, las ovejas son las mismas, pero otro es el pastor». (2)

El valiente soldado quería decir: «Hay hombres que valen por un ejército; no tememos á los soldados, pero nos inclinamos ante el general».

Una alma heroica es siempre la que sabe apreciar mejor un héroe. De aquí que, en la antigüedad y en los tiempos de la caballería, cambiasen sus armas los adversarios, y manifestasen su respeto á los que lealmente habían vencido.

Desde que el heroismo y el sentimiento del verdadero honor han desaparecido de los pueblos, consúmense éstos en impotente rabia, como si se tornasen mejores denigrando á los demás.

2. ¿De dónde procede la obligación de honrar á

(1) Zach., XIII, 7.
(2) Plutarch., *Reg. et imperat. apophthegm. Scipio Min.*, 21.

los santos?—Si esto es así, nosotros, católicos, no tenemos por qué avergonzarnos del culto que tributamos á nuestros santos.

El que no sabe apreciar á un hombre importante, nada le arrebata de su honor; sólo perjudica el suyo.

Todo hombre de honor pagaría á precio de oro á un hombre honrado, y se ha dicho de la mujer fuerte que no sería pagarla demasiado cara «yendo á buscar el precio á las extremidades de la tierra». (1)

¿Cómo, pues, estimar á un santo en su justo valor?

Como hombre completo,—y todos son hombres completos—vale el mundo entero; como cristiano completo, y como imagen del hijo de Dios, vale el cielo entero.

Así, pues, jamás se venerará demasiado á un santo. Síntoma inquietante sería para nosotros, que probaría que hemos perdido todo sentimiento de la verdadera grandeza y del verdadero heroísmo, si no supiésemos estimar ya á nuestros santos.

¿Qué pensaríamos de un soldado de Alejandro ó de César que no se adheriese con entusiasmo á su jefe? ¿No diríamos que era indigno de seguir el estandarte de semejante hombre? Ahora bien, ¿qué es lo que tales jefes hicieron por sus soldados? Condujéronlos al triunfo y á la gloria, pero no les dispensaron de soportar las miserias y afrontar los peligros.

Pero los santos no sólo son nuestros jefes, sino también los campeones que se han lanzado por nosotros á la lucha, que han hallanado todos los obstáculos que el infierno y el mundo han puesto en nuestro camino, que han escalado los primeros el muro de la fortaleza del cielo, que han apartado de nosotros todo el furor del enemigo para concentrarlo sobre ellos.

¿Y no los aclamaríamos con todo el júbilo de que somos capaces? Exigir esto de nosotros, sería pedirnos que renegásemos de nuestra naturaleza y extinguiésemos en nuestra alma todo aliento noble. Pero esto no ocurrirá jamás.

(1) Prov., XXXI, 10.

Mientras seamos católicos, admiraremos sinceramente las grandes acciones de nuestros santos, y no tememos adelantar que el solo hecho de pensar en ellos nos llenará de los sentimientos que animaban á los soldados del bravo y piadoso Tilly: «El entusiasmo se apoderó del ejército—dice Balde—como si un ser sobrehumano hubiese atravesado sus filas. Todo eran gritos, choques de armas y sonidos de trompetas, que repercutían en bosques y colinas». (1)

También nosotros tenemos motivos sobrados para aclamar de este modo á nuestros santos, porque sabemos lo que son para nosotros. Son el ojo para el ciego, el pie para el cojo, (2) la luz para los ojos, el bastón para la vejez, el consuelo de la vida, (3) el antemural de la patria, (4) el escudo que aparta la cólera de Dios irritado contra nosotros á causa de nuestros pecados, (5) estrellas del cielo que nos indican el camino para llegar á Jesucristo, (6) modelos de perfección, copias del Salvador, moradas de Dios entre los hombres, (7) el carro de Israel y sus conductores al propio tiempo. (8)

¿Qué hacemos, pues, al honrar á los santos, sino honrarnos á nosotros mismos, reconociendo el honor que han hecho á nuestra raza, y mostrando que, aunque seamos débiles y pequeños, comprendemos por lo menos lo que es la verdadera grandeza y la verdadera fuerza?

Que se calle, pues, y oculte su confusión quien no se sienta capaz de asociarse á los gritos de alegría con que saludamos á cada santo, como antiguamente el pueblo judío daba la bienvenida á Judit: «Tu eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestra nación. Porque te has portado con varonil esfuerzo, la mano

(1) Balde, *Silv.*, 9, 18 (*Renaissance* von Schrott u. Schleich, 44).
(2) Job., XXIX, 15.
(3) Tob., X, 4.
(4) Ambros., *Abraham*, 1, 6, 48.
(5) Chrysost., *Gen. hom.* 42, 5.
(6) Guarricus, *Epiphan. hom.* 2, 5.
(7) Gregor. Magn., *Mor.*, 27, 19.
(8) IV Reg., II, 12. Gregor. Magn., *Ez.*, 2, 9, 45.

del Señor te ha confortado, y por lo mismo serás bendito para siempre». [1]

3. Los santos son los más puros representantes de su pueblo y de su tiempo.—Hubo un tiempo,—y desgraciadamente fué muy largo—en que nosotros, católicos, nos creíamos obligados á defendernos, por que venerábamos á los Santos, y aun poníamos en esta defensa cierta reserva y timidez.

La causa consistía en que los honrábamos demasiado poco, y esto porque no comprendíamos suficientemente lo que los santos son realmente para nosotros.

Desde que, gracias á Dios, hemos cobrado horror á estos pactos con el espíritu del mundo, y hemos comprendido de nuevo que las cosas más criticadas por el mundo son nuestros mayores timbres de gloria, la situación bajo este aspecto se ha mejorado mucho.

Desde entonces hemos empezado poco á poco á ver por qué estamos tan profundamente adheridos á nuestros santos.

Siempre habíamos visto en ellos seres compuestos de carne y hueso como nosotros. Pero ahora nuestras miradas han penetrado más hondo, comprobando que son lo que hay de más noble entre nosotros, las flores y los frutos más hermosos del árbol de la humanidad, los representantes más puros de su pueblo y de su tiempo. [2]

También nos asombramos muchísimo de que un hecho tan evidente y tan importante para la exacta concepción de la historia de la cultura, haya podido permanecer ignorado de nosotros tanto tiempo, ya que no hay más que referirse á ellos para comprenderla.

El que conoce la historia puede comprobar que el verdadero carácter del romano, desembarazado de sus impu-

(1) Judith, XV, 10, 11.

(2) Hace ya unos 20 años que escribimos estas palabras. Desde entonces, las cosas han tomado otro rumbo; así que no se necesitaría ni exageración ni pesimismo para descubrir en lo dicho muchos reparos. Pero nada cambiamos, sino que decimos con el Apóstol: *Confidimus meliora et viciniora saluti* (Hebr., VI, 9).

rezas y ennoblecido en sus cualidades más sublimes, halló su más bella realización en las grandes joyas políticas de la Iglesia romana. San Ambrosio, San Paulino, San Benito, Gregorio el Grande, Casiodoro, Nicolás I, y quizás la más perfecta en el más grande de todos los Papas, Inocencio III.

Del mismo modo, el que piense en la majestad y dignidad de una Paula, de una Melania, de una Gala, y en la influencia de una Francisca Romana sobre la sociedad de su ciudad natal, admitirá fácilmente que la antigua Roma jamás produjo modelos tan puros y sublimes de la mujer romana como los que se encuentran en el Cristianismo.

Mientras existió el Imperio, ostentaron los santos occidentales más ó menos algo del sello grandioso del carácter romano. Dulcificaron su aspecto duro y rígido, pero no perdieron nada de su fuerza y dignidad.

Á partir del momento en que los germanos comenzaron á dominar el mundo, tomaron también los santos un carácter completamente particular. Lo que los distingue sensiblemente de los santos de los primeros tiempos es la aparición de la vida del corazón y el sentimiento de la naturaleza externa.

El que quiera comprender la Edad Media, no se dará gran trabajo si le examina en sus más puros representantes, entre los cuales hay que citar ante todo, como ideales de profundidad de corazón y de atractivo candor, á Francisco de Asís, Domingo, San Luís, Jordán de Sajonia, Enrique Susón, Hermann José, Fra Angélico, Santa Clara, Inés de Montepulciano, Catalina de Sena, Hildegarda, Gertrudis, Mechtilde.

Al lado de ellos se encuentran los representantes y predicadores de la caballería espiritual, de la vida intelectual más intensa y audaz, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Antonio de Padua, Bertoldo de Regensburgo, Tauler, Vicente Ferrer, Juan de Capistrano.

Finalmente, hay una tercera clase de santos que com-

pletan el cuadro de la Edad Media, porque nos muestran el lugar que ocupaba en ellos la cuestión de lo sobrenatural, en medio de una vida consagrada al arte y á la poesía, ó á los esfuerzos sublimes para resolver los más difíciles problemas del pensamiento: tales son Bruno, Norberto, Pedro Damiano, Bernardo.

Los santos de los tiempos modernos representan otra tendencia, es decir, esa universalidad, pero también esa moderación y esa juiciosa sagacidad que constituyen los caracteres del espíritu moderno.

El que piensa en San Ignacio, en Pedro Canisio, en Francisco Javier, en Carlos Borromeo, en Pío V, en José de Calasanz, comprende inmediatamente toda la diferencia que hay entre estos tiempos y la Edad Media. Pero ésta tuvo un último y magnífico reflejo en Rosa de Lima, Pedro de Alcántara, José de Cupertino, Felipe Neri y Félix de Cantalicio.

Y así como las diferentes épocas y tendencias de espíritu, hallaron su mejor representación y justificación en los santos, así también ocurrió con los diversos pueblos tomados aisladamente con sus particularidades propias.

He aquí lo que hay que considerar bien, para formular un juicio exacto, así sobre los santos, como sobre los pueblos y los tiempos.

Sin duda que la violencia de San Cipriano, el celo impetuoso de Cirilo de Alejandría y la naturaleza inquieta de Epifanio, son propias para asombrar; pero desde que reflexionamos que, en el primero, tenemos un africano, en el segundo un verdadero egipcio, y en el tercero un judío sinceramente convertido, se nos ofrecen bajo otro aspecto completamente diferente, y sus particularidades no producen ya la impresión de defectos de carácter personal.

La Iglesia no canonizaría quizás á un francés que aplastara á los enemigos de la fe con tan violenta impetuosidad y con tan espiritual inflexibilidad como San Jerónimo; pero, con relación á éste, no tuvo inconveniente alguno, porque era de raza eslava.

El rigor de esos principios germánicos que no tienen consideración alguna con la vida propia ni con la ajena, cuando se trata del honor, sino que, por lo contrario, ven el mayor honor en la salvaguardia de la lealtad, y ante todo, en la fidelidad á la fe jurada, es completamente natural para los españoles.

La susceptibilidad y la libertad de lenguaje que hallamos en San Gregorio Nacianceno y en San Juan Crisóstomo no son otra cosa que un aspecto del carácter oriental, y ofrecen pronunciado contraste con la calma y la dignidad de que es principal representante San Basilio.

Una doncella de Orleáns sólo es posible en Francia. En todo caso, no podríamos representarnos en Alemania semejante fusión del amor á la patria y el entusiasmo religioso.

Así es como en la vida de cada santo vemos brillar, como en un espejo, el carácter del pueblo á que pertenece, del mismo modo que vemos reflejarse en la superficie de los lagos de un país el color de su cielo y la forma de sus montañas.

Y recíprocamente, no se comprendería gran cosa á los santos y á los hombres de Dios, si no se conociese la naturaleza del pueblo que representan.

Si queremos apreciar en su justo valor á un Duns Scoto, preciso es considerar al inglés con su predilección por las argucias en los asuntos de detalle, y por lo insoluble.

El que no ha vivido entre los irlandeses, jamás comprenderá á esos santos extraños que se llaman Colombán y Colombano. Este aspecto ha pasado inadvertido al mismo Montalembert. Pero el que conoce á *Paddy*,—hablamos del *Paddy* en el buen período de su historia, porque también tiene uno malo—por consiguiente, al *Paddy* espiritual, pronto á la réplica, versátil, jamás tranquilo, á menos de tener que discutir, nunca tan inofensivo como cuando está irritado, nunca tan amable como en las discusiones, al *Paddy* creado para sufrir, contento con sus sufrimien-

tos, con tal que pueda hablar, víctima siempre dispuesta para el que sabe usar de su fuerza para conseguir un fin, con tal que no toque á su honor, á su cabeza y á su lengua, al *Paddy* feliz en medio de sus mezquinerías incomprensibles, intratable únicamente allí donde su sentimiento caballeresco por la justicia y su amor á la patria se ven atacados, el que—lo repetimos—conoce á este *Paddy*, conoce también á estos santos, aun antes de haber leído su vida.

Colombán, el bardo, el amigo apasionado de los libros, suscita la guerra á causa de un libro, y canta salmos mientras se matan los soldados. (1) Colombano, el autor de la regla monástica más mezquina que jamás se haya escrito, no podría vivir sin disputar con los obispos y los príncipes. Cadoc parte con 50 monjes, llevando todos el arma de los irlandeses, el arpa, pónese en frente de todos los tiranos, de todos los opresores, de todos los bandidos, y sólo cesa de cantar ante la promesa que hacen de renunciar á sus violencias contra el pobre pueblo. (2)

He aquí puros irlandeses, del mismo modo que en cada línea escrita por Santa Brígida reconocemos los majestuosos fiords de Suecia, en la sed de viajes del misionero inglés, al natural de Albión, y en toda la vida de San Nicolás de Flüe, al hijo de la montaña, al ciudadano libre. (3)

4. Los santos como medios de curación para el mundo.—Pero del mismo modo que el Cristianismo no ejerce siempre y en todas partes toda su influencia sobre los hombres, ni debe comenzar por combatir sus defectos, antes de poder obrar sobre ellos por modo bienhechor y ennoblecedor, así también ha ocurrido con sus más ilustres confesores, los santos.

Con mucha frecuencia no podremos apreciarlos exactamente en todo su valor más que si los concebimos por opo-

(1) Montalembert, *Les moines d' Occident*, III, 120 y sig.
(2) *Ibid.*, III, 68.
(3) Estas cuestiones, parte también de la *psicología* natural, han sido tratadas demasiado superficialmente por Joly en su citada obra.

sición á cuanto los rodea. En este sentido, merecen particularmente el dictado que les dió el Salvador: *sal de la tierra.* (1)

Experimenta á veces el mundo cierta especie de estremecimiento, como cuando se arroja sal sobre un trozo de carne, cuando se acerca á los santos, aunque sólo sea en la historia y en los libros. Ello muestra cuán saludable es esta aproximación.

En su misericordiosa providencia, envía Dios cada santo para recordar al mundo su deber y sacarlo de su vida corrompida.

Desde este punto de vista, los santos, cuya vida está en flagrante contradicción con el espíritu del mundo en general, ó de su época en particular, son escogidos medios de salvación que el compasivo Médico de los pueblos ha preparado á la humanidad.

En razón de este principio, muchos hechos, considerados como singulares en la vida de los santos, pierden ese carácter extraño que tanto se complace en censurar el mundo.

Por ejemplo, aplícase esto á esos santos que descuidan por modo chocante, en su exterior, todos nuestros refinamientos de vida, como San Juan Bautista, San Hilarión, los estilitas, ó Benito Labre. Pero que se considere únicamente la época y la gente en que estos modelos, destinados á servir de ejemplo á los demás, fueron colocados en la gran ruta de la historia. Allí donde se despliega el lujo más refinado y la más falsa civilización, allí también aparecen esos predicadores de la sencillez y de lo único necesario. Verdad es que á veces son algo rudos de aspecto, pero, á extremos tan exagerados, debe Dios oponer modelos contrarios, cuyas líneas sean perfectamente acentuadas. De otro modo, no se comprenderían sus intenciones.

De tal modo los santos elegidos para tal misión están lejos de obrar así por amor á lo extraordinario ó á la suciedad, que todo esto les repugna y piden cierta dulcificación

(1) Matth., V, 13.

de su penosa empresa, como lo leemos en Ezequiel. [1] Pero, como instrumentos de la mano de Dios, deben someterse á sus designios, y aun aceptar que el mundo, por cuya causa llevan esta carga, los desdeñe y los desprecie, por más que no sea difícil responder á la pregunta sobre quién es más amable, si Herodías ó Juan Bautista, si la Pompadour y las marquesas ó el santo mendigo de Roma.

Ahora bien, esto no se aplica á hechos aislados de extraordinaria austeridad, sino á clases completas de servidores de Dios.

Nadie pondrá en duda que Dios fué el que ofreció, como médico, al mundo antiguo agonizante, aquel maravilloso ejército de Padres del desierto.

Nadie negará que la vida religiosa, como plantel de la perfección, debe igualmente realizar una empresa grandiosa, con relación al mundo, como institución de salvación.

En un tiempo en que el trabajo era despreciado, y únicamente honroso el oficio de las armas, aparece San Benito en la escena de la historia para llenar una misión, cuyas consecuencias obligan al mundo á gratitud eterna. Cuando el lujo y el orgullo llegaron á comprometer en el mayor grado la fe y la vida cristiana, aparecieron las grandes Órdenes mendicantes de Franciscanos y Dominicos.

San Ignacio opuso su fundación á la disolución de toda disciplina eclesiástica, causada por la Reforma, fundación que muestra precisamente, por el odio que le profesan todos los enemigos de la Iglesia, cuán sólido antemural es para ésta, y qué dique indestructible contra el espíritu antieclesiástico ha construído Dios con sus manos.

Considerada desde este punto de vista, la vida de muchos santos, tomada aisladamente, tiene mayor importancia que cuando se la aprecia únicamente en sí misma.

La actividad maravillosa de San Vicente de Paúl es ya suficientemente grandiosa en sí misma. Sin embargo, la fisonomía de este apóstol de la caridad aparece envuelta en luz todavía más brillante, si consideramos el fondo sobre

(1) Ezech., IV, 4 y sig.

el cual se destaca, es decir, la época de salvajismo y de miserias indescriptibles provocadas por las guerras de religión.

Por lo contrario, la importancia de San Francisco de Borja y de San Luís Gonzaga es demasiado pequeña en apariencia, cuando apreciamos tan sólo su persona. Pero si vemos en el uno al miembro de una familia que se había conquistado en la historia un nombre de triste celebridad, y en el otro el vástago de una de esas numerosas casas de tiranos italianos que á menudo honraban poco la verdad y la virtud, se nos ofrecen como dos grandes modelos de expiación y sacrificio, aptos para reconciliarnos con todas las impresiones dolorosas que semejantes recuerdos despiertan en nuestro corazón.

Del mismo modo, puede ocurrir que más de un santo haya sido superior á San Francisco de Sales en grandeza personal. Pero si consideramos la triste situación de la Iglesia en su época, la sombría llaga del jansenismo, que tan grandes estragos causó en el Cristianismo, y el trastorno de todas las ideas que el desorden del tiempo procuraba curar únicamnnte con externa y superficial severidad, y que en realidad no hacía más que fomentar; si además tenemos en cuenta aquella inaudita sed de luchas, que tan grandes males causaba entre los mismos hijos de la Iglesia en el dominio de la fe, de la moral y de la vida pública, comprenderemos que aquel hombre de Dios, tan dulce, tan silencioso, tan interior, apóstol y héroe de la libertad, debía resolver una empresa general de la más alta importancia.

Lo mismo puede decirse de San Alfonso de Ligorio.

Pregúntase uno cómo un hombre que, entre todos los maestros de la santidad, ha sido el menos original, ha podido ser elevado á la categoría de Doctor de la Iglesia.

Sin embargo, precisamente en ello consiste su grandeza extraordinaria. La discusión había durado demasiado tiempo entre los teólogos y los escritores católicos. Sin duda que había ofrecido excelentes aspectos; de lo contrario,

no la hubiera permitido Dios. Pero, gracias á las pasiones humanas, había igualmente producido una corrupción completa. Hora era ya de seguir otra dirección. En vez de volver sus armas los unos contra los otros, aquellos que tienen la misión de defender á la Iglesia debían unirse contra el enemigo común. Pues bien, el gran santo era el destinado á emprender la realización de esta empresa.

Lo que no parece original en él, es quizás lo que es más original, á saber, que no quiere decir nada de nuevo, sino unir, dulcificar, apaciguar, nivelar todas las maneras de ver.

Así es como logró resolver una misión que, á la verdad, no está terminada todavía, pero que, ahora que se le ha dado el impulso, lo será muy pronto,—así lo esperamos—gracias á la cooperación de todos los que toman á pechos el honor de Dios y la salvación del mundo.

5. Los santos como jueces del mundo.—Llévanos esto á considerar la importancia de los santos desde otro punto de vista.

Jesucristo no ha venido al mundo para juzgarlo. [1] Pero los que no lo aceptan por Salvador, lo tendrán de juez. Y así es como, aunque quiere dar la vida á todos, será para muchos causa de ruina. [2]

Lo mismo ocurre con sus servidores, los santos. Á la verdad, los ha enviado á todos para trabajar en la salvación del mundo. Pero se convertirán en jueces para todos los que no los hayan aceptado como médicos. De aquí que no sólo se haya dicho de los Apóstoles que «juzgarán á las doce tribus de Israel», [3] sino que se ha dicho en general: «¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?» [4]

Motivo de dicha es para este último, y prueba de la caridad de Jesucristo, que los santos sean los encargados del juicio.

(1) Ioan., III, 17.
(2) Luc., II, 34.
(3) Matth., XIX, 28.
(4) I Cor., VI 2.

Convencido de tres cosas debe estar el mundo: del pecado, de la justicia y del juicio. [1]

Que el mundo se convenza únicamente del pecado, y este juicio se realizará por sí solo. Para esto existe la conciencia; los satíricos, los moralistas severos, los filósofos y los historiadores realizan suficientemente esta empresa.

Tampoco tienen los santos necesidad de convencer al mundo de la existencia del juicio; de ello se encargan los castigos de Dios aquí bajo, y los condenados en la eternidad.

Pero preciso es que el mundo se convenza de la justicia, para que no pueda acusar á Dios de injusticia, exigiendo cosas imposibles.

Este juicio está reservado á los santos. Su vida con sus defectos, su conversión, sus castigos, sus luchas grandiosas, sus obras de supererogación, constituyen el libro por el cual seremos juzgados todos un día. [2]

Pero los santos realizan ya esta empresa aquí bajo, y esto por modo evidente, siquiera los pueblos finjan no comprenderlo.

Esto nos conduce á la dificultad que todos hemos oído formular: Si la religión católica es la verdadera, ¿de qué proviene la decadencia de los pueblos católicos?

En los países en que únicamente se evalúa la felicidad según el dinero y las comodidades de la vida, v. g., en Inglaterra, una de las razones principales que se oponen á la aceptación de la fe católica consiste en que los que la profesan están casi en todas partes atrasados desde el punto de vista de la civilización externa, del refinamiento de las costumbres, del bienestar y de los progresos físicos. [3]

Pero esta misma dificultad se presenta á menudo también en cosas más importantes.

(1) Ioan., XVI, 8.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 24, 16, 18.
(3) Newman, *Lectures on certain difficulties felt by anglicans*, (2) 182 y sig.

Si comparamos—se dice—el estado normal y religioso, la situación social, y, sobre todo, el arte y la literatura de los pueblos católicos de antaño con los actuales, ¿no nos vemos obligados á confesar que éstos están en todas partes atrasados, que son pueblos en decadencia?

Antes de responder á la objeción, preciso es formularla bien.

Con frecuencia, como ya lo hemos indicado, se entiende por semejante prosperidad la abundancia de bienes temporales. Pero las riquezas nada tienen que ver con la verdad y la religión. De lo contrario, el Hijo de Dios, que era pobre, hubiese sido vencido en su lucha con el espíritu de este mundo. Entonces, para hablar con Alban Stolz, la religión de Rothschild sería la mejor, y el culto del Moloch de los antiguos tirios y sidonios, sería aún preferible. (1)

¡Que Dios, en su bondad, preserve á los pueblos católicos de la dicha de Inglaterra, en donde los 10.000 ricos convertidos en proverbio nadan en el oro, en tanto que á su lado hay millares de pobres criaturas roídas por la miseria!

Según el funesto principio de la prosperidad general, el país más dichoso sería, sin duda, el que amontonase más dinero. Pero los pueblos no creen en él. Y de hecho, un mendigo italiano, ó aun español, es un hombre feliz y digno de envidia, en comparación del obrero inglés ó belga, y se considera mucho más libre que el funcionario prusiano frente á su superior.

No se trata, pues, de establecer una comparación entre el bienestar exterior de los pueblos católicos y no católicos, sino de saber si los llamados países católicos han progresado ó retrocedido relativamente á los bienes que en realidad ennoblecen la vida y la hacen feliz.

Ahora bien, no es dudoso que, desde este punto de vista, se ha producido de mucho tiempo acá un retroceso considerable. En lo referente á la piedad, á la fidelidad á la

(1) Stolz, *Besuch bei Sem, Cham und Japhet*, 469 y sig.

fe, á la virtud, á la moral pública, á la educación del corazón,—y tales son las cinco bases fundamentalmente esenciales de la civilización y de la felicidad de los pueblos—la comparación entre los tiempos pasados y los actuales, es desfavorable á la época presente.

Todavía es innegable un retroceso lamentabilísimo en otros dos puntos: el amor al trabajo y la cultura externa.

La mayor parte de los pueblos en otro tiempo católicos, han perdido, probablemente á causa de la convicción en que están de poseer la verdad, los dones que poseían. Se han abandonado á una falsa seguridad y á la suficiencia personal, y aun han mirado con desdén los esfuerzos, la solicitud, las investigaciones y los trabajos excesivos de sus vecinos, han caído de su elevación bajo todos conceptos en las ciencias y en las artes, en la civilización y en el bienestar, y se han dejado superar por otros.

Pero ¿qué prueba esto? ¿Que la religión de los pueblos católicos no es la verdadera? ¿Que su religión es la causa de su decadencia?

¡Pueblos católicos! Pero ¿dónde se encuentran ya? ¿Dónde encontrar aún gobiernos que puedan llamarse católicos? Conocemos países católicos en que todavía se mantienen los contratos celebrados con la Iglesia Católica para no perder las ventajas que á ellos van unidas. Pero no conocemos uno en que las leyes de la Iglesia sean consideradas como línea de conducta para la vida pública, y en que ni siquiera puedan ser observadas sin trabas.

¿Cómo, pues, la decadencia de estos pueblos podría ser considerada como argumento contra la causa católica?

Por lo contrario, afirmamos que semejante hecho es una prueba poderosa en favor de la causa católica.

Sí, precisamente porque estos pueblos poseían la verdad han declinado, porque escrito está: «No queráis engañaros á vosotros mismos; Dios no puede ser burlado; (1) el siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no

(1) Gal., VI, 7.

obstante, ni puso en orden las cosas, ni se portó conforme quería su señor, recibirá muchos azotes». [1]

Aunque Dios no hubiese dado á estos pueblos otra gracia que la de la fe, y con ella santos, fuera ya razón suficiente para castigarlos.

Sí, este retroceso de los pueblos católicos es una prueba en pro de las funciones de jueces ejercidas por los santos. «Los santos—dice un viejo proverbio—no hablan, pero se vengan». [2] Así, pues, si hay una justicia divina y un tribunal presidido por los santos, el peso de su sentencia debe caer sobre los pueblos que rechazan tan grandes gracias, y superan á los paganos en ingratitud y en el abuso de la bondad de Dios. [3]

Casi con intuición profética, escribía un poeta de la Edad Media: «¡Ay, cuando Dios contempla á la cristiandad, no puede menos de ver cuán lejos está de practicar la fidelidad con relación á Él. Difícilmente le perdonará esta falta, y si no quiere corregirse, le arrebatará su corona de gloria!» [4]

Estas palabras han tenido cumplimiento. Sobre nosotros recae la vergüenza y la falta. Pero la justicia de Dios, la verdad de la religión y el honor de Dios no sufren por ello perjuicio alguno, antes al contrario, es esto una manifestación admirable de la verdad.

De aquí que, cuando hablamos de este enojoso asunto, es siempre mucho más ventajoso golpearnos el pecho con el publicano y decir con el escritor sagrado: «Ruego ahora á los que lean este libro que no se escandalicen á la vista de tan desgraciados sucesos, sino que consideren que estas cosas acaecieron, no para exterminar, sino para corregir á nuestra nación. Porque señal es de gran misericordia hacia los pecadores el no dejarlos vivir largo tiempo á su antojo, sino aplicarles prontamente el

(1) Luc., XII, 47.
(2) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 3361.
(3) Joinville, *Vie de St-Louis*, 2, 4, 62 y sig.
(4) *Warnung*, 1733 y sig.

azote para que se enmienden. En efecto, el Señor no se porta con nosotros como con las demás naciones, á las cuales sufre ahora con paciencia para castigarlas en el día del juicio, colmada que sea la medida de sus pecados. No así con nosotros, sino que nos castiga sin esperar á que lleguen á su colmo nuestros pecados. Y así, nunca retira de nosotros su misericordia, y cuando aflige á su pueblo con adversidades, no le desampara». [1]

6. Los santos como sal de la tierra.—No ciertamente; Dios no abandona á ningún hombre ni á pueblo alguno, mientras no se apartan de Él por completo. Porque una de las más consoladoras frases de la Escritura es que Dios ha hecho sanables las naciones. [2] Y allí donde su institución de salvación, la Iglesia Católica, no posea más que una cueva ó una cabaña solitaria, en donde pueda formarse un santo, nunca deberá desesperar ni del presente ni del porvenir.

Jamás caerá un pueblo irremisiblemente en la corrupción mientras tenga un solo santo. Y, gracias á Dios, los santos son inmortales; y aun hoy en día, no han desaparecido. Dios conoce á los suyos. [3]

Ahora bien, cada santo es como una capa de sal, de la que depende la santidad y la conservación de los pueblos.

Que nadie crea que los santos tienen mediana influencia. Porque no hagan ruido, no hay que decir que están muertos. Al contrario, cuanto más se ocultan, tanto más tiempo tienen para obrar. Y precisamente ejercen tan gran influencia, porque no pierden tiempo en llamar la atención del mundo.

No hay un solo santo, aun el más silencioso y humilde, que no haya poseído la virtud de la sal. Por lo menos, ha impedido que la corrupción se difundiese por el mundo, y que se contaminase lo santo.

Sólo con esto, han ejercido ya los santos una influencia saludable sobre su época.

(1) Macc., VI, 12-16.—(2) Sap., I, 14.
(3) II Tim., II, 19.

Pero ninguno de ellos ha limitado á esto su actividad; todos han trabajado en extender el reino de Dios.

7. Los santos nos reconcilian con el mundo.—Esta actividad ennoblecedora de los santos nos reconcilia de nuevo con la humanidad.

Somos demasiado propensos á caer en el pesimismo y á despreciar á los hombres.

Proviene esto de que no elevamos nuestros ojos más allá de la tierra. Sin duda que no vemos muchas cosas consoladoras en torno nuestro. Nosotros mismos nos hallamos en situación tal, que nos vemos obligados á reconocer que podemos muy bien aumentar las miserias y pecados del mundo, pero no curarlos.

Si esto es todo lo que podemos hallar en la tierra, evidentemente es perdonable desesperar de la humanidad.

Pero no; hay todavía aquí bajo algo que puede llenarnos de valor y de esperanza, y son los santos.

Por cuanto sólo dirigimos nuestros ojos sobre nosotros y sobre nuestros semejantes, aprendemos á conocer nuestro pueblo y nuestra época por sus débiles y perversos aspectos. Sin embargo, la humanidad tiene todavía buenos aspectos, nobles rasgos. Si pusiésemos atención en nuestros santos y en los que seriamente se esfuerzan en imitarlos, veríamos, para nuestro mayor consuelo, cuán verdadero es esto. Cumpliríamos entonces mucho más alegremente nuestro deber, y perderíamos menos tiempo en irritarnos contra los demás y en censurarlos inútilmente. En vez de imitar al mundo, que se llama incorregible, enardecidos con el ejemplo saludable de acciones grandiosas, trabajaríamos con todas nuestras fuerzas para conseguir la perfección, que es en suma el verdadero honor y la verdadera grandeza del hombre.

8. La vida de los santos es una enseñanza para la política.—La contemplación de los santos no es únicamente una exhortación saludable para el individuo, sino también para la humanidad entera.

Desde los tiempos del paganismo, en que cualquiera que no estuviese unido á los demás por los mismos intereses políticos era considerado como un enemigo ó un bárbaro, jamás se han visto otros en que la humanidad haya parecido, más que en los actuales, querer dislocarse, desgarrarse, aniquilarse.

Falta ahora á los pueblos todo lazo de unión viviente y sólido, y aun todo medio de inteligencia. Desde que la vieja expresión bárbara: *principio de las nacionalidades*, ha sido lanzada al mundo, reina una envidia entre las mutuas relaciones de los pueblos, una estrechez de ánimo y puntos de vista tales, que se sentiría uno tentado á reirse de esta conducta infantil y femenina, si no fuese tan aflictiva como peligrosa.

No parece sino que hemos vuelto á los felices días de nuestra infancia. Nuestro horizonte no se ha dilatado mucho. Porque, de lo contrario, ¿cómo fuera posible que juzgásemos con miras tan estrechas lo que nos es extraño? ¿cómo fuera posible que creyésemos obrar bien, cuando tratamos con tanto desdén y orgullo todo lo que no lleva nuestra divisa?

Pero esto nada tiene de asombroso. Desde que no se presta atención á los santos, no parece sino que nuestro ideal ha huído de este mundo. En parte alguna encuentra uno algo capaz de satisfacer la vista y contentar el corazón.

Para hacer desaparecer esta miseria, preciso es ante todo saber descubrir y apreciar las verdaderas cualidades humanas.

Ahora bien, sólo los santos nos las dan á conocer. Cada época tiene sus héroes. Todos los pueblos tienen sus representantes, los cuales nos muestran sus cualidades en la más espléndida luz. Todos han producido santos, y en éstos vemos cuán amables, útiles y grandiosos son esos rasgos de su nacionalidad, que con frecuencia nos chocan porque son mal representados.

¡Cuán fácil sería, pues, con este medio tan sencillo, apreciar en su justo valor á pueblos pertenecientes á dis-

tinta nacionalidad que la nuestra, y provocar una inteligencia entre los hombres que actualmente se acechan traidoramente! ¡Cuántos prejuicios desaparecerían rápidamente, si aprendiesen á ver en los santos los verdaderos representantes de su época y de su pueblo!

Para citar un ejemplo, los buenos alemanes no cesan de gemir, desde los tiempos de Walther y de Hutten, contra la supuesta sed de dominio de Roma; pero semejante animosidad no produce otro efecto que impedirles apreciar la verdad.

Todo hombre imparcial, conocedor del carácter particular del alemán y del romano, supondrá desde luego que, tras de esta susceptibilidad, no hay otra cosa que cierto secreto disgusto en el alemán por no poseer los determinados dones que posee el romano en alto grado.

Y semejante suposición se convierte en certeza completa, si, para comprender la historia, empleamos la clave de que aquí se trata.

Porque cuando examinamos el verdadero carácter del romano en su más elevada encarnación, en León el Grande, Gregorio el Magno, Inocencio III, vemos que el antiguo espíritu romano, que sometió el mundo entero á la ciudad levantada en las márgenes del Tíber, se continúa intacto en el Cristianismo.

El antiguo romano era maestro en tres cosas: en el arte de organizar el Estado y la vida, en la jurisprudencia y en las ceremonias religiosas.

Ahora bien, nadie negará que haya transmitido, en el grado más elevado, á su nieto cristiano, este triple don. La Roma cristiana ha conservado siempre, por este medio, su influencia predominante. Y aquí podemos hacer abstracción del privilegio que Dios le ha concedido, al hacer de ella la sede del supremo poder en la Iglesia. Sólo las cualidades naturales que acabamos de citar debían asegurar á la influencia romana su importancia predominante en todas las cuestiones en que se trata de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, del derecho y de la liturgia.

Una simple mirada á los santos romanos nos ilustra sobre esta materia.

¡Qué estrechez de espíritu, y qué falsedad, al lamentarse inconsideradamente de la ambición, de las usurpaciones, de los abusos tiránicos del poder romano! ¿Acaso una habilidad mayor es usurpación? ¿Desde cuándo capacidades notables y una práctica de dos mil años son injusticia con relación á aquellos á quienes Dios ha dado hermosos talentos, pero sin permitir ejercitarlos?

9. La historia de los santos es una enseñanza para la historia de la civilización.—Vemos por este solo ejemplo que la historia, sobre todo la historia de la cultura, podría aprender mucho de la vida de los Santos.

Cuando recorremos las obras que ordinariamente se colocan entre las historias de la civilización, siéntese uno casi tentado á desesperar del hombre y á perder el valor para vivir en el mundo.

¿Es que una historia de la civilización y de la moral—por lo menos cuando trata de tiempos cristianos—no debe ser más que una descripción de los aspectos defectuosos de la humanidad? ¿No debe hablar más que de criminales, de hipócritas, de ciegos, y únicamente por casualidad de hechos regeneradores?

Cuando hay que hablar de San Francisco de Asís ó de Santa Isabel, se hace á lo más para expresar en pocas palabras el disgusto de que espíritus tan bien dotados y tan bien intencionados hayan sido reservados á tiempos cristianos y hayan abrigado de sí mismos tan grandes ilusiones.

En este caso, la historia de la civilización sólo puede ser un tribunal supremo en torno del cual giren los historiadores graznando como cuervos. Estos pájaros de mal agüero no se cuidan poco ni mucho de que en las vastas páginas de la historia haya millares de hombres felices y honrados y jardines en que brotan magníficas flores: sólo aman la muerte y la putrefacción.

Tentados nos sentimos á poner como divisa de estas obras los versos del bardo anglosajón:

«Apenas resuenan las trompetas anunciando el horror y la carnicería de la batalla, cuando el cuervo deja oir su ronco sonido, lanza graznidos de júbilo y vuela á su festín. El buitre, cubierto de rocío, sigue con ávidos ojos la obra de la muerte, y el lobo se prepara á arrojarse alegremente sobre su presa». (1)

Sólo que lo que se recoge en los campos de batalla y en las cloacas no es ciertamente lo que constituye la historia de la civilización, sino que lo que forma parte de ésta es ante todo la formación del espíritu y del corazón. Todos deben comprender que no hay que ir á buscarla en los párrafos de la ley escolar, en el campo de maniobras ó en una sala de la Escuela de Bellas Artes.

El que desea aprender á conocer la verdad y la formación de que el hombre es capaz, debe también descender á la oscuridad de las catacumbas y á los espantosos calabozos del Coliseo. Debe trasladarse á los desiertos y á las cumbres de los montes más solitarios. Debe conocer los refugios del sufrimiento, de la penitencia, del sacrificio, los hospitales, los hospicios de niños abandonados, los asilos de pobres. Debe visitar las ricas catedrales durante la celebración de los oficios solemnes y en las horas en que los fieles hacen en ellas silenciosamente sus ejercicios de devoción, lo mismo que el silencioso retiro, testigo de tantas luchas y tantos méritos. Sólo entonces dará con los vestigios propiamente dichos de esta historia.

Escribir una historia de la civilización no es fácil empresa.

Si pudiésemos recoger la verdadera civilización en medio de la calle, difundiríase entonces por todo el universo. Pero cuando el historiador se atiene á cosas vulgares que hieren los sentidos, da precisamente con lo contrario de la civilización, á saber, con vanas apariencias, con la mentira y el vicio.

Dice el proverbio: «Las malas ruedas son siempre las que más rechinan». Un buen carruaje con buen caballo pasa á nuestro lado sin que lo advirtamos.

(1) Cynewulf, *Elene*, 1, 109 y sig.

Hay millares de conchas vacías en la orilla del mar; pero el que quiere perlas, debe ir á buscarlas en la profundidad del océano.

Sólo con mucho trabajo podemos descubrir lo que hay de bueno y noble en la humanidad; el que considera como sobrado fácil este trabajo, nada ve.

Esta es la razón por la cual son tan raras las citas de cristianos en los autores paganos de los primeros siglos.

El asombro de tantos sabios sobre este punto muestra lo poco que conocen el mundo.

¿Ocurre hoy lo contrario? Cuando se lean en los tiempos futuros cierto número de nuestros autores modernos, creeráse que no existían cristianos en el siglo XIX. Y si leemos muchos historiadores de la civilización, apenas si podremos comprobar la existencia de un noble carácter.

Esta es la consecuencia natural del hecho de que nuestros historiadores de la civilización pasen en silencio precisamente á aquellos en quien se hallan expresadas del modo más brillante las más bellas cualidades de su época y de su pueblo.

Tanto como no se dé á los santos un puesto distinguido en estas historias, porque son ellos los más puros representantes de la mejor parte de la humanidad, no tendremos una historia excelente.

Uno de esos historiadores que no parece sino que se han propuesto inspirarnos horror por la humanidad pasada, Wachsmuth, se ha dado cuenta de lo que aquí decimos en un momento lúcido de su vida. Hablando de san Bernardo, dice que «fué un gran santo, no porque superase en ciencia á sus contemporáneos, sino porque comprendió y resumió del mejor modo posible en él las particularidades de su época». (1)

Desgraciadamente, ni siquiera Wachsmuth comprendió este gran pensamiento. ¡Ah, de cuán distinta manera juzgaríamos la Edad Media, si la apreciásemos desde este punto de vista! ¡Cuán distintas vías emprenderíamos, y

(1) Wachsmuth, *Europæische Sittengeschichte*, III, I, 86.

cuán distintas fuentes investigaríamos para escribir su historia!

10. La gran empresa de la historia de la civilización; todavía está para resolver.—Si, pues, existe una obra importante y oportuna, digna de los esfuerzos de un corazón magnánimo, es ciertamente la historia de la civilización desde todos sus puntos de vista, es decir, desde el punto de vista natural y sobrenatural, interior y exterior, desde el punto de vista de la formación del espíritu y del corazón.

Pero semejante obra sólo podría hacerse refiriéndose á la historia de la vida de los santos. Unicamente si se los concibe como los más puros representantes de sus pueblos y como los más importantes acontecimientos de la civilización, únicamente si todos los otros acontecimientos de su época se representan en unión ó en oposición con ellos, tendremos por fin una historia de la civilización, en la cual la luz y las sombras estarán igualmente repartidas, y en la cual aparecerá la verdad de cuerpo entero, en una palabra, una historia del mundo tal cual es.

Sin los santos, es en realidad el mundo lo que nos dice el pesimismo: una tumba llena de podredumbre, un laberinto en cuya obscuridad se siente uno pésimamente.

Pero el que conoce á los santos, ve la historia y la humanidad á través de un prisma muy distinto. Ve muchas cosas censurables, pero ve igualmente que jamás ha enfermado una parte de la humanidad sin que el sabio Médico de los pueblos haya puesto en ella un grano de saludable sal curativa: un santo. El que los conoce, marcha á menudo por senderos tenebrosos, pero jamás en la oscuridad completa. Porque, aun en los tiempos más negros, encuentra siempre alguien en quien se han verificado las palabras: «Para que seáis irreprensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo». [1]

(1) Phil., II, 15.

CONFERENCIA XXV

EL PARAÍSO RECOBRADO

1. Belleza del mundo, allí en donde el hombre no la destruye.—El viejo Bernardo Emmerich se complacía en hacerse acompañar por sus hijos, cuando por la mañana, muy temprano, se dirigía al campo. «Ved,—les decía—nadie ha pisado todavía el rocío. Somos los primeros, y si oráis con fe, serán bendecidos los campos. ¡Es tan hermoso ser el primero en hollar el rocío! ¿No es ello un signo de que ningún pecado se ha cometido aún en la llanura, de que ninguna mala palabra ha sido todavía pronunciada?» [1]

En tales términos, llenos de elevada poesía y profunda sabiduría, resolvió el sencillo aldeano westphaliano una cuestión difícil, que con frecuencia pone en aprieto á personas más instruídas que él.

Mediante la oración, la reflexión y el trabajo, los espíritus sencillos y rectos descubren, en la escuela de la naturaleza, mucho más fácilmente la verdad, que los sabios en la pesada atmósfera de las clases en que enseñan. Tal es la razón por la cual todos han podido comprobar que es más fácil hablar con ellos de las cosas más elevadas, y que á menudo manifiestan más interés y más inteligencia en las cuestiones tratadas por San Agustín, que los mismos supuestos sabios.

El vecino de la ciudad que abandona por un instante el tumulto que le rodea, dase cuenta de lo que acabamos de decir, cuando siente pasar el soplo poderoso del Espíritu Santo á través de los bosques, y cuando advierte la dulce sublimidad del Creador en el majestuoso silencio de las

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) I, 35.

cuán distintas fuentes investigaríamos para escribir su historia!

10. La gran empresa de la historia de la civilización; todavía está para resolver.—Si, pues, existe una obra importante y oportuna, digna de los esfuerzos de un corazón magnánimo, es ciertamente la historia de la civilización desde todos sus puntos de vista, es decir, desde el punto de vista natural y sobrenatural, interior y exterior, desde el punto de vista de la formación del espíritu y del corazón.

Pero semejante obra sólo podría hacerse refiriéndose á la historia de la vida de los santos. Unicamente si se los concibe como los más puros representantes de sus pueblos y como los más importantes acontecimientos de la civilización, únicamente si todos los otros acontecimientos de su época se representan en unión ó en oposición con ellos, tendremos por fin una historia de la civilización, en la cual la luz y las sombras estarán igualmente repartidas, y en la cual aparecerá la verdad de cuerpo entero, en una palabra, una historia del mundo tal cual es.

Sin los santos, es en realidad el mundo lo que nos dice el pesimismo: una tumba llena de podredumbre, un laberinto en cuya obscuridad se siente uno pésimamente.

Pero el que conoce á los santos, ve la historia y la humanidad á través de un prisma muy distinto. Ve muchas cosas censurables, pero ve igualmente que jamás ha enfermado una parte de la humanidad sin que el sabio Médico de los pueblos haya puesto en ella un grano de saludable sal curativa: un santo. El que los conoce, marcha á menudo por senderos tenebrosos, pero jamás en la oscuridad completa. Porque, aun en los tiempos más negros, encuentra siempre alguien en quien se han verificado las palabras: «Para que seáis irreprensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo». [1]

(1) Phil., II, 15.

CONFERENCIA XXV

EL PARAÍSO RECOBRADO

1. Belleza del mundo, allí en donde el hombre no la destruye.—El viejo Bernardo Emmerich se complacía en hacerse acompañar por sus hijos, cuando por la mañana, muy temprano, se dirigía al campo. «Ved,—les decía—nadie ha pisado todavía el rocío. Somos los primeros, y si oráis con fe, serán bendecidos los campos. ¡Es tan hermoso ser el primero en hollar el rocío! ¿No es ello un signo de que ningún pecado se ha cometido aún en la llanura, de que ninguna mala palabra ha sido todavía pronunciada?» [1]

En tales términos, llenos de elevada poesía y profunda sabiduría, resolvió el sencillo aldeano westphaliano una cuestión difícil, que con frecuencia pone en aprieto á personas más instruídas que él.

Mediante la oración, la reflexión y el trabajo, los espíritus sencillos y rectos descubren, en la escuela de la naturaleza, mucho más fácilmente la verdad, que los sabios en la pesada atmósfera de las clases en que enseñan. Tal es la razón por la cual todos han podido comprobar que es más fácil hablar con ellos de las cosas más elevadas, y que á menudo manifiestan más interés y más inteligencia en las cuestiones tratadas por San Agustín, que los mismos supuestos sabios.

El vecino de la ciudad que abandona por un instante el tumulto que le rodea, dase cuenta de lo que acabamos de decir, cuando siente pasar el soplo poderoso del Espíritu Santo á través de los bosques, y cuando advierte la dulce sublimidad del Creador en el majestuoso silencio de las

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) I, 35.

montañas. Pero es muy raro que alguien sea capaz de resumir sus impresiones como lo hace el pastor de Uhland:

«Es el día del Señor. Me encuentro solo en la vasta llanura. Muy temprano, el sonido de una campana hiere mis oídos, y luego el sonido hinche el espacio. Caigo de rodillas. ¡Oh dulce horror! ¡Oh soplo misterioso! Paréceme que numerosos adoradores invisibles oran en torno mío. Por donde quiera que dirijo mis miradas, aparece límpido y claro el cielo. Diríase que trata de abrirse. ¡Es el día del Señor!» (1)

¡Ah, cuán bello es el mundo allí donde no lo profana el hombre! ¡Qué santuario tan sublime el vasto y elevado templo de la inmensa naturaleza! ¡Cómo abre con solemnidad sus puertas ante el hombre, cuando éste se presenta con excelentes disposiciones, para ofrecer, como gran sacerdote, al Creador el sacrificio de su adoración! ¡Cómo cada columna, cada tapiz de variados colores, cada candelabro de este templo, nos eleva con dulzura irresistible hacia su autor, el Dios que está en el cielo, con tal que los contemplemos con emocionado corazón! ¿Quién es el que en el interior de su propia conciencia no se ha dicho, al contemplar las estrellas: «Mira como la bóveda celeste aparece incrustada de brillantes láminas de oro. Entre todos esos globos que ves, no hay uno cuyos movimientos armoniosos no ofrezcan un encanto celeste y no se armonicen con los conciertos de los coros de querubines rebosantes de juventud y amor. Es la imagen de la armonía que anima á las almas inmortales; pero no podemos oirla mientras nuestra alma se halle envuelta en esta grosera envoltura de perecedera arcilla». (2)

2. Rebelión de la naturaleza contra el hombre, como castigo de su rebelión contra Dios.—Desgraciado y digno de piedad es el hombre obligado á confesar que jamás escuchó esta maravillosa armonía de la naturaleza, y que la considera como resultado de extravagancias religiosas. Aplí-

(1) Uhland, *Gedichte* (61) (Stuttgart, Cotta, 1877), 18 y sig.
(2) Shakespeare, *El Mercader de Venecia*, V, 1.

canse á este hombre las siguientes palabras del poeta que acabamos de citar: «El hombre que no siente en su alma música alguna, que no se muestra conmovido por la armonía de dulces conciertos, es capaz de traiciones, estratagemas é injusticias. Lentos y sombríos como la noche son los movimientos de su alma, y negros como el Tártaro sus afectos. No os fiéis jamás de hombre semejante». (1)

Pero ¿qué decir del desdichado que no teme destruir la maravillosa armonía de este gran himno de la Creación?

¿No es un criminal el que solamente busca sus complacencias en mancillar lo bello, en profanar lo santo? Pues bien, semejante dictado, por duro que sea, es merecido por el hombre, porque ha mancillado, devastado y destruído el templo de que era guardián y sacerdote.

Encargado de cultivar el jardín de Dios, ha dado pruebas de verdadero furor contra sus más hermosas flores. Plantas venenosas ha sembrado en lugar de las que le ofrecían sano alimento; ha ajado y mutilado todo lo que brotaba lleno de esperanza.

No es posible explicarse esto, de no admitir que las tinieblas han invadido su espíritu.

¡Qué espectáculo allí donde antes se alzaba el paraíso de Dios!

Todo yace en él sin orden ni concierto, como si por él hubiese pasado el enemigo, quemándolo y saqueándolo todo. (2)

Tal es la marcha del individuo, tal la marcha de la historia en general.

Pero el castigo no se hizo esperar largo tiempo, porque siempre es uno castigado por donde ha pecado.

Deber del hombre era someterse á Dios, y, en consecuencia, toda la naturaleza debía someterse á Él y reconocerle por su rey.

Pero, al rebelarse contra su Creador, la naturaleza se reveló contra él, para castigarle por el hecho de que, en

(1) Shakespeare, *Ibid.*
(2) Psal., LXXIX, 17.

vez de conducirla á su Señor común, haya querido arrastrarla en su rebelión. [1]

La consecuencia ha sido esa guerra encarnizada que la naturaleza ha declarado al hombre.

Allí donde abrimos las entrañas de la tierra, hallamos la prueba de esta lucha terrible. Aquí el fuego que ha devastado, y aun aniquilado, países manchados de pecado; allí el mar; más allá el hielo.

Y lo que estos enemigos le han dejado, de tal modo ha sido agotado por la cultura, que lo ha cambiado en desiertas estepas. Fácilmente podemos descubrir en el mapa los sitios en que en otro tiempo existían campiñas florecientes. Basta que descubramos un lago salado, una charca de exhalaciones mefíticas, un desierto arrasado por el sol, para que sepamos que allí se alzaban Nínive, Babilonia, Persépolis, Menfis, Efeso, Cartago. [2]

Todos los elementos se han conjurado contra el hombre. El sol y el frío hácenle penosa la vida y devoran el fruto de su trabajo. Con frecuencia el agua y el fuego hácenle sentir su impotencia, no obstante todas sus medidas de precaución. Los animales le tienden miles de lazos para perderle. Si en otro tiempo sólo tenía que temer á los leones y á las serpientes, sabe hoy que, en cada gota de agua y en cada trozo de alimento, le amenazan centenares de peores enemigos. Porque, desde que el microscopio ha revelado los terribles misterios del mundo invisible, hasta debería tener miedo de respirar, para no absorber de una vez millares de gérmenes de mortíferas enfermedades.

3. Los santos han borrado la maldición que pesaba sobre la tierra.—Superfluo es aquí cuanto digamos para explicar tan triste hecho, si recordamos este pasaje de la Escritura: «Dios arma á sus criaturas para vengarse de sus enemigos». [3]

(1) Sap., XI, 17.
(2) Augustin., *Psalm.* 143, 6; *Civ. Dei*, 19, 4, 4. Bernard., *Fest. Omn. Sanct.*, 1, 9.
(3) Sap., V, 18.

Pero, recíprocamente, toda causa de lamentaciones y de miedo desaparece, cuando meditamos este otro pasaje: «Porque la criatura, sirviéndote á ti, Hacedor suyo, redobla los ardores para atormentar á los injustos, y los mitiga en beneficio de aquellos que en ti confían». [1]

La verdad de este segundo principio está comprobada por modo tan irrefutable en la historia de los santos, como lo es la del primero por la de la tierra y de la humanidad.

Los santos están en oposición completa con el mundo, no sólo por su vida interior y su influencia moral sobre la sociedad que los rodea, sino también por los resultados externos de su actividad.

Lo que Dios dijo al hombre en los primeros días de su historia: «Maldita será la tierra en tu obra», [2] se ha realizado, y lo que todavía no lo ha sido por completo, marcha siempre á su realización.

Por lo contrario, la actividad de los santos, en todas las épocas de la Iglesia, es la prueba más evidente de que San Agustín decía la verdad al afirmar que, por medio de ellos, había sido renovada en todas partes la faz de la tierra. [3]

«Hombres hay—dicen Plinio y Eliano—que en todo su cuerpo, aun en sus ojos, parece que tienen algo de venenoso y de dañino». [4] «Su mordedura es más peligrosa que la de un animal». [5] «Su saliva produce el mismo efecto que el veneno». [6]

Los descubrimientos modernos han confirmado esta última afirmación.

Ahora bien, los santos, á ejemplo del Salvador, [7] se han servido igualmente de su saliva para obrar sus curaciones, v. g., San Hilarión. [8]

(1) Sap., XVI, 24.
(2) Gen., III, 17.
(3) Augustin., *Gen. ad lit.*, 10, 8, 14.
(4) Plin., 7, 2, 10; 18, 1, 3. Ælian., *Var. hist.*, 10, 12.
(5) Plin., 28, 8 (4), 1. Ælian., *Nat. an.*, 2, 24; 9, 15.
(6) Ælian., *Nat. an.*, 2, 24; 7, 26.
(7) Marc., VII, 33; VIII, 23.
(8) Hieron., *Vita S. Hilarion.*, 15 (Vallarsi).

Allí donde el hombre fija su planta y mete su arado, allí crecen espinas y abrojos en abundancia, [1] como dice la Escritura.

Sin duda que nuestros adoradores de la naturaleza se mofan de semejantes afirmaciones; pero podrían ahorrarse el trabajo de inventar burlas, si pensasen en el regalo que nos han hecho al difundir por todas partes la enfermedad de la patata, la filoxera y otras llagas de esta especie, como en otro tiempo los cruzados, que desconocían la naturaleza.

Los santos, y sus discípulos los monjes, especialmente los benedictinos y los cistercienses, han poseído, por lo contrario, el secreto de hacer crecer uvas sobre espinas, de transformar las piedras en trigo y la arena en frutos deliciosos. Se ha dicho que, para ellos, no había terreno estéril. Han plantado viñas en regiones en que, destruídos los monasterios, ni siquiera crecen lianas; y, aun en los países situados más al Norte, han sabido dar al vino el más exquisito aroma.

Cuando hoy llega á puerto un navío, quisiéramos que desapareciese con toda su carga por miedo bien fundado de que lleve al país el cólera ú otra plaga internacional. Pero Honorato de Arles abordaba audazmente á Lérins, donde nadie se atrevía á poner el pie, á causa de las numerosas serpientes que allí había, y en poco tiempo, quedaba transformada esta isla en verdadero paraíso. [2] Cuando el cuerpo de San Francisco Javier tocó en Malaca, la peste, que hasta entonces había resistido á todos los medios, cesó de repente por sí misma. [3]

Así, podemos repetir con toda verdad las palabras del profeta: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado semilla, seríamos como Sodoma y Gomorra». [4]

Esta semilla son los santos. La antigua civilización ha-

(1) Gen., III, 18.
(2) Hilar. Arelat., *Vita S. Honorati*, 3, 15.
(3) Guérin, *Les petits Bollandistes*, XIV, 43.
(4) Is., I, 9. Rom., IX, 29.

bía convertido la tierra en un desierto tal, que los hombres retrocedían y cedían el paso á los animales feroces. [1] Sólo los santos han tenido valor y fuerza suficiente para hacer habitables y fértiles los países más abandonados.

Si únicamente se hubiesen encontrado diez justos en Sodoma, [2] y un solo santo en Jerusalén, [3] hubiese perdonado Dios á estas ciudades.

Felizmente, encuéntrase el mundo en mejor situación desde Jesucristo. La tierra que ya se creía condenada á no engendrar más que monstruos y animales salvajes, si con todo era aún capaz de producir algo, vió de nuevo hombres de belleza, poder y perfección inauditos. Y éstos le salvaron la vida con la fuerza sobrenatural que en sí llevaban encarnada.

Hasta entonces, y sobre todo en los tiempos del paganismo en decadencia, no parecía sino que el hombre sólo existía en la tierra para desfigurarla, agotarla é inutilizarla para lo porvenir. Pero bien pronto apareció otra generación, que realizó por completo la sentencia: «Todos los pueblos serán en ti benditos». [4]

4. Los santos han suprimido ó cambiado las leyes de la naturaleza.—Con los santos, nueva vida y nueva fuerza descendieron sobre la tierra. Así como del Rey de los santos brotaba una virtud que arrojaba todas las enfermedades, así también la naturaleza sensible pareció transformarse en todas partes donde la rozaban siquiera fuese con el borde de sus vestidos ó las suelas de sus sandalias.

En ellos se realizó lo que les había prometido: «Han arrojado los demonios, han hablado nuevas lenguas, han cogido serpientes, han bebido veneno, sin sentir mal alguno, han impuesto las manos á los enfermos, y han sido curados». [5] «Han hecho milagros más grandes que los de su Maestro». [6]

(1) Cf. Vol. I, Conf. II, 3 y sig.—(2) Gen., XVIII, 32.
(3) Jerem., V, 1.—(4) Gen., XII, 3.
(5) Marc., XVI, 17, 18.—(6) Ioan., XIV, 12.

Para los santos, parecen suprimidas las leyes naturales, ó mejor, reemplazadas por fuerzas sobrenaturales superiores.

Verdad es esta que no necesita explicación, ni mucho menos defensa.

Como dueño del sábado, el Hijo del hombre puede elevarse sobre la ley del sábado. [1] Del mismo modo, las leyes de la naturaleza le están sometidas en su condición de Señor de la naturaleza.

Ahora bien, lo que por sí mismo puede hacer, puede también hacerlo ejecutar por sus miembros. Si los santos no hubiesen probado su poder en la naturaleza y en sus leyes, casi podría dudarse del principio de que todos los arraigados en la fe, en la gracia y en la virtud son miembros vivientes del Hijo de Dios vivo.

Considerados desde este punto de vista, los milagros son tan naturales para los santos como lo eran para Jesucristo en virtud de su divinidad. [2] Si nada hay de asombroso en que el poder divino se manifieste en el Jefe, ¿porqué asombrarnos de que aparezca también en los miembros?

El asombro que experimentamos por los milagros de los santos, nos prueba una vez más que los hombres pasan por alto las cosas esenciales, y se aferran á las accesorias. Lo principal es que Dios haya habitado visiblemente la tierra en forma humana. Que bajo esta envoltura humana haya realizado acciones divinas, es completamente natural, de tal modo que tendríamos motivo para dudar de la Encarnación de Dios, si no la hubiese demostrado con obras en relación con ella.

Así, en el fondo, todo lo que en esto hay de maravilloso consiste en que los hombres puedan convertirse en miembros de Jesucristo.

El que cree en esta doctrina de la Revelación, no se asombrará en manera alguna de los milagros de los santos. La persona, las acciones, las palabras de Jesucristo lo son todo. Que Jesucristo haga milagros por medio de sus santos, ¿cómo ha de sorprender al que cree en la persona del Salvador y en su obra sobrenatural?

(1) Matth., XII, 8.
(2) Thomas, 3, q. 13, a. 2.

El que tiene fe, no pregunta si los milagros son posibles, sino que procura ante todo que el fin de los milagros se verifique en él, á saber, la consolidación de la fe en el poder y en la palabra de Jesucristo.

Ahora bien, todos los milagros de los santos no son más que continuación de los de Jesucristo, ó cumplimiento de las promesas que ha hecho á los suyos.

Los millares de curaciones milagrosas que San Pedro, San Pablo y tantos otros santos han obrado, muestran que Jesucristo, no sólo ejerció su virtud curativa durante tres años, no sólo fué médico de los judíos, sino también médico y salvador del mundo entero.

Cuando San Pablo queda á salvo del veneno de la víbora, [1] cuando, con el signo de la cruz, hace San Benito inofensivo el veneno, [2] cuando San Gregorio Taumaturgo [3] y Nonnoso dan otro lecho á los arroyos, y cambian de sitio las montañas, [4] vemos en estos hechos la realización de la profecía del Salvador, [5] lo mismo que en la erupción de las persecuciones contra los cristianos. [6]

Del mismo modo, no hay motivo alguno para que nos mostremos sorprendidos de que Cristina Mirábilis y San José de Cupertino [7] puedan sostenerse como pájaros en la cima flexible de un árbol, [8] ó caminar sobre las aguas; [9]

(1) Act. Ap., XXVIII, 6.—(2) Gregor. Magn., *Dialog.*, 2, 3, 8.
(3) Basil., *De Spirit Sancto*, 29, 74. Greg. Nyssen., *Vita S. Greg. Thaumat.*, n.º 12 (Galland. III, 450).
(4) Gregor. Magn., *Dial.*, 1, 7.—(5) Matth., XVII, 19.
(6) Ioan., XVI, 2 y sig.—(7) Pastrovicchio, *Vita S. Josephi Cup.*, 3, 32.
(8) Thomas Cantiprat., *Vita S. Christ. Mirabilis*, 2, 15. Nos referimos aqui con la mayor tranquilidad de ánimo á la vida muchas veces citada de esta sierva de Dios. Por lo menos, los hechos indicados aquí no contienen nada de extraño en sí mismos. No creemos que haya necesidad de dar nuestra opinión sobre la descripción de su vida. Tampoco queremos tocar la cuestión de porqué motivo se llama al autor «gran hablador ante del Señor».
(9) *Ibid.*, 1, 10.

que San Raimundo de Peñafort atraviese el mar en su manto; [1] que Santa Catalina de Sena toque apenas los escalones cuando sube ó baja la escalera, [2] y que durante sus éxtasis permanezca echada sobre un saquito de huevos sin romperlos; [3] que el bienaventurado Amadeo pase como de un vuelo sobre la nieve sin dejar rastro alguno. [4] No, no hay que asombrarse de esto, si se tiene en cuenta que en ellos vivía el espíritu de Aquél que no sólo caminaba sobre las olas, sino que eximía á San Pedro de las leyes de la gravedad y le mantenía sobre las aguas. [5]

Preciso es comprender así todos los milagros de los santos relativos á la naturaleza.

Las llamas destinadas á devorar á San Policarpo le envuelven como un velo protector. [6] Bruno, el apóstol de los rusos, pasa á través del fuego. [7] Tiburcio anda sobre carbones encendidos [8] y Cunegunda sobre rejas de arado enrojecidas al fuego, [9] San Juan de Dios atraviesa los corredores, envueltos por el fuego, de su hospital, [10] Toribio, para probar su inocencia, lleva carbones encendidos en su sobrepelliz en torno de la iglesia, [11] y ninguno de ellos experimenta el menor daño. Santa Catalina de Sena recibe un vestido invisible que la hace insensible al frío, [12] y Armella Nicolás es preservada del calor. [13] Gerlach [14] y Pedro de Alcántara [15] marchan con los pies desnudos por la

(1) *Vita S. Raimundi de Pennaf.*, 5, 26.
(2) Raimund., *Vta S. Cath. Sen.*, 1, 1, 32.
(3) *Ibid.*, 2, 2, 139.
(4) *Vita B. Amadei*, 8, 87.
(5) Matth., XIV, 25, 29.
(6) *Epistola eccl. Smyrn.*, 15.
(7) Petr. Dam., *Vita S. Romualdi*, c. 27. Bolland., *Vita S. Brunoni (Bonifacii)*, 6.
(8) *Acta S. Tiburtii*, 2, 13. *Acta S. Sebastiani*, 21, 81.
(9) *Vita S. Cuniguntis*, 1, 2.
(10) Franc. a Castro, *Vita S. Ioan de Deo*, 8, 47. Govea, 5, 36 y sig.
(11) *Vita S. Turibii*, 6.
(12) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 2, 137.
(13) Armella Nicolas, *Schule der reinen Liebe Gottes*, 107.
(14) *Vita S. Gerlaci*, 1, 12, 32.
(15) Laurent., *Vita S. Petri de Alcant.*, 3, 169; 4, 221.

nieve que se funde al calor de sus pisadas. Raniero de Pisa ora con tal fervor, que el pavimiento de mármol que lo sustenta se recalienta como un hierro candente, y él no siente frío. [1] Osanna, [2] Moling [3] y Verolo [4] arrebatan al fuego, al granizo, á la escarcha, con sólo la oración y el signo de la cruz, todo su poder dañino. Millares de veces los leones, los tigres, las serpientes, deponen su furor á los pies de los mártires.

¿Qué significa todo esto?

No es ello otra cosa que la realización de la verdad fundamental sobre la cual reposa nuestra fe y nuestra salvación, á saber, que en Jesucristo, el Jefe de los santos, habita aquella misma virtud divina que preservó á Daniel en la fosa de los leones y á los tres jóvenes en el horno; no otra cosa que la verificación del principio de que el Autor y Consumador de nuestra fe es aquella Sadiduría divina que promete á cada hombre «marchar audazmente sobre áspides y basiliscos y hollar leones y dragones»; [5] no otra cosa que la realización de la profecía referente al vástago de la estirpe de Jessé, el Mesías, á saber, «que el lobo vivirá en paz con el cordero, que un niño será su pastor, que el niño que aun mama jugará en el agujero de un áspid, porque todos estos animales no dañarán ni matarán ne todo el monte santo». [6]

5. Los milagros que los santos han hecho en los animales, como prueba de la recuperación del paraíso. —Condúcenos esto á otra serie de milagros que nos muestran aun mejor cómo la vida de los santos es en realidad una renovación del paraíso.

Nos referimos á los milagros relativos á los animales.

En el paraíso reinaba la paz entre el hombre y los animales; pero el pecado destruyó esta unión y originó la guerra.

(1) Benincasa, *Vita S. Rainerii*, 4, 57, 58.
(2) Franc. a Silvestris, *Vita B. Osanæ*, 4, 3, 155.
(3) *Acta S. Molingi*, n.° 2.—(4) *Vita S. Veroli*, 1, 3.
(5) Psalm., XC, 13.
(6) Is., XI, 1, 6, 8, 9.

En presencia de tan numerosos enemigos, que poseen, de una parte, armas superiores á las suyas, y que, de otra, evitan toda persecución con su agilidad y pequeñez, el hombre no hubiera podido subsistir mucho tiempo. Para hacerle posible su existencia aquí bajo, Dios, en su misericordia, ha querido que, tras el diluvio, estos enemigos temblasen á su aspecto. (1)

Esto ha producido la situación en la cual vivimos aun hoy día, es decir, el estado de desconfianza recíproca entre el rey de la creación y sus súbditos. Evítanlo los animales, y le dañan siempre que pueden, rara vez por modo abierto, á menudo con toda especie de astucias.

¡Qué dominación tan triste y extraña! ¿No es ella la imagen de un Estado en el que reinan el despotismo, la esclavitud y la barbarie, y en el cual únicamente la necesidad, la violencia, el miedo y el engaño mantienen una sombra de homogeneidad?

Pues bien, el Espíritu Santo ha establecido la sociedad de los hombres nuevos, formados según Jesucristo, sobre dos bases fundamentales, hasta entonces ignoradas por el mundo: el amor y la obediencia.

Origina esto nuevo estado de cosas. Cuando, en vez de ceder á la violencia y al miedo, hace de la obediencia libre el vasallo, y de la caridad, el alma de su conducta con relación á su jefe supremo, su proceder debe hallar eco en todas partes donde ejerce su poder. Clarísimo es que sus súbditos deberán portarse con él como él se porta con su dueño.

De aquí que sea natural que la conducta del mundo de la naturaleza con relación al hombre que ha vuelto á encontrar sus justas relaciones con Dios, sea completamente distinta de aquella en que cumple sus deberes con relación al Creador únicamente por violencia, ó que no los cumple en modo alguno.

La naturaleza no libre siente igualmente la maldición que el pecado ha hecho caer sobre ella. Todo corazón que

(1) Gen., IX, 2.

no sea totalmente insensible, no puede ocultarse que un deseo ardiente anima á todos los reinos de la creación, el deseo de verse libres de la violencia y del miedo para poder participar del amor de Dios y servirle con gozo y libertad. (1)

No es, pues, extraño que cuando ven en su dueño, no un esclavo, sino un hijo libre de Dios, experimenten las criaturas un sentimiento de satisfacción, y que, libres del pesado yugo que las oprime, se aproximen alegremente á él para ayudarle á glorificar jovial y libremente á su Dueño común. (2)

La vida de los santos es de ello ejemplo elocuentísimo. Así que los Padres de la vida monástica abandonaban la corrupción de las grandes ciudades, y hallaban un asilo en el desierto, aproximábanse á ellos amigablemente los animales. Su vida, así como la de millares de ermitaños y monjes, los primeros que roturaron los terribles desiertos de Europa, están llenas de ejemplos que atestiguan que los leones, los lobos, los osos, se convertían en amigos suyos, compartían con ellos sus trabajos y su alimento, imitábanlos en el servicio de Dios, ó, como los ciervos y las liebres, buscaban y hallaban junto á ellos un refugio contra sus perseguidores.

Contentémonos con recordar aquí la conmovedora historia del león de San Gerásimo, conocida de todo el mundo. (3) Muchos santos hállanse representados con animales como emblemas: San Egidio con una cierva, San Meinrad con dos cuervos, San Geraldo con un oso. Este último santo había salvado la vida á uno de estos animales que iba á ser muerto por unos cazadores. Para hacerle pagar su deuda de gratitud, obligóle á que le sirviese de bestia de carga para transportar las piedras necesarias á la construcción de una iglesia. (4) San Corbiniano obligó igual-

(1) Parte primera, XII, 1.
(2) Rom., VIII, 20-22.
(3) Ioan. Moschus, *Patrum Spirit.*, 107.
(4) *Vita S. Geroldi*, n.º 8 (Bolland. Apr. II, 626; Palmé).

mente á un oso á que le llevase su equipaje en castigo de haberle muerto su bestia de carga. [1] En recompensa de haber San Rodano regalado sus caballos á un pobre, unciéronse por sí mismos dos ciervos á su carro. [2]

En estos milagros, hay un aroma de poesía al que nadie puede sustraerse. Sin duda que nuestro espíritu comprende cuán lejos está, para su mayor confusión, de poseer la fuerza que ha realizado estos prodigios. Sin embargo, alcánzasenos que, para hombres que poseían completamente la maravillosa virtud de la sencillez, son del todo naturales semejantes hechos.

Cuando nos representamos el carácter de San José de Cupertino, nada hallamos de asombroso de que tuviese en su jardín un jilguero que, á una palabra suya, se prestase inmediatamente á acompañarle en sus alabanzas al Señor. Devorado que hubo un halcón al animalito, tuvo que hacer larga penitencia para expiar el crimen.

El mismo santo dió á un convento de religiosas un cordero, que asistía al coro, excitaba á las hermanas soñolientas, y era el primero en acudir á todos los ejercicios. [3]

Los pescados llegaban á comer en la mano de San Guthlac. Este santo mandaba también á los cuervos, y vivía en amistad con los buitres y las golondrinas. [4] Cuando Ida de Lovaina iba á lavar al arroyo, jugando acudían á bandadas los pescados á sus dedos, y se los chupaban. [5] Sabido es que San Antonio de Padua predicaba á los peces, cuando no le escuchaban los hombres, [6] y que hizo comprobar por un asno la presencia de Jesucristo en el Sacramento. [7] Refiere Cesáreo de Heisterbach que el piadoso cura Eberhardo realizó este mismo milagro en Santiago de Colonia en presencia de considerable muchedumbre. [8]

(1) Aribo, *Vita S. Corbin.*, 3, 21.
(2) *Vita S. Rodani*, 3, 14.
(3) Pastrovicchio, *Vita S. Josephi Cupert.*, 6, 69 y sig.
(4) Feliz, *Vita S. Guthlaci*, 3, 23 y sig.
(5) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan*, 1, 5, 29.
(6) *Liber miraculor. S. Antonii Pad.*, 1, 2.—(7) *Ibid.*, 1, 5.
(8) Cæsar. Heisterbach., *Miracul.*, 9, 4.

Pero los dos santos en cuya vida se encarnó del modo más admirable la virtud de la sencillez, San Francisco de Asís y Santa Rosa de Lima, son igualmente los que muestran, en la forma más agradable, estas amistosas relaciones con los animales.

San Francisco llamaba hermanos y hermanas á todas las criaturas, grandes ó pequeñas, porque tenían con él un origen común, Dios. [1] Comprendían ellas este lenguaje, respetaban el espíritu que se lo inspiraba, y se mostraban verdaderamente como hermanos y hermanas con relación á él. Las liebres y los conejos obedecíanle dócilmente, los pescados seguían su barco. [2] Cierto día halló en el valle de Spoleto gran muchedumbre de pájaros que parecían esperarle. Saludólos él á su manera, y rogóles que escuchasen su palabra: «Queridos pajaritos,—les dijo—agradecidos os mostráis á Dios vuestro Creador, á quien debéis alabar en todo tiempo y lugar; Él os permite volar por todas partes, os ha dado doble y triple vestido; vosotros no sembráis ni recolectáis, y, sin embargo, Dios os alimenta. Os da Él arroyos y fuentes para que os abrevéis, montes y valles para abrigaros, árboles elevados para que en ellos fabriquéis vuestros nidos. No sabéis hilar ni coser, y Dios os viste, á vosotros y á vuestros pequeñuelos. Mucho os ama, pues, vuestro Creador, por cuanto os colma de tantos beneficios; guardaos, pues, del pecado de ingratitud, queridos pajaritos, y apresuraos á alabar siempre á vuestro Dios». Y mientras así hablaba el Santo, los pajaritos abrían el pico, desplegaban sus alas y encorvaban su cabeza hasta tocar el suelo, en señal de que el sermón los colmaba de júbilo. [3]

Otra vez que predicaba cerca de Alviano, interrumpíanle las golondrinas con sus incesantes himnos. Entonces exclamó: «Hermanas golondrinas, ya habéis charlado bastante. Ahora me toca á mí hablar. Callaos, y escuchad

(1) Bonavent., *Vita S. Franc.*, 8, 109.
(2) Thom. a Celano, 1, 7, 60, 61. Bonavent., 8, 113, 114.
(3) Thom. a Cel., 1, 7, 58. Bonavent., 12, 174.

la palabra de Dios». Y las golondrinas guardaron silencio, y permanecieron inmóviles hasta que hubo acabado. (1)

Concertó con cierto lobo un tratado por el que se comprometía el animal á no molestar á los habitantes de la localidad en que antes ejercía sus devastaciones tanto como sirviesen á Dios, y el lobo mostró más fidelidad en observarlo que los hombres. (2)

Así vivía, con sus hermanos los animales, esta imagen viviente de Cristo.

Del mismo modo, cuando murió su hermano y amigo, nadie pudo impedir á los animales que le tributasen los últimos honores. Era de noche; no obstante, las alondras, de ordinario amigas de la luz y de la aurora, reuniéronse en masa en la habitación en que descansaba su cadáver, y empezaron á revolotear, lanzando gritos de júbilo que hacían pensar en la magnificencia en que había entrado. (3)

Santa Rosa de Lima hizo también un pacto con los animales, pero un pacto todavía más extraño que el de San Francisco con el lobo.

Había elegido ella por morada una ermita en un lugar muy húmedo lleno de mosquitos, y naturalmente, nadie se acercaba allí impunemente. Sin embargo, halló un medio para no ser incomodada por tan molesta vecindad, concertando con los insectos un pacto según el cual no les haría daño alguno, á condición de que no la perturbasen en sus oraciones. La cláusula del tratado fué observada escrupulosamente por los mosquitos. (4)

Paseábase cierta mañana, completamente llena de Dios, por el jardín de su ermita, cuando la vista de los árboles y de las flores rejuvenecidas por el rocío de la noche, precipitóla en el arrobamiento: «¡Que todo lo que crece y verdea en el mundo alabe al Señor!»—exclamó.—Y ¡oh sorpresa!, al punto mismo, los árboles, las flores, las briznas

(1) Thom. a Cel., 1, 7, 59. Bonavent., 12, 175.
(2) Bonavent., 8, 121.
(3) *Ibid.*, 14, 214.
(4) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 9, 126 y sig.

de hierba empezaron á agitarse, á murmurar y á producir una sinfonía nunca oída. Los árboles sobre todo parecía no poder hacer más. Como eran grandes, creíanse obligados á dar especialmente gracias al Creador por los inmensos beneficios de que les había colmado; encorvábanse hasta tocar la tierra, y permanecían en actitud de la más profunda adoración, como los ángeles prosternados ante el trono del Altísimo. (1)

Cuanto más se acercaba Rosa al término de su existencia, más íntimas eran sus relaciones con la naturaleza. En los últimos años de su vida, un pajarito de encantadora belleza iba á balancearse ante ella. Entonces entonaba Rosa un cántico que había compuesto para aquellos momentos: «¡Pajarito, despliega, despliega tu lengua; entona un himno de alabanza! ¡Canta con entusiasmo la gloria del Señor, canta en su honor un dulce canto!»

Y al punto el pajarito cantaba con tan dulce y suave voz, que se le arrobaba el corazón. Guardábase la Santa de interrumpir su canto, y sólo cuando terminaba, entonaba ella otra estrofa. Entonces tocábale al pajarito permanecer inmóvil y silencioso, y así alternaban por espacio de más de una hora.

Al sonar las seis, desaparecía el cantor alado, y Rosa terminaba su cántico con estas palabras: «Señor, quiero reunir todas mis fuerzas para alabaros, porque sois mi Creador». Y al salir de su éxtasis, decía: «Mi cantor ha partido; permanezco sola, pero Dios está conmigo». (2)

6. La contemplación cristiana de la naturaleza y la poesía de la vida cristiana.—Es ésta una transfiguración de la vida, tan sublime y tan pura, que no hay que asombrarse de que hombres prosaicos no la comprendan.

Pero lo que supera la medida de lo permitido es que se aplique á estas almas piadosas la horrible palabra *ninfomanía*, (3) porque, al adorar á Dios en sus criaturas, abrazan amorosamente los árboles. (4)

(1) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 11, 160 y sig.—(2) *Ibid.*, 11, 162 y sig.
(3) Schröder, *Nonne von Engelthal*, 45.—(4) *Ibid.*, 14.

Semejante expresión aplicada al más tierno amor divino, nos obliga á enrojecernos de rubor y nos impone silencio.

Estas expresiones, y otras semejantes, con las cuales se intenta á menudo explicar los milagros, nos producen la misma impresión que el crimen cometido en Florencia por aquellos conjurados que se aprovecharon del silencio producido por la elevación de la Hostia Santa para dar la señal de la matanza.

No, la poesía de los santos no es locura producida por la no satisfacción de una pasión sensual, sino que es expresión del más elevado júbilo y de la más profunda felicidad en el goce del amor más santo por el Dios más puro.

¡Cuán de lamentar es el hombre que jamás ha experimentado en su corazón esta superabundancia de felicidad, que le obliga á confundirse con los muros de su aposento y con los árboles de la llanura, únicas criaturas de las que está seguro que no abusarán de sus confidencias!

De aquí que sea á la vez natural y humano que una santa tan grande como Francisca Romana [1] comunique, aun con las criaturas mudas, los arrobamientos que le hacen experimentar la belleza y la dulzura de Dios. Hombres como Jacoponi [2] y Antonio de Olivadi [3] han hecho lo mismo.

En su amor inmenso por Dios, San Francisco de Asís particularmente consideraba como hermanos y hermanas á todas las criaturas. Causa de ello era que se hallaba repleto del espíritu que expresó en su famoso *Cántico al Sol:* «¡Que mi Señor Dios sea glorificado en todas las criaturas! ¡Que sea glorificado en nuestro hermano el Sol, que produce el día y la luz para conocer á todos los seres! ¡Cuán hermoso

(1) Mattiotti, *Vita S. Franc. Rom.*, 2, 37, 95.
(2) Gœrres, *Mystik*, II, 34.
(3) Ilg, *Geist. des heil. Franciscus*, III, 71. Alban Stolz era por cierto un hombre nada entusiasta; sin embargo, en Heidelberg, la alegría le indujo, en la primavera, á besar la hierba. (*Wilder Honig*, (2), 90). Y Claudio abrazó, por amor á la patria, el árbol alemán, la encina (*Neujahrslied*, *Gesammelte Werke*, I, 2). Cf. Gregor. Naz., *Carm.*, l. 2, s. 1, 13, 26 (Migne, P. G., XXXVII, 1229).

y puro es! Pero lo que hace que me sea tan querido y digno de amor, es que veo en él tu imagen, ¡oh Dios mío!» [1]

Así es como aprende uno á conocer el modo como es preciso considerar la naturaleza desde el punto de vista cristiano y sobrenatural. Vese entonces que es mucho más natural que el de este mundo.

El lirismo europeo no hace más que tocar la naturaleza por modo de diversión. No parece sino que ha logrado su más alto fin, cuando, á su aspecto, se pierde en vagos sueños sentimentales que ni siquiera puede expresar.

El oriental se precipita, baja la cabeza, en la naturaleza, ó bien se embriaga con ella como con su opio. El espíritu de la vieja mitología germánica no puede desembarazarse de la idea de espectros y fantasmas, cuando piensa en la naturaleza. Pero, para el romano y para el griego, no existe la naturaleza, si no es divinizada.

Sólo la piedad cristiana penetra la naturaleza con sentimientos capaces de conmover el corazón humano no corrompido. Aun el hombre ordinario que ha conservado el antiguo espíritu cristiano, posee bajo este concepto una delicadeza de sentimientos, que muchos poetas no dejarían de envidiar.

¡Qué perlas poéticas debe el pueblo cristiano á la contemplación de sus bosques, de sus llanuras, de sus montañas!

¿Qué de extraño, pues, que nuestros santos hayan visto el templo maravilloso de Dios que llevaban dentro de sí, en su puro corazón, extenderse por cielos y tierra, y en cada brizna de hierba un objeto precioso de la Iglesia terrenal que les inspiraba casi la misma veneración que el cáliz santo del altar?

7. La dicha de la vida cristiana.—Ciertamente, la vida piadosa tiene su poesía, y una poesía grandiosa. No es tan sombría como quisieran hacerlo creer sus enemigos. Sólo una lengua embustera puede describirla, diciendo que es un país que devora á sus habitantes. [2]

(1) Von der Burg, *S. Francisci Ass. Opp.*, 150 y sig.
(2) Num., XIII, 33.

No, sino que, por lo contrario, es un país bellísimo, por el que circula leche y miel. [1] Como el paraíso, exige también cultivo, y no puede lograrlo sin trabajos y sudores. Pero todo trabajo es fuente de bienestar, y principalmente el trabajo en el jardín de Dios, en el alma.

¿Quiénes son, pues, los que encuentran tan triste y penosa la vida? Ciertamente, no son los que aman la actividad. Dan éstos gracias á Dios por cada día que les concede de continuar el trabajo que abandonaron la víspera. Pero ¿cuál no será su alegría cuando llegue la recolección, y entren, con abundante cosecha, en el granero de Dios? La única esperanza de contemplar este día, les hace más dulce la vida, y compensa con largueza todos sus trabajos.

Pero no consiste en esto todo su consuelo. No todos los días de su vida son días de fiesta. Sin embargo, ven algunos de ellos, y éstos les hacen olvidar las miserias de los otros, que son mucho más numerosos. Sin duda que su vida se asemeja de ordinario á una caravana en marcha por el desierto, pero, por esta razón, reciben también del cielo el maná que engendra en ella todas las dulzuras. Este maná cayó también visiblemente sobre Ana de Montepulciano [2] y sobre Catalina de Sena. [3]

Sin duda que las pruebas, arideces y amarguras duran á veces en los santos mucho tiempo, pero también llega el consuelo que les obliga á exclamar: «Guardaos vuestros dones, Señor; el corazón humano no puede soportarlos».

En estos momentos, veíase obligada Santa Magdalena de Pazzis á desgarrar sus vestidos para no sucumbir al efecto de la opresión que la gracia producía interiormente en ella. [4] San Felipe Neri sufrió desplazamientos en su cuerpo por la dilatación de su corazón bajo la influencia del amor divino, [5] viéndose obligado á echar mano de compresas para temperar los ardores que experimentaba. El

(1) Num., XIII, 28.
(2) Raimund., *Vita S. Agnet. de Montepul.*, 2, 17 y sig.
(3) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 17, 328.
(4) Cepari, *Vita S. Mar. Magdal. de Pazzis*, 5, 45.
(5) Barnabæus, *Vita S. Philippi Ner.*, 3, 22, 23.

mismo fenómeno se produjo en Bautista de Veranis [1] y en Luís de Narni. [2] En Ana de Jesús, no bastaban los lienzos mojados para calmar el fuego producido en ella por la caridad, por lo que tenía que recurrir al hielo. [3] En Ida de Lovaina, [4] en Catalina de Génova, [5] en Rosa de Lima, [6] el fuego del amor divino, de tal modo abrasaba su corazón, que aun las personas que estaban cerca de ellas lo sentían, y acercando la mano, apenas podían soportar su calor.

8. Las puertas del paraíso abiertas á la muerte de los santos.—Así, en este valle de lágrimas, la vida de los santos es una vida paradisíaca.

¿Qué decir ahora de su muerte? En este momento, el cielo desciende visiblemente á la tierra. Aun en la vida ordinaria, cuando ha tenido uno la dicha de asistir á la muerte de una persona que ha soportado largas pruebas, ó rudas penitencias, no es posible alejarse sin experimentar esta impresión: «Hoy he llegado á las puertas del paraíso». En efecto, experimentamos el mismo sentimiento que en la tarde de un día de tempestad, cuando el sol desciende envuelto en una magnificencia más radiante que de ordinario.

¿Qué ocurre cuando podemos asistir á la muerte de los santos, á esa muerte tan preciosa ante Dios? [7] «Voy al cielo»—exclamaba San Luís Gonzaga, sin poder ocultar su alegría.—[8] «Prefiero mil veces el día de mi muerte,—decía la señora de Peltrie—á todos los años de mi vida». [9] Y Francisco de Girolamo entonó el *Te Deum* al ver que se aproximaba este bendito momento.

Es que los santos tienen motivos para estar alegres cuando mueren.

(1) *Vita Baptistæ de Varanis*, 5, 42 y sig.
(2) Steill, *Ephem. Dominic.*, II, II, 145.
(3) Lantages, *Vie d'Agnès de Jésus*, I, 94 y sig., II, 133, 638.
(4) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan.*, 1, 7, 45.
(5) *Vita S. Cathar. Fliscæ Adurnæ*, 4, 43, 44.
(6) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 21, 274, 275.
(7) Psalm. CXV, 6. Le Blanc, *In Psalm.* CXV, n.° 61 y sig., 76 y sig.
(8) Cepari, *Vita S. Aloisii*, 2, 13, 267.
(9) Guérin, *Les petits Bollandistes*, VI, 345.

Con frecuencia se ha visto al Salvador acompañado de su santa Madre, de santos y ángeles, ir á buscar á sus fieles servidores, como lo leemos de Santa Gertrudis [1] y de la bienaventurada Coloma de Rieti. [2] Á la muerte de San Martín [3] y á la de la bienaventurada Margarita de Saboya, [4] oyeron los asistentes los cánticos maravillosos con que los habitantes del cielo daban la bienvenida á sus nuevos conciudadanos.

Realízase esto invisiblemente cada vez que un elegido abandona el destierro para entrar en la mansión paterna, y todos los testigos del hecho oyen, con los oídos del espíritu, los cantos celestiales de los que entran en el reposo por las puertas abiertas del paraíso.

Del mismo modo que todas las criaturas terrenales sacuden el sueño pesado que las invade, cuando las cumbres de las montañas, doradas por los primeros rayos del sol, iluminan los sombríos valles, así también ocurre con frecuencia que, á su muerte, los santos ven un reflejo de la magnificencia divina que proviene del paraíso abierto.

Ya hemos visto cómo acudieron las alondras á celebrar la muerte del Serafín de Asís. Era de noche, cuando no cantan las alondras, pero la aurora de la eternidad les hizo creer que llegaba la mañana, y que era tiempo de empezar su himno de alegría. En efecto, era una gran mañana de júbilo para el cielo y para la tierra.

Lo mismo ocurrió con la muerte de Santa Georgia, la cual, durante toda su vida, había servido á Dios en la soledad. Cuando llevaron al templo su cuerpo virginal, acompañáronlo numerosas palomas. Durante el oficio, colocáronse en el techo del edificio, y luego, inhumada la Santa, eleváronse hacia el cielo, y nadie volvió á verlas. [5]

Cuando murió San Pablo Ermitaño, llegaron presurosos dos leones, y le abrieron una tumba en la arena del de-

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 5, 32.
(2) Sebast. Perus., *Vita B. Columbæ Reat.*, 21, 207 y sig.
(3) Gregor. Turon., *Mirac. S. Mart.*, 1, 4, 5 *Hist. Franc.*, 1, 47.
(4) Marchese, *Sacro Diario Domenicano*, VI, 110.
(5) Gregor. Turon., *Gloria Confessor.*, 34.

sierto. [1] El alma de Santa Escolástica subió al cielo en forma de paloma; [2] la de San Benito, por un sendero brillantemente iluminado, [3] y la de San Pedro Fourier en forma de globo de fuego. [4] Á la muerte de Santa Hildegarda, aparecieron dos arco iris, y en el punto en que se cortaban, veíase un disco semejante al de la luna, que lanzaba sobre la tierra rayos brillantísimos. [5]

La envoltura mortal que los santos dejaban tras de sí al abandonar la vida, ese testigo y ese instrumento de tantas prácticas de penitencia, de mortificaciones y obras santas, con frecuencia ha aparecido en tal estado de transfiguración, que anunciaba ya por adelantado el esplendor de la resurrección. Cerrábanse sus llagas, [6] su palidez, efecto de sus rudas penitencias, cambiábase en maravillosa frescura, [7] y difundíase sobre ellos tal resplandor, como jamás se ha visto otro igual en mortal viviente.

Gregorio de Tours no sabía con qué flores terrenales comparar la belleza del cadáver de Santa Radegunda. [8] El cuerpo de San Felipe Benicio despedía tal resplandor, que iluminaba durante la noche la habitación en que estaba depositado. [9] Perfume maravilloso exhalaba el cuerpo de Santo Tomás de Aquino; [10] aroma celestial despedían todos los objetos de que se había servido San Juan de Dios, [11] y los restos de la bienaventurada Rita de Casia exhalaban delicioso olor siempre que Dios quería hacer un milagro por su mediación. [12] Cierta prueba era esto de que, por intercesión y méritos de la santa, el paraíso, en el cual había entrado para siempre, se abría un momento para consuelo de los mortales.

(1) Hieron., *Vita S. Pauli Erem.*, 16 (Vallarsi).
(2) Gregor. Magn., *Dial.*, 2, 34.—(3) *Ibid.*, 2, 37.
(4) Guérin, *Les petits Bollandistes*, VIII, 153.
(5) Theodoric., *Vita S. Hildeg.*, 3, 3, 58.
(6) *Vita S. Theobaldi*, 1, 2, 13.
(7) Albius, *Vita B. Petri Luxemburg.*, 5, 39.
(8) Gregor. Turon., *Gloria Confessor.*, 106.
(9) Dalæus, *Vita S. Philipi Benit.*, 17, 238.
(10) Guil. dé Thoco, *Vita S. Thom. Aq.*. 11, 67.
(11) Govea, *Vita S. Joan. de Deo*, 13, 110 y sig.
(12) Cavalucci, *Vita B. Ritæ*, 2, 12.

9. Cómo puede recobrarse el paraíso.—En todo tiempo se ha ocupado la humanidad en la cuestión de saber si el paraíso, tal como antes existía en la tierra, existe todavía y cómo podría encontrarse.

En sus hermosos días, tuvo tanto empeño la Edad Media en reconquistar el paraíso como el sepulcro de Cristo, y la leyenda del Santo Graal, profunda aunque oscura y fantástica, alimentaba sin cesar estos esfuerzos.

Pero mientras que los servidores de este mundo perdían el tiempo en vanos ensueños poéticos, los hijos de Dios traían de nuevo el paraíso á la tierra con su vida verdaderamente cristiana, y demostraban que la prosaica realidad, cuando se halla penetrada de verdadero espíritu religioso, contiene más legítima poesía que todas las invenciones de los poetas.

La vida pública de la Iglesia, que estaba entonces en todo su esplendor, es prueba de ello. El que no ha vuelto á encontrar el paraíso en la fiesta del Corpus, cuando el pueblo cristiano acompaña á su Salvador en triunfal cortejo, por medio de campos y de bosques, no lo volverá á encontrar jamás.

Por otra parte, nadie es tan ciego que no lo vea renovado en la vida de los santos. De nosotros depende que podamos habitarlo de nuevo hoy día. Aun sería la tierra un paraíso, con sólo quererlo el hombre. Desgraciadamente, esta sentencia de la Escritura: «La tierra y todo lo que contiene pertenece al Señor», [1] sólo se asemeja á un piadoso deseo. Si el hombre perteneciese á Dios, perteneceríale también la tierra, y sería un jardín de Dios. Pero como el hombre no quiere pertenecer á Dios, la tierra no es de él ni de Dios: la rebelión y el desorden reinan en todas partes.

Si los hombres fuesen santos, si aspirasen tan sólo seriamente á la santidad, veríamos realizada esta hermosa visión que Uhland describe con el título de *Iglesia perdida*, pero que mejor le caería el de *Paraíso recobrado:*

(1) Psalm., XXIII, 1.

«Resplandecía el cielo de un azul sombrío; brillaba el sol en toda su magnificencia, y las audaces bóvedas de una catedral erguíanse envueltas en dorada luz. No puedo expresar lo que sentia en el recinto santo. Los amplios ventanales arrojaban torrentes de luz que iluminaban las piadosas imágenes de los mártires. Y vi en seguida, en maravillosa claridad, crecer y animarse el cuadro, y dilatarse mis miradas por un mundo de santas mujeres y adalides de Dios. Traspasado por un rayo de fe y de amor, arrodilléme ante el altar: en el fondo de la cúpula aparecía pintada la gloria celeste. Pero al alzar de nuevo mis ojos, vi roto el arco de la cúpula, la puerta del cielo abierta, y descorrido el velo». [1]

(1) Uhland, *Gedichte* (61) (Stuttgart, 1877), 396 y sig.

CONFERENCIA XXVI

LA CORONA DE LA ETERNA MAGNIFICENCIA

1. ¿En qué consiste el ser perfecto?—«No hay que juzgar una obra en sus principios; preciso es esperar su fin» —dice el proverbio con relación á las humanas empresas.

Esto no puede aplicarse á las obras de Dios. En Él, el principio es el fin, porque Él mismo es el principio y el fin. Á sus obras se aplica siempre la sentencia: «Las obras de Dios son perfectas». [1]

Muy diferentes son las obras humanas. Pueden llegar á ser perfectas cuando imitan las obras de Dios, pero no lo son en sus comienzos.

También en ellas constituye Dios el principio. Por lo demás, donde Dios no empieza, no hay principio. Pero el poder natural que da á los hombres y el auxilio de la gracia que les concede, no bastan para acabarlas, sino que deja este honor á la libertad humana.

Ahora bien, si el hombre realiza sus obras en Dios, se convierten en perfectas. Por pequeña que sea, es perfecta una cosa cuando parte de Dios y vuelve á Dios.

2. ¿En qué consiste el ser dichoso?—Así se explica que las cosas humanas y nuestras propias obras nos satisfagan rara vez por modo completo. El corazón gira sobre sí mismo como una rueda de molino con rapidez aniquiladora. Porque como el hombre no le da de ordinario más que bagatelas para moler, debe necesariamente consumirse en breve plazo. [2]

(1) Deut., XXXII, 4.
(2) (Bernard.) *Medit.*, 9, 23. Petr. Dam., *Apolog. de contemptu sæculi*, c. 23.

Alejandro, el más feliz de los mortales, si es que el éxito puede engendrar la dicha, murió á los 32 años. Sus conquistas no le satisfacían, y ya no le quedaba nada por conquistar. Entonces se extinguió como una lámpara que se apaga. Los más grandes hechos de la historia universal realizólos por sí mismo, en vez de ejecutarlos de acuerdo con Dios. Y por cuanto no satisfacían su ambición, murió prematuramente de dolor y agotamiento.

Hecho curioso. Los éxitos maravillosos de los principales conquistadores son incapaces de satisfacer al pequeño corazón humano, y un vaso de agua fresca dada por amor de Dios á un pobre enfermo satisface al grande, al inmenso corazón de Dios. Este vaso de agua ¿no podría ser también un elemento de felicidad para el corazón humano?

Evidentemente que sí. Lo que se hace en unión con Dios y por Dios, es grano y oro puro. Que sea grande ó pequeño, es siempre algo de completo. Ahora bien, lo completo sacia el corazón del hombre, porque el corazón no mide con un metro, sino que, como Dios, pesa con balanzas. Por otra parte, lo que llena el corazón, produce el contento y la calma, y lo que da la paz y la alegría, concede también la verdadera felicidad.

3. La dicha, prueba de la religión y de la virtud.—Una filosofía, una religión, que no tengan en cuenta esta necesidad del hombre, no merece miramiento alguno. Lleno de horror se aparta el corazón de esos sistemas que, como el budismo ó el pesimismo, declaran que la empresa más elevada del hombre consiste en renunciar á la felicidad. ¿Acaso el hombre no ha sido creado para un fin? ¿Y consistiría su fin en consumirse á sí mismo, como el fuego fatuo, en esfuerzos sin fin?

Sin embargo, no basta que una religión admita simplemente que el hombre ha sido creado para la felicidad. Si se la promete y no se la da, le engaña; ni más ni menos. También aquí decide el fin.

La verdadera religión, la verdadera filosofía, la verdadera moral, el verdadero arte de la práctica de la virtud,

son únicamente los que satisfacen el corazón, los que hacen al hombre completo y feliz, eternamente feliz, perfectamente feliz.

La mejor filosofía y la mejor religión son, como muy bien lo dice Platón, [1] las que preparan la muerte más hermosa y las que orientan con más seguridad hacia una eternidad bienaventurada.

El juicio definitivo sobre cada tendencia de vida y de pensamiento sólo puede pronunciarse en la eternidad y desde el punto de vista de la eternidad.

4. La verdadera religión debe hacernos dichosos desde esta vida.—¿Quiere decirse con esto que el hombre debe renunciar á la dicha de la vida para obtener la felicidad eterna?

Acusación es ésta que de buen grado se hace al Cristianismo, y se toma por pretexto, para rechazar su doctrina, que uno no podría resolverse á aspirar á un incierto más allá, sacrificando el suelo seguro que pisamos aquí bajo.

Pero éste es un error gravísimo, que desconoce todas las relaciones que median entre lo natural y lo sobrenatural. Este último no es un país extraño separado de este mundo por límites infranqueables, sino que penetra al mundo, y se une á él, á la manera como el sol, que, al iluminar la naturaleza, la calienta y vivifica.

No sería lo sobrenatural lo que es, si sólo ejerciese influencia en el más allá y para la eternidad.

Si, pues, la religión sobrenatural ha de ofrecer pruebas de su verdad al conceder la dicha al corazón humano, debe empezar por hacer al hombre verdaderamente feliz aquí bajo, siquiera no sea por modo completo.

Pues bien, la religión sobrenatural ofrece esta prueba. Todos podemos comprobarlo para nuestra propia satisfacción.

Sin duda que, dado el sentido carnal del hombre, jamás se le pondrá suficientemente en guardia contra la idea de que no hay que hacerse cristiano y vivir como tal para lle-

(1) Plato, *Phædon*, 12, p. 67, d.

var aquí bajo una vida cómoda y llena de toda especie de satisfacciones terrenales. [1]

Sin embargo, el que, como con frecuencia lo hemos dicho, se entrega por completo á Dios, no sólo no renuncia á ningún derecho natural, á ninguna alegría permitida, á ninguna bendición de esta vida terrenal, sino que, por lo contrario, se encuentra en mejor situación para gustar todo esto.

Cierto que los hombres mediocres ó infieles á sus deberes se lamentan sin cesar de los perjuicios que se les ocasionan y de los daños que se les originan. Y tienen razón, porque Dios, á quien no sirven, no puede satisfacerlos, y el mundo los engaña como engaña á sus servidores.

Pero los que todo lo dan para hallar á Dios, danse cuenta de que la Eterna Verdad ha dicho verdad al prometerles, no sólo la vida eterna, sino ya aquí bajo el ciento por uno de aquello con lo cual han contribuído. [2]

5. El céntuplo de ganancia que es dado afirmar en el hombre completo.—Si en este contrato sólo se ganase el hombre á sí mismo, ya sería una ganancia inmensa.

El ennoblecimiento personal y la seguridad personal; he aquí, para decirlo de una vez, la única ganancia terrenal que indemniza de las penas de la vida.

Pero gana el hombre más de lo que podría suponer. «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» [3] En materia de posesión terrenal, no puede superar á Alejandro. Pero las decepciones del gran conquistador produjéronle más amarguras que alegrías le proporcionaron sus conquistas. Ahora bien, el que se gana á sí mismo, puede prescindir de todo el mundo, porque ha encontrado lo único que le llena, á saber, el contento humano completo y perfecto.

De aquí proviene la dicha de que, ya aquí bajo, gozan

(1) Augustin., *Catechiz. rud.*, 16, 24 y sig. *Sermo Domini in monte*, 1, 5, 13.
(2) Matth., XIX, 28.
(3) Matth., XVI, 26. Luc., IX, 25.

los santos. Imperfectos vinieron al mundo, pero se purificaron y alcanzaron una perfección tal como jamás la ha poseído ninguna obra maestra. Transfigurados fueron sobrenaturalmente, y se convirtieron en espectáculo para los ángeles y para los hombres. [1] Sólo perdieron lo que podría cubrirlos de confusión, [2] y lo que ganaron así para ellos, de tal modo es sublime, que no pueden abstenerse de exclamar con júbilo: «Y así estoy inundado de consuelo, así reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones». [3]

6. La posesión de Dios como base de la felicidad. —Pero ¿qué vale el provecho que han obtenido en sí mismos, en comparación de lo que han ganado en Dios?

¡Ah, si alguien pudiese describirnos el bien que poseen los que han ganado á Dios! ¡Cuán felices nos haría esto si, con todo, pudiésemos comprenderlo!

Pero ¿qué ocurriría, si personalmente gozásemos de este bien? ¡Cuán dichoso debe ser el corazón del hombre, al poseer, en unión viviente, la verdad completa, la bondad completa, la belleza completa!

Allí donde una criatura posee únicamente un destello de estos tres bienes, muéstrase como arrobada, y olvida cuanto le rodea. ¿Cómo no hallarse en el colmo del contentamiento, cuando reciba en sí, no ya una débil manifestación de lo verdadero, lo bueno y lo bello, sino cuando se baña en la pura perfección, como el pájaro en las ondas del aire, como el pez en las profundidades del mar?

7. La felicidad completa solamente se tendrá en la eternidad.—Pero en esta vida de inestabilidad y de peligros, los mismos santos no han poseído jamás completa y seguramente estas dos fuentes de felicidad: Dios y ellos mismos. De aquí que también ellos, y sobre todo ellos, aspiren á ese día sin noche, en que la luz eterna y la seguridad inmutable los pondrán por fin y para siempre en el

(1) I Cor., IV, 9.
(2) Rom., VI, 21.
(3) II Cor., VII, 4.

goce completo de aquello á que tienden todos sus deseos y todos sus esfuerzos.

Ahora bien, este momento tan deseado llegará para todos los que conquisten la virtud perfecta, cuando lo que es corruptible se revista de la incorruptibilidad, cuando lo que es mortal adquiera la inmortalidad, cuando se realicen estas palabras: «La muerte ha sido devorada por la victoria». [1]

¡Ah, cómo entonces se colmarán todos los deseos, coronará el éxito todos los esfuerzos y se apaciguarán todos los temores! «¡Ah, cuán grande será la abundancia que ofrecerán los ricos depósitos que fecundaron la tierra con tan feliz simiente! Allí se gozará de los tesoros que habrán sabido adquirirse con lágrimas en el destierro de Babilonia, donde fué desdeñado el oro». [2]

8. La contemplación de Dios como elemento de felicidad.—Rebasemos con el pensamiento—por cuanto no podemos hacerlo en realidad—los límites de esta estrecha y sombría vida, y consideremos la felicidad que inundará un día—por lo menos, así lo esperamos—á nuestro espíritu y á nuestro corazón, en la luz y en los horizontes inmensos de la eternidad.

El incendio universal ha cesado. Los terrores del juicio final han abierto el camino sin fin de la claridad y de la verdad eternas. La tierra, por tanto tiempo profanada, queda purificada y transfigurada. Nuevo cielo la cubre. El mal está vencido; ha desaparecido en las tinieblas, en el sitio en que se creó él mismo.

En virtud de la misma ley que aquella según la cual ha amontonado el mal en torno de la muerte, como alrededor de su centro, terrores y tormentos, todo lo verdadero, bueno y bello en las criaturas se ha reunido en torno de la luz, de la vida y de la felicidad de que había salido, y hacia las cuales ha aspirado como hacia un ideal supremo.

(1) I Cor., XV, 53, 54.
(2) Dante, *Parad.*, XXIII, 130-135.

Del mismo modo que la luz se descompone en siete colores diferentes, refleja cada santo la pura luz de Dios á su modo particular. Pero, una vez reunidos todos en torno del foco de luz eterna, el resplandor de su asamblea difunde la misma claridad que su fuente—por más que ésta lo haya hecho en grado mucho más elevado—ha difundido sobre ellos desde el abismo de su plenitud.

No falta ni un solo rayo; ni una sola laguna aparece. Estas solas palabras: «Por la primera vez, ni una sola laguna, ni con mayor razón, debilidades ni defectos», nos pintan el cielo.

Compréndense entonces estas profundas palabras de un poeta cristiano:

«Era un gran día de fiesta, del cual puede muy bien hablar el mundo, y produjo la mayor felicidad en todos. Entonces quedó colmada aquella inmensa brecha que la caída de Satán había abierto en la celestial Jerusalén». (1)

Pero mientras fijan sus miradas en el único centro de que han partido todos sus bienes, y en el cual todo se ha perfeccionado en ellos, distinguen un magnífico espectáculo que los sumerge en nuevo arrobamiento.

Cierta noche en que San Benito estaba en oración en una torre, advirtió una luz maravillosa, á cuya claridad vió el mundo entero como en un rayo de sol. (2)

Transfigurados por la gloria de Dios, ven los santos, en proporción mayor, no todo lo que hay en Dios, sino todo lo que Dios quiere dejarles ver. (3)

Para ello necesarias son dos cosas. Primeramente, certero golpe de vista sobre lo que Él ha hecho por su salvación, y luego, la penetración de todas las medidas tomadas por Él en el gobierno del mundo para conducirlos á la felicidad.

Con facilidad puede presentirse con esto el aumento de

(1) *Passional* (Kœpke) 572, 44 y sig., 50 y sig.
(2) Greg. Magn., *Dialog.*, 2, 35.
(3) Thomas, 1, q. 14, a. 8.

gratitud que experimenta su corazón y la poderosa claridad que penetra su espíritu.

9. La felicidad procedente del conocimiento de los enigmas que se refieren á la propia vida, y resueltos en la claridad del Cristo.—Ahora bien, toda su vida propia encuentra una explicación satisfactoria.

Todos los enigmas quedan resueltos de repente, solucionadas todas las cuestiones, apaciguados todos los dolores, secas todas las lágrimas, explicada toda mala inteligencia.

«¡Oh Dios, cuán justo y bueno sois! ¡Cuán poco hemos comprendido vuestra sabiduría!»

Tal es el grito que lanzan los bienaventurados, cayendo de rodillas, llenos de jubilosa confusión. Lo que fué causa de nuestros más amargos dolores, produce nuestra mayor felicidad. Lo que fué objeto de nuestras más fuertes resistencias, muéstrasenos ahora como prueba de nuestro más grande amor. Allí donde teníamos motivos para creer que nos habíais rechazado, vemos que hemos sido materia de vuestra mayor ternura paternal.

«No. El Señor no ha olvidado nada. Todo lo que ha ocurrido, mesurado ha sido por Él de toda eternidad. ¡Ah, cuán poca cosa es el tiempo!» (1)

¡Gracias, Dios mío, de todo lo que habéis hecho por nosotros! Gracias por vuestros dones, por vuestra paciencia, por los auxilios que nos habéis prodigado. Pero gracias especialmente por la más bienhechora de las obras de vuestro amor, por todas las pruebas y sufrimientos que nos habéis enviado para purificarnos y perfeccionarnos.

«Antes de colocar cada una de las piedras de este edificio, que se eleva majestuoso en la santa luz, la ha pulimentado la mano del Maestro, trabajándola en todos sentidos». (2)

Seguros ya de su salvación, y abarcando de una ojeada esta serie inmensa de disposiciones que Dios ha tomado de

(1) Eichendorff, *Weltlauf*, G. W. (2) I, 448.
(2) *Cœlestis urbs Ierusalem*, Schlosser, (2) 1, 222.

toda eternidad para hacerlos felices por siempre jamás, y que ha ejecutado, en el tiempo, por medio de su único Hijo, reconocen toda la importancia de la Redención, de la persona y de la actividad de su Redentor.

Y esto es lo que constituye la parte más perfecta de su felicidad. El conocimiento y el amor de Jesucristo eran ya, durante su vida terrenal, el móvil de todas sus virtudes. Sobre el modelo de su santidad formáronse ellos, y en su amor han bebido la fuerza para vencerse á sí mismos.

Pero ¡cuán imperfectamente conocían ellos entonces todo esto!

¡Ah, si hubiesen comprendido la grandeza de su amor, su bondad, su dulzura, su misericordia, su pureza, la rectitud de sus miras, como las comprenden ahora! ¡Ah, si hubiesen comprendido entonces la fuerza que da su gracia y la gratitud que exige, cuánto más hubieran hecho!

Pero su corazón mortal no hubiera podido soportar esto. Ahora que se ha transfigurado, puede soportarlo.

Ahora ven que todos los tesoros de la gracia que el Espíritu Santo ha difundido sobre ellos han sido cosechados en el Corazón de Jesucristo y en sus abiertas llagas.

Ahora ven que todo bien, toda bendición y toda salvación provienen del Hijo de Dios hecho hombre.

Ahora, que están iluminados por la magnificencia divina, ven por vez primera, con asombro y arrobamiento, la largueza y amplitud, la profundidad y elevación del amor de Cristo. (1)

Ahora comprenden en toda su importancia estas palabras, á saber, que Dios, sacrificando á su propio Hijo, nos lo ha dado todo con Él, (2) y ha renovado todo lo que hay en el cielo y en la tierra. (3)

Ahora ven que á Él deben gratitud y amor por todo lo que han hecho; á Él, de quien todo proviene, en quien todo ha sido hecho, por quien todo ha sido reconciliado; á Él, que ha traído la paz con la efusión de su sangre; á Él, el

(1) Eph., III, 16 y sig.
(2) Rom., VIII, 32.—(3) Eph., I, 10.

primer nacido de entre los muertos, que murió y que vive ahora por toda la eternidad. (1) Porque todo esto sólo ha sido hecho y sólo tiene valor por Él, en Él y con Él. Por Él han sido todos algo, y algo de completo, de grande, de mucho más grande que todos los felices del mundo, de los que ahora ya no se habla.

Las obras que en Él han realizado han sufrido la gran prueba en el fuego y en la balanza de Dios, y, á diferencia de las acciones del mundo, convertidas en humo, (2) durarán eternamente.

Pero todo esto sólo se realizó porque Jesucristo vivía en ellos, y porque Él ejecutaba sus obras por ellos. (3)

Á tan sublime pensamiento, se dilata su corazón. Álzanse entonces de sus asientos, y adoran á Aquél cuya sede es la eternidad. Toman las coronas, las palmas y todos los distintivos con que la liberalidad de Dios los ha adornado, las depositan ante el trono de Aquél á quien pertenecen, y exclaman en transportes de júbilo inexpresable: «Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro! de recibir la gloria y el honor y el poderío, porque tú creaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron creadas». (4)

10. La felicidad consistente en la penetración de la historia.—Después de penetrar su propia vida á la luz de la sabiduría divina, fácil les es penetrar también los destinos de la humanidad en general y los secretos de la historia.

Jesucristo es igualmente aquí el punto céntrico. Sí, Él constituye el centro de la historia universal, de los pueblos y de las civilizaciones.

Todo se refiere á Él como á su fin último, todo se mide por Él. Sobre Él fijan las miradas, así las generaciones que le precedieron, como las que le siguieron.

Tan pronto como un rayo de Él, sol del mundo, cae so-

(1) Eph., I, 22 y sig.; Col., I, 18 y sig.; Apoc., I, 18.
(2) Jr., LI, 58.
(3) Col., III, 11.
(4) Apoc., IV, 10, 11.

bre ellos, quedan inundados de luz. Allí donde no penetra su luz, reinan profundas tinieblas, en las que nada se distingue.

Lo que se ha armonizado con Él, es durable, y lo que le ha sido opuesto, ha pasado sin dejar rastro. Vano ha sido cuanto no se ha formado de acuerdo con Él.

En Él ha sido colmado todo deseo de felicidad, toda sed de verdad y de belleza en los pueblos.

Con frecuencia se ha vanagloriado el mundo de su ciencia y de su virtud. Pero todo lo que no ha sido un reflejo de su sabiduría, todo lo no conforme con su santidad, se ha disipado cual vana ilusión.

Los que dirigían los destinos de las naciones han creído obrar maravillas conculcando sus leyes y rechazando sus instituciones. Pero ahora vese claramente que han conducido el mundo á su ruina. Los pueblos que les han tributado sus aplausos, compartiendo así sus faltas, los maldicen, y se maldicen á sí mismos, por haber rechazado el yugo del Señor.

Á la luz de la eternidad, ven ahora los hombres que, en todos los dominios, en la vida de los Estados como en la de las sociedades, es verdaderamente la cruz de Jesucristo—lo que, por otra parte, ha sido siempre, siquiera estuviese envuelta en la oscuridad del misterio—el guía, el poste indicador de la historia. Y ven igualmente que Aquél que murió en ella, para dar al mundo la vida por la muerte, es como la piedra angular de los pueblos y de los tiempos.

Ahora bien, el que ha visto en esta piedra una piedra de escándalo, se ha estrellado contra ella. [1] Pero el que sobre ella ha edificado, ha triunfado de todas las tempestades. [2]

La humanidad ha puesto todas las piedras fundamentales posibles. Pero ahora que su historia ha terminado,

(1) Matth., XXI, 42. Act. Ap., IV, 11. Rom., IX, 33. Eph., II, 20. I Petr., II, 7. Cf. Lorin, *In Psalm.* 117, 22.
(2) Matth., VII, 24, 25.

evidente es á todos que nadie puede poner otra que la que ha sido puesta. Ahora bien, esta piedra es Jesucristo. [1]

¡Cuán clara aparece ahora la historia universal, vista á esta luz, á la mirada de los santos, y cómo sumergen con satisfacción en sus misterios sus miradas!

Descorridos están todos los velos, y puestas en evidencia todas las mentiras. Toda apariencia es reducida á la verdad, á Dios.

¡Cuán mezquinos aparecen ahora los supuestos grandes hombres y grandes acontecimientos de la historia!

¡Cuán grandes son, por lo contrario, aquéllos que, por amor á Jesucristo y por su fe, soportaron la vergüenza y las persecuciones del mundo! ¡Cuán distinto aparece el mundo á las miradas de aquél que lo contempla como Dios lo ha hecho, es decir, desde el punto de vista de la verdad!

«Cada uno de ellos lanza á la tierra una mirada desdeñosa. El mar, los ríos, los imperios, se confunden á su vista, y no forman más que un átomo imperceptible. Asómbranse de que nuestra loca ambición se aferre á sombras, á vano humo, y olvide el cielo que nos llama, para correr tras una grandeza servil y una muda celebridad». [2]

Cuando, desde lo alto de una montaña, lanza el viajero una ojeada al paisaje que le rodea, fija especialmente su atención en una cinta de plata, cuyas sinuosidades se desarrollan por la llanura. Involuntariamente la sigue con los ojos, hasta el punto en que desaparece en lontananza. Es un río, el padre de la fertilidad y de la dicha de toda la región. Estableciéronse en sus orillas los primeros colonos, y fué testigo de la marcha de la civilización y de la destrucción. Cerca de él pasaban las grandes vías de comunicación. En sus ondas se reflejan las murallas de las ciudades que atestiguan lo que el trabajo y el poder de épocas de lealtad y de fe pudieron crear, pero también las ruinas acumuladas por la locura de tiempos incrédulos. Á lo largo de su curso puede seguirse la marcha de la historia, en

(1) I Cor., III, 11.
(2) Tasso, *La Jerusalén libertada*, XIV, 11.

el bien como en el mal, en la terminación del reino de Dios, como en el hundimiento de todas las bases del orden natural.

Cuando, desde las alturas en que se encuentran, siguen los santos con la mirada la marcha de la historia universal, fijan igualmente sus ojos arrobados en esa cinta de plata que es la Providencia. Ella lo ha conducido todo. Sin notarlo, sin quererlo, la ha seguido la humanidad en toda su historia. Á menudo, con su sabiduría y su poder, se ha envanecido el hombre de evitar su dirección, pero cuanto más se ha apartado de ella, más ha favorecido sus planes.

Los mismos santos tuvieron también dudas é inquietudes, cuando el mal era muy grande. Caminando por la debilidad de la carne, y colocados en medio del tumulto del mundo, perdieron á veces de vista el curso de este río, y creyeron que el mundo se había separado de él. Pero nada de eso. Continuaba él su curso con apacible é invencible majestad, y seguían los pueblos, sin darse cuenta de ello, el camino que les indicaba. Sin duda que procuraron detener su curso, pero cada vez que hacían esta tentativa, se ocasionaban una ruina terrible. El pecado, la resistencia á la voluntad y á la dirección de Dios, es lo que ha hecho desgraciados á los pueblos, empobrecido y despoblado los países, y derruído los tronos. [1]

Ahora, la mirada de los santos penetra todo esto por completo. Ve ella cómo Dios ha dejado á los hombres su voluntad para ejecutar la suya. Ve ella cómo Dios ha purificado á los hombres imperfectos por medio de los malos, y cómo ha castigado á éstos por medio de otros peores. Ve ella cómo la desgracia de los hombres y de los tiempos se ha convertido, por gracia de Dios, en su dicha, y cómo la dicha de los que se han separado de Dios, se ha convertido en su ruina. Ve ella cómo los principales dones de la naturaleza y de la inteligencia han acelerado la

(1) Sap., V, 24. Prov., XIV, 34; XVI, 12. Tob., XIV, 13. Hab., II, 13. Zach., VII, 14.

ruina de los pueblos, á causa del abuso que de ellos han hecho, cómo la más brillante civilización no ha sido con frecuencia más que un magnífico barniz, aplicado á una tumba llena de podredumbre, y el presagio de la muerte. Ve ella cuán prudente era que Dios pusiese tantos obstáculos en el camino de su Iglesia, y cuán justo era que castigase á aquellos de sus servidores que hacían uso incompleto de sus dones, y que deseaban armonizar su benevolencia con el amor del mundo. Ve ella que sólo la imperfección en el servicio del Altísimo ha retrasado por tan largo tiempo la terminación del reino sobrenatural de Dios, y, por el mismo hecho, el fin de la historia, y admira tanto más la paciencia y la sabiduría de Dios cuanto que, con instrumentos tan indignos, ha acabado por hacer triunfar el derecho y la verdad.

Penetra esa mirada ahora lo que antes era incapaz de apreciar, á saber, por qué Dios podía tolerar en su reino tantas debilidades, tantos escándalos, tantas discordias; y comprende que lo que antes parecía ser una perturbación en el desarrollo de las obras de Dios, era útil y aun indispensable para poner al descubierto los gérmenes secretos de graves enfermedades, para obtener la purificación del todo y el triunfo completo del débil hombre de bien.

¡Qué gozo debe experimentar el espíritu humano, cuando después de procurar por mucho tiempo inútilmente resolver todos estos enigmas, conoce por fin la verdadera historia, y ve solucionada la más difícil de todas las empresas científicas, porque ha dado con una filosofía de la historia completa y sin error!

¡Con qué alegría darán gracias á Dios los santos por haberlos hecho partes de la humanidad, de la que antes se avergonzaron tanto, cuando la verdadera humanidad haya desatado ese nudo de astucia y de maldad, en apariencia imposible de desatar!

Pero ¡cuán llenos de respeto y veneración á Dios deben estar, cuando ven los triunfos que su sabiduría, su paciencia, su justicia, su amor, su omnipotencia y su providen-

cia han obtenido sobre tantos obstáculos que parecían invencibles!

Toda la historia se les ofrece entonces como una epopeya y un drama tan grandiosos, que no podrían ser comparados á ninguna obra de este género, como una cadena de inexplicable belleza, en la cual no falta un solo anillo.

Desde el principio, no había más que un plan, el cual ha sido maravillosamente ejecutado en cada período de la historia. Todo ha trabajado en su realización: Dios, sus ángeles, los hombres—los buenos y los malos—los espíritus caídos, las criaturas no libres. Cada incidente estaba ya previsto de antemano. Desde la eternidad estaba preparado el remedio á toda perturbación. Los santos han trabajado en él como maestros, los enemigos de Dios como peones, los niños libremente, los esclavos por fuerza, y por encima de todos se alzaba invisible, pero eternamente activo, el divino Artista, el Maestro maravilloso, dirigiéndolo, mejorándolo y acabándolo todo por sí mismo.

Ahora está ya realizada la obra magnífica, y es digna de Aquél que la ha concebido.

11. **El cortejo triunfal del Cristo y de la humanidad.**—Al lanzar una mirada á este abismo de las maravillas del amor, de la sabiduría y del poder de Dios, todos los elegidos experimentan un temblor repentino, y, como obedeciendo á una consigna, se levantan y entonan el *Te Deum*.

Pero sólo cantan la primera parte. En vez del final, como se canta aquí bajo, ahora que conocen las vías del amor, y que están en seguridad contra toda miseria, cantan: «No hay ninguna obra salida de tus manos que no acabe por el amor, como por él tuvo principio». [1]

Entre tanto, se ordenan como en un cortejo triunfal.

¡Qué asamblea! ¡Qué honor el de ser miembro de esta comunidad maravillosa de hombres perfectos!

Cuando contempla uno tan sólo al más pequeño de ellos, murmura lo que en otro tiempo se dijo en el Senado romano: «¡Son reyes!»

(1) Calderón, *Maler seiner Schande*, (Eichendorff, S. W. V, 556).

Pero son más que reyes. Los reyes son mortales y están llenos de defectos humanos. Pero éstos están exentos de faltas, son superiores á toda debilidad, y llevan consigo el signo de un reino sobrenatural.

Y, sin embargo, son á la vez tan sencillamente humanos, tan perfectamente naturales y amables, que en la mayor parte de ellos brilla la naturaleza humana con tal magnificencia como nadie podría imaginársela aquí bajo.

Pónese luego en marcha el cortejo, cortejo glorioso entre todos, por cuanto es el cortejo triunfal de Jesucristo, y al propio tiempo el cortejo de la verdadera humanidad transfigurada.

Este triunfo es superior á todos los demás, pues los de aquí bajo se componen de vencedores en el colmo del júbilo y de vencidos deshonrados, encadenados, en tanto que aquél comprende exclusivamente miembros que son á la vez vencidos y vencedores. Para ellos, la derrota es un honor mayor que la más brillante victoria, y la sumisión libre es el único motivo de su participación en la gloria.

Aquí todos son botín de victoria del Salvador, en honor de quien se celebra este triunfo, al propio tiempo que en honor de los vencedores triunfantes.

Todos son corona de Jesucristo y ornamento de la humanidad.

Por eso el estandarte del Redentor, la Cruz gloriosa, superada por la corona de espinas, abre la marcha.

Síguenlo cuantos han servido honrosamente guiados por él. Cada uno de ellos ostenta en su frente la corona de la victoria; cada uno de ellos muestra llagas y cicatrices, prueba gloriosa de las luchas que ha reñido; cada uno de ellos va cargado con el botín de sus victorias.

No falta ninguno de los que han honrado la dignidad humana. Aquí los patriarcas, allí los paganos que han suspirado por la venida del Redentor, y han sido fieles á las inspiraciones de su conciencia. Luego los profetas que anunciaron al Salvador y los apóstoles y mensajeros de la fe que predicaron su venida. Más lejos, los doctores que

han enseñado la justicia, los mártires que han sacrificado su vida por Cristo, los confesores que han sufrido oprobios y miserias, las vírgenes, que por su amor han librado el combate más duro, y han conseguido la más pura de las victorias.

¿Quién podría decir dónde, en este ejército, se encuentra la belleza más esplendorosa, la dignidad más sublime? Las estrellas se suceden sin interrupción. Cada una tiene su esplendor propio, cada una parece la más bella de todas, y, sin embargo, su magnificencia desaparece ante la de otra. Estrellas, soles, lunas pasan á millares y millones con su belleza sin cesar en aumento, y difunden, á medida que aparecen, nuevo resplandor y nuevos colores.

No parece sino que el cortejo no ha de terminar nunca. No obstante, nadie se fatiga; tan variado es su aspecto. Flotan los estandartes, flamean las armas, brillan las insignias de la victoria y las coronas, los órganos celestiales, los timbales y trompetas hinchen de armonía las azuladas bóvedas del firmamento. Los himnos de los coros angélicos se unen en concierto armonioso á los cánticos de alabanza de los santos.

Los aromas de la santidad que exhalan los transfigurados de la humanidad, como otras tantas flores, son más suaves que nubes de incienso.

Desde luego, dirígese el cortejo hacia el trono de Jesucristo, para ofrecer sus homenajes á Aquél que, con la efusión de su sangre, ha convertido en triunfadores á los que lo forman.

Pero, al llegar, ofrecen un espectáculo ante el cual palidece todo lo que hasta entonces haya podido verse. Su esplendor aumenta en proporciones inexplicables, sus ojos fulguran, resplandecen sus rostros, flamea su corazón á traves de su pecho. Brotan de ellos torrentes de centellas de amor que los hacen casi invisibles. El Hijo de Dios y del hombre, el Salvador, honor y delicias de la humanidad, levántase entonces de su trono, y toma puesto al final del cortejo, revestido de las insignias de rey, de doctor y de pontífice; millares de ángeles le rodean, llevando los trofeos de sus hazañas y victorias,—sus lágrimas, las gotas de su sangre, la imágenes de sus llagas y cicatrices, los frutos de sus plegarias—tesoros todos de un valor inestimable, y de esplendor tan luminoso, que ante ellos todos los soles palidecen.

Á su derecha marcha, apoyada en Él, la Reina de cielos y tierra, el primer miembro de la cristiandad, la mediadora de la salvación eterna. Adelántase ella con magnificencia y esplendor, en comparación de los cuales, la belleza más resplandeciente de una corte terrestre no es absolutamente nada.

En aquel momento, las campanas del cielo lanzan sus alegres sones. Millares de trompetas hacen vibrar el aire y funden los corazones de entusiasmo.

Todo palpita presa de jubilosa emoción: las columnas y bóvedas del cielo, los ángeles y los bienaventurados, la luz de la misma magnificencia. Lo que ocurrió en el Sinaí es sólo pálida imagen de esto.

Crecen las voces, multiplícanse los coros por millares, transfórmase el entusiasmo en inmenso incendio de caridad.

Entre tanto, el cortejo se ordena en torno del trono del Padre, sobre cuya cabeza se cierne el Espíritu Santo, cuya luz resplandeciente ilumina todo el cielo.

Un silencio solemne sucede al bullicioso júbilo de hace un momento.

Adelántase el Hijo ante su Padre, y le dice con voz potente y dulce, que hace palpitar todos los corazones:

«Padre mío, la hora es llegada, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti; pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna á todos los que le has señalado. Yo por mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame tú, ¡oh Padre! en ti mismo con aquella gloria que como Dios tuve yo en ti antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre á

los hombres que me has dado del mundo. Por ellos ruego, porque tuyos son, y en ellos he sido glorificado. Yo les he dado ya parte de la gloria que tú me diste, para que en cierta manera sean una misma cosa como lo somos nosotros. ¡Oh Padre! yo deseo ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo, para que contemplen mi gloria cual tú me la has dado». (1) «Mi obra ha terminado, cumplida está mi misión. Sólo me resta por hacer una cosa: poner en vuestras manos mi mandato de Redentor. Todo os lo he sometido; ahora se os somete el Hijo para que Vos seáis todo en todos». (2)

12. La corona de la eterna magnificencia.—Á estas palabras, se arrodilla sobre las gradas del trono de su Padre, para rendirle homenaje. Todos los concurrentes le imitan en silencio, penetrados de ardiente devoción. Entonces el Padre se levanta con dignidad y dulzura indescriptibles, toma la corona de gloria que destinó de toda eternidad á su Hijo, como representante de la verdadera humanidad, pónesela solemnemente sobre la cabeza, y corona al propio tiempo en su persona á toda la raza humana.

Han trabajado en esta corona todos los que han contribuído, por poco que haya sido, á la realización de la verdadera empresa de la humanidad: profetas, apóstoles, vírgenes, héroes de inmolación y sacrificio, papas, príncipes, sacerdotes, laicos y aun muchos paganos.

Desde Adán hasta el retorno de Henoch y Elías, una multitud de obreros han trabajado en ella, pero no de la misma manera. Las más hermosas partes son las que fueron fabricadas en tiempo de los mártires, de los Padres, de los defensores de la fe y de la moral.

Forman su base las espinas que rodearon en otro tiempo la cabeza sagrada del Redentor. Pero ya no es una corona de ignominia, sino una corona resplandeciente como el oro.

(1) Ioan., XVII, 1 y sig.
(2) I Cor., XV, 28.

En torno de este círculo maravilloso, vense engastadas, en orden incomparable, como ornamentos preciosos, las numerosas buenas obras de los santos, y los dones más preciosos encuéntranse al lado de los más pobres y humildes. Todos han sido aceptados, cualquiera que haya sido el que los ha presentado. Lo único exigido era la sinceridad de la ofrenda.

Á cada don estaba reservado el puesto adecuado para contribuir mejor al ornamento del todo, y ofrecerse á la luz más ventajosa.

Así es como las piedras preciosas más ricas de los principales servidores de Dios, han sido unidas á millares de pequeños corales de pobres sirvientas, de obreros, de viudas, para constituir un todo de valor inestimable.

Considerados aisladamente, muchos de estos dones tendrían quizás mediano valor, pero el Joyero celeste, el Espíritu Santo, que ha fabricado esta corona, ha sabido hacer una obra maestra, que arroba todas las miradas con su belleza artística.

Brillan en ella millares y millares de perlas formadas con el sudor y las lágrimas de servidores, de enfermos, de pobres, y constituyen soberbio encuadramiento á la gema gigantesca que un bienhechor extraordinario ha ofrecido como ornamento á toda una época.

Y precisamente, gracias á estas pequeñas perlas, ganan en magnificencia y esplendor las más grandes piedras preciosas.

Pero las principales alhajas de esta maravillosa diadema son los santos mismos. Rubíes de ella son los mártires, jacintos los penitentes, y diamantes transformados en lirios por arte maravilloso, las vírgenes, todo lo cual constituye la moldura de la corona.

Encima de ella, inmediatamente sobre la cruz que brilla en lo alto, resplandece un diamante, cuya belleza y valor igualan á los de todo el cielo. Es la más pura de las vírgenes, la Reina de los santos, la Madre del Redentor.

Tal es la corona de la eterna magnificencia que el Uni-

génito de Dios, el primer nacido de entre los hombres, llevará por toda la eternidad, como Jefe y en nombre de la humanidad perfecta.

«Todo el bien que se haya hecho jamás por amor de Dios, todo el que se le añadirá hasta el fin de los tiempos, todo lo que se hace y se sufre aquí bajo por amor á Él, todo entrará un día como ornamento en la corona del Salvador. ¡Y qué corona! ¡Ah, que todos puedan formar en ella una florecita para engalanar al Hijo de Dios! ¡Cuán magnífico es cada botón de esta corona, allí donde brilla en la sangre divina, transfigurado por celeste resplandor!» (1)

(1) Según Mechtilde de Magdeburg, 7, 1.

FIN

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse los tomos IX y X de la quinta parte de la obra titulada *Apología del Cristianismo*, escrita en alemán por el R. P. Alberto María Weiss, del Orden de Predicadores, y traducida al castellano por el Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro., mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de cada tomo y entréguense dos ejemplares de dichos tomos, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato

Barcelona 26 de Septiembre de 1906.

El vicario general,
Ricardo, Obispo de Eudoxia

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M.ª de Ros, *Pbro., Scrio., Can.*

ÍNDICE

TERCERA PARTE

MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA XIII

ORDEN VISIBLE DE SALVACIÓN ESTABLECIDO POR DIOS

CONFERENCIA XIV

LA AUTORIDAD EN NOMBRE DE DIOS

APÉNDICE

LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

CONFERENCIA XV

EL ESTADO DE PERFECCIÓN

APÉNDICE

MISIÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN NUESTRA ÉPOCA

CONFERENCIA XVI

JESUCRISTO, FUENTE Y MODELO DE TODA PERFECCIÓN

CUARTA PARTE

REALIZACIÓN DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XVII

LA VÍA PURGATIVA

CONFERENCIA XVIII

LA VÍA ILUMINATIVA

CONFERENCIA XIX

LA VÍA UNITIVA

CONFERENCIA XX

EL HEROÍSMO CRISTIANO

CONFERENCIA XXI

LOS SANTOS

CONFERENCIA XXII

EL MÁS PEQUEÑO EN EL REINO DEL CIELO

QUINTA PARTE

TESTIMONIO Y RECOMPENSA DE LA PERFECCIÓN

CONFERENCIA XXIII

LO MARAVILLOSO EN LA VIDA DE LOS SANTOS

CONFERENCIA XXIV

LA SAL DE LA TIERRA

CONFERENCIA XXV

EL PARAÍSO RECOBRADO

CONFERENCIA XXVI

LA CORONA DE LA ETERNA MAGNIFICENCIA

En rústica, **Ptas. 7.**—Encuadernados en tela inglesa, rótulos en oro, **Ptas. 9.**

Esta serie de meditaciones abraza los fundamentos de la vida espiritual y lo perteneciente al estado eclesiástico y pastoral.
El autor ha tenido siempre presente á los jóvenes clérigos, tanto los que estudian Filosofía, como Teología, para darles solícito todo lo conveniente á su edad, estado, necesidades, tropiezos y aspiraciones.
Cómo el autor ha procurado obtener resultados, puede verse en el siguiente índice de materias:
Volumen I.—Pars I. *Via perfectionis sacerdotalis.* Pars II. *De vita Christi et de Sacratisimo Corde Jesu.*
Volumen II.—Pars III. *Iter per liturgicum annum.* Cap. 1. Gemmae ex Missali. Cap. 2. Gemmae ex Breviario. Pars IV. *De Sanctis Dei.* Cap. 1. De Beata dei Matre. Cap. 2. De Angelis et de Apostolis. Cap. 3. De Martyribus deque ceteris Sanctis. Pars V. *De Singulis Ordinibus.*

DR. D. JOAQUIN GOU SOLA
Quinta edición — Canónigo de oposición de la Catedral de Gerona

Lecciones razonadas de religión y moral, *ó la verdad del Catolicismo, etc., etc.* Dos tomos en 4.° En rústica, **Ptas. 12.**—En tela inglesa, rótulos en oro, **Ptas. 15.**

Infinidad de alabanzas y recomendaciones ha merecido esta hermosa obra, tanto del Episcopado español, como de la Prensa, y el éxito que ha tenido lo prueba el que en pocos años se hayan impreso cinco ediciones, que han producido excelentes frutos en los seminarios, colegios, institutos y escuelas normales, en los que ha sido adoptada de texto.

MOROTIUS, C. J.
Congr. S. Bernardi Ord. Cist. Monachus

Cursus vitae spiritualis facili ac perspicua methodo perducens hominem ab initio conversionis usque ad apicem sanctitatis. Editio nova, a sacerdote Congreg. Ss. Redempt. adornata. xx et 324 páginas.—En 8.° En rústica, **Ptas. 4.**—En tela inglesa, **Ptas. 5.**

D. HERIBERTO MALLOFRÉ Y GOTSENS
2.ª edición, corregida y aumentada — Presbítero, Catedrático de Literatura preceptiva en el Seminario de Barcelona

¿Habla usted latín? *Conversación familiar.* Un tomo en 8.°, elegantemente encuadernado en cartoné, **Ptas. 1.**

En el extranjero es usual y corriente el método de conversación familiar para perfeccionar el conocimiento de una lengua. El Sr. Mallofré, con muy buen acuerdo, ha introducido dicho método en España, aplicándolo al estudio del latín. Versan sus diálogos sobre las materias más comunes y necesarias á la vida de relación; sus frases están tomadas de los mejores clásicos: Terencio, Plauto, Tito Livio, Salustio, etc., y la versión española responde á la exactitud del concepto y á la propiedad del lenguaje.
La rapidez con que se ha agotado la primera edición de esta obrita demuestra la excelente acogida que ha merecido en seminarios, institutos y colegios, en cuyos centros de instrucción es sumamente provechosa y aun actualmente insustituíble.

FR. JOSEPHUS CALASANCTIUS, Card. Vives

Compendium Theologiae Moralis. *Editio VIII, aucta et emendata.*—Un tomo en 8.° de cerca de 700 págs.—En rústica, **Ptas. 7.**—En tela inglesa negra, realces en frío, cortes rojos pulidos, **Ptas. 8.**

El Eminentísimo autor en este precioso *Compendio de Teología Moral,* ha compilado la doctrina selecta de los Santos Padres y grandes tratadistas, con tal orden, solidez y claridad, que es de suma conveniencia, no sólo á los seminaristas sino que también á los párrocos y confesores, quienes hallarán en este *Compendio* una breve suma de los principios y reglas de la disciplina moral, que les será de gran utilidad.

Compendium Theologiae Docmaticae. *Editio IV, aucta et emendata.*—Un tomo en 8.° de 633 págs.—En rústica, **Ptas. 7.**—En tela inglesa negra, realces en frío, cortes rojos pulidos, **Ptas. 8.**

Iguales elogios que el *Compendio de Teología Moral* merece el *Compendio de Teología dogmática,* cuya nueva edición hace poco que ha salido á luz.

Compendium Juris Canonici. *Editio IV, aucta et emendata.*—Un tomo en 8.° de 450 págs.—En rústica, **Ptas. 6.**—En tela inglesa negra, realces en frío, cortes rojos pulidos, **Ptas. 7.**

Resumir en un compendio la materia dispersa que constituye el derecho canónico, ardua cosa ha parecido siempre á todos los sabios; por esto es de admirar este manual del Cardenal Vives, quien ha conseguido reducir toda la materia á una brevedad sorprendente, sin detrimento de la doctrina. Se divide el *Compendio* en dos partes: Derecho público eclesiástico y Derecho privado, comprendiendo esta última tres tratados: *De personis, De rebus, De iudiciis.* Es, en fin, obra de gran utilidad, como el *Compendio de Teología Moral* y el *Compendio de Teología Dogmática* del mismo autor.

NOTA.—En todas estas obras se conceden descuentos según la importancia de los pedidos.

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

Acaba de salir á luz el tomo XXIV

LA CASA DE CÁRDENAS

(Páginas de otras vidas), por M. R. Blanco-Belmonte.—Ilustraciones de Baldomero Gili y Roig.

La presente obra constituye el volumen XXIV de la COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA. Siguiendo nuestro propósito de


HEREDEROS DE
JUAN GILI
EDITORES